

Universidad Pablo de Olavide

Programa de Doctorado en Historia de América Latina, Mundos Indígenas

Sevilla – España

Raúl Vallejo Corral

Héroes, amantes y cantautores de la patria
Románticos del siglo XIX en Nuestra América

Tesis Doctoral dirigida por el doctor Fernando García Lara

2014

Agradecimientos

A Enrique Ayala Mora por su apoyo desinteresado a mi tarea académica y por el tiempo dedicado a nuestras amenas conversaciones en las que su saber histórico ha iluminado mi propia perspectiva sobre el período estudiado. A Juan Marchena por su constante motivación durante mis estudios y a Justo Cuño por la solución que le dio a las dificultades administrativas que se presentaron. A Raúl Serrano Sánchez quien, fraternalmente, colaboró conmigo en la consecución de algunas ediciones príncipes del siglo diecinueve que he utilizado. Y, por supuesto, a Fernando García Lara, mi tutor a lo largo del programa, quien, en medio de sus problemas de salud, orientó mi trabajo con indicaciones de lecturas indispensables y con sus certeras observaciones.

Agradezco, además, a la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, por el auspicio institucional que de ella he recibido.

Mi gratitud especial a Jorge Aguilar Mora, por sus enseñanzas generosas y su amistad; y a Alina Vera, por la vida que compartimos.

Finalmente, dedico este trabajo a mi niño Tito, porque a él le debo el cuidado de mi niñez y adolescencia, y mis primeros libros; y a la memoria de mi ñaña Zita, cuyo amor siempre anda conmigo.

Resumen

El siglo XIX latinoamericano puede ser catalogado como un siglo atravesado por el espíritu romántico. En él, las nacientes repúblicas fueron construidas como Estados nacionales con el impulso libertario de los intelectuales románticos, que pueden ser definidos como *escritores civiles*. Estos *escritores civiles*, al tiempo que construían la nación desde el Estado, modelaban la imagen poética que formaba su identidad cultural. Aquellos a los que la historia considera héroes, personas que lucharon por la independencia y que trabajaron por la construcción de los Estados nacionales, hicieron del amor a la patria la expresión fundamental de sus vidas públicas, y sus vidas privadas estuvieron siempre signadas por el sentido romántico de la existencia. En el presente trabajo, desarrollo la tesis de que el espíritu romántico del siglo XIX subyace en la escritura amorosa en forma epistolar de Simón Bolívar y Manuela Sáenz así como en la consagración de Bolívar como héroe de la épica literaria por parte de José Joaquín Olmedo. Al mismo tiempo, desarrollo la significación cultural de Juan León Mera y de Jorge Isaacs como autores paradigmáticos del siglo XIX, cuya escritura y acción política están movidas por un declarado amor a la patria, entendido desde la condición libertaria de los románticos. Todos ellos son personajes públicos que representan una parte sustancial del romanticismo fundacional de nuestras repúblicas.

Palabras claves: *cultura y política del siglo XIX, romanticismo, escritor civil, Simón Bolívar, Manuela Sáenz, José Joaquín Olmedo, Juan León Mera, Jorge Isaacs.*

Abstract

The Latin American XIX Century can be viewed as a century marked by the romantic spirit. In this Century the newborn republics were built as national Estates with the libertarian spirit of romantic intellectuals, who can be defined as *civilian writers*. These *civilian writers*, molded the poetic imagery which formed their cultural identity at the same time they built the nations from the Estate. Those who History regards as heroes, people who fought for Independence and worked in the construction of national Estates, made of the love of the fatherland the primary expression of their public lives and their private lives were always marked by the romantic meaning of their existence. In this paper I elaborate on the theory that the romantic spirit of the XIX Century underlies the love expressions in the epistolary exchange of Simón Bolívar and Manuela Sáenz, as well as in the consecration of Bolivar as hero of the literary epic by José Joaquín Olmedo. At the same time, I elaborate the cultural connotation of Juan León Mera and Jorge Isaacs as paradigmatic authors con the XIX Century, whose writings and political actions were motivated by a declared love for the fatherland, as construed from the libertarian condition of the romantics. All of them are public figures who represent a substantial part of the foundational romanticism of our Republics.

Key words: *19th Century culture and politics, Romanticism, civilian writer, Simón Bolívar, Manuela Sáenz, José Joaquín Olmedo, Juan León Mera, Jorge Isaacs.*

Índice

Resumen / 3

Abstract / 4

Introducción

Nuestros románticos del siglo XIX / 7

Capítulo I

Bolívar y Manuela, los patriotas amantes

1. El “Juramento de Roma”, del voluntarismo alucinante a la lucha por la libertad / 49
2. “Mi delirio sobre el Chimborazo”, acción y estado del alma del héroe / 68
3. La amable loca es también la Libertadora del Libertador / 87
4. Las cartas de Bolívar y Manuela: Eros en medio de la batalla / 98
5. Manuela y Bolívar: los héroes trágicos / 129

Capítulo II

José Joaquín Olmedo, cantautor de la independencia

1. El cantor de Nuestra América naciente / 152
2. El canto a Bolívar: fundación de la épica de Nuestra América / 157
3. Aquiles crítica a Homero: las cartas de Bolívar / 164

4. Las cuitas del poema ante su poema / 176
5. La mitificación temprana de Bolívar / 185
6. El “lazo federal” del Canto / 191
7. El poeta lírico del canto épico / 193
8. El Canto y su permanencia poética / 195

Capítulo III

Juan León Mera, cantautor de la nación en ciernes

1. Los pueblos deben ser generosos pero no desmemoriados / 198
2. Imaginando una tradición de la palabra / 215
3. Los cantares del pueblo / 236
4. La educación de la mujer / 244
5. La nación plural / 254

Capítulo IV

Jorge Isaacs: el exaltado del amor trágico

1. El espíritu radical de un poeta y sus frustraciones políticas / 263
2. *María* en los infiernos / 293
3. Isaacs, el negociante sin fortuna / 327
4. Nueva vindicación de *María* / 365

Conclusiones / 388

Bibliografía / 399

Introducción

Nuestros románticos del siglo XIX

Horas atrás, los campesinos y la tropa habían gritado en su delante: ¡Viva el presidente! Dicen que vestía pantalón claro y chaqueta oscura; que llevaba su característico sombrero de fieltro de pelo de castor y calzaba borceguíes negros. No iba ataviado como el típico combatiente sino como un estadista visitando tropas, pero, con más voluntad que entrenamiento militar, pretendió combatir igual que un guerrillero. En una carta que dejara inconclusa, fechada un día atrás, había escrito a un amigo: “En mí, solo defenderé lo que tengo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecerían mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad.”

Dicen que tres fueron los disparos que penetraron en su cuerpo de cuarenta y dos años de edad. El primero le atravesó el pecho y le destrozó el puño del esternón. Empujado hacia atrás por la fuerza del balazo, el cuello quedó al descubierto y por ahí penetró el segundo tiro con orificio de salida por la zona izquierda de su labio superior. Y, mientras caía desde el lomo de su brioso caballo Baconao hacia el suelo de la eternidad, el tercer disparo lo alcanzó en el muslo derecho. Yerto sobre la hierba del camino, a la orilla del río Contramaestre, las palabras escritas en su *Diario*, el 1 de abril, se convertían en una premonitoria oración: “El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza.”

A su lado, el subteniente Ángel de la Guardia, de tan paradójico como inútil nombre, que se suponía debía cuidar la vida del futuro presidente de la República en

Armas, también cae del caballo que, asustado y herido por esos y otros disparos, se levantó en dos patas. Así se observa en las reproducciones del óleo que Esteban Valderrama terminó en 1917 y que él mismo destruyera poco tiempo después debido a las críticas sin fundamento de historiadores puntillosos. De la Guardia logra huir, pero en ese pequeño claro de Dos Ríos, al mediodía del 19 de mayo de 1895, quedó la ofrenda del cuerpo de aquel patriota cubano que había profetizado en sus versos:

No me pongan en lo oscuro

A morir como un traidor:

¡Yo soy bueno, y como bueno

*Moriré de cara al sol!*¹

La muerte de José Martí constituye el signo heroico de un romántico. Pero no del romántico enamorado, pesimista y suicida sino del romántico *entusiasta* por la vida, cargado de ideales libertarios y de espíritu patriota. Este breve relato de un suceso de la historia de la guerra de Independencia de Cuba, que apunta a la interpretación de una actitud espiritual de una época, está construido con base en las crónicas, los documentos y las memorias que han sobrevivido a través del tiempo. Obviamente, se trata de un *discurso narrativizante* que “tiene la finalidad de formular juicios moralizantes”², al decir de Hayden White. Y, dado que, siguiendo a White, la naturaleza de la narración está en la

¹ José Martí, “XXIII”, de *Versos sencillos* [1891], en *Poesía completa*, edición crítica de Cintio Vitier, Fina García Marruz y Emilio de Armas, La Habana, Letras cubanas, 2001, p. 260. La carta inconclusa del 18 de mayo de 1895 está dirigida a su amigo Manuel Mercado y lo citado, según Toledo Sande, “se refería explícitamente a su resolución de deponer su autoridad ante la Asamblea, hacia la cual marchaba, esas palabras revelan un sentido todavía más profundo, al saberlas escritas en la víspera de su ‘caída’ en combate.” (ver más adelante Luis Toledo Sande, *Cesto de llamas*, p. 276). La entrada pertenece al *Diario de Martí*, p. 69. A ambas las citaré más adelante de forma adecuada. Los datos de las heridas mortales de Martí constan en su certificado de defunción firmado por el doctor Pablo A. de Valencia, el 26 de mayo de 1895, localizado en el archivo digital de la Biblioteca Virtual en Salud de Cuba: http://bvs.sld.cu/revistas/abr/vol40_1_01/abr101-200.htm

² Hayden White, *El contenido de la forma*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1992, p. 38.

naturaleza misma de la cultura y, es muy probable, que también lo esté en la de la propia humanidad, he optado a lo largo de este trabajo por la construcción de *relatos* que, basados en las información histórica contenida en documentos como cartas, diarios, textos literarios, noticias periodísticas, etc., den cuenta de la presencia del espíritu romántico. Los *relatos*, en este caso, responden a la narrativización de los hechos que los ordena en tanto pueden ser contados como *historias literarias*. Estos *relatos* están localizados, a través de las actitudes, escritos y acciones de algunos de sus protagonistas, en dos períodos de la historia de nuestra América en el siglo diecinueve: el de la Independencia y la Gran Colombia (1809 – 1830) y el del que, podría ser denominado, Proyecto Nacional Criollo (1830 – 1895).³

Sabemos, según White, que “precisamente porque los acontecimientos reales no se presentan como relatos, resulta tan difícil su narrativización.”⁴ Es por eso que, al desarrollar el relato sobre las vicisitudes de los personajes que protagonizan este trabajo, he procurado la construcción de una narrativa sustentada en todo aquello que puede ser considerado fáctico y que, podría en algún momento, hablar por sí mismo. Está la correspondencia amorosa entre Bolívar y Manuela Sáenz y el poema fundacional de nuestra épica escrito por Olmedo, *La victoria de Junín*. También he considerado una parte de la obra y de las peripecias de dos intelectuales paradigmáticos de Ecuador y Colombia en la institucionalización de sus respectivos Estados Nacionales: Juan León Mera y Jorge Isaacs, conservador y liberal, respectivamente. Por lo mismo que, como también sabemos, el *contar* no es una característica intrínseca de los anales o la crónica, sino de la historia en tanto en cuanto sea relato, puesto que, según cita White, “donde no

³ Esta periodización la ha establecido Enrique Ayala Mora para la historia del Ecuador; creo que, con más o menos variación en los años, puede servirnos para los períodos que estudiamos, sobre todo, porque en el primero están incluidos Bolívar, Manuela Sáenz y Olmedo, y en el segundo, el mismo Olmedo, Mera e Isaacs. Ver: Enrique Ayala Mora, *Historia, tiempo y conocimiento del pasado*, Quito, Corporación Editora Nacional / UASB, 2014.

⁴ White, *El contenido de la forma*, p. 20.

hay narrativa, dijo Croce, no hay historia,”⁵ los textos arriba señalados me han servido de base para la narrativización sobre la presencia del espíritu romántico durante la Independencia y la formación de los Estados nacionales de nuestra América.

En el desarrollo de este trabajo, estoy consciente de los conflictos generados por toda narración de hechos reales que no han sucedido con la diacronía con la que se estructura el relato. La *realidad real* simplemente ocurre, es, tiene lugar; su desarrollo no se da como una narración con principio y fin sino como un conjunto de hechos que, eso sí, son susceptibles de ser contados, o sea, *narrativizados*. La *realidad real* es sustantiva y para convertirla en narración, es decir en historia, requerimos adjetivizarla. Por eso, para una mejor comprensión de lo que aquí se interpreta, es menester señalar la condición que el propio White ha planteado para los relatos históricos en la medida en que están inconclusos y que admiten que se los cierre con la lógica de la narratividad, esto es, “que le dan a la realidad el aroma de lo ideal.”⁶ ¿Dónde yace, entonces, el “verdadero relato” de los hechos que están registrados en los documentos de la historia? ¿Es suficiente la verosimilitud de una narración con base en datos fácticos para aplacar el anhelo de verdad histórica del ser humano?

En el enigma de este anhelo, este deseo, se vislumbra la función del discurso narrativizador en general, una clave del impulso psicológico subyacente a la necesidad aparentemente universal no sólo de narrar sino de dar a los acontecimientos un aspecto de narratividad.⁷

Sostiene Paul Bénichou —para quien el poeta, sobre todo en el romanticismo francés, es el constructor de un poder espiritual laico—, que, “para el romanticismo, el

⁵ *Ibidem*, p. 21.

⁶ *Ibidem*, p. 35.

⁷ *Ibidem*, p. 20.

Poeta, buscador, intérprete y guía, se halla en el centro del mundo espiritual, del cual el sacerdote no conserva ya más que una de las versiones posibles.”⁸ Martí, en este sentido, cultiva la poesía y las letras como un romántico pero no solo le imprime una expresión literaria formalmente nueva sino que, además, construye la figura del Poeta en moldes políticos libertarios: lo novedoso en él es que ese Poeta es al mismo tiempo Profeta y Revolucionario. Martí, según se desprende de sus escritos y de su actividad política, no quiere ser tanto un escritor profesional como un patriota y su muerte en Dos Ríos es, quizás, el último gesto simbólico trascendente del romanticismo patriótico del siglo diecinueve en nuestra América.

Es tal vez por eso que Rubén Darío no alcanza a comprender el sentido de una acción definitiva como la que llevó a cabo Martí. Darío está atravesado por mucho del cinismo finisecular con el que afrontan la existencia los escritores modernistas. El poeta, que se refugia en la *torre de marfil*, ha sido desplazado de la esfera estatal por *improductivo*, uno de los peores epítetos con que el progresismo liberal de la segunda mitad del siglo diecinueve puede catalogar a un ciudadano. El poeta, que había sido parte de la construcción del Estado nacional, a finales del siglo diecinueve tiene que hacerse a un lado y, así, dar paso al surgimiento de los especialistas en la administración de aquel moderno aparato del Estado que se había incorporado al mercado mundial como un exportador de materias primas. Así, en su libro *Los raros*, en el que incluye una sentida necrología de Martí, el poeta nicaragüense le reclama al cubano su acción heroica en la lucha por la independencia de su patria. Darío se muestra anonadado ante lo irreparable de un desafortunado episodio de la guerra que, para él, resulta absurdo:

⁸ Paul Bénichou, *La coronación del escritor 1750 – 1830*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2006, 254 – 255.

Y ahora, maestro y autor y amigo, perdona que te guardemos rencor los que te amábamos y admirábamos, por haber ido a exponer y a perder el tesoro de tu talento. [...] Cuba quizá tarde en cumplir contigo como debe. La juventud americana te saluda y te llora; pero ¡oh, Maestro! ¿Qué has hecho...?⁹

¿Qué es lo que hizo el poeta cubano? Mediante su presencia en el campo de batalla, Martí fue consecuente con su poética y con su política. En este marco de cosas, Martí cabe en la descripción sobre el héroe como poeta que hizo Carlyle, quien afirmaba “no tener noción de hombre verdaderamente grande que no pueda ser *todo* lo que puede ser un hombre.” Martí, a pesar de ser el maestro precursor del modernismo literario, es el paradigma del intelectual romántico del siglo diecinueve en nuestra América, en la medida en que su palabra y su acción política están al servicio de la patria, entendida esta como la tierra y la gente por las que un hijo de aquella ofrenda la vida. Siguiendo a Carlyle, “el Poeta capaz sólo de tomar la pluma y componer versos, nunca ejecutará un verso que valga mucho. No puede cantar al Heroico guerrero si él no es también un guerrero heroico.” Para Martí, el demostrar ante sus compatriotas que él también era un hombre de acción, en pleno terreno de la lucha armada, significó el ser consecuente con todo aquello que había escrito, tanto en su poesía, o en la caracterización del personaje de Juan Jerez —que por muchas razones podría ser definido como su *alter ego*—, de su novela *Lucía Jerez*, cuanto en su antológico ensayo “Nuestra América”.

Finalmente, parecería que el mismo Carlyle retratará, no solo al cubano sino a casi todos los héroes del romanticismo latinoamericano, pues caben, entre otros, Simón Bolívar, José Joaquín Olmedo, Juan León Mera o Jorge Isaacs, todos ellos estudiados en

⁹ Rubén Darío, “José Martí” en *Los raros* [1905], v. IV de *Obras completas*. Madrid, Editorial Mundo Latino, 1918, pp. 243.

este trabajo: “Imagino que en él está el Político, el Pensador, el Legislador, el Filósofo, que pudo ser todo eso, que lo es en su fondo.”¹⁰ Esta multiplicidad de funciones en la esfera pública es lo que convierte a nuestros héroes en esos *hombres representativos* de los que hablaba Emerson, y frente a los que deja sentado su propio cuestionamiento: “Pero hallo que es más grande el que puede abolirse a sí mismo y a todos los héroes, dando entrada a ese elemento de la razón con independencia de las personas: a esa fuerza sutilizadora, irresistible y ascendente que existe en nuestro pensamiento y que destruye el individualismo, ese poder tan grande que anula al potentado.”¹¹ En Martí, la noción de sacrificio nada tiene que ver con el dolor o con el pesimismo provocados a su individualidad por la crueldad de la existencia; para él, la muerte es una circunstancia más de la lucha por la libertad, una situación para el que “puede abolirse a sí mismo”, y es por esto que la recompensa que por ella pide, resulta ser mínima:

Yo quiero, cuando me muera,

Sin patria, pero sin amo,

Tener en mi losa un ramo

*De flores, —¡y una bandera!*¹²

Rubén Darío nunca lo entendió. Para él, el problema de Cuba, isla de la que dice “eres muy bella”, parecería ser una cuestión meramente estética respecto de una tierra acogedora; y, aunque señala que “hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre”, también afirma a renglón seguido que, “bien hace el español de no dar

¹⁰ Thomas Carlyle y R. W. Emerson, *De los héroes. Hombres representativos*, New York, W. M. Jackson Inc, 1973, p. 73 y 74.

¹¹ *Ibidem*, p. 240.

¹² Martí, “XXV”, de *Versos sencillos*, p. 262.

paz a la mano por temor a perderse.”¹³ Darío, volcado al esteticismo en lo que podríamos llamar la primera etapa de su modernismo, parecería ignorar las repercusiones de uno de los últimos rezagos del colonialismo español y de las acechanzas del “Norte, revuelto y brutal” —en palabras de Martí— para la construcción de nuestra América. Martí era uno de esos hijos de Cuba que la querían libre y no solo lo escribía sino que también cumplía las tareas necesarias para lograr aquella ansiada libertad. Y esas tareas no solo eran poéticas. La íntima comunión de ética y estética está plasmada a lo largo de la obra de Martí pero, tal vez, se sintetiza en el texto final de sus *Versos sencillos*:

¡Verso, nos hablan de un Dios

Adonde van los difuntos:

Verso, o nos condenan juntos,

*O nos salvamos los dos!*¹⁴

Rafael Argullol plantea, en *El Héroe y el Único*, que “el *Yo heroico* parte de un principio radicalmente pesimista” y añade que “para el *Yo heroico*, del dolor y de la soledad del conocimiento surge la energía gozosa de la acción y, consecuentemente, la posibilidad de conciliación trágica.” Asimismo, establece más adelante que “el artista romántico acostumbra a representar un mundo en el que él mismo mediante su *alter ego*, el protagonista, se enfrentará al mundo de la realidad.”¹⁵ Inmediatamente, define seis tipos de héroes románticos: el superhombre —que considera mediocre a la sociedad que lo rodea sin capacidad de comprenderlo—; el enamorado —frustrado frente a la desposesión que sigue a la pasión—; el sonámbulo —que cree vencer la limitación de lo real a través de los sueños—; el genio demoníaco —que desciende al reino de las

¹³ Darío, *ob. cit.*, p. 235.

¹⁴ Martí, “XLVI”, de *Versos sencillos*, p. 284.

¹⁵ Rafael Argullol, *El Héroe y el Único*, Barcelona, Acantilado, 2008, pp. 394, 395 y 396.

sombras en nombre del conocimiento—; el nómada —que hace del viaje una búsqueda y una huída sin fin—; y el suicida —que se autoafirma, de manera radical, en el sacrificio y la propia aniquilación—.

Argullol, que describe de manera brillante cada uno de los tipos de héroes románticos a partir de ejemplos de la literatura europea, no menciona siquiera al *patriota*, como uno de ellos. Esta ausencia se entiende por las diferencias entre el romanticismo americano y el europeo, pues, mientras el primero es básicamente fundacional y se ancla en el optimismo de la gesta libertaria y la aparición de la idea de progreso, el segundo carece de la inocencia inaugural de la cultura y ha asumido el pesimismo existencial, que está desencantado de las ilusiones de la modernidad, como filosofía vital. Pero ni Martí, ni Bolívar, ni Manuela Sáenz, ni Juan León Mera, y ni siquiera Jorge Isaacs, tienen, en términos filosóficos, una visión *pesimista* ni de la historia, ni de la vida. Basta releer los versos del cubano para darnos cuenta en qué lugar de su escala de valores se encuentra el dolor personal y en cuál los ideales patrióticos:

*¡Penas! ¿quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.*

*Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!¹⁶*

¹⁶ Martí, “XXXIV”, de *Versos sencillos*, p. 271.

Nuestros héroes románticos no tienen la visión pesimista de la que habla Argullol para emprender sus acciones, aunque con el transcurrir de los años y las dificultades, la realidad política los ubique en situaciones personales de soledad y abandono. Y, sin embargo, ellos jamás asumen su ostracismo como una característica de la existencia en sí misma sino como resultado de la traición o la ingratitud de los hombres y, en particular, de aquellos que pertenecen a la arena pública. Si bien, al final de sus vidas —tal vez con la excepción de Juan León Mera, que muere agradecido de Dios y de la existencia— sufren en carne propia el abandono de los hombres, entendidos como la élite que asume el poder, su reacción frente a la ingratitud de la sociedad se da en contra de enemigos políticos concretos y no como una definición filosófica ante el género humano, concebido como una abstracción.

Guillermo Cabrera Infante realiza una interpretación sobre la muerte de José Martí, en la que, esta queda convertida en el acto individualista de un romántico suicida. La explicación de Cabrera Infante coincide con la tesis de Argullol, en su descripción del *romántico suicida*, que sostiene que “todo los caminos románticos conducen a la autodestrucción.” La visión de Cabrera Infante, si no estuviera cargada de prejuicios ideológicos, opiniones tendenciosas e inexactitudes históricas, podría sostenerse en el símil cultural de Argullol respecto del suicida: “como Ícaro al acercarse al Sol, así el romántico prepara su perdición al obstinarse en alcanzar su imposible sueño de infinitud.”¹⁷ Sin embargo, sostener que en Martí existía la voluntad suicida es negar, a pesar de los escritos martianos, lo que aquel propugnaba respecto de la entrega de su vida: para Martí la ofrenda de la vida por la patria no es un ansia de inmolación sino que la entiende como una contingencia en la lucha por la libertad de Cuba. Las ideas

¹⁷ Argullol, *ob. cit.*, p. 445.

centrales de la interpretación de Cabrera Infante pueden ser leídas de corrido de la siguiente manera:

Su obra maestra absoluta [...el *Diario*...] comienza sucinto y seco pero con un dejo que no es otra cosa que americano y es una despedida al inicio de la gran despedida. Martí muere exactamente mes y medio después. La última entrada es del 17 de mayo, dos días antes de que Martí se hace matar. [...] Martí no pretende hacer gran literatura, es evidente, pero no puede evitarlo: según va a la muerte, la expedición guerrillera es su camino de perfección literaria. [...] Había en Martí un ansia de inmolación que era, en realidad, una voluntad de martirio.¹⁸

Esta interpretación se explica en la medida en que Cabrera Infante, que fue un descreído de la política y del concepto mismo de *revolución*, quiere construir un relato diferente y diferenciador frente al que han desarrollado los estudios martianos cubanos contemporáneos y que, de alguna manera, responden a la apropiación política que de la figura de Martí hizo la Revolución Cubana. La interpretación que intenta “despolitizar” la muerte de Martí, se sustenta en el prejuicio moralista de Cabrera Infante cuando afirma que “la política suele ser el último refugio del pícaro y la primera vocación del vivo”.¹⁹ Incluso, sería entendible una actitud descreída como la de Cabrera Infante frente a los escándalos de la política contemporánea pero, en el siglo diecinueve y para Martí, la política es el buen gobierno y este reside en el conocimiento y la búsqueda de equilibrio de los elementos naturales del país, ya que “el buen gobernante en América no es el que

¹⁸ Guillermo Cabrera Infante, “Un diario que dura más de cien años”, en José Martí, *Diarios*, prólogo de Guillermo Cabrera Infante, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1997, pp. 13, 16 y 17.

¹⁹ *Ibidem*, p. 11.

sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país” y “gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.”²⁰

Cabrera Infante despoja a la muerte de Martí de su significación política e histórica para cargarle la condición de llegada a una meta ansiada en el “camino de perfección literaria”, reduciéndola, de esta manera, a la culminación de una vocación de martirio como si fuera parte de un performance poético. Ni siquiera le atribuye a la muerte de Martí el ser resultado de la insensatez de un poeta metido a guerrero como sí se lo reclamó Darío y como lo temía el general Máximo Gómez cuando se oponía a que Martí estuviera en el campo de batalla. Además, con la afirmación cargada de alto grado de subjetividad de que “Martí se hace matar”, Cabrera Infante pretende reducir un gesto tan heroico como definitivo a una acción de arrebato impelida por razones estéticas. Aparte de narrar la cotidianidad del combate, en el *Diario*, Martí reflexiona sobre las disyuntivas políticas que tiene que resolver. Así, en la entrada del 14 de mayo escribe:

¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propicia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo, y en la soledad en que voy, impere acaso, por la desorganización e incomunicación que en mi aislamiento no puedo vencer, aunque a campo libre, la revolución entraría, naturalmente, por su unidad de alma, en las formas que asegurarían y aceleraría su triunfo.²¹

En cualquier caso, nada parece indicar en el *Diario*, que Martí quiera morir antes de contribuir a la construcción de su patria en libertad; es más, se puede afirmar que no

²⁰ José Martí, “Nuestra América”, en *Antología mínima*, t. I, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, p. 213.

²¹ José Martí, *Diarios*, p. 133.

existe en el *Diario* una línea que pueda sostener la interpretación de Cabrera Infante. Por el contrario, según lo anotado en la entrada del 9 de mayo, Martí está consciente del papel político que le está reservado en la Cuba libre por la que está luchando: “Un detalle: *presidente* me han llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez.”²² Lo que sí queda claro es que, como todo combatiente, Martí está mentalmente preparado para la vicisitud de la muerte.

En el *Diario* puede ser leída la preocupación que tiene Martí —después de la agria junta con Máximo Gómez y Antonio Maceo que tuvo lugar en el ingenio “La Mejorana”, el 5 de mayo; tan agria que, muerto Martí, Gómez arrancó del *Diario* las páginas correspondientes al día 6— de si será más útil combatiendo en Cuba o difundiendo la causa revolucionaria en el extranjero. Mas no hay señal de un desistimiento de la vida; por el contrario, Martí recalca la necesidad de luchar sin tregua por la independencia; así, en la entrada del 2 de marzo, escribe dos frases que conforman una máxima de su ética del trabajo: “Duerme mal, el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer.”²³ Existe también un papel último que escribiera Martí, horas antes, el mismo día de su muerte: se trata de una nota dirigida a Máximo Gómez en la que le dice: “No estaré tranquilo hasta no verlo llegar a Vd. Le llevo bien cuidado el jolongo.”²⁴ No es una nota de despedida ni nada parecido: es la muestra de una legítima preocupación por la seguridad de Gómez y de la espera para un reencuentro inmediato con un compañero de armas.

²² *Ibidem*, p. 125.

²³ *Ibidem*, p. 48.

²⁴ Luis Toledo Sande, *Cesto de llamas. Biografía de José Martí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2012, p. 275. En el libro de Toledo Sande, aparece un facsímil de la nota. [*Jolongo*: saco que se lleva al hombro].

En el prólogo de los *Diarios*, Cabrera Infante narra la muerte de Martí en la adaptación más rocambolesca que pudo encontrar pues, sin contrastar fuentes históricas y basado tan solo en la *autoridad* de su nombre, reproduce sin citación adecuada, la versión de que un mulato cubano se acercó al moribundo Martí y que, luego de reconocerlo, le preguntó: “¿Usted por aquí, don Martí?” —“¡como si estuviera en un paseo habanero y viera a un viejo amigo!”, comenta Cabrera Infante— y que, acto seguido, “levantó su rifle Remington y remató a Martí...”²⁵

En un proyecto de investigación de Manuel de Paz Sánchez, este contrasta dos versiones sobre la muerte de Martí: la una, basada en la narración del capitán español Antonio Serra Orts, publicada en 1906, y la otra, aparecida en la revista *El Guanche*, órgano del Partido Nacionalista Canario de Cuba, en 1924, que recoge una declaración del cubano Pablo Raimundo Martínez García, alias “el inglesito”, testigo de la muerte de Martí.²⁶ Ni en la narración de Pablo Martínez, ni en las memorias de Serra Orts se menciona la presencia del práctico cubano pero sí el asombro de los propios españoles ante la caída de Martí. Serra Orts cuenta la sorpresa que para las tropas españolas significó la muerte de Martí; no solo por el valor político que tenía la baja de tal personaje revolucionario sino por las condiciones en que dicha muerte tuvo lugar:

Como a la media hora cesó el fuego, y el capitán Satué, ayudante del
Coronel, me dijo:

—¿A qué no adivinas a quién hemos matado?

²⁵ Cabrera Infante, “Un diario que dura más de cien años”, p. 19. He localizado esta versión en un artículo de Arturo Casado San Germán, “Contradicciones sobre la muerte de José Martí”, publicado en *El Nuevo Herald*, el 19 de mayo de 1989, y corresponde al escrito de un sanitario de apellido Trujillo que acompañaba a las tropas españolas.

²⁶ Manuel de Paz Sánchez, “La muerte de José Martí: un debate historiográfico”, *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica* (Logroño) # 17 (1991): 7 – 19. Paz Sánchez es investigador de la Universidad de La Laguna y esta investigación la realizó con cargo al proyecto AME 322/89, con financiamiento de la CICYT. Las referencias bibliográficas que cita Paz Sánchez son: 1) A. Serra Orts, *Recuerdos de las guerras de Cuba. 1868 a 1898*, Santa Cruz de Tenerife, A. J. Benítez Tipógrafo, 1906, 98 páginas; y 2) *El Guanche*, año 1, # 6, La Habana, 30 de mayo de 1924.

—A Máximo Gómez, contesté.

—Cerca le andas; ¡a Martí!

—Imposible, contesté.

—Pues no te quepa duda; le he visto y reconocido.

—Pues me alegro que caigan pájaros gordos; no siempre han de ser los muertos esos héroes anónimos que son los que verdaderamente se batan.

Más tarde vi el cadáver y como le conocía personalmente, fácil fue reconocerle también.

Entonces, me dije:

—¡Pero señor! ¿Por qué se batía Martí en vanguardia? ¿Es posible que un futuro Presidente de la República Cubana, se bata como un guerrillero? Aquí hay misterio y conviene desenredar la madeja de la insurrección cubana por dentro.²⁷

Pablo Martínez, en cambio, asegura haber estado junto a Martí al momento de su muerte, cuestión que no está corroborada en ningún otro testimonio más que en el suyo, puesto que ni Máximo Gómez ni los oficiales españoles, incluido el coronel Ximénez de Sandoval, que comandaba la operación, dan cuenta de la presencia de alguien más junto a Martí, aparte de De la Guardia. La historia de Martínez fue contada para el periódico *La Discusión*, en 1910. Así dice: "...verlo caer mi compañero Ángel de la Guardia y yo, desmontarnos y acudir en su auxilio, fue todo simultáneo: en esos instantes supremos tratamos de llevárnoslo: el fuego enemigo se reconcentró en ese sitio y, avanzando a paso de carga, vino sobre nosotros mi compañero y yo: ya a veinte varas de nosotros no

²⁷ A. Serra Orts, en Paz Sánchez, *ob. cit.*, p. 10 – 11.

tuvimos otro recurso que abandonar el cadáver para salvar nuestras vidas...”²⁸ En el relato que construye Martínez, este tiene la intención de presentarse a sí mismo como el único testigo presencial de un suceso simbólico en la guerra de independencia, sin que nadie lo pudiese contradecir puesto que De la Guardia ya había fallecido.

En un artículo del periodista cubano Ciro Bianchi Ross, aparecido en *Juventud Rebelde* y basado en fuentes de historiadores cubanos, este señala que el práctico cubano, llamado Antonio Oliva y apodado el *Mulato*, “alardea de haberlo rematado con su tercerola” y señala que “un militar español, Enrique Ubieta, calificó de fantasía el tiro casi a boca tocante de Oliva sobre Martí moribundo”, añadiendo, en seguida, que “al historiador cubano Rolando Rodríguez le parece evidente que el Mulato se pavoneaba de lo que no había hecho porque buscaba que el Ejército español lo premiase con una distinción pensionada.”²⁹ Por si no fuera suficiente todo lo dicho, la documentación testimonial más importante para desmentir la fantásica historia del tiro a bocajarro contra Martí moribundo es tanto el certificado de defunción, firmado por Pablo de Valencia, cuanto el acta notarial # 293 sobre la exhumación de los restos del patriota cubano que fue realizada el 24 de febrero de 1907 por los doctores Pedro Hechavarría Sánchez, Guillermo Fernández Mascaró, y Antonio Illas y Portuondo, teniendo como testigos a Francisco Chávez Milanés y Francisco Lorie³⁰. En ninguna de las dos actas levantadas sobre el cadáver de Martí existe mención de un tiro de rifle “a boca tocante” con el que alguien hubiese rematado al moribundo.

Cabrera Infante articula su relato con el fin de identificar su propio exilio con el de Martí y así construir una tradición de la literatura cubana en el exilio que tendría sus

²⁸ Pablo Martínez, testimonio en *El Guanche*, en Paz Sánchez, *ob. cit.*, p. 14.

²⁹ Ciro Bianchi Ross, “¿Cómo murió José Martí?”, tres entregas, en la versión online de *Juventud Rebelde*: <http://www.juventudrebelde.cu/columnas/lectura/2010-02-27/como-murio-jose-marti-i/>

³⁰ El documento fue localizado en versión digital correspondiente a “Documentos relativos a la exhumación de los restos del Apóstol José Martí”, en *Centenario del natalicio de José Martí*, Publicaciones del Archivo Nacional no. XXXVI, p. 412, La Habana, 1953.

orígenes en Heredia y Martí y que lo cobijaría a él mismo, en tanto él es un significativo exiliado de la Revolución Cubana de 1959. Al mismo tiempo, se vale de una interpretación muy personal, pero sin ninguna documentación historiográfica que la respalde, para echar abajo la imagen política y heroica de Martí y modificarla por la de *un romántico suicida*. Así, al decir que Martí, con su escritura política, “apuntaba más lejos” y al fijar esa lejanía en la historia de la literatura como el lugar en donde Martí quería estar, Cabrera Infante intenta, desde su relato, transformar la figura compleja de Martí, reduciéndola a la representación iconográfica de un proyecto literario al que solo le interesaban la política y la patria como expresiones estéticas, y que entendía a la literatura como un fin en sí misma. ¡Nada más distante del pensamiento martiano!

Finalmente, otro documento clarificador para entender el espíritu libertario de un romántico en las palabras y los gestos de Martí es la carta inconclusa del 18 de mayo, que este escribió a su amigo mexicano Manuel Mercado —a quien está dedicado el libro *Versos sencillos*. En la carta de marras, Martí se muestra preocupado por las consecuencias que deberían seguir a la independencia de Cuba para frenar el expansionismo de los Estados Unidos y, con su característico estilo, ratifica su condición antiimperialista. La carta es un análisis de la coyuntura política; en ella desgana su crítica a las posiciones anexionistas en Cuba y es consciente de la postura de los colonizadores: “España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos.”³¹

Tampoco existe en esta carta, escrita un día antes de su muerte, una frase que haga suponer ni una “voluntad de martirio” ni, peor, una visión pesimista de la existencia. El profundo análisis de Argullol sobre la tipología de los románticos europeos carece, para el caso latinoamericano, del elemento político y el espíritu patriótico que

³¹ José Martí, “Carta a Manuel Mercado del 18 de mayo de 1895”, en *Antología mínima*, t. I, p. 210. La cita del primer párrafo de esta introducción proviene de esta carta y está hacia el final de la misma, p. 212.

acompañó a los románticos de nuestra América del siglo diecinueve. Aún cuando se suponga que la muerte de Martí cabe en el desgraciado destino del héroe, según la expresión de Argullol, la condición literaria de la tesis y la ausencia de lo político y lo histórico en ella, convierte la existencia del pesimismo, cuya presencia en el espíritu romántico presupone Argullol, en una suerte de hipótesis sin sustento para el caso de Martí y los demás protagonistas de nuestro romanticismo.

La expresión de Cabrera Infante de que “Martí muere exactamente mes y medio después” no solo es mera retórica porque no aporta en lo absoluto a probar su interpretación sino que, además, es inexacta porque el *Diario*, en la parte “De Cabo haitiano a Dos Ríos”, empieza el 9 de abril, así que no se entiende “mes y medio después” de qué suceso ni porqué dicha cantidad de tiempo es una pista para entender el supuesto suicidio de Martí. Para el efecto, lo mismo serían dos meses o mes y tres días. Y es claro que la racionalidad del análisis, una de las características de la prosa martiana, está presente aún en el tono íntimo de la misiva, tono que se explica dada la estrecha amistad de Martí con Mercado:

...ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso.

[...]

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.³²

³² Martí, “Carta a Manuel Mercado del 18 de mayo de 1895”, pp. 209 y 210.

Una de las dificultades para que las categorías europeas del romanticismo calcen en el espíritu romántico latinoamericano es que en este continente casi todos los escritores e intelectuales fueron partícipes de la política, en tanto *escritores civiles*. Y, quienes como Bolívar, fueron estadistas y soldados, tuvieron una formación neoclásica que, en medio de la asunción del proyecto independentista, los convirtió en patriotas embebidos del romanticismo libertario que en ellos no fue producto de la meditación filosófica o literaria sino producto asumido en la práctica de las guerras de independencia y, más tarde, desde la azarosa formación de las nacientes repúblicas. De ahí que, las figuras del *héroe patriota* y del *escritor civil* surgen de manera casi natural y como correspondencia del marco histórico en el que el espíritu romántico se instala en nuestra América. En el cronotopo del siglo diecinueve latinoamericano, José Martí puede ser considerado como un símbolo paradigmático de nuestro romanticismo, en la medida en que se funden en él la pasión por la patria y la pasión por la literatura, la ética y la estética, la vida como ejercicio de la libertad.

Patriotas y amantes

Ni el pesimismo que plantea Argullol como una condición espiritual básica del romántico, por un lado; ni la consagración del poeta que desarrolla Bénichou, en términos del sacerdocio que lleva implícito la poesía, por otro: definitivamente, las categorías que permiten un mejor acercamiento al romanticismo europeo no calzan del todo en la forma cómo en nuestra América se asumió el espíritu libertario de los héroes. ¿Envolvió el pesimismo a Bolívar y a Manuela o fueron siempre motivados por la pasión

de la patria y de los amantes? ¿Se consideraron *sacerdotes* Olmedo y Mera o, más bien, se veían a sí mismos como *poetas civiles* que contribuían con su palabra y su actos políticos a la construcción de la patria naciente? ¿No fue Isaacs, en todo caso, un voluntarista *entusiasta* frente a la adversidad? ¿Y no se entiende mejor la opción de vida y también la muerte de Martí en lo escrito sobre el *entusiasmo* por Madame de Staël?:

Casi siempre es el entusiasmo quien nos lleva a sacrificar nuestro propio bienestar o nuestra propia vida; pues el camino recto de la razón egoísta debe ser el tomarse a sí mismo por fin de todos sus esfuerzos, y no estimar en este mundo nada más que la salud, el dinero y el poder. Sin duda, basta la conciencia para conducir al carácter más frío por la ruta de la virtud; pero el entusiasmo es a la conciencia lo que el honor es al deber.³³

Juan María Gutiérrez logró explicar, a partir de su artículo de 1870 sobre “La literatura de Mayo”, la presencia inherente de lo patriótico en el romanticismo americano. En este ensayo, Gutiérrez expone la diferenciación que existe entre los románticos de nuestra América y los romanticismos literarios europeos al señalar el lugar que ocuparon nuestros autores durante la independencia y la institucionalización de los Estados nacionales. Ese lugar que ocuparon en la creación de las nacientes repúblicas es lo que nos hace ver a nuestros románticos como pensadores de la acción y, al mismo tiempo, actores de lo pensado. Y es que si los románticos europeos plantearon sus consignas desde la revolución literaria que llevaba adelante el nuevo espíritu que dejaba atrás al siglo dieciocho, los románticos latinoamericanos, embebidos de ese espíritu que había llegado a América, desarrollaron sus ideas literarias en medio de la lucha por la

³³ Madame de Staël, *Alemania* [1810], prólogo de Guido Brunner, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1991, p. 187.

independencia, primero, y luego desde la siembra de la simiente de las nuevas naciones; es decir, nuestro romanticismo emergió imbuido en la política:

No eran éstos en el drama revolucionario meras voces del coro como en la tragedia griega, extraños a la acción y al movimiento de las pasiones de la escena, sino actores en ella: no eran intérpretes sino colaboradores del *destino* que la sociedad misma se preparaba para lo futuro. Educaban la juventud y derramaban la ciencia nueva desde las cátedras; resolvían en la asamblea y en el gabinete los problemas políticos que planteaba la mano atrevida e inexperta de la república naciente; administraban en los consejos del gobierno; manejaban la espada y conducían a los patricios armados a las fronteras lejanas que era necesario ensanchar para la libertad.³⁴

Hayden White sugiere que para una comprensión más profunda del siglo XIX este podría ser considerado, más que un periodo, un *cronotopo*, en el sentido bajtiniano de dicho término. La propuesta de White se presenta como una alternativa a la idea de considerar a los estudios sobre el siglo XIX como una “metadisciplina” a la que concurren los diversos modos de aproximación analíticos en una tarea verdaderamente *interdisciplinaria*. Siguiendo esta propuesta, la narrativa histórica se verá problematizada de forma harto compleja, toda vez que, la construcción de la imagen del héroe, en palabras del propio Bajtin, tendría que integrar *el tiempo y el espacio histórico reales* al discurso. Resumiendo, según White: “la noción de cronotopo nos hacer reflexionar

³⁴ J. M. Gutiérrez, *ob. cit.*, p. 153.

acerca de las ambivalencias psicológicas, sociales, morales y estéticas, políticas, económicas y epistemológicas de una época.”³⁵

La relación amorosa de aproximadamente ocho años que tuvieron Simón Bolívar y Manuela Sáenz (1822 – 1830) es un símbolo de nuestro romanticismo patriótico y sentimental. Al analizar la correspondencia amorosa de ambos, que se da en medio de las batallas por la independencia y de las luchas intestinas del bando de los libertadores por el modelo fundacional de las nacientes repúblicas, ha sido posible construir un *relato romántico* particular, en el que confluyen los hechos públicos de la historia y el drama privado de sus protagonistas.³⁶ Ese relato amoroso puede ser visto como una alegoría del período de la independencia, en el que tanto el *entusiasmo* como el *carácter* confluyen para la libertad, en el mismo sentido en que fue planteado, en 1810, por Madame de Staël en *De l'Allemagne*:

El carácter y el entusiasmo difieren en muchos aspectos: es preciso escoger su fin mediante el entusiasmo, pero hay que dirigirse hacia él mediante el carácter; el pensamiento no es nada sin el entusiasmo, ni la acción es nada sin el carácter; el entusiasmo es el todo para las naciones literarias, el carácter es el todo para las naciones orientadas hacia la actividad. Las naciones libres necesitan del uno y del otro.³⁷

Bolívar, Manuela, Isaacs o Martí son protagonistas cuya heroicidad se explica en lo fundamental del cronotopo llamado siglo diecinueve. Son románticos entusiastas y, al

³⁵ Hayden White, “El siglo XIX como cronotopo”, en *La ficción de la narrativa*, Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, 2011, p. 425.

³⁶ No está por demás señalar que, de la correspondencia entre Bolívar y Manuela, algunas cartas están en el archivo de O’Leary y otras pertenecen al fondo de Carlos Álvarez Saá; de estas últimas, cabe decir, aún no han sido despejadas las dudas sobre su autenticidad.

³⁷ Madame de Staël, *ob. cit.*, p. 189.

mismo tiempo, tienen el carácter suficiente para llevar adelante las empresas libertarias de las que están convencidos. Sus vidas privadas están atravesadas y, si se quiere, supeditas a su vida pública; en cierto sentido, se podría decir, más bien, que sus vidas en función de la *res publica* son, en realidad, el centro de sus vidas personales en la medida en que han renunciado a lo personal en beneficio de la patria. Tanto el juramento de Roma, de Bolívar, el desafío político, en todo sentido, de Manuela Sáenz a la sociedad colonial, así como la desventura militar de Isaacs en Antioquia o la muerte de Martí en Dos Ríos, constituyen gestos que hablan del patriotismo, en el sentido de la entrega de la vida personal a la construcción de la patria en ciernes.

La figura de Jorge Isaacs, en particular, puede ser vista como la del héroe romántico que, pese a toda su entrega y combate por la causa de la libertad del ser humano, al final termina derrotado y solitario, tanto en su vida pública, política, cuanto en su bienestar privado, familiar. Isaacs transita de un conservadurismo heredado del núcleo familiar paterno a un liberalismo radical del que será un militante y difusor ideológico, y en él que se mantendrá hasta su muerte.

Isaacs lleva adelante una acción militar en Antioquia que le permite proclamarse por un par de meses como Jefe Civil y Militar de la plaza pero es derrotado por las fuerzas liberales que, años más tarde, pactarán de buen grado con los conservadores. Desde su derrota, Isaacs será perseguido por la restauración conservadora que jamás le perdonó ni el haberse cambiado al bando liberal ni menos el haber intentado tomarse el poder. En *La revolución radical en Antioquia* —un libro de coyuntura como editorialmente lo llamaríamos ahora— Isaacs fija su posición ante su fracasada revolución: argumenta desde los principios; describe las acciones de guerra; justifica jurídicamente su proceder; incluye varios escritos, suyos y de otros, declaraciones, volantes, etc., convirtiendo este libro en una polifonía de voces políticas. El análisis de

los hechos históricos, iluminados por este texto, me ha permitido acercarme al espíritu romántico que movió a Isaacs a una empresa política destinada al fracaso.

Asimismo, el recuento y análisis de las peripecias referidas a la valoración y rechazo que durante los años ha sufrido la novela *María*, la obra cumbre del romanticismo latinoamericano, me han permitido acercarme a ese vaivén del espíritu romántico que es objeto de veneración y vilipendio, según las generaciones que pretenden irrumpir en el espectro canónico con su estética propia. Desde la lectura moralista a que fue sometida *María* por el jesuita Pablo Ladrón de Guevara hasta la guerra ideológica y estética que le declararon los *Nadaístas*, pasando por una apoteosis de su autor y un juicio televisivo que le fue incoado a la novela y en el que la declararon culpable por ser “sensiblera, irreal y ajena a los ordenamientos de la razón”: el análisis de este recuento es el testimonio de cómo el espíritu romántico que rodeó la génesis de la novela ha conseguido extenderse mediante la supervivencia de la novela misma y generar similares controversias, a pesar del tiempo cultural que ha corrido, a las que la revolución romántica provocara en su momento. Y, por supuesto, todo este proceso de la novela a través de la historia me llevó al planteamiento de una “nueva vindicación” de *María*.

La condición trágica del héroe romántico parecería cumplirse al hablar de Jorge Isaacs, pero no por una actitud pesimista del poeta hacia la vida sino por las condiciones de abandono y pobreza, paradójicamente a pesar del éxito literario que tenía su novela, en las que vivió desde que, en 1880, fuera derrotado políticamente. Isaacs fue hasta el final de sus días un emprendedor más voluntarioso que realista y su búsqueda alucinante de riquezas, en las hulleras del Atlántico, lo llevó a esperar un resarcimiento económico que nunca llegó.

Isaacs vivió en cierto ostracismo como consecuencia de su derrota política y no fue capaz de sacar adelante ningún negocio particular. Cuando los liberales perdieron

definitivamente el poder frente a los conservadores, con la expedición de la Constitución de 1886, la vida del escritor se convirtió en una tortuosa lucha por mantener con cierta dignidad económica a su familia. A la muerte de Jorge Isaacs, el 17 de abril de 1895, el presidente Miguel Antonio Caro, que en la juventud había alabado su novela *María*, ni siquiera le concedió el mérito del reconocimiento de la nación, a un exponente fundamental de las letras colombianas, mediante el decreto de honras oficiales.

Autores de una nación en la política y en la palabra

No basta con el hecho de que un conglomerado humano imagine una nación para que ella exista en tanto comunidad. No basta tampoco con el dominio político de una clase social particular empeñada en convencer al resto de la sociedad acerca de su idea de nación para que esta exista. Ni siquiera basta con poseer un territorio que se considera propio, que se defiende de enemigos reales o supuestos, que se habita de suyo, para que la nación tenga existencia. La construcción de una nación es un proceso que requiere de todo lo dicho junto, y, además, del asentamiento en el espíritu de la comunidad de una tradición heroica y otra literaria que configuren una historia que devenga verdad de consenso en tanto real es la nación que las cobija.

El prócer y poeta guayaquileño José Joaquín de Olmedo (1780 – 1847), autor de uno de los poemas fundacionales de la literatura hispanoamericana *La Victoria de Junín. Canto a Bolívar* (1826), diputado en las Cortes de Cádiz (1812 – 1814) y primer vicepresidente de Ecuador (1830), escribió un didáctico “Alfabeto para un niño”³⁸, poema menor dentro de su producción literaria pero interesante, culturalmente hablando,

³⁸ José Joaquín Olmedo, *Poesías escogidas*, estudio introductorio y selección de Hernán Rodríguez Castelo, Guayaquil, Ariel, Biblioteca de Autores Ecuatorianos, # 40, sfe, pp. 140 – 143.

al momento de comprender el pensamiento que él proponía sobre la actitud cívica que debían tener los habitantes hacia la patria naciente.

Amor de patria comprende
cuanto el hombre debe amar:
su Dios, sus leyes, su hogar,
y el honor que los defiende.

En la cuarteta están señalados los elementos principales que, según este *escritor civil*, son necesarios para la construcción de la nación: en el primer verso, el concepto *patria* está unido al del *amor* que el hombre debe tener por la primera; se parte de lo básico: los habitantes de una patria deben amarla, es decir, entregarse a ella, fundirse en ella como si fuera el ser amado. Pero, ¿cómo amar a una entelequia, a una idea, a algo que, a primera vista, resulta un *artefacto cultural*? Olmedo fija la atención en la religión, la institucionalidad, la vida cotidiana y la tradición heroica; pilares ideológicos sobre los que se levanta el andamiaje del *espíritu de la patria*. Durante el siglo diecinueve, en Hispanoamérica, desde el periodo de las guerras de independencia hasta el advenimiento de la modernidad de fin de siglo, todo aquello estaba en proceso de construcción diferenciado pues las circunscripciones territoriales españolas tenían que dar paso a los nuevos países, a sus nuevos límites, y a su historia particular en medio de la historia común de tres siglos de coloniaje.

Se ha convertido en clásico el concepto desarrollado por Benedict Anderson, al estudiar el problema del nacionalismo, en su ensayo *Comunidades imaginadas*: “Así pues, con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de la nación: *una*

*comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana.*³⁹ Según él, es imaginada porque si bien los miembros de la comunidad no se conocen entre sí, en la mente de cada uno subiste la idea de su pertenencia comunitaria; es limitada porque está circunscrita a un territorio con fronteras finitas; es soberana porque se gobierna a sí misma a través del Estado; y es comunidad porque sus miembros se sienten unidos entre sí por lazos fraternales.

No obstante la claridad de la definición, habría que añadir, para efectos de este trabajo, que los fundadores de las naciones hispanoamericanas en el siglo diecinueve fueron protagonistas de procesos políticos durante los cuales ellos las pensaron, imaginando tradiciones que convertían a las patrias, desde un pasado heroico, en naciones, e imaginando formas presentes que las institucionalizaban como Estados. La palabra literaria, entonces, cumplió una tarea fundacional: se trataba de descubrir esa nación en ciernes mediante las imágenes de la poesía y los personajes y las situaciones de la narrativa. La palabra literaria construía una imagen de la nación en la que sus autores soñaban y por la que también luchaban en la arena política.

En el siglo diecinueve, los llamados *escritores civiles*, al mismo tiempo que institucionalizaban la nación desde el Estado, construían la imagen poética que le concedía una identidad cultural a la misma desde la literatura. Para ellos, la acción política y la escritura literaria fueron actividades que se complementaban, con las especificidades de cada una y no siempre sin conflictos, en sus vidas públicas y privadas. Esos *escritores civiles*, que hicieron de la política y la literatura sus pasiones vitales, al mismo tiempo que cantaron a la patria fueron sus autores, en el sentido de ser fundadores.

³⁹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* [1983], México DF, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 23. Énfasis añadido.

El escritor ambateño Juan León Mera (1832 – 1894) es uno de los intelectuales paradigmáticos del romanticismo americano. Ocupó casi todos los cargos de importancia en la vida política del Ecuador excepto el de presidente. También escribió la letra del Himno nacional, la primera novela ecuatoriana que puede ser considerada como tal⁴⁰ y fue precursor del relato indigenista; sistematizó la crítica de la poesía, estableció un poema escrito en quichua como el texto fundacional de la tradición poética del Ecuador y recopiló los cantares populares del país; publicó la primera antología moderna de la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz con un largo y elogioso estudio introductorio escrito por él y una serie de artículos sobre la educación de la época.

Mera, católico conservador, creía en una *nación plural* que incluyera a los pueblos originarios y que respetara y preservara sus lenguas, todo bajo el marco de la evangelización. Él mismo hablaba y traducía los textos de la poesía quichua al castellano y propuso el americanismo en la poesía, es decir, la introducción de temas locales, la apropiación de lo indígena, la inmersión en la naturaleza americana. Sus *Melodías indígenas* (1887) y *La virgen del Sol* (1861) son testimonios poéticos de sus afanes pues en dichos textos toma motivos y leyendas de los pueblos quichuas con el objetivo de construir un imaginario americano diferenciado de la literatura de la península. En una carta a Antonio Rubió y Lluch, fechada el 22 de diciembre de 1892, reforzaba lo que había escrito en la *Ojeada histórico – crítica sobre la poesía ecuatoriana* (1868) acerca del asunto luego de calificar como “desatinado” el pretender buscar los temas de nuestra literatura, “allá en ultramar”:

⁴⁰ Considero que *Cumandá* (1879) es la primera novela ecuatoriana aun cuando cierto sector de la crítica señala como primera a *La emancipada* (1863), de Miguel Riofrío. La razón de mi señalamiento radica en que *La emancipada* es más bien un cuento —a lo sumo, un *relato largo*, pues tiene aproximadamente 30 páginas—, y carece de la estructura y extensión de una novela que sí posee *Cumandá*. En un trabajo sobre la novela ecuatoriana del siglo XIX, Flor María Rodríguez – Arenas ha inventariado un grupo importante de textos con intención novelesca pero está pendiente todavía el estudio para definir si tales textos pueden ser considerados novelas, en el sentido moderno en que lo es *Cumandá*.

¿Para qué mendigar en casa ajena, si tenemos en la propia cuanto necesitamos? En la historia de los indios, en la de la conquista, en la de la colonia, en la de la independencia, y al Sur y al Norte, en todas partes abundan hechos históricos ó fabulosos, personajes de todo género, creencias que se levantan hasta la verdad ó descienden hasta lo absurdo, costumbres variadísimas y teatros admirables, que se prestan á los cantos del poema, al enredo de la novela, á los fantásticos caprichos de la leyenda y á los cuadros de distintos género para los cuales la pluma usurpa las habilidades del pincel. [...] Tratar asuntos americanos de manera americana, no juzgo sea cosa que no pueda hacerse: además de fácil, esto me parece necesarísimo.⁴¹

Olmedo y Mera son escritores fundacionales. El primero, al escribir el *Canto a Bolívar*, poetizó una gesta heroica de su presente dotándola de una tradición histórica que incluyó a los pueblos originarios. El segundo, con el conjunto de su obra, contribuyó a darle forma a la nación en ciernes al crear una tradición literaria incluyente. Asimismo, ambos fueron parte fundamental de la construcción de un territorio que requería una historia de sí para proyectar una imagen, una identidad diferenciada del resto de América y, al mismo tiempo, imbricada en ella. Ambos, a través de sus obras, construyen la imagería de la heroicidad de la nación y la imaginan una comunidad que incluye, en la categoría de connacionales, a todos los habitantes de su territorio. Olmedo y Mera se inscriben en el espíritu del siglo del que habla Esteban Echeverría:

⁴¹ Juan León Merca, “Carta al señor don Antonio Rubió y Lluch, en contestación á la suya sobre el americanismo en la poesía”, publicada como apéndice en la segunda edición de la *Ojeada histórico – crítica de la poesía ecuatoriana*, [1868], 2da. Edición, Barcelona, Imprenta y Litografía de José Cunill Sala, 1893, p. 602.

El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la Independencia, no sólo política sino filosófica y literaria; a vincular su gloria no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales y por consiguiente en la originalidad de sus artistas.⁴²

Olmedo y Mera también son intelectuales identificados con la acción política que ellos sienten que la patria les demanda. Actúan desde una ética del compromiso que los insta a la vida política, en muchas ocasiones a expensas de su vocación literaria pero siempre bajo el entendido de que ética y estética son un todo inseparable en la obra literaria y la función pública, de la misma forma que Martí lo entendía. Utilizando un concepto contemporáneo, ellos son *intelectuales comprometidos* en el sentido sartreano del compromiso; dicho *compromiso*, en el caso de ambos, no es una actitud adicional impelida por una ideología partidista sino que es parte consustancial de sus vidas en consecuencia con el imperativo del *amor a la patria*.

He tomado, de José Joaquín de Olmedo, el proceso de escritura de *La victoria de Junín. Canto a Bolívar*, como un texto que funda una tradición heroica para la patria americana enmarcado en la participación del propio Olmedo en la fundación del Estado ecuatoriano. De Juan León Mera arranco de un texto imprescindible al momento de hablar de la formación de una nación como es el Himno Nacional del Ecuador, cuya letra, que le pertenece, fue objeto de una larga disputa política para que cambie, eliminando las partes que pudiese ser “ofensivas” para España. Si Olmedo es el poeta que canta a la independencia en cuya gesta participa, Mera es el intelectual que construye

⁴² Esteban Echeverría, “Clasicismo y romanticismo”, en *Obras escogidas*, edición de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 55.

una tradición literaria y crítica para dotar de identidad a la nación ecuatoriana, de cuya vida política también forma parte.

Olmedo y Mera, por todo lo dicho, fueron conscientes de que su obra debía promover el *amor a la patria*, el mismo que ambos sentían por el naciente país llamado Ecuador, el mismo por el que ellos participaban en la vida política de la nación, el mismo por el que ellos hicieron de su vida una esfera privada signada por el compromiso ético para la construcción de la *res publica*. Ese compromiso ético con la nación en ciernes, transformado en constante acción política, es el mismo que nos permite llamarlos *cantautores del patria*.

Un siglo romántico, pese a todo

Miguel Rojas Mix, argumenta que resultaría demasiado esquemático señalar al siglo diecinueve con la etiqueta de *romántico*⁴³. Después de todo, el siglo diecinueve comienza con las ideas ilustradas y los estilos neoclásicos que se arrastran desde el XVIII y termina con el surgimiento del modernismo y del realismo, expresiones estéticas que se insertan en las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, bien vale señalar que las dos novelas que abren y cierra el XIX, *El periquillo sarniento* (1816) de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776 – 1827), y *De sobremesa* (escrita en ¿1895?, publicada de manera póstuma en 1925), de José Asunción Silva (1865 – 1896), tienen como héroes a un pícaro y a un cínico, respectivamente.

Al mismo tiempo, Rojas Mix indica que resulta correcto llamarlo *romántico* puesto que el espíritu de casi todos los escritores y artistas, sin importar la escuela o

⁴³ Miguel Rojas Mix, “La cultura hispanoamericana del siglo XIX”, en *Historia de la literatura hispanoamericana. Del Neoclasicismo al Modernismo*, Tomo II, Luis Íñigo Madrigal, coordinador, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 55.

movimiento literario al que adscriben, está ajustado a las preocupaciones románticas y las de su continuadora, la filosofía positivista. Estas tendencias, siempre siguiendo a Rojas Mix, que ya se encuentran en el pensamiento de Bolívar, a pesar de su formación neoclásica, están sintetizadas en la valoración del pasado, el ideal americanista y las identidades nacionales. A ellas habría que añadir las preocupaciones románticas fundamentales: “el reconocimiento de la naturaleza, el exotismo, la exploración de la sociedad, el sentimiento popular y la exaltación de la técnica y el progreso.”⁴⁴

Quizás por lo dicho anteriormente es que se ha gastado mucha tinta en discutir, por ejemplo, en qué poemas el cubano José María Heredia (1803 – 1839) es romántico y en cuáles todavía se muestra como un neoclásico; también en debatir el porqué el héroe indígena de una novela histórica de corte neoclásico como *Jicotencal* (1826) —atribuida, sin que exista ninguna prueba contundente, al mismo José María Heredia—, puede ser identificado como un *alma romántica* e, incluso, el porqué la categoría de romántico le alcanzaría a su antípoda, el cínico y descreído José Fernández, protagonista de la ya mencionada *De sobremesa*, de Silva. Si bien estos escritores no adscriben al romanticismo en tanto escuela literaria, sus poemas y personajes sí parecerían estar embebidos de dicho espíritu en cuanto este expresa una actitud cultural.

Para la mayoría de los escritores del XIX, incluso para aquellos que no estuvieron identificados con el romanticismo como tal, la exploración de la Naturaleza tuvo su acento en el *descubrimiento* del país naciente⁴⁵ y en la asunción de la contemplación de dicha naturaleza como una de las formas de lo sublime en términos americanos. El sentimiento patriótico, durante el período de la independencia, se tradujo en la búsqueda incesante del ideal de libertad, y durante la formación de las repúblicas, en la

⁴⁴ *Ibidem.*

⁴⁵ En este sentido es interesante, por decir lo menos, el planteamiento programático de un neoclásico como Andrés Bello tanto en su poema “Alocución la poesía” como en “La agricultura de la zona tórrida”, textos en los que, en una actitud típicamente romántica aunque en moldes neoclásicos, Bello propone un programa americano para la poesía, como veremos en el capítulo II.

modelización de la nación mediante la exaltación de las ideas de progreso y orden en oposición a la barbarie dictatorial, cuestión última que está representada en la metáfora central de ese relato de héroe romántico y escritura precursora del realismo que es *El matadero* (escrito en ¿1838?, publicado en 1871) del argentino Esteban Echeverría (1805 – 1851), quien sostenía que “el romanticismo no es más que el liberalismo en literatura.”⁴⁶ Es el mismo Echeverría quien habría de definir con mayor precisión lo que entendieron por romanticismo los escritores del siglo diecinueve latinoamericano y es esta definición la que sostiene el carácter polisémico de lo que estoy llamando en este trabajo el *espíritu romántico*:

La poesía romántica no es el fruto sencillo y espontáneo del corazón, o la expresión armoniosa de los caprichos de la fantasía, sino la voz íntima de la conciencia, la sustancia viva de las pasiones, el profético mirar de la fantasía, el espíritu meditabundo de la filosofía, penetrando y animando con la magia de la imaginación los misterios del hombre, de la creación y la providencia; es un maravilloso instrumento, cuyas cuerdas sólo tañe la mano del genio que reúne la inspiración y la reflexión, y cuyas sublimes e inagotables armonías expresan la humano y lo divino.⁴⁷

La mirada hacia lo popular, otra de las características del romanticismo, dio como resultado no solo algunas investigaciones sobre la tradición oral de nuestros pueblos originarios, como sucede en el caso de los trabajos de Juan León Mera, *Cantares del pueblo ecuatoriano*, y de Jorge Isaacs, *Estudios sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena*, o sobre la poesía de las nacientes repúblicas y sus orígenes, sino también la

⁴⁶ Echeverría, *ob. cit.*, p. 55.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 58.

irrupción en la literatura de una serie de personajes provenientes de sectores sociales representativos del pueblo, como quedó plasmado en los cuadros costumbristas de algunos capítulos de *María*, de Isaacs, en la descripción de los rituales indígenas en *Cumandá*, de Mera, o en esos textos, antesalas del indigenismo, como son la novela *Aves sin nido* (1889), de la peruana Clorinda Matto de Turner, y el cuento “Historieta” (1866), de mismo Mera. En la riqueza del trabajo intelectual y literario de nuestros románticos, en su pleno desarrollo durante el segundo tercio del siglo diecinueve, parecería cumplirse lo señalado por Madame de Staël en otro contexto:

La literatura romántica es la única que aún es susceptible de perfeccionarse; porque hundiendo sus raíces en nuestro propio suelo, es la única que puede crecer y vivificarse nuevamente; expresa nuestra religión, recuerda nuestra historia; su origen es remoto, pero no antiguo.⁴⁸

La veta sentimental estuvo llena de amores contrariados y sus héroes y heroínas fueron presentados como personajes apasionados, en muchos casos, que llegaron a sufrir la muerte por causa del amor, como, por ejemplo, en la ya citada *María*, o en el caso del negro esclavo protagonista de *Sab* (1841), de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, primera novela anti esclavista escrita en América. Sab se deja morir al darse cuenta de que el amor que él profesa a Carlota, que fuera su ama y con quien se ha criado en la misma casa, jamás será correspondido. Pero, al mismo tiempo, esta expresión del amor de Sab por Carlota no se queda enredada en *lo sentimental* sino que tiene un contenido político revolucionario y de género que se torna explícito en el largo monólogo del

⁴⁸ Madame de Staël, *ob. cit.*, p. 82.

esclavo antes de morir, quien llega a comparar las condiciones del sometimiento del esclavo y de la mujer en la sociedad patriarcal de la época:

¡Oh, las mujeres! ¡pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos, ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guía que su corazón ignorante eligen un dueño para toda la vida. El esclavo, al menos, puede cambiar de amor, puede esperar que juntando oro comprará algún día su libertad: pero lo mujer, cuando levanta sus manos enflaquecidas y su frente ultrajada, para pedir libertad, oye al monstruo de voz sepulcral que le grita en la tumba.⁴⁹

Los escritores del siglo XIX, en general, asumieron las tareas del *ideario romántico* correspondientes a un *poeta civil*, en la medida en que participaron en los procesos de constitución de los Estados nacionales y, al mismo tiempo, contribuyeron a la construcción de una literatura nacional. La caracterización del *poeta civil* la he profundizado en el capítulo segundo al hablar de *La victoria de Junín. Canto a Bolívar*, de José Joaquín de Olmedo. Casi todos los escritores latinoamericanos del siglo XIX participaron de la vida política durante el nacimiento de sus repúblicas, asumiendo de diversas formas los deberes del *poeta civil*. Esta asunción, cabe recalcar, la hacían como parte de una situación natural y en la que el *pensar* y el *hacer* estaban imbricados sin discusión alguna, como ya lo señalé en párrafos anteriores.

Si repasamos, aunque sea ligeramente, una lista un tanto arbitraria de los autores del siglo diecinueve en nuestra América, siempre los encontraremos en tareas políticas. José Joaquín Fernández de Lizardi, también conocido como el *pensador mexicano* —al

⁴⁹ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab*, prólogo y notas de Mary Cruz, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973, p. 316.

asumir como propio el nombre que le dio a su periódico—, abogó en su patria por la libertad de prensa en medio de la frustración sufrida por los liberales dada la corta vida de la Constitución de 1812 que fue derogada en 1814, luego del regreso de Fernando VII a España. José María Heredia y José Martí, vivieron evocando su tierra natal en su poesía y combatiendo, en el terreno político, por la independencia de Cuba; ambos lucharon desde el exilio, y el segundo, hacia finales de siglo, propuso, además, la construcción de *Nuestra América*, profundizando y ampliando la propuesta de Bolívar en términos ideológicos y también políticos. Tenemos a Esteban Echeverría y a Domingo Faustino Sarmiento, que fue presidente de Argentina, quienes expusieron las tesis de la confrontación entre *civilización y barbarie*, a partir de la idea liberal de progreso, y lucharon por el proyecto liberal y centralista de su país. En Ecuador, Juan León Mera que propuso una expresión americana para nuestra literatura, en su país fue todo lo que un intelectual paradigmático del siglo XIX puede ser, excepto Presidente de la República. La cubana Gertrudis Gómez de Avellanada y la peruana Clorinda Matto de Turner, precursoras en la denuncia del esclavismo y la explotación al indio, respectivamente; el chileno Alberto Blest Gana, que se dedicó a la carrera diplomática; el colombiano Jorge Isaacs, que participó sin fortuna en la lucha política de su país y a quien una pésima visión para los negocios lo mantuvo siempre en penurias económicas; y el mexicano Ignacio Manuel Altamirano, que guerreó contra los conservadores, que ejerció la diputación, y que se dedicó a difundir, didácticamente, sus ideas sobre la literatura nacional.

En un sentido general —ya sea por la preeminencia del trabajo político, ya por la del literario, ya por la combinación natural con la que ambos campos fueron asumidos—, casi todos ellos pueden ser considerados *patriotas* y ser patriota, en el siglo diecinueve, es vivir *apasionado por la patria*, o sea, ser una persona dispuesta a entregar su vida a

ella. Juan María Gutiérrez, uno de los fundadores de la crítica literaria en nuestra América, en un artículo de 1871, señala que “esta armonía fraternal entre el sentimiento de la belleza y de la libertad, esta santa conspiración del poeta y del ciudadano para conseguir la integridad de la patria inteligente y fuerte, es un espectáculo que consuela, que entusiasma...” y que está en la base de los orígenes de la literatura nacional argentina:

Las nacientes de nuestra poesía patria son, lo repetimos, purísimas como las aguas del manantial que brota de una colina virgen sombreada de mirtos y de palmeras, y rodean este cuadro sencillo todas las inocencias de forma, todas las experiencias de estilo que son de esperarse en una situación en que *los actores del gran drama de la revolución aprenden su papel al mismo tiempo que lo representan*. Pero estos artistas inspirados sienten dentro de sí el entusiasmo y el fervor del patriotismo, el odio por los mandones ineptos y codiciosos, y les hierve en el pecho la venganza de grandes ofensas causadas a la dignidad humana por la fuerza, el fanatismo y la injusticia.⁵⁰ [énfasis añadido]

Si el periquillo o el catrín de Fernández de Lizardi eran pícaros de una literatura neoclásica, el José Fernández de la novela *De sobremesa*, urbana y modernista, es un *bon vivant*, heredero de la tradición romántica —busca por toda Europa a una etérea Helena, a la que supone la mujer ideal y a quien ha visto fugazmente una vez— pero imbuido de cinismo, con ciertas ideas políticas fascistas, conquistador por el puro placer de la conquista y un esteta en todo sentido. El poeta Fernández es la antípoda del poeta Juan

⁵⁰ Juan María Gutiérrez, “La literatura de Mayo”, en *Historia y crítica*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2004, p. 151. Este artículo apareció en el # 8 de la *Revista del Río de la Plata*, en 1871, siendo sus directores Andrés Lamas, Fidel López y Juan María Gutiérrez.

Jerez, de la novela de Martí, y muy distinto al poeta Carlos, de *Cumandá*. Mientras estos dos últimos todavía tienen para la mujer amada una mirada casta, Fernández es un conquistador dado a los placeres carnales; mientras Juan cree en los deberes para con la patria, Fernández tiene una concepción utilitaria y cínica acerca del poder.

Ese pesimismo inherente al romanticismo europeo del que habla Argullol en su libro, no obstante, puede decirse que sí es heredado por nuestros modernistas, algunos de los cuales, fueron suicidas para quienes la muerte, “concebida antes como el vacío que acecha la vida” lo fue “como reafirmación de la esencia de la vida ante el vacío de la existencia”. En todo caso, no es aventurado decir que para nuestros modernistas, “el suicidio es arrojar al volcán para, en la aniquilación, reposar en el inalcanzable Único.”⁵¹ En un artículo escrito a propósito de la muerte de Emerson, José Martí delinea lo que puede ser entendido como su propia visión al respecto y que bien corresponde a la filosofía de Juan Jerez, héroe romántico de su novela *Lucía Jerez*, conocida también como *Amistad funesta*:

¿Y la muerte? No aflige la muerte a Emerson: la muerte no aflige ni asusta a quien ha vivido noblemente: solo le teme el que tiene motivos de temor: será inmortal el que merezca serlo: morir es volver lo finito a lo infinito: rebelarse no le parece bien: la vida es un hecho, que tiene razón de ser, puesto que es: sólo es un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres: mejor que rebelarse es vivir adelantando, por el ejercicio honesto del espíritu sentidor y pensador.⁵²

⁵¹ Argullol, *ob. cit.*, 446 – 447.

⁵² José Martí, *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*, edición crítica de Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, Barcelona, ALLCA XX, 2003, p. 191.

En la mañana del 23 de mayo de 1896, José Asunción Silva fue a visitar, en su consultorio médico, a su amigo Juan Evangelista Manrique y, luego de un examen rutinario, se hizo dibujar una cruz en la punta del corazón. A la noche de ese día, el poeta organizó una velada para unos pocos amigos con quienes departió alegremente. Al parecer, aún lo atormentaba el recuerdo del naufragio del vapor *Amérique*, en la madrugada del 28 de enero de 1895, suceso en el que salvó la vida pero perdió, según él mismo diría, “lo mejor de mi obra”: un libro de poesía listo para la imprenta, un conjunto de cuentos y la primera versión de la novela *De sobremesa*. Pero más que ese recuerdo, lo atormentaba la presión de los acreedores que ya no quería darle más plazo ante el fracaso del negocio de baldosines en el que se había metido. Los invitados se fueron hacia la medianoche y en la madrugada del domingo 24, sentado en la cama de su alcoba, cogió un viejo revólver que tenía y, presionando la punta sobre la cruz que tenía dibujada a la altura del corazón, se pegó un tiro. La cuenta bancaria tenía unos centavos en su haber y el último cheque que había girado, el día anterior a su muerte, fue para comprarle flores a su hermana menor.⁵³ En carta del 25 de mayo de 1896, Rafael Pombo les comenta a Ángel y Rufino Cuervo:

Suicidio ayer o anteanoche de José Asunción Silva, según unos por el juego de \$ 4.000 de viáticos de cónsul para Guatemala; por atavismo en parte, mucho por lectura de novelistas, poetas y filósofos de moda. Tenía a

⁵³ Los datos sobre la muerte de Silva constan el estudio introductorio de Fernando Charry Lara al libro de José Asunción Silva, *Poesía completa. De sobremesa*, prólogo de Gabriel García Márquez, Bogotá, Casa de poesía Silva, 2013, pp. 46 – 49. En *Cien años de soledad*, el coronel Aureliano Buendía, luego de firmar el armisticio, “a las tres y cuarto de la tarde se disparó un tiro de pistola en el círculo de yodo que su médico personal le había pintado en el pecho.” El médico después comentaría que esa era su obra maestra pues había marcado “el único punto por donde podía pasar una bala sin lastimar ningún centro vital.” (Ver Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad* [1967], Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1975, pp. 155 y 156).

mano el *Triunfo de la muerte* por D'Annunzio y otros malos libros.

Ignominioso, dejando solas una madre y una linda hermana, Julia.⁵⁴

La escritura de la novela *De sobremesa* cierra el siglo diecinueve —a pesar de su publicación tardía en 1925— cuando ya el poeta ha sido desplazado hacia su *torre de marfil* y el Estado nacional se ha consolidado. José Fernández se describe a sí mismo, como un aristócrata del espíritu, hastiado de la cotidianidad, que lleva cuatro almas dentro de sí: “la de un artista enamorado de lo griego, y que sentía con acritud la vulgaridad de la vida moderna; la de un filósofo descreído de todo por el abuso de estudio; la de un gozador cansado de los placeres vulgares, que iba a perseguir sensaciones más profundas y más finas, y la de un analista que las discriminaba para sentirlas con más ardor...”⁵⁵ En *De sobremesa*, la patria y el amor, sujetos de la pasión de los espíritus, ya son rarezas del pasado; su autor se quitó la vida sin dejar una carta de despedida, pero su gesto de adiós es el testimonio de ese desplazamiento social del poeta que solo encontraba su lugar de existencia en la *torre de marfil* de la poesía.

Hoy en día, viviendo en una posmodernidad que desdeña el sentido de lo nacional a favor de una pertenencia cosmopolita, la idea de *amor a la patria* tal vez no solo que nos dice muy poco sino que, de alguna manera, se ha convertido para la actual escala de valores ideológicos en un concepto obsoleto y de connotaciones negativas. De alguna manera se ha convertido en un clisé, a partir de ciertas expresiones de los intelectuales que han tenido una vida trashumante por causa de los exilios de todo tipo, el negar al lugar de nacimiento como el territorio de la patria y, en término metafóricos, se ha

⁵⁴ Rafael Pombo, “Carta a Ángel y Rufino J. Cuervo, del 25 de mayo de 1826”, en *Documentos relativos a José Asunción Silva*, del libro José Asunción Silva, *Poesía y prosa con 44 textos sobre el autor*, edición a cargo de Santiago Mutis Durán y J. G. Cobo Borda, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. La carta está citada de la edición digital en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/387/1/DOCUMENTOS.html#2c>

⁵⁵ José Asunción Silva, *ob. cit.*, p. 447.

trasladado el concepto de patria hacia la lengua en la que se escribe.⁵⁶ Es un viejo escritor, más apegado a la *poesía social*, el brasileño Lêdo Ivo (1924 – 2012), quien ha contradicho tal aseveración en su poema “Mi patria”, en clara confrontación a Pessoa:

Mi patria no es la lengua portuguesa.

Ninguna lengua es la patria.

Mi patria es la tierra blanda y pegajosa donde nací
y el viento que sopla en Maceió.⁵⁷

Pero, en el siglo diecinueve, el *amor a la patria* podía considerarse una actitud ética y cívica que movía a la lucha por los ideales políticos de la modernidad: libertad, igualdad, fraternidad. El *amor a la patria* era excluyente únicamente de la tiranía que sojuzgaba a la patria en la que se había nacido y, más que todo en América, carecía de connotaciones expansionistas; el *amor a la patria* era abarcador y homogenizaba, bajo el proyecto de las clases dominantes, a todos los habitantes del territorio sobre el que la nación se institucionalizaba a través del Estado. Cuando desarrolla sus ideas sobre el patriotismo y el racismo contemporáneos, Benedict Anderson nos llama la atención sobre las características positivas del *amor a la patria*:

⁵⁶ El colombiano de nacimiento y mexicano de naturalización, Fernando Vallejo (Medellín, 1942), al recibir, en noviembre de 2011, el premio Feria Internacional del Libro en Lenguas Romances, de Guadalajara, declaró: “Mi patria es la lengua española”. El poeta argentino Juan Gelman (Buenos Aires, 1930), declaró al recibir el premio Cervantes en 2007: “Mi patria es la lengua”. Un ejemplo muy anterior lo tenemos en *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, de Fernando Pessoa (Lisboa, 1888 – 1935): “No tengo ningún tipo de sentimiento político o social. Tengo, sin embargo, en un sentido, un sentimiento altamente patriótico. Mi patria es la lengua portuguesa. No me pesaría que invadiesen o tomaran Portugal, siempre que no me molestasen personalmente. Pero odio, con odio verdadero, con el único odio que siento, no a quien escribe mal portugués, no a quien no sabe sintaxis, no a quien escribe en ortografía simplificada, sino a la página mal escrita, como a persona propia, a la sintaxis equivocada, como a gente a la que golpear, a la ortografía sin ípsilon, como el escupitajo directo que me enoja independientemente de quien lo haya escupido.” (Barcelona, Seix Barral, 1997, p. 26). Y sin embargo, como afirma Anderson, en la introducción al libro que de él estoy citando: “En efecto, la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo.” (p. 19)

⁵⁷ Lêdo Ivo, *Estación final. Antología de poemas 1940 – 2011*, Ibagué, Caza de libros, 2012, p. 176.

En una época en que es tan común que los intelectuales progresistas, cosmopolitas (¿sobre todo en Europa?) insistan en el carácter casi patológico del nacionalismo, su fundamento en el temor y el odio a los otros, y sus afinidades con el racismo, convendrá recordar que las naciones inspiran amor, y a menudo un amor profundamente abnegado. Los frutos culturales del nacionalismo —la poesía, la literatura novelística, la música, las artes plásticas— revelan este amor muy claramente en miles de formas y estilos diferentes.⁵⁸

Mi punto de partida es el concepto de *escritor civil* en el siglo diecinueve. Se trata de un intelectual que lo mismo participa de la vida política de la nación en ciernes que de la vida literaria y sus tertulias, y que sabe que la obra, en parte por la herencia de su formación neoclásica, debe contribuir a la educación de sus compatriotas y, al mismo tiempo, que la obra, dada su adhesión intelectual al romanticismo, es otra de las formas de expresión de la libertad del individuo como la más alta conquista de la libertad nacional. José Martí, parecería legarnos el sentir de un poeta comprometido con la política de su patria en la frase final de su carta inconclusa a Manuel Mercado, línea de la que se desprenden resonancias románticas: “Hay afectos de tan delicada honestidad...”⁵⁹

Bogotá, 28 de junio de 2014

⁵⁸ Anderson, *ob. cit.*, p. 200.

⁵⁹ Martí, *ob. cit.*, p. 212.

Capítulo I

Bolívar y Manuela, los patriotas amantes

1

El “Juramento de Roma”, del voluntarismo alucinante a la lucha por la libertad

El caminante, trepado sobre la roca de la montaña con la melena al capricho del viento de las alturas, contempla un mar de niebla que copa el paisaje delante de sus ojos. Su mirada poética transforma la naturaleza en arte y el genio creador lo vuelve dueño de lo que mira y de la conversión de sus sueños en camino a ser andado. El espectador, a las espaldas del hombre que está en el centro del cuadro, puede ubicarse en el lugar que ocupa el personaje de *Der Wanderer über dem Nebelmeer* (“El caminante ante un mar de nubes”, óleo sobre lienzo, 74,8 x 98,4 cm, 1818) de Caspar David Friedrich (1774 – 1840). ¿Cuál es la oración que emerge de ese manto que difumina las fronteras entre lo imaginado y lo real? La naturaleza aún es retrato de lo indómito y el ser humano se extasía frente a ella.

El caminante se entrega al arrobamiento frente a lo sublime. Los románticos son voluntaristas y consideran que los elementos creativos del individuo son suficientes para transformar la realidad. ¿Qué siente ese sujeto, con rostro visible únicamente para el paisaje, absorto frente a esa naturaleza bañada de elementos oníricos que supera los esquemas de la razón? La conciencia del individuo opera de manera libérrima y se desplaza por entre la niebla sin más límite que el de su propia imaginación. ¿Estuvo de

esa manera Simón Bolívar cuando, desde la cima de una de las colinas de Roma, juró consagrar su vida a la causa de la independencia de Hispanoamérica? ¿Será cierto que la libertad existe únicamente en el sueño de los hombres?

En la pintura de Friedrich, el destino del individuo parecería abrirse, inconcluso e incierto, a las realizaciones del espíritu del ser. ¿Estaba convencido Bolívar, en cambio, de que poseía un *destino manifiesto* para liderar la lucha por la libertad de los pueblos americanos? Como si estuviera frente a un imaginario mar de niebla, Bolívar ve hacia las ruinas romanas y medita: “¿Con que este es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miseria su cuna.”⁶⁰ ¿Cuál es el arrebató espiritual, *tormenta y pasión*, que lleva a un individuo a plantearse una tarea épica que requiere la participación de miles de voluntades y la exposición del ideal de la vida ante la realidad de la muerte?

El mérito de la realización del destino de Bolívar, el héroe guerrero, fue reconocido por José Martí, en julio de 1889, en el primer número de *La Edad de Oro*. Las palabras del cubano son un brillante razonamiento sobre la siempre conflictiva relación entre el papel del individuo heroico en la historia y el papel que les corresponde a los pueblos, en tanto que son conglomerados organizados que forjan sus propios destinos. Martí escribe sobre Bolívar para presentarlo a los niños y jóvenes lectores de su revista como un ejemplo digno de imitar; en este contexto sus palabras son apologéticas y en otros escritos insiste en la idea de que a los héroes se les perdona sus flaquezas por cuanto lo que han hecho de bien para su patria superara en mucho los errores que hubiesen cometido. Martí siempre confió en el papel del pueblo para la construcción de la patria pero también tuvo claridad acerca de la necesidad que tiene ese mismo pueblo

⁶⁰ Simón Bolívar, “Juramento de Roma”, en *Doctrina del Libertador* [1976], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2009, p. 3.

de individuos que sean capaces de organizar el anhelo popular y convertirlo en acción política revolucionaria.

Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nada más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba.⁶¹

El 15 de agosto de 1805, Simón Bolívar, un viudo de veintidós años en frente de su maestro Simón Rodríguez, pasa revista a las realidades políticas de la antigua Roma. El discípulo y el maestro están compenetrados de la cultura de la ilustración pero ambos vislumbran el nuevo espíritu de los nuevos tiempos. Si bien el juramento nos llega a través de la escritura del texto que hace Simón Rodríguez hacia 1850, no hay duda de la existencia del momento ceremonial en sí mismo, pues el propio Bolívar se lo recuerda a su maestro en la carta de Pativilca, de enero de 1824. A fin de cuentas, resulta razonablemente verosímil aceptar el postulado de que Simón Rodríguez es un testigo confiable, que recogió lo esencial de los criterios que expresó Bolívar en aquella ocasión, aunque aceptemos que la escritura del texto del juramento esté impregnada del estilo propio del maestro.

Bolívar admira lo que la historia le ha enseñado del mundo clásico pero también es consciente de las limitaciones éticas y políticas de aquel mundo. No se conforma con

⁶¹ José Martí, “Tres héroes”, en *Simón Bolívar, aquel hombre solar*, La Habana, Casa de las Américas, 1982, p. 40. El texto de Martí habla también sobre el cura Miguel Hidalgo (1753 – 1811) y José de San Martín (1778 – 1850).

la herencia cultural que lo ha construido hasta ese momento. Habla desde su educación clásica, embebido del voluntarismo romántico de su espíritu, arrebatado como si fuese un caminante que se detiene, en la cima de una montaña, frente a un mar de niebla para tratar de entender *la tormenta y la pasión* que bullen en su espíritu. Es el carácter de Bolívar el que se autoimpone un destino heroico, no entendido como un futuro predeterminado sino como la realización de un ideal que el genio alcanzará con la brega apasionada en medio de la tormentosa gesta que habrá de vivir. Su revisión de la historia de Roma es severa y está impregnada de la ética del héroe que percibe desde ese momento de éxtasis el objetivo de su genio:

Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza.⁶²

Walter Benjamin, en su reflexión sobre “Destino y carácter”, parte de la creencia común de que tanto el destino como el carácter están en relación causal, siendo que “el carácter es definido como una causa del destino.”⁶³ Benjamin va desarmando la creencia para negarla y plantear que hay necesidad de separar ambos elementos de tal forma que sean percibidos como divergentes; así “donde hay carácter no habrá destino, y en el

⁶² Bolívar, *ibídem*.

⁶³ Walter Benjamin, “Destino y carácter”, en *Ensayos escogidos*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1967, p. 131.

cuadro del destino no se encontrará carácter.”⁶⁴ E insiste en la necesidad de sacar a ambos conceptos del campo religioso y ético en el que, respectivamente, han sido colocados de manera errónea así como insiste en la destrucción de la conexión que, aparentemente, existiría entre ambos.

Pero Bolívar posee un espíritu romántico y, por tanto, la misión sagrada que tiene por delante es para él una suerte de *imperativo ético*. Él se siente en la cima de la montaña y es así como ve con claridad lo que ha de venir, atravesando el mar de niebla, más allá del sueño, en vigilia permanente. Él está seguro de que le basta la voluntad de su espíritu apasionado en medio de la tormenta para conseguir aquello que se propone sin que naufrague. Para ello, cada palabra y cada gesto y cada acto debe contribuir a la construcción de la historia del nuevo género humano en contraposición con un mundo viejo que ya no es capaz de realizar el anhelo de libertad. Bolívar condena moralmente al mundo del pasado por su incapacidad para hacer del ser humano un espíritu que viva en libertad y propone al mundo nuevo, ese que él está destinado a guiar, como el espacio donde habrá de realizarse el anhelo de los libres.

La civilización que ha soplado del Oriente, ha mostrado aquí todas sus faces, ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo.⁶⁵

Bolívar, el héroe, se nos presenta en todo el esplendor de quien empieza la jornada vital e histórica: frente a la naturaleza, en la cima de la montaña, dominando el

⁶⁴ *Ibidem*, p. 132.

⁶⁵ Bolívar, *ibidem*, p. 4.

horizonte, abarcando de una mirada el cielo proyectado al infinito; frente a la historia, inspeccionado las ruinas de una Roma que ya no tiene el esplendor de antaño e interpretándolas como símbolo del paso inexorable del tiempo y de la permanencia de la memoria; frente a su destino, construido con la proclama de su juramento, en el instante de la ensoñación. Se trata de un momento sublime, en el sentido de que toda la racionalidad que acompaña al maestro y al discípulo está siendo desbordada por la emotividad de las palabras. Un instante en el que discípulo y maestro se conjugan con la naturaleza y la visión que, desde el monte Sacro, mira al mundo viejo representada por Roma y sus ruinas:

¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad el poder español.⁶⁶

El héroe todavía no es un guerrero pero sabe que deberá asumir tal condición para cumplir con su destino heroico; este hombre joven que jura ante su maestro es todavía un héroe en ciernes, un individuo anónimo que, bañado del esplendor de la naturaleza, se compromete por una causa que habrá de procurarle su sitio en la gloria. Víctor Hugo, hablando de Shakespeare, dijo que “lo propio de los genios de primer orden es que cada uno de ellos produce un ejemplar del hombre.”⁶⁷ Como el caminante de Friedrich, sobre el monte coronado, Bolívar, desde una de las siete montañas que rodean Roma, domina el paisaje y parecería andar por sobre el mar de niebla para conseguir en lontananza una visualización de su sueño libertario y convertirse así en el genio del siglo.

⁶⁶ *Ibidem.*

⁶⁷ Víctor Hugo, “Shakespeare”, en *Manifiesto romántico*, Barcelona, Ediciones Península, 1971, p. 125.

Embebido del ímpetu romántico, Bolívar utiliza un lenguaje cargado de pasión y fervor libertario en sus escritos políticos. En ellos está presente el carácter del justiciero y la consciencia de un destino con los que el héroe impregnó el “Juramento de Roma”. Años más tarde, en 1825, Bolívar dirá de sí mismo que es *el hombre de las dificultades* y es que para el cumplimiento del destino que se ha impuesto, el héroe tiene necesidad de confrontar a todo y a todos: los obstáculos de los hechos militares y políticos se levantan como impedimentos; las confrontaciones con otros dirigentes se multiplican y para nuestro héroe aquellas son formas de enfrentamientos entre la virtud y las ambiciones inconfesables.

Según la biografía de Gerhard Masur, en los años anteriores al juramento, Bolívar era un joven viudo que se consolaba de manera mundana en los salones de baile de Madrid y Paris, donde conoció a la que sería su amante, Fanny du Villars. Estando en Paris, recibió una invitación de parte del embajador de España para asistir a la coronación de Napoleón, que tuvo lugar en la catedral de Notre Dame, el 2 de diciembre de 1804. Parecería que la primera reacción de Bolívar fue la de rechazar tal invitación por cuanto la coronación como emperador de quien era su modelo de héroe guerrero y estadista hería su espíritu republicano. Masur afirma que, para entonces, Bolívar “había devorado” a Montesquieu, Voltaire y Rousseau. A partir del testimonio de O’Leary en sus *Memorias*, Masur señala también que a Bolívar “le fascinaron dos grandes pensadores del siglo XVII: Hobbes y Spinoza. El espíritu independiente del primero y el republicanismo del segundo, y ambos con un sentido realista de la política, ejercieron gran influencia en el pensamiento del sudamericano.”⁶⁸ No obstante sus objeciones ideológicas, según Masur que cita el *Diario de Bucaramanga*, de Luis Perú de Lacroix,

⁶⁸ Gerhard Masur, *Simón Bolívar* [1948], Bogotá, FICA, 2008, p. 58.

el que sería el Libertador sí estuvo en la ceremonia de coronación de Napoleón. En la entrada del 10 de mayo de 1828, Lacroix copia las palabras de Bolívar:

Vi en Paris, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía las ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría quien lo libertase; pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba!⁶⁹

Bolívar siempre admiró a Napoleón pero evitaba alabarlo en público, y más bien lo criticaba y tachaba de tirano y déspota, puesto que temía que sus enemigos políticos en Colombia dijese que él quería imitarlo en asuntos como la autoproclamación como emperador o rey. Bolívar estaba seguro de que si alababa a Napoleón, sus enemigos dirían que él se proponía la creación de un Estado militar y una nobleza conformada por los generales cercanos a él. En el *Diario*, Lacroix, anota en la entrada del 26 de mayo de

⁶⁹ Luis Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, [1924], Bogotá, FICA, 2012, p. 79.

1828: “No dude usted de que esto hubiera sucedido si yo me hubiera mostrado, como lo soy, grande apreciador del héroe francés; si me hubieran oído elogiar su política, hablar con entusiasmo de sus victorias, preconizarlo como el primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio.”⁷⁰

La caída de la Primera República de Venezuela se consuma con la capitulación de Francisco de Miranda, entre el 24 y el 25 de julio de 1812. Vendrá enseguida el controversial episodio, acaecido entre la noche del 30 y la madrugada del 31 de julio, en el que Miranda es reducido a prisión por el entonces coronel Bolívar y algunos oficiales jóvenes del ejército patriota, en La Guaira. Algunos historiadores sostienen que Bolívar entregó a Miranda a los españoles; otros, que habiendo el ejército realista entrado en La Guaira, encontró preso a Miranda pues los patriotas, en inferioridad de condiciones, decidieron replegarse. Este suceso constituye, por así decirlo, una representación del estadio sombrío del héroe romántico: ese elemento inexplicable que, en perspectiva, contribuye a construir una imagen humanizada de quien tendrá la tendencia a ser mitificado como si fuera un santo laico.

Carlos Marx, en un bilioso artículo escrito por encargo del editor Charles Dana para la *New American Cyclopedia* —más que *sobre* Bolívar, parece haber sido escrito en *contra* de Bolívar, con un tono cargado de prejuicios que no corresponde en nada al estilo más bien informativo que por lo general tiene una enciclopedia—, narra el episodio de tal manera que de forma bastante inexacta, por decir lo menos, dibuja a Bolívar como si fuera traidor y oportunista. No se conoce cuáles fueron las fuentes de Marx pero el artículo es desmesuradamente “anti-Bolívar” pues en cada suceso de su vida política y personal aparece pintado desde el peor ángulo posible. Cito este artículo *in extenso* justamente porque la carga negativa que lleva encima permite tener en cuenta que los

⁷⁰ *Ibidem*, p. 116.

héroes son personajes complejos, capaces de generar grandes pasiones al momento en que alguien opina sobre ellos:

El 30 de julio llegó Miranda a La Guaira, con la intención de embarcarse en una nave inglesa. Mientras visitaba al coronel Manuel María Casas, comandante de la plaza, se encontró con un grupo numeroso, en el que se contaban don Miguel Peña y Simón Bolívar, que lo convencieron de que se quedara, por lo menos una noche, en la residencia de Casas. A las dos de la madrugada, encontrándose Miranda profundamente dormido, Casas, Peña y Bolívar se introdujeron en su habitación con cuatro soldados armados, se apoderaron precavidamente de su espada y su pistola, lo despertaron y con rudeza le ordenaron que se levantara y vistiera, tras lo cual lo engrillaron y entregaron a Monteverde. El jefe español lo remitió a Cádiz, donde Miranda, encadenado, murió después de varios años de cautiverio. Ese acto, para cuya justificación se recurrió al pretexto de que Miranda había traicionado a su país en la capitulación de La Victoria, valió a Bolívar el especial favor de Monteverde, a tal punto que cuando el primero le solicitó su pasaporte, el jefe español declaró: “Debe satisfacerse el pedido del coronel Bolívar, como recompensa al servicio prestado al rey de España con la entrega de Miranda.”⁷¹

En 1977, el historiador cubano Francisco Pividal Padrón, en un libro que presenta a Bolívar como un precursor del antiimperialismo, explicó el suceso de la prisión de Miranda enmarcándolo en la situación política y militar que estaban viviendo los

⁷¹ Carlos Marx, “Bolívar y Ponte” [1858], *Archivo Marx – Engels*, <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/58-boliv.htm>.

patriotas durante la caída de la primera república. Pividal señala que los actantes eran combatientes que estaban expuestos a la muerte y requerían eliminar los obstáculos que se levantaban en contra de la causa independentista. Para ello, requerían “arrestar a Miranda y quizás hasta fusilarlo para continuar la guerra y salvar a la patria o salvarse ellos.” Para negar la afirmación de los “calumniadores del Libertador”, el historiador cubano llama la atención sobre el hecho que Leandro y Francisco, los hijos de Miranda, “viajaron desde Inglaterra para servir lealmente bajo las órdenes del ilustre caraqueño.” Pividal, además, cita a José Martí que, en un artículo de 1881 sobre el patriota venezolano Miguel Peña Páez, delineó una postura histórica sobre el evento mucho más analítica que la de Marx acerca de las contradicciones de las facciones patriotas en su lucha contra el dominio español:

Miranda, que en su capitulación con Monteverde desconoció el valor continental e inextinguible de las fuerzas que estaban en sus manos, no cometió más falta que ésta. Era él anciano, y los otros jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia ellos; quebraron al fin el freno que de mal grado había tascado, y creyeron que castigaban a un traidor, allí donde no hacía más que ofender a un gran hombre.⁷²

Meses después de este malhadado episodio, el 15 de diciembre de 1812, Simón Bolívar dirige una “memoria” a los ciudadanos de Nueva Granada desde Cartagena de Indias. En ella analiza políticamente las causas de la caída de la primera república venezolana con el objeto de prevenir a los granadinos de cometer los mismos errores y, al

⁷² Francisco Pividal, *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, p. 77. Este libro, junto al de Miguel Acosta Saignes, fue Premio Extraordinario de Ensayo “Bolívar en Nuestra América”, otorgado por la Casa de las Américas en 1977.

mismo tiempo, de corregirlos en función de recobrar la libertad de Venezuela. En el llamado “Manifiesto de Cartagena”, Bolívar invoca su condición de combatiente por la independencia que está cumpliendo su misión en medio de una derrota militar:

Yo soy, granadino, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos Estados.⁷³

Un párrafo posterior de esta memoria condensa, magistralmente desde el punto de vista analítico, los elementos que Bolívar desarrolla en el manifiesto para explicar la caída de la primera república. En el escrito, el héroe se muestra un político de ideas prácticas para la consecución de la independencia y, al mismo tiempo, un hombre lúcido para el análisis, capaz de desentrañar los elementos de una realidad que le es adversa en una coyuntura. El héroe que conduce una causa, basado en principios altos, pletórico de fe romántica en su genio y en su destino, es capaz también de desentrañar la realidad política en función de alcanzar el ideal que se ha propuesto sin dejarse arrastrar en ese momento por la subjetividad cargada de voluntarismo.

De lo referido se deduce que entre las causas que han producido la caída de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la naturaleza de su constitución, que, repito, era tan contraria a sus intereses como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu de misantropía que se

⁷³ Bolívar, “Manifiesto de Cartagena”, *ibídem*, p. 10.

apoderó de nuestros gobernantes. Tercero: la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la República y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto: el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro.⁷⁴

Existe una famosa anécdota sobre la actitud de Bolívar durante el terremoto de Venezuela que ocurrió el 26 de marzo de 1812, justo en la celebración del Jueves Santo. La anécdota da cuenta del voluntarismo de Bolívar para confrontar las dificultades y de cómo su espíritu, que si bien estaba formado en los cánones básicos de la Ilustración, ya pertenecía plenamente al romanticismo que procuraba lo nuevo en libertad. Es sabido que el terremoto fue utilizado por los clérigos realistas para predicar que se trataba de un castigo divino por cuanto el pueblo se había sublevado contra la autoridad de Fernando VII. Es sabido también que Bolívar, sin tener ningún cargo oficial organizó algunas tareas de rescate y de atención emergente en una Caracas devastada. La historiadora francesa Gilette Saurat cita a Bolívar quien, con un estilo directo, narra la historia en primera persona:

El día del temblor de tierra..., yo trepaba por un montón de escombros, en dirección al sitio de donde salían llantos y llamados de socorro, cuando me encontré delante de José Domingo Díaz, el furibundo españolizante, el cual apenas me vio, dijo en su habitual tono desabrido:

⁷⁴ *Ibidem*, p. 16.

—Vamos, Bolívar, parece que ¡hasta la naturaleza se pone del lado de los españoles!

—Si la naturaleza se opone a nosotros —le respondí yo furioso—, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.⁷⁵

Incluso el tono analítico que recorre la casi totalidad del “Manifiesto de Cartagena” no impide que, el último párrafo, Bolívar, al dirigirse a los granadinos para que contribuyan a recuperar la libertad de Venezuela, invoque otra vez los principios, los ideales y el anhelo de libertad en términos llenos de fuerza poética. Las imágenes del dolor del prisionero, de los lamentos que aguardan consuelo, de las muertes que claman venganza, de la esperanza que requiere para sobrevivir el agonizante, constituyen la fuerza de la demanda patriótica. Bolívar, como todo héroe con un destino glorioso, se compadece de las víctimas de la opresión, de aquellas por las que ha jurado entregar los trabajos de su existencia.

Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros [los granadinos de Cartagena]; no burléis su confianza; no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido, y libertad a todos.⁷⁶

En el transcurso de su vida de estadista y guerrero, Bolívar afirma sus principios y va desarrollando una visión política pragmática en el campo de la acción pero siempre sustentada en el ideal libertario acerca de la realidad que se siente llamado a transformar.

⁷⁵ Gillette Saurat, *Bolívar, el Libertador*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1987, p. 143.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 19.

Al haber consagrado la vida a una causa, esta última se convierte en un *leit motiv* para seguir avanzando por entre la niebla mientras que otros se paralizan ante ella: una vez que el destino ha sido marcado, el carácter del héroe impele al sujeto que mira el paisaje para que deje de ser contemplativo y se convierta en un hombre de acción. Heredero de la Ilustración, formado en ella cuando joven, Bolívar es un héroe reflexivo; en él, la acción va precedida de la reflexión sobre lo que habrá de ejecutar. Tiene una visión que engloba el conjunto de la realidad sobre la actúa.

La “Carta de Jamaica”, fechada en Kingston, el 6 de septiembre de 1815, es un documento fundamental para entender la visión del héroe sobre nuestra América. En dicha carta, Bolívar analiza la coyuntura en la que se halla la patria que habrá de liberar y, al mismo tiempo, recorre el pasado histórico que la ha constituido y proyecta lo que habrá de ser la América liberada. La carta es un testimonio más de que para Bolívar la tarea libertaria autoimpuesta desde la cima de uno de los montes que rodea Roma fue un destino por cuyo logro trabajó sin amilanarse en cada momento de su existencia. A pesar de su pertenencia a la aristocracia criolla de Caracas, Simón Bolívar desarrolló un profundo sentimiento antiespañol que se explica en la medida en que el destino del héroe era la liberación de nuestra América. En la “Carta de Jamaica”, Bolívar da cuenta de una situación espiritual que evidencia el carácter que lo empujaría hacia la gloria, que puede ser entendida, según lo señalara Marx en el *Manifiesto comunista*, como el rechazo de un sector consciente de una clase para con el dominio de su propia clase.

El suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que unía a la España está cortado; la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las enlazaba, ya las divide;

más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países.⁷⁷

Nuevamente estamos ante una imagen magnificente. Bolívar hizo su juramento desde una de las colinas que rodean a Roma: contemplando la ciudad desde lo alto, con la mirada atenta que lo abarcaba todo, con el pensamiento crítico sobre la historia que aquella ciudad arrastra por siglos, con la idea encendida de un destino heroico que estuvo dispuesto a asumir con la fuerza de su carácter. En la “Carta de Jamaica”, la montaña ha cedido su lugar al mar como expresión simbólica de la lucha inmensurable que habrá de emprender. El *odio*, aquí, es un sentimiento político que enmarca la situación subjetiva de la lucha independentista. La Naturaleza, en la imagen del mar, se muestra grandilocuente para representar el estado del espíritu de los patriotas. Bolívar remarca con el símil de un imposible natural la situación irreversible de la lucha contra España. La expresión de *odio* revela la imposibilidad de la reconciliación con quien se ha definido como el opresor del espíritu libre de los americanos. Desde el monte romano al mar de Jamaica, la naturaleza se funde con el espíritu de Bolívar, el héroe que lucha por la independencia de América como la realización plena de su destino y gloria.

Pero la tarea de la independencia no era suficiente para la consecución del destino heroico. Bolívar tenía la clarividencia del alucinado y, en medio del análisis al que somete la realidad que le toca transformar, se plantea la necesidad de pensar lo que habrá de ser el Nuevo Mundo después de su independencia aunque aquella era, en ese momento, una tarea aventurada frente a lo desconocido, y, en términos de realización, una nueva dificultad. Él expone la consciencia del instante en que está viviendo

⁷⁷ Bolívar, “Carta de Jamaica”, *ob. cit.*, p. 67.

reconociendo la relación conflictiva entre la tradición política heredada de Europa y lo nuevo que ya emerge de la propia realidad americana: “Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil.”⁷⁸

¿De qué se trata ese *pequeño género humano*? Bolívar es consciente de su condición étnica y de clase; sabe, por lo tanto, que no representa a los indígenas y que, al mismo tiempo, ha roto todo vínculo con España. El *pequeño género humano* es, en cierta forma, un ser humano nuevo como producto del mestizaje del Nuevo Mundo. El voluntarismo del romántico otra vez se sobrepone, desde la escritura, a las contradicciones y percibe el nacimiento de lo original y novedoso en medio de los males ancestrales. Pero el voluntarismo de Bolívar está, de todas maneras, anclado a un análisis político de la realidad que lo lleva a definir la situación de su ser social con todos sus límites: “...no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores.”⁷⁹

Y, más allá de las vicisitudes que describe y vislumbra en la “Carta de Jamaica”, Bolívar tiene claridad acerca de su sueño político, cuya realización no considera posible en el momento en que escribe aunque sabe que su coronación sería gloriosa. Esta manera de trabajar las dificultades desde la reflexión teórica, formada en la herencia racionalista, marcada por los ideales que parecen imposibles, bañada de espíritu romántico, que se van ajustando a los resultados de la acción política, convierten a Bolívar en el héroe que supera constantemente las dificultades en pos del destino que se ha marcado desde

⁷⁸ *Ibidem*, p. 73.

⁷⁹ *Ibidem*, pp. 73 – 74.

cuando realizó el “Juramento de Roma”. Bolívar es consciente de las limitaciones de la realidad política pero, al mismo tiempo, está convencido de lo que anhela conseguir:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo Gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo.⁸⁰

En 1823, dieciocho años después del “Juramento de Roma”, gran parte de la tarea que se había impuesto el héroe ya estaba realizada como destino. Pero no se trata del destino con sentido místico que se desprende de la tragedia sino del destino como ideal del genio. Bolívar no es un sujeto cuya voluntad no cuenta para los dioses que le han impuesto un destino, Bolívar es el individuo que ha señalado para sí un destino que habrá de procurarle la gloria y que sabe, en su fuero íntimo, que para alcanzarlo requiere andar un sendero poblado de dificultades. El destino, en esta acepción, es la realización plena del ideal conseguido a base de la perseverancia, como consecuencia de un carácter

⁸⁰ *Ibidem*, p. 84.

superior.⁸¹ Y, sin embargo, Bolívar señaló el 15 de febrero de 1819, en el discurso inaugural del Congreso de Angostura, al entregar el encargo de Dictador Jefe Supremo de la República, su condición de ser un elemento más de la fuerza de la historia:

Un hombre ¡y un hombre como yo! ¿Qué diques podría oponer al ímpetu de estas devastaciones? En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos; atribuírmelos no sería justo y sería darme una importancia que no merezco.⁸²

¿En qué consistía ese ‘huracán revolucionario’ de cuyos vientos Bolívar se siente ‘un vil juguete’? Ya lo han señalado los historiadores al determinar las contradicciones de clase del proceso independentista, en particular el venezolano Miguel Acosta Saignes: la primera, la de los colonizadores españoles y la de los colonizados, cuya caracterización desarrolló Bolívar en la “Carta de Jamaica”; la pervivencia del sistema de producción esclavista y la reticencia a abandonarlo por parte de los amos mantuanos; la marginación hacia los indígenas que continuaron en su situación de servidumbre bajo el dominio de los criollos; y, además, los diversos intereses entre los sectores populares y la élite criolla.⁸³ En Angostura habló el héroe guerrero impelido por las circunstancias a ejercer como hombre de Estado pero aún había tareas que cumplir, caminos por andar, dificultades por vencer.

⁸¹ En el artículo ya citado de Benjamin, este puntualiza: “Como en Nietzsche cuando dice: ‘Quien tiene carácter tiene también una experiencia que siempre vuelve.’ Ello significa: si uno tiene carácter, su destino es esencialmente constante. Lo cual a su vez significa —y esta consecuencia ha sido tomada de los estoicos— que no tiene destino.” (p. 132).

⁸² Bolívar, “Discurso de Angostura”, *ibídem*, p. 120.

⁸³ Miguel Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, pp. 443 – 455. Este libro, junto al de Francisco Pividal, fue Premio Extraordinario de Ensayo “Bolívar en Nuestra América”, otorgado por la Casa de las Américas en 1977.

2

“Mi delirio sobre el Chimborazo”, acción y estado del alma del héroe

Para 1822, el año de “Mi delirio sobre el Chimborazo”, Simón Bolívar ya había conseguido sellar la independencia de Colombia a través de la batalla de Boyacá (1819); luego, el proceso de recuperación de Venezuela después de la victoria militar en la segunda batalla de Carabobo (1821); y la liberación de lo que hoy es Ecuador que aseguró con la batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822, y con la anexión definitiva de Guayaquil a la Gran Colombia, el 31 de julio del mismo año, después del acuerdo al que llegara con José de San Martín días antes. Dos años más tarde, en 1824, tendrían lugar las victorias de Junín y Ayacucho que consolidaron la libertad del Perú y que son el asunto histórico del poema inaugural de la épica de nuestra América, *La victoria de Junín*, de José Joaquín Olmedo, y que lo convierte a él en el caso singular de un héroe de un poema épico que puede discutir con el autor algunos aspectos literarios y políticos del poema.

El juramento realizado frente a su maestro, contemplando a Roma desde una de las montañas que la rodea, el destino de gloria por el que el carácter del héroe había luchado desde entonces, estaba cumpliéndose. Pero, sobre todo para su vanidad de hombre, Bolívar ya había conocido y conquistado a Manuela Sáenz, la esposa del doctor James Thorne, el 16 de junio de 1822 durante su entrada triunfal a Quito. Seis días después del primer encuentro, Manuela escribiría en su diario: “Yo no sé qué me pasó, pero me sentí libertada de James, y en cambio retribuida en la gloria de este señor, S.E.

Simón Bolívar, que se ha fijado en mí y que me hace sentir la vida intensamente.”⁸⁴ Ella no solo se había convertido para él en una aliada política incondicional sino que ambos habían iniciado aquella relación amorosa de apasionada turbulencia que los mantendría juntos, compartiendo *la vida intensamente*, hasta el final de los días de Bolívar y que, muerto el Libertador, la convirtió a ella en una paria por el temor de los hombres del poder, como Santander y Rocafuerte, que la echaron al olvido con su destierro en Paita.

En la “Carta de Pativilca”, del 19 de enero de 1824, después de llamar a Simón Rodríguez, “¡Oh mi maestro! ¡Oh mi amigo! ¡Oh mi Robinson!” e interrogarlo de manera retórica: “¿Se acuerda Vd. cuando fuimos junto al Monte Sacro en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria?”, Bolívar reconoce en aquél las enseñanzas virtuosas que lo han conducido a su destino heroico: “Vmd. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Vd. me señaló.”⁸⁵ En esa carta, cargada de reconocimiento y gratitud, Bolívar se muestra no solo emocionado y afectuoso debido a la presencia de Simón Rodríguez en Colombia sino también agradecido sin reticencia por las enseñanzas que había recibido de su maestro, de tal forma que si en alguien queremos investigar la formación temprana del héroe y el aprendizaje de los ideales libertarios es en el magisterio de Rodríguez: “No puede Vd. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Vd. me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Vd. me ha regalado. Siempre presentes a mi ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles.”⁸⁶

⁸⁴ Manuela Sáenz, “Diario de Quito”, en *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón, acompañadas de los Diarios de Quito y Paita, así como de otros documentos*, Caracas, Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2010, p. 131.

⁸⁵ Bolívar, “Carta de Pativilca”, *ob. cit.*, p. 204.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 205. Existe una nota al pie de página, en la edición de la Biblioteca Ayacucho usada en este trabajo, que reproduzco porque transcribe lo que Simón Rodríguez anotó al dorso del original: “No conservo esta carta por el honor que me hace, sino por el que hace a Bolívar. Confesar que me debía unas ideas que lo distinguían tanto, era probar que nada perdía en que lo supieran, porque su orgullo era el amor a la justicia”.

La “Carta de Pativilca” también nos permite rastrear el impacto vivencial que tuvo en Bolívar su ascensión al Chimborazo y ratifica la emoción estética que mana de la escritura de “Mi delirio”. El discípulo le cuenta al maestro lo que significa esa experiencia para el espíritu. Quiere, mediante la escritura, mostrarle lo que él vio en la Naturaleza e incitarlo a que experimente la misma aventura toda vez que Bolívar conoce la pasión de *su Robinson* por aquella.

Nuevamente estamos ante la imagen del viajero que contempla el mar de niebla y el infinito convencido de su destino heroico y del carácter que posee para alcanzarlo. En la carta, Bolívar repite no solo la idea de la finitud humana frente a la eternidad del Tiempo, motivo temático que atraviesa “Mi delirio sobre el Chimborazo”, sino que también alude a alguna de las imágenes que utilizó en su texto poético. Con esta meditación, el discípulo quiere convencer al maestro para que lo acompañe en su travesía por Colombia, de tal forma que, Rodríguez que ha pasado durante todos esos años en Europa, reconozca el territorio liberado de la patria debido a la gesta independentista:

Venga Vmd. al Chimborazo; profane Vmd. con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del universo nuevo. Desde tan alto tenderá Vd. la vista; y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena podrá decirse: “Dos eternidades me contemplan: la pasada y la que viene; y este trono de la naturaleza, idéntico a su Autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo”.⁸⁷

⁸⁷ *Ibídem.*

¿Responde el texto de “Mi delirio sobre el Chimborazo”, fechado en Loja, el 13 de octubre de 1822,⁸⁸ al delirio real en una situación extrema de un hombre confrontado a los rigores de la Naturaleza o, más bien, corresponde a la imaginación literaria pletórica de romanticismo convertida por la fuerza poética en delirio del Yo lírico? ¿Llegó Bolívar verdaderamente hasta la cumbre del Chimborazo, superando los intentos no coronados de La Condamine, en 1746, y de Humboldt, en 1802, o se detuvo en algún refugio ya establecido en la ladera del volcán por viajeros que lo precedieron en la aventura? Haya sido real en los hechos o en el deseo —sobre este episodio de la vida de Bolívar no existe documentación confiable aunque la mitificación del héroe lo ha dado por un suceso real—, es el poder de convicción de la literatura, como verdad del lenguaje, lo que nos lleva a considerar verosímil no solo el ascenso realizado por un hombre que no era andinista sino también la escritura del texto como producto de un estado de delirio en el que el Yo lírico, en la cumbre nevada del volcán, se enfrenta a la presencia fantasmagórica del Tiempo.

Sigmund Freud, en su estudio “El delirio y los sueños en la *Gradiva*, de W. Jensen” (1907), describe el singular ejemplo de psicoanálisis de un personaje literario al trabajar como un caso clínico la conducta del protagonista de la novela *Gradiva, una fantasía pompeyana* (1902). Norberto Hanold, el héroe de la novela, viaja hasta Pompeya llevado por el delirio que le provoca el descubrimiento de la escultura en bajorrelieve de

⁸⁸ El Grupo de Investigación en Literatura Colombiana de la Universidad de Santander, en nota al pie de página, ha señalado al respecto: “El texto original de Bolívar fue impreso por primera vez en 1833 [en la portada del libro dice “1832”], en “El Apéndice”, tomo XXI de la *Colección de documentos a la vida pública del Libertador*, preparado por Francisco Javier Yañes y Cristóbal Mendoza [ejemplar de la Harvard College Library, ingresado el 12 de marzo de 1892, que estoy utilizando en este trabajo en su versión digitalizada.] [...] Sobre la autenticidad del texto Vicente Lecuna señala: “Recientemente se ha dado a conocer una copia de la época, fechada en Loja el 13 de octubre de 1822 que conservan en Quito los descendientes del coronel Vicente Aguirre” (Véase Vicente Lecuna, *Breviario de ideas bolivarianas*, Caracas, Homenaje de la Cámara de Comercio de Caracas en el centenario del eminente bolivariano, 1970, p. 55). Serafín Martínez, Ana Cecilia Ojeda y Judith Nieto, *Mi delirio sobre el Chimborazo: el texto en la cultura*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2005, p. 9. Existe, sin embargo, quienes dan por hecho que el texto es de 1823; así lo dice sin explicación de ningún tipo la publicación oficial para distribución gratuita del Ministerio del Poder Popular de Venezuela: Simón Bolívar, *Mi delirio sobre el Chimborazo*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2012, p. 13.

Gradiva, “la mujer que camina”, en Latín. Para Freud, la escultura de esta muchacha fallecida siglo atrás representa la sublimación de una relación de infancia sin resolver que tiene Hanold con su vecina Zoe Bertgang. En dicho trabajo, Freud afirma que “lo que sucede es que en todo delirio existe un grano de verdad, digno de completa fe, el cual constituye la fuente de la convicción del enfermo.”⁸⁹ Al describir las características principales del delirio, entendido como una perturbación, Freud señala dos: “en primer lugar, pertenece a aquel grupo de estados patológicos que no ejercen una inmediata influencia sobre el soma, sino que se manifiestan tan solo por síntomas anímicos; en segundo lugar, se caracteriza por el hecho de que en él adquieren las ‘fantasías’ el supremo dominio; esto es, encuentran fe en el sujeto e influyen en sus actos.”⁹⁰

En términos generales, el delirio tiene además una característica mística que habría que considerar para el análisis del texto de Bolívar y que Freud no toma en cuenta en el suyo, seguramente porque no viene al caso. Esta dimensión mística se encuentra en el entramado de referencias a deidades clásicas que Bolívar utiliza en “Mi delirio”. El misticismo encerrado en esa perturbación que es el delirio tiene un ejemplo paradigmático en el libro bíblico del profeta Ezequiel. En el primer capítulo, el profeta relata la visión que tuvo de la gloria de Dios, descrito como una figura fantasmagórica al igual que Bolívar contempla en su poema la aparición del Tiempo como una deidad:

Y vi apariencia como de bronce refulgente, como apariencia de fuego
dentro de ella en derredor, desde el aspecto de sus lomos para arriba; y
desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía
resplandor alrededor.

⁸⁹ Sigmund Freud, “El delirio y los sueños en la *Gradiva* de W. Jensen”, en *Obras completas*, t. II, 4ta ed., Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, p. 1.328.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 1.307.

Como parece el arco iris que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor. Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y cuando yo la vi, me postré sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba. (Ez, 1: 27 – 28)⁹¹

“Mi delirio sobre el Chimborazo” es un poema en prosa cuya tesitura transita el camino nebuloso de las visiones; su escritura está cargada de alusiones clásicas e impregnada de arrebatadas imágenes de corte romántico; un texto poético en el que su autor ha construido un Yo lírico que está profundamente comprometido, desde la acción política, con la libertad de la patria. En él, Bolívar reedita el tópico del viajero que domina la Naturaleza desde la cúspide de una montaña. Similar a su juramento sobre el monte Sacro, cargado entonces de una mirada severa sobre los valores cívicos del mundo antiguo; en esta ocasión, Bolívar, triunfante en sus gestas heroicas, entregado al delirio romántico, ratifica en el ámbito de las visiones la tarea realizada y lo que falta aún por obtener para la realización plena no solo de la libertad sino de la construcción de la gran Colombia con la que todavía sueña.⁹²

⁹¹ Utilizo la versión en español de la *Biblia*, antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602), otras revisiones: 1862, 1909 y 1960, Sociedad Bíblicas en América Latina, 1960.

⁹² *Mi delirio sobre el Chimborazo*

Yo venía envuelto con el manto de Iris desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir a la atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que pusieron las manos de la eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos regiones infernales; ha surcado los mares dulces; ha subido sobre los hombros gigantes de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad; Belona ha sido humillada por los rastros de Iris ¿y yo no podré trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? Sí podré; y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, pasé sobre los pies de Humboldt, empañando aún los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento, y con mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido de un fuego extraño y superior. —
Era el Dios de Colombia que me poseía.

¿Por qué habla de *delirio* un hombre como Bolívar, signado por la acción política y militar, y acostumbrado a la racionalidad en el análisis de los intereses de los partidos? ¿Por qué se desvía de las batallas que tiene que librar todavía para consolidar el proceso independista en Perú, para ascender al Chimborazo y, enseguida, para escribir un poema que da cuenta de su estado de *delirio* en la cúspide del volcán? Tal vez porque en Bolívar habita el espíritu de la libertad y la originalidad, el del héroe romántico que es, al mismo tiempo, patriota y amante. Su *delirio*, en resumidas cuentas, es concomitante con su gesta gloriosa pues su ascensión a la cumbre del volcán y, como resultas de ella, su *delirio* son acción y estado del alma posibles debido a que *era el Dios de Colombia que me poseía*.

No se trata, entonces, de una aventura del ocio *per se* sino de una misión diferente emprendida por un llamado superior. En primera instancia, la ascensión se debe a la presencia de un espíritu inexplicable para el Yo que lo impele a una acción en la que debe derrotarse a sí mismo, a su cansancio, a sus temores y que, por adición, lo colocará en un logro mayor que el de sus antecesores en la aventura: "...y arrebatado por la

De repente se me presenta el Tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades, ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano.

"Yo soy el padre de los siglos; soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fue la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la Muerte; miro lo pasado, miro lo futuro, y por mis manos pasa lo presente. ¿Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees acaso que el Universo es algo? ¿Que montar sobre la cabeza de un alfiler, es subir? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medidas a los sucesos? ¿Pensáis que habéis visto la Santa Verdad? ¿Imagináis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del infinito que es mi hermano."

Sobrecogido de un terror sagrado, "cómo ¡oh Tiempo! —respondí— ¿no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino el Universo con mis plantas; toco al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando de una guiñada los rutilantes astros; los soles infinitos; he visto sin asombro el espacio que encierra la materia; y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los libros del destino."

"Observa —me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; di la verdad a los hombres."

La fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito; me siento; abro con mis propias manos mis pesados párpados; vuelvo a ser hombre, y *escribo mi delirio*.

Existen múltiples transcripciones del texto. He preferido trabajar con esta versión tomada directamente por mí de la *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar*, t. XXI, Caracas, Imprenta de G. f. Devisme, 1832, pp. 243 – 244. He modernizado la ortografía, puesto algunos sustantivos propios en mayúsculas, y corregido erratas obvias.

violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, pasé sobre los pies de Humboldt, empañando aún los cristales eternos que circuyen el Chimborazo.” El arrebató es un estado en el que el sujeto queda fuera de sí, imposibilitado de actuar racionalmente y, por tanto, a merced de un “espíritu desconocido” que, según lo anuncia el Yo lírico, parece ser de origen “divino”: en el párrafo siguiente del texto nos enteramos de que esa divinidad es el “Dios de Colombia”. Lo que, en definitiva, mueve a Bolívar para emprender el viaje y la ascensión es, nuevamente, aquello que ha movido su vida entera: la *patria divina*.

El Yo lírico acusa “un delirio febril”, esto es, una pérdida de contacto con la realidad ante la magnificencia de la Naturaleza y los efectos que esta tiene sobre los sentidos del sujeto que la contempla y la vive en el delirio: “me siento como encendido por un fuego extraño y superior”. Se trata, en un sentido amplio, de una experiencia mística si nos atenemos a las visiones del profeta Ezequiel, aunque en este caso el dios sea, con oxímoron incluido, *un dios laico*. El fuego que envuelve la aparición que contempla el profeta y el arco iris que irradia aquella son semejantes al “fuego extraño” del hablante lírico y “el manto de Iris” con el que dicho Yo llega envuelto: “Al guerrero, travestido en un ser fuera del mundo, las alas, el vuelo de lo alucinante (alucinógeno), esa máquina de múltiples vuelos que es el delirio —variante romántica de la imaginación— le permite ascender hacia la misma cima...”⁹³. La poesía es aquí producto de ese instante de enajenación del sujeto que en su delirio visualiza aquello que le está vedado a quienes permanecen estancados en la norma.

Pero el hombre de acción difiere de aquel que solo contempla y esa diferencia se expresa en el momento del *delirio* y de la escritura. Cuando, por ejemplo, Shelley escribe “Mont Blanc” lo hace bajo la impresión profunda y le excitación poderosa que le ha

⁹³ Raúl Serrano Sánchez, “Mi delirio sobre el Chimborazo: anuncios y fundación”, en *Kipus, revista andina de letras*, (Quito, n. 26, segundo semestre, 2009): 83.

provocado la contemplación de la Naturaleza. El poeta, al mirar el paisaje de la Naturaleza y escuchar la voz de la montaña, encuentra en ellas una verdad que pretende compartir con el ser humano. Desde la contemplación la voz poética de Shelley se enfrenta al horror que provoca la soledad de la montaña y su escritura es el ámbito para verter en ella la experiencia estética que deriva de la percepción que la mente humana recibe en su relación con la Naturaleza indómita: “¡Cuánto horror amontona tu soledad desnuda! / ¡Oh piedra atormentada y espectral cataclismo! / ¡Como en un planeta en ruinas cubre la nieve muda / la sombra desolada del cielo y del abismo!”⁹⁴

Para Bolívar, en cambio, “la violencia de un espíritu desconocido” lo lleva a la superación de los caminos andados por sus predecesores y, por tanto, puede decir: “pasé sobre los pies de Humboldt, empañando aún los cristales eternos que circuyen el Chimborazo.” El volcán deja de ser un pretexto temático para la contemplación y se convierte, por sí mismo, en un elemento natural que el héroe ha vencido para vencerse también a sí mismo: “Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento, y con mis pies los umbrales del abismo.” El volcán se multiplica simbólicamente para convertirse en testimonio de una nueva victoria del héroe, en esta ocasión sobre la Naturaleza y el tópico de la ascensión del viajante se realiza como una hazaña que lo conduce al *delirio* que le mostrará nuevas verdades.

Bolívar abre su poema con una invocación embebida en la tradición clásica: “Yo venía envuelto con el manto de Iris”. La veloz Iris, hija de Taumante y Electra, de acuerdo a la *Teogonía*, de Hesíodo, es la mensajera de los dioses. En la *Ilíada*, de Homero, Hera envía Iris para decirle a Aquiles que debe incorporarse a la batalla para rescatar el cadáver de su amigo Patroclo en poder de los troyanos (Canto XVIII, 165 –

⁹⁴ Percy Bysshe Shelley, “Mont Blanc”, en *Poetas románticos ingleses*, traducción de Leopoldo Panero, Barcelona, RBA editores, 1999, pp. 135 – 6.

202); asimismo, es Iris quien acude, llevando la súplica de Aquiles, a la morada de los vientos para que enciendan “la pira en la que yace Patroclo, a quien todos los aqueos lloran” (Canto XXIII, 198 – 212). Iris es también la representación mitológica de ese fenómeno óptico que es el arco iris y que se manifiesta como, espectro de luz en el cielo, un arco multicolor de esplendente belleza. Bajo esa invocación que se remonta al mundo griego, el Yo lírico se presenta a sí mismo como si estuviera envuelto en una luminosidad particular; irradiando luz en su mítica travesía desde “el Dios de las aguas” hasta el “atalaya del Universo”. El mundo mítico de la vieja Europa representado por “el manto de Iris” se conjuga simbólicamente, en ese tránsito de Bolívar que va desde el trópico hasta las nieves perpetuas, con lo *real maravilloso* —en el sentido que Alejo Carpentier le dio al término— que emana del Orinoco y de “las encantadas fuentes amazónicas”.

Allá va, entonces, el héroe llevado por Iris en su manto, la divinidad “de pies como el viento”, dispuesto a coronar una nueva hazaña, sin poder alguno que lo detenga: “Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos regiones infernales; ha surcado los mares dulces; ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad.” Estamos ante el espíritu del *superhombre romántico* capaz de dominar la mítica amazonia y las nevadas cumbres de los Andes. Si Aquiles es informado por Iris sobre un suceso que modificará su conducta, de tal forma que la cólera por el despojo de la esclava Briseida, afrenta que le hiciera Agamenón, se transforma en la cólera por la muerte de su amigo Patroclo, Bolívar, en cambio, camina con el manto de Iris, la de los pies veloces, en su camino a la cúspide del “atalaya del Universo”: la mensajera de los dioses está con Bolívar, es parte de su aventura, de su destino de gloria.

La realización de la causa de la independencia es motivación suficiente para que, en el presente desolado que lo circunda en las laderas del Chimborazo, el Yo lírico alcance “los cabellos canosos del gigante de la tierra”. No presenciamos el sentimiento trágico del héroe del romanticismo decadente sino que estamos ante el voluntarismo glorioso del *superhombre* del romanticismo que proviene del espíritu triunfalista del individuo desde el Renacimiento, cuando el ser humano fue convertido en el centro de la creación. Bolívar es el *superhombre* que corona la cumbre que otros grandes hombres — La Condamine y Humboldt—no alcanzaron; al mismo tiempo, Bolívar se ha convertido en el *amante* que se verá consumido por el fuego sagrado de la pasión amorosa en su relación recién iniciada con Manuela Sáenz.

La estructura del *delirio místico* en el libro del profeta Ezequiel parte de una deslumbrante visión de la divinidad; luego sucede la aparición de una entidad fantasmagórica; y, finalmente, el profeta recibe la misión de difundir el mensaje a la comunidad. El fuego, como elemento representativo de la presencia de lo divino, es un símbolo tanto en el delirio de Ezequiel como en el de Bolívar. Ezequiel, “en el año veinticinco de nuestro cautiverio”, es conducido por “la mano de Jehová” que lo pone “sobre un monte muy alto” y, ya en la cima, un varón con aspecto “de bronce” le habla así: “Hijo de hombre, mira con tus ojos, y oye con tus oídos, y pon tu corazón a todas las cosas que te muestro; porque para que yo te las mostrase has sido traído aquí. Cuenta todo lo que ves a la casa de Israel.” (Ez, 40: 1 – 4).

Una estructura similar encontraremos en “Mi delirio” pues el Yo lírico, que se siente consumido por “un fuego extraño” mientras “un delirio febril” embarga su mente, admite una posesión divina de su ser: solo que, en este caso, ya no se trata del Dios bíblico sino de una divinidad a quien Bolívar ha consagrado su existencia, como un sacerdote de la patria: “Era el Dios de Colombia que me poseía.” La condición divina de

la patria liberada que posee el espíritu de ese Yo lírico, concebido como un *superhombre* capaz de tal singular hazaña, es el Dios que va a poseerlo en su *delirio* para que vea y escuche la fantasmagórica aparición del Tiempo.

El Tiempo, hijo de la Eternidad y cuyo límite es el Infinito, su hermano; el Tiempo, “más poderoso que la Muerte”, se aparece ante el espíritu azorado del héroe para confrontarlo y mostrarle lo diminuto que es el ser humano por más gloria que haya logrado, lo ínfimo y deleznable que termina siendo su mundo en el decurso del Tiempo: “¿Crees acaso que el Universo es algo? ¿Que montar sobre la cabeza de un alfiler, es subir?”. Si en el monte Sacro el héroe estuvo lúcido frente a su maestro dando inicio a la elaboración de su discurso libertario, en el Chimborazo, el héroe delira, arrebatado, contemplando la aparición de una poderosa deidad. El Tiempo devuelve al *superhombre* envanecido por la gloria terrenal alcanzada a su condición transitoria y mortal. El Yo lírico del poema, entonces, se sitúa delirante frente a este “viejo cargado con los despojos de las edades” con el estremecimiento que le ocasiona la presencia sublime del poderoso Tiempo.

El Yo lírico acepta su condición de mortal, en el delirio provocado por la fuerza de una Naturaleza invencible; el Yo Lírico se encuentra, de pronto, ante un poder frente al cual se siente ínfimo, transitorio, mortal: “Sobrecogido por un terror sagrado”. Bolívar, el guerrero poeta, sufre de la misma sensación de terror que develará el cubano José María Heredia (1803 – 1839) en su antológico poema “Niágara” (1824); sensación que proviene de la Naturaleza cuando Heredia contempla la magnificencia de las cataratas⁹⁵: “...Niágara undoso, / tu sublime terror sólo podría / tornarme el don divino, que ensañada / me robó del dolor la mano impía.” (v. 5 – 8) Lo sublime, que estremece y agita el alma del poeta, también provoca que éste retome la escritura: “Templad mi lira,

⁹⁵ José María Heredia, “Niágara”, en *Poesía de la Independencia*, compilación, prólogo, notas y cronología de Emilio Carrilla, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 78 – 82.

dádmela, que siento / en mi alma estremecida y agitada / arder la inspiración.” (vv. 1 – 3).

En el caso de Heredia, que estaba viviendo en el exilio por causa de su lucha por la independencia de Cuba, “la mano impía” es asimilada como el poder colonial que lo había expulsado de su patria. Versos más adelante, el poeta invocará a esa patria como nostalgia mientras continua en su extasiada contemplación de las cataratas: “Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista / con inútil afán? [...] las palmas, ¡ay! las palmas deliciosas, / que en las llanuras de mi ardiente patria / nacen del sol a la sonrisa, y crecen” (vv. 54 – 60). Mediante el arrebató de la imaginación, el poeta viaja, en el instante del verso, desde las cataratas hasta las llanuras de su isla del Caribe para contemplar “las palmas deliciosas” que son un símbolo de la naturaleza tropical de su patria. Esa experiencia de contemplación en “el abismo horrendo” sume al poeta Heredia en la nostalgia, tanto en su condición de patriota desterrado como en la de amante sin amada: “¡Delirios de virtud...! ¡Ay! ¡Desterrado, / sin patria, sin amores, / sólo miro ante mí llanto y dolores!” (vv. 127 – 129).

Mas, a pesar de encontrarse “sobrecogido por un terror sagrado”, Bolívar, dada su condición de héroe guerrero, tiene la entereza para recomponerse y, en el estado de delirio en que se encuentra el Yo lírico, logra confrontar a la fantasmagórica encarnación del Tiempo: “cómo ¡oh Tiempo! —respondí— no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto?”. Al hablar acerca de la revelación poética y la estrecha relación que existe entre religión y poesía, en *El arco y la lira*, Octavio Paz dice que “el horror sagrado brota de la extrañeza radical. El asombro produce una suerte de disminución del yo. El hombre se siente pequeño, perdido en la inmensidad, apenas se ve solo.”⁹⁶ Al comienzo, el héroe reconoce su condición transitoria en el mundo y su extravío en la

⁹⁶ Octavio Paz, *El arco y la lira*, [1956], México DF, Fondo de Cultura Económica, 2010, p.142.

inmensidad de la Naturaleza que está contemplando pero, de inmediato, y al contrario de lo señalado por Paz, la fuerza espiritual del *superhombre* interviene para que el Yo lírico se ubique, física y mentalmente, en el lugar que el héroe considera, por sí mismo, que le corresponde: “He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos.”

El “fuego extraño y superior” lo lleva a un triunfalismo voluntarista —superando la posibilidad de que “el corazón se espante”, como le sucede a la voz poética del pesimista Leopardi en su poema de corte metafísico “El infinito”—, que se expresa en la delirante situación de poder sobre la Naturaleza en la que se ubica el hablante lírico: “Yo domino el Universo con mis plantas; toco al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando de una guiñada los rutilantes astros; los soles infinitos; he visto sin asombro el espacio que encierra la materia”. El romanticismo del conde Leopardi, por el contrario, ubica al hablante lírico vencido por la contemplación del horizonte sin límites, en medio de “aquel silencio infinito”, hasta que lo eterno lo envuelve: “En esta / inmensidad se anega el pensamiento, / y el naufragar en este mar me es dulce.”⁹⁷ Para Bolívar ese naufragio, es decir, la derrota ante lo inasible del Tiempo, sería símbolo de un estado espiritual más bien enfermizo y decadente por lo que su actitud desafiante lo reafirma como héroe que se engrandece en todo momento; la *lectura* que hace en el rostro del Tiempo lo prepara para la continuidad de la misión que este último habrá de encomendarle: “y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los libros del destino.”

Leopardi siente su patriotismo inflamado pero la tristeza lo envuelve viendo a su patria vencida, incapaz de alzarse en contra de los invasores y volver la mirada a los tiempos de la Roma imperial. Su lamento en el poema “A Italia” (1818) se debe a que los

⁹⁷ Giacomo Leopardi, “El infinito”, en *Cantos*, introducción, traducción y notas de Diego Navarro, Barcelona, RBA editores, 1999, p. 41.

italianos no luchan por Italia sino que han estado involucrados en las Guerras Napoleónicas: “Veo, ¡oh patria!, los muros y los arcos, / columnas, simulacros, yermas torres / de nuestros ascendientes, / mas no veo la gloria, / ni el hierro ni el laurel que antes ceñían / a nuestros viejos padres.”⁹⁸ El patriotismo romántico de Leopardi es pesimista pues está marcado por las derrotas históricas y su propio espíritu contemplativo. Por el contrario, Bolívar, que ha triunfado como guerrero, siente que todo lo puede: es el *superhombre* romántico que, a pesar de estar “sobrecogido por un terror sagrado”, tiene el temple para hablar con fantasmagóricas apariciones. Esta es la enorme diferencia en la condición espiritual entre este “nuevo género humano” que constituyen los patriotas y amantes del Mundo Nuevo frente al Viejo Mundo, que ya nada tiene que enseñarle a nuestra América. En 1826, ante la insinuación del general José Antonio Páez para que, frente al caos político imperante en Colombia, asuma la misma actitud de Napoleón cuando se encontraba en Egipto, Bolívar responderá:

Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. En Francia se piensa mucho y se sabe todavía más, la población es homogénea, y además la guerra la ponía al borde del precipicio. No había otra república grande que la francesa y la Francia había sido siempre un reino. El gobierno republicano se había desacreditado y abatido hasta entrar en un abismo de execración. Los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles e ineptos. Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César, aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. *El título de*

⁹⁸ *Ibidem*, “A Italia”, p. 3.

*Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo.*⁹⁹ [énfasis añadido]

En “Mi delirio”, el héroe recibe una misión por parte del Tiempo, como sucede en el caso de la misión providencial que emana del delirio místico del profeta Ezequiel. En cambio, si Prometeo es el primer romántico que proviene de la Grecia clásica dado que roba el fuego sagrado, como parte de su condición de héroe trágico, para entregárselo a los hombres y procurar la libertad de sus espíritus, el Yo lírico del poema de Bolívar, encarnado por el propio Libertador, es un rebelde que ya ha luchado por la libertad de su patria frente al yugo español y que, en su delirio, imagina que el Tiempo reafirma la misión que él mismo jurara en el monte Sacro.

Al comienzo de los amores con Manuela Sáenz, Bolívar también compromete su palabra en medio de los combates. Desde Guaranda, el 3 de julio del año de “Mi delirio” y pocos días después del primer encuentro con Manuela, Bolívar le declara que “ésta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente” y, al mismo tiempo, revela su espíritu arrebatado por ese amor recién descubierto: “Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás querida amiga quién es Bolívar al que tú admiras. No podrías mentirme. ¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti, lo sabes. Dame tiempo.”¹⁰⁰ Contra todo pronóstico sobre la brevedad de lo intenso, esa “loca pasión” será duradera; cuatro años después de la escritura de “Mi delirio”, el 6 de octubre de 1826, Bolívar le escribirá a Manuela desde Ibarra: “Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños.” Y, como para sostener que la intensidad puede llegar a ser permanente en el alma apasionada de los románticos que son amantes y patriotas, tres meses antes de su muerte,

⁹⁹ Simón Bolívar, “Carta al general José Antonio Páez, del 6 de marzo de 1826”, en *Doctrina del Libertador*, pp. 266 – 267.

¹⁰⁰ *Cartas íntimas entre Bolívar y Manuelita*, compilación y prólogo de Manuel Espinosa Apolo, Quito, Campaña Nacional “Eugenio Espejo” por el Libro y la Lectura, 2010, pp. 37 – 38.

el 10 de septiembre de 1830, Bolívar le escribirá a Manuela: “Tu conducta y la mía, que estrechan nuestra relación con el cúmulo de la sensualidad que corre por tus venas y las mías, le dan a esta pasión enfermiza el desenfreno de mis sentidos irritados por el mal que ha invadido ya mi pobre humanidad.”¹⁰¹

La rebeldía del héroe romántico encarnado por Bolívar no se da contra unos dioses abstractos. La rebeldía de Bolívar se ha dado contra el poder colonial al que, en el momento de la escritura, ha derrotado casi en su totalidad: “Observa —me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral.” Bolívar es un romántico que está fundando una patria y, por tanto, su espíritu voluntarista aún está bañado de optimismo en el futuro de la humanidad entendido como progreso material y moral. Por eso, Bolívar, al igual que en su juramento de Roma, vuelve a imponerse una tarea moral, ahora que ha cumplido parte de aquel destino glorioso que vislumbró frente a su maestro, en esta ocasión, por boca del Tiempo: “no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; di la verdad a los hombres.” Y nuevamente se asemeja al delirio místico; al final del Apocalipsis, Juan recibe el mensaje de uno de los siete ángeles: “Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡He aquí que vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.” (Ap. 22: 6 – 7)

Ya vendrá el tiempo del desengaño en el que el héroe se enfrentará a su condición trágica al darse cuenta de que su proyecto mayor no ha podido cuajar porque ha estado desde un comienzo contra las naturales ambiciones de los hombres pero, en pleno *delirio*, todavía no siente que “el que sirve a una revolución ara en el mar”¹⁰², como le escribirá

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 122.

¹⁰² Bolívar, “Carta al general Juan José Flores, del 9 de noviembre de 1830”, *ob. cit.*, p. 387.

un mes antes de su muerte al general Juan José Flores, instándolo, además, a vengar la muerte de Antonio José de Sucre, a quien llama la “más ilustre víctima”, que había sido asesinado el 4 de junio de 1830 en Berruecos por orden de los generales colombianos José María Obando y José Hilario López, según Bolívar estaba convencido.

Por lo pronto, en “Mi delirio”, luego de recibida la tarea por parte del Tiempo, “la fantasmas desapareció.” Entonces es cuando todo el esfuerzo sobrehumano que ha desplegado el héroe para mantenerse activo, escuchando la aparición fantasmagórica, superando con valentía el “terror sagrado” y respondiendo con entereza a “la fantasma” durante el *delirio* se vuelve, finalmente, agotamiento y caída en el reposo luego del éxtasis: “Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho.” Sin embargo, este desfallecimiento del héroe es momentáneo en la continuidad de la existencia; sucede en un instante que devela la debilidad, propiamente humana, de quien hemos asumido como un *superhombre* capaz de las mayores hazañas.

Bolívar, agotado, repone sus fuerzas tendido sobre la cumbre del Chimborazo; solo, en medio de la nieve perpetua, el héroe parecería fundirse con la Naturaleza. Mas, la tarea encomendada por el Tiempo debe cumplirse y, nuevamente, la patria llama la atención del héroe recuperándolo de aquel reposo: “En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito; me siento; abro con mis propias manos mis pesados párpados”. El *delirio vivido* en la cumbre del volcán ha terminado; le toca ahora a Bolívar llevar “la verdad a los hombres” y, por tanto entre otras tareas, enseñar el *delirio escrito* a los hombres.

“Mi delirio sobre el Chimborazo”, el poema en prosa de Bolívar que hemos analizado, es un texto fundacional del romanticismo de nuestra América más allá de la intención literaria que hubiese tenido su autor, que no fue un poeta sino un guerrero.

Desde la visión de la estilística, el crítico ecuatoriano Isaac Barrera encontró en el poema en prosa de Bolívar no solo una palabra nueva en una novedosa expresión espiritual del siglo diecinueve sino que también señaló al texto como el testimonio de un momento de inflexión del propio héroe a partir de la experiencia de la ascensión al Chimborazo:

El **Delirio** sobre el Chimborazo [sic], escrito por el guerrero al tocar tierra ecuatoriana, ponía resonancia renovada en la frase, daba otro sentido a las palabras, infundía inesperada significación al accidente geográfico, que, lejos de detenerlo, acrecentó el vigor y grandeza del héroe. Le dio nueva fuerza pero le hizo también ahondar en la significación de sus propios actos. La llegada de Bolívar a la tierra en que se levantaba ese coloso de nieve, marca una etapa decisiva en la vida espiritual del hombre. Al encontrarse con esa grandeza imponderable, su pensamiento se sumerge en la contemplación de lo infinito y siente el temblor del misterio.¹⁰³

En la escritura de Bolívar, “Mi delirio” complementa las palabras con las que empieza su ventura libertaria en el monte Sacro, frente a su maestro Simón Rodríguez, mirando a Roma y juzgando al mundo antiguo. Si el “Juramento de Roma” llevaba en sí la formación clásica de Bolívar junto con su voluntarismo romántico, “Mi delirio sobre el Chimborazo” encierra toda la pasión y el arrebató románticos de quien ya ha cumplido gran parte de su juramento y se sabe próximo a su destino glorioso. Exánime, yerto sobre la nieve de la cumbre, el héroe escucha el llamado de la patria, el grito de Colombia; en ese instante Bolívar recupera su condición heroica y el Yo lírico sentencia su

¹⁰³ Isaac Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960, p. 580.

recuperación esencial y la tarea con la que empieza su nueva misión: “vuelvo a ser hombre, y *escribo mi delirio*.”

3

La amable loca es también la Libertadora del Libertador

Al alba del viernes 26 de septiembre de 1828, cuando Bolívar regresó al Palacio de San Carlos luego de pasar la noche escondido bajo un puente, guareciéndose de la lluvia pertinaz que caía sobre Santa Fe de Bogotá, el frustrado asesinato contra el Libertador no solo que había sido controlado sino que los participantes directos ya habían sido capturados. Antes, en la plaza, los soldados de Bogotá, capitaneados por el general Urdaneta fueron a recibir a Bolívar y demostraron su lealtad rindiéndole honores. Varios generales se acercaron a saludar a Bolívar, incluido Santander, el instigador del fracasado magnicidio, a quien Bolívar estrechó la mano con silencioso desprecio. El naturalista francés Jean Baptiste Boussingault, que no era precisamente afecto a Bolívar, comentaría en sus *Mémoires*, publicadas en cinco volúmenes entre 1889 y 1903: “Sucedió lo que se observa en los golpes de mano fracasados; que los indecisos —y no eran pocos— se pronunciaron por el vencedor. A varios conocí que procedieron de este modo, entre otros citaré al Vicepresidente de la República, General Santander.”¹⁰⁴ Al terminar la ceremonia, Bolívar se fue para su residencia donde sus íntimos aguardaban por él. Al ver

¹⁰⁴ Recopilado en Inés Quintero, *Mirar tras la ventana. Testimonios de viajeros y legionarios sobre mujeres del siglo XIX*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1998, p. 168. La fuente de donde el relato es tomado por Quintero es: Jean Baptiste Boussingault, *Memorias*, Caracas, José Agustín Catalá, editor, 1974. La narración de los hechos de la “noche septembrina” y del “fusilamiento de Santander” ha sido construida en base a Victor Wolfgang Von Hagen, *Las cuatro estaciones de Manuela*, [1952], Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998; Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz: la Libertadora del Libertador*, [1944], Quito, Ministerio de Cultura del Ecuador, 2009; y también de la carta del 10 de agosto de 1850 que Manuela le escribe, desde su exilio en Paita, al general O’Leary, de donde reproduzco la mayoría de sus parlamentos.

a Manuela Sáenz, herida en la cabeza y la mano, Bolívar la abrazó y, delante de todos, le dijo:

—Manuela, tú eres *la Libertadora del Libertador*.

Este es uno de los más famosos títulos con el que Manuela Sáenz pasará a la historia. El epíteto de “Libertadora del Libertador”, que le fuera otorgado por el propio Simón Bolívar, resume políticamente los seis años de una pasión amorosa que comenzó en junio de 1822, inmediatamente después del ingreso victorioso del Libertador a Quito. La relación de los amantes había crecido en el campo de batalla, peleando por la independencia; en las intrigas palaciegas, luchando contra las ambiciones de los caciques locales que se oponían al sueño bolivariano de Nuestra América; y en la realización plena de Eros, desafiando la gazmoñería de la sociedad de los criollos en el poder. Las cartas de Bolívar y Manuela¹⁰⁵, los documentos de los mismos protagonistas de la época, y lo que aquellos patriotas y amantes vivieron al final de sus vidas nos los dibujan como un héroe y una heroína de condición trágica y romántica.

Manuela no fue la amante de la Bolívar. Una visión patriarcal de la historia que hizo desaparecer la participación de las mujeres durante el proceso de independencia pretendió reducirla a ese papel. Incluso el epíteto con el que la definió Bolívar, arrancado de su contexto histórico, ha sido interpretado como una concesión sentimental del

¹⁰⁵ La correspondencia entre Bolívar y Manuela habría sido voluminosa pues, según refiere Manuel Espinosa Apolo en el prólogo de *Cartas íntimas entre Bolívar y Manuelita*, el general O’Leary dice en sus memorias que el Libertador habría escrito, aproximadamente, cuatrocientas cartas a Manuela. O’Leary no las incluye en la compilación que él mismo hiciera en 1880, salvo una que Manuela dirige a su marido, el médico inglés James Thorne, y otra que ella le envía al propio O’Leary narrando los sucesos de la *noche septembrina*. Fue Vicente Lecuna el que, en 1929, publicó por primera vez en su *Cartas del Libertador* parte de la correspondencia entre Bolívar y Manuela. En 1954, el general Ángel Isaac Chiriboga publicó *Glosario sentimental. Simón Bolívar y Manuela Sáenz*, en donde, además de algunas cartas publicadas por Lecuna, añade tres que Manuela dirige a Sucre y otras. El coleccionista Carlos Álvarez Saá exhibe en su museo de Quito algunos originales que habrían sido rescatados por el general Antonio de la Guerra, quien se encontraba en Paíta a la muerte de Manuela. Álvarez Saá cuenta que De la Guerra las entregó al general Briceño y que este las depositó en el Congreso Nacional de Colombia, en 1860. Álvarez Saá también afirma haber encontrado dos documentos preciosos: el *Diario de Quito*, que arranca con la llegada de Manuela a esa ciudad en 1822 y el *Diario de Paíta*, que corresponde a los últimos años de vida de aquella. En 1995, Álvarez Saá publicó toda esa documentación en *Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles*, según el título de la edición de 2005 que estoy manejando. La edición de Manuel Espinosa Apolo reúne las cartas de Lecuna, Chiriboga y Álvarez Saá.

Libertador. Ricardo Palma, en uno de los artículos de sus *Tradiciones peruanas* que pretende ser apologético, compara a Rosa Campusano, “la favorita de San Martín” y a Manuela Sáenz, “la favorita de Bolívar”. La mera utilización del término “favorita” para referirse a las dos mujeres es ya una muestra del carácter patriarcal y de los prejuicios frente a la relación amorosa que domina la visión de Palma. Mientras pretende halagar a Rosa Campusano de quien concluye que “era toda una mujer, y sin escrúpulo, a haber sido yo joven en sus días de gentileza, me habría inscrito en la lista de sus enamorados... platónicos”, de Manuela Sáenz dice que “era una equivocación de la Naturaleza, que en formas esculturalmente femeninas encarnó espíritu y aspiraciones varoniles.”

Ciertamente, Palma escribe bajo la asunción del pensamiento patriarcal del siglo diecinueve por lo que sus definiciones se encuadran en la ideología dominante pero resulta ejemplar de aquella mentalidad que la conclusión de Palma sea que “La Campusano fue la mujer-mujer. La Sáenz fue la mujer-hombre.”¹⁰⁶ Palma, en este artículo de homenaje, le niega a la condición femenina de Manuela la fortaleza política y militar que ella demostró durante su vida pues él parte de la aceptación del lugar doméstico y pasivo que debe ocupar la mujer. Manuela no fue amante de Bolívar porque eso significaría que ella asumió el papel receptivo de un objeto amoroso y aquello está alejado de la realidad. Es más exacto decir que Bolívar y Manuela fueron amantes, es decir que ambos compartieron una pasión amorosa cargada de vida que solo terminó con la muerte.

Puesto que ella estaba atenta a las conspiraciones políticas en contra de Bolívar, la presencia de Manuela Sáenz fue determinante para que fracasara el intento de magnicidio. Alrededor de las seis de la tarde del jueves 25, Bolívar envió por Manuela y ante la negativa de ésta para acudir a su llamado, aduciendo que le dolía la cara, él

¹⁰⁶ Ricardo Palma, “La protectora y la libertadora”, en Raúl Serrano Sánchez, editor, *Manuela Sáenz, el tiempo me justificará*, Quito, Ministerio de Educación del Ecuador, 2010, pp. 135 – 138.

insistió argumentando que su enfermedad era más grave. Cuando ella llegó, él le dijo que “iba a haber una revolución” y ella le respondió con ironía: “puede haber, en hora buena, hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos.” Bolívar, como de costumbre, no tomó ninguna medida excepcional para cuidarse de aquella nueva amenaza de la que él mismo era consciente y, más bien, encargó su seguridad al coronel Guerra, “el mismo que dicen que dio para esa noche, santo y seña y contraseña y, a más, al otro día andaba prendiendo a todos hasta que no sé quien lo denunció”, según la carta de Manuela a O’Leary.

A la medianoche, empezaron a ladrar sin descanso los dos perros del Libertador que José Palacios había llevado de la quinta en inequívoca señal de que habían entrado extraños a la casa. Manuela despertó a Bolívar y le sugirió que escapara por la ventana mientras ella distraería a los atacantes para que él ganara tiempo en su huida.

Boussingault anota que, tiempo después, Manuela contaría con gracia y sentido de humor el episodio de la huida: “Figúrese, decía, que quería defenderse. ¡Dios mío! ¡Qué divertido: en camisa y espada en mano! Don Quijote en persona. Si no lo obligo a irse por la ventana, lo matan.”¹⁰⁷

La presencia de Manuela durante la “noche septembrina” es fundamental pues son sus acciones, contadas por diferentes testigos, las que salvan la vida de Bolívar y frustran el magnicidio. Ese protagonismo político de Manuela, que lo tuvo a lo largo de su relación de ocho años con Bolívar, es lo que no le perdonarán ni Santander, ni Vicente Rocafuerte, ni los sectores que tomaron el poder a la muerte del Libertador, y por esa razón aquellos dos la expulsaron, el primero de Colombia, en 1834, y el segundo de Ecuador, en 1835. El protagonismo de Manuela fue una constante subversión frente a los valores canónicos de lo que se esperaba de la mujer en esa época: Manuel Antonio

¹⁰⁷ Boussingault, *ibídem*, p. 170.

Carreño en su famoso *Manual de urbanidad*, ejemplo paradigmático de lo que en 1854 fue un programa modélico del hombre y la mujer del siglo diecinueve, lo sintetiza así:

La mujer encierra en su ser todo lo que hay de más bello e interesante en la naturaleza humana, y esencialmente dispuesta a la virtud, por conformación física y moral, y por la vida apacible que lleva, en su corazón encuentran digna morada las más eminentes cualidades sociales. Pero la naturaleza no le ha concedido este privilegio, sino a cambio de grandes privaciones y sacrificios, y de gravísimos compromisos con la moral y la sociedad; y si aparecen en ella con mayor brillo y realce las dotes de la buena educación, de la misma manera resultan en todos sus actos, como la más leve mancha en el cristal, hasta aquellos defectos insignificantes que en el hombre podrían alguna vez pasar sin ser percibidos.¹⁰⁸

Cuando los complotados entraron en el cuarto Manuela les dijo que Bolívar estaba en el Consejo y, al ser interrogada sobre la ventana abierta les respondió: “Yo la acabo de abrir, porque deseaba saber qué ruido había.” La llevaron a donde supuestamente estaba Bolívar y luego, enojados, la hicieron marchar de regreso a la habitación. En el camino se encontraron con Ibarra herido, quien alcanzó a decir: “Con que ha muerto el Libertador”. Manuela, ya resuelta, le respondió: “No, Ibarra; el Libertador vive.” En definitiva, Manuela les hizo perder tiempo con triquiñuelas de toda laya hasta estar segura de que Bolívar estaba lejos y fuera del alcance de los

¹⁰⁸ Manuel Antonio Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, [1854], Paris, Garnier Hermanos, 1902, p. 48.

complotados. Boussingault, con admiración manifiesta hacia Manuela, cuenta de las agresiones que esta sufriera durante el frustrado atentado contra Bolívar:

Manuelita, seguida por aquellos hombres enfurecidos hasta la demencia, los hizo recorrer todos los pisos del palacio, subir, bajar, volver al punto de partida. La impaciencia de los conjurados llegaba al límite, entonces Manuelita volviéndose hacia aquella horda furiosa, les dijo:

—Ha sido una estratagema para ganar tiempo. Ya Bolívar está fuera de peligro. —Y, cruzándose de brazos, añadió—: Lo hice escapar por esa ventana. Ahora mátenme.

La tiraron contra el suelo, la maltrataron; uno de los conspiradores le dio una patada en la cabeza; diez puñales se alzaron sobre ella, que les gritaba:

—¡Mátenme, cobardes, maten a una mujer!

Tiempo después, todavía en la frente de Manuelita quedaba la cicatriz del golpe que le dieron.¹⁰⁹

La inquina contra Manuela tenía no solo el acumulado de su relación con Bolívar y la creciente influencia sobre el Libertador, que le atribuían sus enemigos, sino también, como antecedente cercano, el caricaturesco fusilamiento del general Santander, que había ocurrido el 24 de julio de ese año durante la celebración del cumpleaños del Libertador, y que ella había comandado. Este manejo del sentido simbólico de lo teatral era característico de una Manuela lúcidamente consciente de las repercusiones políticas de este tipo de sucesos. Con la representación de esa farsa, Manuela cortó, al menos desde

¹⁰⁹ Boussingault, *ibídem*, pp. 167 – 168.

las condiciones subjetivas, los hilos de las alianzas y entendimientos a los que Bolívar, aún después de la confrontación en la Convención de Ocaña, quería llegar con Santander y lo que él representaba. Von Hagen narra que durante la celebración del cumpleaños en la Quinta, fiesta en la que el Libertador estuvo ausente, alguien mencionó a Santander y, en medio de la ebriedad de casi todos, ese mismo alguien propuso que se fusilara su efigie:

Manuela aceptó la propuesta. Jonotás trajo un saco, lo llenaron de trapos, lo vistieron con un desechado uniforme de oficial y pusieron a este “Santander” un bicornio. La misma Manuela dibujó la cara del enemigo; logró en cierto modo reproducir la expresión altanera, los negros ojos, los largos mostachos. Y por si hubiera alguna duda acerca de quién era el personaje, pintó un letrero y lo colgó del muñeco: *Francisco de Paula Santander, ejecutado por traición.*¹¹⁰

El incidente —en el que el coronel Richard Crofston, irlandés de quien se decía que tenía amores con Jonotás, fue quien dirigió el pelotón de fusilamiento del muñeco— le fue comentado a Bolívar por el general José María Córdoba, enemigo de Manuela, quien, al parecer aprovechando la oportunidad, reclamó castigo para los culpables del sainete de hondo significado político, incluida Manuela. La animadversión de Córdoba contra Manuela ya había sido confrontada por el propio Bolívar quien, en carta del 7 de junio de 1828, le recuerda que “ella es también Libertadora, no por mi título, sino por su ya demostrada osadía y valor, sin que usted y otros puedan objetar tal. De este raciocinio

¹¹⁰ Von Hagen, *ibídem*, p. 176.

le viene el respeto que se merece como mujer y como patriota.”¹¹¹ Después del simbólico fusilamiento de Santander, nuevamente tuvo Bolívar que dar explicaciones a Córdoba de quien se negaba a aceptar que, al final, terminaría traicionándolo y rebelándose contra él:

En cuanto a la amable loca. ¿Qué quiere Ud. que yo le diga a Ud.? Ud. la conoce de tiempo atrás. Yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso, pienso hacer el más determinado esfuerzo por hacerla marchar a su país o a donde quiera. [...] Ud. mi querido Córdoba, no tiene que decirme nada que yo no sepa, tanto con respecto al suceso desgraciado de estos locos, como con respecto a la prueba de amistad que Ud. me da.¹¹²

¡Otra vez la *amable loca*, en medio de las intrigas políticas que se movían contra Bolívar y que a él parecían no importarle! Esta presencia permanente de Manuela en los acontecimientos políticos reafirman su importancia como protagonista: ¿Qué era lo que les molestaba a Santander y a Córdoba de Manuela? ¿Acaso la influencia que Manuela tenía dada su cercanía erótica con Bolívar o la lucidez política para detectar conspiraciones, caracterizar a los enemigos y analizar sin concesiones las relaciones de poder? Lo más seguro es que, por tratarse de una mujer entremetida en la política y la guerra, las verdaderas razones de la animadversión de Santander y Córdoba se parapetaban detrás de los moralismos y la actitud quisquillosa que tenían frente a las actuaciones de Manuela. Y las verdaderas razones es que temían la inteligencia política

¹¹¹ “Carta de Bolívar al general José María Córdoba, del 7 de junio de 1828”, en *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón*, p. 151.

¹¹² “Carta de Bolívar al general José María Córdoba, de fines de julio de 1828”, *ibidem*, p. 152.

de Manuela, tal como años más tarde lo dirá Rocafuerte para justificar el haberla desterrado del Ecuador.

En junio de ese año, con esa intuición y capacidad de anticipación políticas que Manuela tenía, ella le escribió a Bolívar advirtiéndole sobre los peligros que sobre él se cernían: “He de preguntarle: ¿a qué tanta ley santanderista? Sólo sirven para desplazar su autoridad cada día más del Gobierno. ¿No se da usted cuenta? Pare ya eso. Después no dirá que no le advertí. Yo tengo mis reservas con el tal Carujo; no volteo ante ellos nunca sus espaldas.”¹¹³ Pedro Carujo fue uno de los líderes del asalto al Palacio de San Carlos la noche septembrina y fue quien, no solo golpeó a Manuela por haber protegido la fuga de Bolívar sino que disparó a quemarropa al coronel Ferguson y luego le asestó un machetazo inútil pues el edecán de Bolívar ya estaba muerto cuando recibió el odio del acero sobre su cráneo y su frente.

Pero mientras Bolívar, para calmar la inquina de Córdoba, le prometía que habría de alejar de sí a Manuela, ella perseveraba con la pasión de una heroína romántica. Ella no incurre en los *desmayos* de las heroínas de la época, tanto literarias como reales, sino, que por lo contrario, es de tal fortaleza que Ricardo Palma dice que “dominaba sus nervios, conservándose serena y enérgica en medio de las balas y al frente de lanzas y espadas tintas en sangre.”¹¹⁴ Manuela fue una mujer apasionada que se entregó por completo a las causas en las que ella creía. Carecía de cálculos acomodaticios para complacer a todos, pues tenía plena conciencia de que había optado por la causa de la independencia contra el coloniaje español. En medio de las diferencias de los patriotas independentistas, también había optado por seguir a Bolívar, que para ella encarnaba la pasión por la patria y la realización erótica.

¹¹³ “Carta de Manuela a Bolívar, ¿junio? De 1828”, en *Cartas íntimas entre Bolívar y Manuelita*, p. 110.

¹¹⁴ Ricardo Palma, *ob. cit.*, p. 136.

El “fusilamiento de Santander”, la farsa escenificada en la quinta del Libertador, no es un episodio pintoresco y gratuito, fruto de la “locura” de Manuela. Esa teatralización de la política tuvo lugar como una manifestación del espíritu de confrontación entre partidarios de Bolívar y Santander que imperaba en esos días. Tal envenenamiento fue consecuencia de los desastrosos resultados de la Convención de Ocaña, que Bolívar los transformó en una victoria sobre Santander, que a fin de cuentas resultó pírrica. El partido de Bolívar había perdido las elecciones de diputados frente al de Santander, que aliándose a diputados independientes obtuvo la mayoría en la Convención. Según el biógrafo Masur, el partido de Santander quería un Senado restringido y una Cámara de Diputados fortalecida y la eliminación del artículo 128 que concedía facultades dictatoriales al presidente en casos excepcionales. El de Bolívar, por el contrario, luchaba por mantener un gobierno fuerte, un presidente con poder de veto, derecho a nombrar y destituir funcionarios, y la permanencia del artículo 128. Masur comenta asombrado el caótico ambiente en el que se desarrollaron las discusiones parlamentarias:

Al debatir estas dos propuestas, los delegados de Ocaña tomaron una resolución que quien escribe entiende que es única en la historia de los procedimientos parlamentarios. Se decidió discutir los dos proyectos al mismo tiempo. El resultado fue precisamente el que el lector debe suponer. Ambos grupos abundaron en apasionados vituperios; se intercambiaron insultos y las palabras mentiroso y traidor resonaron en los pasillos de la iglesia de San Francisco. Se desvanecieron todas las esperanzas de un acuerdo.¹¹⁵

¹¹⁵ Masur, *ob. cit.*, p. 552.

Luego del episodio del “fusilamiento de Santander”, Bolívar, instalado en la lógica del poder, está calculando cómo aquietar las aguas y tranquilizar a sus rivales políticos, sugiriendo incluso el sacrificio de la propia Manuela, al proponerse alejarla de sí. Finalmente, ningún acercamiento fue posible y Bolívar terminó expidiendo el Decreto orgánico, del 27 de agosto de 1828, mediante el cual, ante el fracaso de la Convención de Ocaña, asumía el mando supremo del Estado y normaba su propia actuación. En tal decreto suprimió la Vicepresidencia de la República, por lo que Santander se quedó sin cargo en el aparato del Estado. Bolívar se lo dice a Páez en una carta personal: “Hoy se publica el decreto orgánico y el general Santander quedará suprimido de la Vicepresidencia y, por lo mismo, saldrá del país luego que se concluya la causa del general Padilla [que se había sublevado en Cartagena en marzo de ese año], si no sale complicado en ella.”¹¹⁶

Manuela, al contrario de la dubitación de Bolívar frente a ella, instalada en la *locura amable* del amor, está al tanto de las conspiraciones políticas en contra del Libertador y, justamente por esa *locura amable*, es que ella persiste en quedarse, ya ni siquiera para ocupar el lugar de *la mujer de Bolívar* sino para preservar la vida del conductor de un proyecto político amenazado. En una misiva del 1 de agosto, Manuela le advierte a Bolívar acerca del atentando que se planea contra él para el 10 de agosto y le ruega que no asista al baile. El 7 le envía un nuevo mensaje con toda la información de lo que sucedería —y que efectivamente sucedió— aquella noche en la que se planeaba asesinar al Libertador:

¹¹⁶ “Carta de Bolívar al general José Antonio Páez, posdata del 27 de agosto de 1828”, en *Doctrina del Libertador*, p. 325.

Tengo a la mano todas las pistas que me han guiado a serias conclusiones de la bajeza en que han incurrido Santander y los otros en prepararle a usted un atentado. Horror de los horrores, usted no me escucha; *piensa que solo soy mujer*. Pues sepa usted que sí, además de mis celos, mi patriotismo y mi grande amor por usted, está la vigilia que guardo sobre su persona, que me es tan grata para mí.

Le ruego, le imploro, no dé usted la oportunidad, pues han conjurado al golpe de las doce, ¡asesinarlo! De no escucharme, usted me verá hacer hasta lo indebido por salvarlo.¹¹⁷

4

Las cartas de Bolívar y Manuela: Eros en medio de la batalla

Las cartas son fragmentos de un autorretrato escrito. Las cartas sucesivas de una correspondencia amorosa van mostrando lo que piensa y siente la persona que escribe: en este caso, el yo escribiente ejerce una suerte de sinceramiento paulatino hacia el receptor del mensaje, más aún cuando se trata de la persona amada. Las cartas de amor, hasta antes de la difusión de la telefonía y, sobre todo, de la popularización del correo electrónico, fueron un instrumento único para la creación de condiciones de intimidad comprometidas a través de la palabra que buscaba enamorar al destinatario de las mismas. Recién terminada la entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín, que tiene lugar entre el 25 y 27 de julio de 1822, Manuela, que aguarda por Bolívar en la hacienda El Garzal, cerca de Babahoyo, le escribe una nota cargada de la ansiedad de la

¹¹⁷ “Carta de Manuela a Bolívar, 7 de agosto de 1828”, *ibídem*, p. 113.

amante que aguarda por el amado: “Aquí estoy yo, ¡esperándole! No me niegue su presencia de usted. Sabe que me dejó en delirio y no va a irse sin verme y sin hablar... con su amiga que lo es loca y desesperadamente.”¹¹⁸ El autorretrato se va dibujando a medida que los fragmentos se complementan, pues las respuestas de las cartas nos muestran esa mirada del otro ante las expresiones del yo escribiente, que acentúa los contornos del retrato que el remitente hace de sí mismo. Manuela revela su *delirio* y el *amor loco* que la posee, desde un espíritu de abierta entrega que se transparenta mediante una palabra erotizada.

La noche de Navidad de 1822 tuvo lugar la brutal represión que ejecutó Sucre contra las fuerzas realistas y la población civil de Pasto, que se había levantado contra la Gran Colombia al mando de Benito Boves, en uno de los más sanguinarios hechos de guerra del proceso independentista. El 30 de diciembre, recuperado el control no solo de la ciudad sino del camino entre Bogotá y Quito, Manuela escribe a Bolívar ya sin mencionar la rebelión recientemente sofocada en Pasto: “Considéreme usted su amor loco y desesperado por unirme hasta la gloria de su ser; supongo que se halla usted en igual condición como lo está la más fiel de sus amigas.”¹¹⁹ Un mes después, ya en 1823, Bolívar le responde: “Manuela bella, Manuela mía, hoy mismo dejo todo y voy, cual centella que traspasa el universo, a encontrarme con la más dulce y tierna mujercita que colma mis pasiones, con el ansia infinita de gozarte aquí y ahora, sin que importen las distancias. ¿Cómo lo sientes, ah? ¿Verdad que también estoy loco por ti?”¹²⁰.

Nuevamente leemos la idea del *amor loco* en la correspondencia: asistimos a una pasión romántica que convierte a Manuela y Bolívar en soldados enamorados. Manuela y Bolívar, los escribientes, revelan el uno al otro, en un acto de amor signado de manera

¹¹⁸ “Carta de Manuela a Bolívar, 28 de julio de 1822”, *ibidem*, p. 39.

¹¹⁹ “Carta de Manuela a Bolívar, 30 de diciembre de 1822”, *ibidem*, p. 41.

¹²⁰ “Carta de Bolívar a Manuela, 30 de enero de 1823”, *ibidem*, p. 41.

tácita por la política que les había tocado vivir, aquella *locura de amor* que los mantuvo unidos en la lucha patriótica bajo la complicidad apasionada de los amantes.

El 9 de noviembre de 1824, motivado por el cuidado que tiene el amante del ser amado, Bolívar le escribe a Sucre una carta en la que se muestra un hombre protector: “ruego como superior de usted, de cuidar absolutamente a Manuelita de cualquier peligro”, tal vez porque conocía del ímpetu heroico que movía a su amada. Los temores sobre los riesgos que habría corrido Manuela en el campo de guerra, al igual que cualquier soldado convencido de su deber con la patria, no eran infundados. En una carta a Bolívar, escrita desde el frente de batalla de Ayacucho, al día siguiente de la victoria, Sucre da testimonio del valor militar de Manuela:

Se ha destacado particularmente doña Manuela Sáenz por su valentía, incorporándose desde el primer momento a la división de Húsares y luego a la de Vencedores, organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo a los soldados heridos, batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos; rescatando a los heridos.

La Providencia nos ha favorecido demasadamente en estos combates. Doña Manuela merece un homenaje en particular por su conducta; por lo que ruego a S.E. le otorgue el Grado de Coronel del Ejército Colombiano.¹²¹

La descripción que hace Sucre de la participación de Manuela en la batalla de Ayacucho la convierte en una guerrera de acciones valerosas que están a la altura de cualquiera de los oficiales nombrado por José Joaquín Olmedo en el *Canto a Bolívar*. La

¹²¹ “Carta de Sucre a Bolívar, del 10 de diciembre de 1824”, en *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón*, p. 143.

expresión coloquial “batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos” tiene una enorme fuerza semántica pues confirma que la participación de Manuela no se redujo a las tareas de retaguardia que, por lo general, eran realizadas por la mayoría de las mujeres que acompañaban a la tropa. El general francés Doucoudray Holstein, que participó en la expedición de Los Cayos en 1816, y que escribió en 1831 una historia de Bolívar, cuenta de manera algo quejosa que acompañaban a los oficiales “las amantes o las esposas de muchos de ellos” y que “cada dama iba con su madre, sus hermanas o alguna amigas; tenían además sirvientes de ambos sexos y mucho equipaje. Todo lo cual entorpecía las maniobras.”¹²² Manuela ocupó, en un irrefutable acto subversivo, otro lugar en el campo de batalla: aquel que estaba reservado a los hombres; todo lo cual reafirma su condición de heroína. Y sorteando las trampas de ese mundo masculino, Manuela debe enfrentarse, continuamente, a la maledicencia y al taimado rencor de Santander que se opone a su ascenso a Coronela:

Pero mi asombro vive una verdadera y cruda realidad. El ejército, que no necesita auspicios de huelga, recibe el aliente de su Jefe Supremo, que premia en conceder un alto rango que sólo se obtiene con el valor demostrado en el rigor del combate. ¿Ser coronel del ejército colombiano merece sólo la consideración que V.E. le está dando? Solicito a V.E., con el respeto que le merezco, el que S.E. degrade a su amiga, pues que actos de ascensión como ese, sólo perjudican en política a V.E., y más grave aún, en lo castrense, en recibir el desfavor de este cuerpo, cuyos hombres ven con repudio tan fácil concesión de hace más de un mes.¹²³

¹²² Doucoudray Holstein, “Las mujeres compañeras de campaña”, en Inés Quintero, *ob. cit.*, p. 123.

¹²³ “Carta de Santander a Bolívar, 23 de enero de 1825”, en *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón*, p. 144.

Bolívar no aceptó las razones de Santander, que demostraban únicamente su desafecto para con Manuela, y por ello lo enfrenta, antes que nada, a la persona que es ella: “Usted la conoce muy bien, incluso sabe de su comportamiento cuando algo no le encaja.” Bolívar defendió el ascenso concedido a Manuela argumentando no solo el valor simbólico y político que tenía este tipo de honores para la causa de la independencia, sino señalando también los méritos militares de la coronela. En la carta de respuesta, en primer lugar, Bolívar rechaza como “difamación vil y despreciable” la insinuación de que él hubiese influenciado en el ascenso de Manuela. Bolívar ratifica de esta manera que aquella ha sido ascendida por su arrojo en el campo de batalla; es decir, por su manera de ocupar un espacio masculino y sobresalir en él. Luego, con un lenguaje lleno de firmeza, le recuerda a Santander la valentía característica de la coronela: “Usted conoce, tan bien como yo, de su valor, como de su arrojo ante el peligro.” Y, en seguida, pasa a describirle el proceso que lo ha llevado a ascenderla: “¿Qué quiere usted que yo haga? Sucre me lo pide por oficio, el batallón de Húsares la proclama; la oficialidad se reunió para proponerla, y yo, empalagado por el triunfo y su audacia le doy el ascenso, sólo con el propósito de hacer justicia.”¹²⁴

En síntesis, Bolívar confronta a Santander en defensa de Manuela, con dureza y convicción, argumentado en favor de aquella no solo los méritos de su carácter personal sino los de su desempeño militar y contribución en las tareas de atención a los heridos de guerra. El Libertador, que sabe que está construyendo una nación, conoce con exactitud lo necesario que resulta para una comunidad el mantener a sus héroes y heroínas visibles siempre en el imaginario de la patria. Por esta razón, él expone a Santander, que fue un hombre puntilloso y legalista en todo —hasta en la argumentación política y moral para

¹²⁴ “Carta de Bolívar a Santander, 17 de febrero de 1825”, en *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón*, p. 146.

consumar el atentado contra Bolívar, y también, años más tarde, para expulsar a Manuela de la Nueva Granada—, lo que este patriota al parecer no comprendía:

Sepa usted que esta señora no se ha metido nunca en leyes ni en actos que “no sean su fervor por la completa Libertad de los pueblos de la opresión y la canalla”. ¿Qué la degrade? ¿Me cree usted tonto? Un ejército se hace con héroes (en este caso heroínas), y estos son el símbolo del ímpetu, con que los guerreros arrasan a su paso en las contiendas, llevando el estandarte de su valor.¹²⁵

No será la única vez que Bolívar defienda la integridad patriótica de Manuela frente a las insidias de Santander, que, a la luz de los hechos históricos, tenía razón para detestar a Manuela pues ella expresaba sin tapujos aquello que Bolívar, mezclado en el juego de máscaras de la lucha por el poder, intentaba manejar políticamente. Pero, además, Manuela era quien, de manera constante, prevenía a Bolívar frente a las conspiraciones de quienes aparentaban aceptar las condiciones políticas que mantenían al Libertador al mando de la naciente república. Dos meses antes del atentado, Manuela le escribía a Bolívar: “Estoy metida en la cama por culpa de un resfrío; pero esto no disminuye mi ánimo en salvaguardar su persona de toda esa confabulación que está armando Santander. [...] Supe esta tarde, a las 10, los planes malvados contra su ilustre persona, que perfeccionan Santander, Córdoba, Crespo, Serena y otros...”¹²⁶ Por eso, Manuela no dudaba en considerar a Santander como a un traidor y, por eso también, organizó sin remordimientos el espectáculo del fusilamiento del muñeco que lo representaba.

¹²⁵ *Ibidem.*

¹²⁶ “Carta de Manuela a Bolívar, 29 de julio de 1828”, en *Cartas íntimas entre Bolívar y Manuelita*, p. 111.

En carta del 21 de septiembre de 1828, cuatro días antes de la nefanda “noche septembrina”, Bolívar vuelve a defender a Manuela, apelando a lo que personalmente significa ella para él. En la misiva también desdeña la maledicencia de los poderosos de Bogotá, sus enemigos, y alaba la eficiencia administrativa de Manuela. Asimismo, le reconoce el valor de haberlo salvado del complot para acabar con su vida planificado para el 10 de agosto de ese año. Esa noche, la aparición de Manuela en el baile de máscaras, provocando un incidente que irritó al Libertador, determinó que Bolívar se retirase del lugar en donde estaban reunidos los complotados dispuestos a asesinarlo:

Manuela es para mí una mujer muy valiosa, inteligente, llena de arrojo, que usted y otros se privan en su audacia. No saldrá (ahora menos) de mi vida por cumplir caprichos mezquinos y regionalistas. La que usted llama “descocada”, tiene en orden riguroso todo el archivo que nadie supo guardar más que su intención y juicio femeninos.

Prueba de la lealtad de Manuela se han aparecido en dos ocasiones: el 10 de agosto, en la celebración del aniversario, comprometiendo su dignidad solo para hacerme retirar del sitio de mis enemigos y salvar mi vida.¹²⁷

Párrafos más abajo Bolívar continúa la defensa de Manuela, esta vez en tanto mujer, y rechaza de plano que los malquerientes de ambos puedan abusar de tal condición para llevar a cabo sus insidias. Esta actitud de Bolívar lo lleva a lo largo de la relación con Manuela a respetar y querer en ella la constante afirmación de su condición de mujer, muy al contrario de la apreciación patriarcal que Ricardo Palma evidenciaría a

¹²⁷ “Carta de Bolívar a Santander, 21 de septiembre de 1828”, en *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón*, p. 157.

mediados del siglo diecinueve en el artículo ya citado, que pretendía ser elogioso. Lo que más les molestaba a quienes no querían que Manuela estuviese cerca de Bolívar era no tanto que una mujer tuviera influencia en el ánimo del Libertado cuanto que esa mujer interviniera, al igual que todos ellos, en la vida política de la república en ciernes. Esta presencia constante de la coronela Sáenz llevaba a Santander, Córdoba y todos los opositores a Bolívar a trasladar la ira de sus frustraciones a la maledicencia que pudiesen despararramar por Bogotá en contra de Manuela. Por eso, el amante Bolívar no escatima la violencia del lenguaje, cargándole de una velada amenaza, en la defensa de su amada:

Como supuesto, todos saben que en mi recia personalidad no toleraría jamás una afrenta a mi dignidad, y por esto, Manuela no recogerá el fardo asqueroso de la desvergüenza sólo por ser mujer. Quienes así la denigran, se cargan con la miseria de su maledicencia, y la corrupción de sus palabras atraganta sus pescuezos ávidos de la horca.¹²⁸

La valía militar y política de Manuela ha sido reconocida, finalmente, con el paso del tiempo. Y, sin embargo, ya se sabía que por su participación en las conspiraciones revolucionarias, en 1821, contra el virrey de Lima, el general José de San Martín le impuso la condecoración de la Orden del Sol, en el grado de Caballero. Se conocía que por sus tareas de cuidado de los heridos y otras propias de la retaguardia en Junín, la ascendieron al grado de Capitán de Húsares. Se tenía documentación probatoria que, por el valor demostrado en el campo de batalla de Ayacucho, fue ascendida a Coronela. Olmedo, que tantos hechos describió con la fuerza vidente de la palabra poética, no alcanzó a verla combatiendo como la vio Sucre y se perdió la gloria de dedicarle algunos

¹²⁸ *Ibídem.*

versos en su poema fundacional. Olmedo no la vio, sencillamente, porque las mujeres de la Independencia eran seres invisibles salvo que se tratara de guarichas, sirvientas o amantes que caminaban en la retaguardia, y aún a estas no se les reconoció, en términos históricos, la responsabilidad fundamental del abastecimiento, atención a los heridos y misiones de correo que tuvieron la mayoría de aquellas¹²⁹.

En la mañana del jueves 24 de mayo de 2007, en el Templo de la Patria, ubicado en Quito, tuvo lugar una singular ceremonia. Si bien no está confirmada la autenticidad de los llamados *Diario de Quito* y *Diario de Paíta*, de Manuela Sáenz, cuyos manuscritos fueron encontrados y están bajo la custodia del coleccionista Carlos Álvarez Saá, en ellos Manuela da testimonio de cómo vivió, desde lejos pero con ganas de participar activamente, el acontecimiento de la batalla que tuvo lugar en las faldas del Pichincha, el 24 de mayo de 1822 y que fue comandada por Sucre. En la entrada del 22 de mayo, Manuela escribe: “Yo estoy enviando ahora mismo una ración completa a la compañía de la guardia del batallón ‘Paya’ y cinco mulas para el abastecimiento y reponer las perdidas. No espero que me paguen; pero si éste es el precio de la libertad, bien poco ha sido.”¹³⁰

Durante la celebración de los 185 años de la Batalla del Pichincha, Rafael Correa, presidente constitucional del Ecuador, encabezó la ceremonia en la que la coronela Manuela Sáenz fue ascendida a Generala. “Desde las 09:30, y bajo un fuerte sol, las tenientes Fanny Lagla, de la Marina, y Minoska Cevallos, de la Aviación, sostenían dos cojines de terciopelo rojo. Las dos militares, uniformadas con el traje de parada, llevaban sobre la tersa tela las insignias doradas y el bastón de mando que simbolizan el nuevo

¹²⁹ Justamente por la poca relevancia que se le ha dado a las mujeres que participaron en el proceso independentista es que resulta altamente significativo el vitral “Heroínas de la Independencia americana”, de Oswaldo y Pablo Mora, 2006, ubicado en el Salón de las Libertadoras, en la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. El vitral rinde homenaje a Manuela Sáenz, María Andrea Parado, Luisa Cáceres, Rosita Campuzano, Manuela Cañizares, Policarpa Salavarrieta, Juana Azurduy y Fernanda Barriga.

¹³⁰ *Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles*, Carlos Álvarez Saá, recopilador, Bogotá, FICA, 2005, p. 56.

grado de Manuela Sáenz.”¹³¹ Después de los honores de rigor, el presidente Correa, vestido de terno negro y una camisa blanca en cuyo pecho lucía bordada la Máscara de Oro, pieza arqueológica que el Banco Central del Ecuador ha tomado como signo de su logotipo, escuchaba la lectura del Decreto 341-A, del 24 de mayo de 2007, firmado por él y Lorena Escudero, su Ministra de Defensa. En el antepenúltimo considerando, el decreto dice: “Que gracias a su decidida intervención en la llamada “noche septembrina”, el 25 de septiembre de 1828, logró salvar la vida del Libertador, hecho por el cual se ganó el título histórico de ‘Libertadora del Libertador’;” y en la parte resolutive establece: “Art. 1: Otórgase el grado honorífico de Generala de la República del Ecuador a la Coronela del Ejército Patriota Manuela Sáenz Aizpuru.”

El ascenso de Manuela a Generala supera la tendencia patriarcal de la institución castrense que persiste aún en estos días y constituye, en términos simbólicos, la reivindicación de la carrera militar de la *Libertadora del Libertador*. Asimismo, se vuelve un gesto político necesario en un tiempo en el que lo heroico está vaciado de sentido patriótico y se prefiere toda manifestación individualista y apolítica, como parte de la ideología cultural dominante. La cultura del espectáculo, llevada adelante por las empresas de la información, exalta como héroes a quienes hoy en día poseen condiciones mediáticas y no representan ningún peligro para la permanencia del poder del capital: futbolistas, actores y actrices, miembros de la realeza, empresarios caritativos, etc. Manuela Sáenz, en este sentido, es un símbolo libertario de naturaleza romántica que aún le causa escozor a los que hoy representan el poder poscolonial. Ese romanticismo, en el sentido libertario que el término ha tenido en la historia literaria, se expresa en el tono del discurso del presidente Correa, que ofreció durante la ceremonia de ascenso:

¹³¹ *El Comercio*, 25 de mayo de 2007: http://www4.elcomercio.com/noticias/Manuelita-Saenz-general_a_0_147588141.html

El nombre de Manuela Sáenz fue escondido, vilipendiado, olvidado por décadas y décadas. Las cartas íntimas, diarios y documentos fueron ocultados por más de 130 años. Para muchos, no cabía ensalzar la figura de quien les parecía más concubina y adúltera que la expresión más pura de la revolución, el coraje, la independencia y el amor.

[...]

Manuela: Eres la luz despierta de los tiempos oscuros. Eres nuestra compatriota y nuestro destino. Hoy eres memoria viva de la Libertad. Hoy eres el espejo en el que otras mujeres se miran y agigantan.”¹³²

Manuela es una heroína romántica en toda la extensión del concepto. Su vida tiene el halo de una novela romántica, desde su nacimiento como hija fuera de matrimonio, huérfana de madre al mes de nacida, entregada al cuidado de un convento de monjas; hasta su deceso, exiliada en Paita, perseguida por un poder patriarcal que se ensañó con ella una vez que murió Bolívar. Manuela encarna a la heroína trágica que, con un sino sobre sí, confronta a la muerte en soledad, derrotada por el mundo y el poder que lo gobierna. Basta recordar lo que el historiador colombiano Antonio Cacia Prada ha investigado sobre el resultado del expediente que sobre su filiación Manuela promovió, el 16 de junio de 1821, para reclamar los bienes que su madre, Joaquina Aizpuru, fallecida el 25 de enero de 1796, había testado en su favor. “La petición está fechada en Lima el 6 de abril de 1820, ante el escribano de su Majestad Julián Cubillos. Como procurador de la causa actuó Don Francisco Javier Escudero. En el proceso se declaró hija expósita a la hija del señor Simón Sáenz.”¹³³

¹³² Discurso del Presidente Constitucional de la República del Ecuador, Rafael Correa, en la conmemoración de los 185 años de la Batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 2007:

<http://www.presidencia.gob.ec/discursos/>

¹³³ Antonio Cacia Prada, *Manuela Sáenz, Generala de América*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2012, p. 28.

Pero a pesar de su derrota política, social, y amorosa, ella no es la heroína enfermiza del romanticismo sentimental. Manuela Sáenz es un símbolo de las mujeres que lucharon por la libertad de la patria y, al mismo tiempo, es una representante de la emancipación sexual de la mujer, no tanto desde formulaciones teóricas cuanto desde su propia práctica del amor libre de las ataduras de la institución matrimonial. En estricto sentido, Manuela vive públicamente en adulterio con Bolívar, desafiando las leyes de la época, se rebela ante la institución del matrimonio arreglado, como fue su caso, y no solo abandona al doctor James Thorne, su esposo, para seguir a Bolívar sino que se niega a regresar con aquel pese a sus reiterados pedidos. Manuela podría parecerse a la Madame Bovary, el inolvidable personaje de Flaubert, porque ambas son heroínas que creen y viven en el valor de lo auténtico frente al amor, pero mientras Emma se destruyó en un pueblito de Francia, incapaz de entender el sentido político de su rebelión sentimental, Manuela se reconstruye a sí misma en cada instante vital con la fuerza arrasadora del amor apasionado por un hombre y la lucha política y militar por la libertad de su patria, que para ella fue mucho más que la ciudad en la que nació.

El día en que Manuela conoce a Bolívar, domingo 16 de junio de 1822, fue un día de celebración patriótica. La batalla de Pichincha, comandada por Sucre, había tenido lugar el 24 de mayo y, por tanto, Quito celebraba, junto a su independencia recién obtenida, la presencia, por primera vez en la ciudad, del presidente de Colombia. Resulta altamente significativo, en términos de la construcción idílica de la pasión romántica, que el amor de Manuela y Bolívar se encienda en medio del fervor patriótico. Y es que es necesario señalar que, según Antonio Cagua, el capitán José María Sáenz del Campo, hermano por parte de padre de Manuela, llegó a Quito con un encargo de parte del batallón “Numancia” para Sucre y cumplida la entrega se incorporó a las huestes

patriotas. Manuela, por su parte, impedida de incorporarse a la batalla por disposición del mando militar que ya tenía organizadas las tropas, siguió de cerca el combate:

Se vistió de amazona y con Jonatás y Nathán, subió al sitio de la contienda donde colaboró en el transporte de los heridos, en curarles las lesiones y calmarles las dolencias “con aguas de amapolas y bálsamo del Perú”. En su propia casa organizó una enfermería, cumpliendo así el bando municipal ordenado por Sucre: “Que no se les discierna trato de favor a nuestros heridos; muy cara no es su vida, pero la de los españoles nos debe merecer en esos momentos iguales respetos.”¹³⁴

Los biógrafos de la heroína, Victor W. Von Hagen, Alfonso Rumazo González y Antonio Cagua, coinciden en la narración sobre los sucesos de ese día. Todo empezó con la entrada triunfal de Bolívar a la plaza principal de Quito, en donde, tras un incidente fortuito, el Libertador intercambia miradas con Manuela; a la noche vendría el Baile de la Victoria, en casa de don Juan Larrea, ubicada en el lado oriental de la Plaza Grande, en donde Manuela le es presentada formalmente a Bolívar. Haciendo caso omiso a las murmuraciones que empezaron inmediatamente, bailaron la noche entera e iniciaron una pasión amorosa signada por la libertad. El incidente de la corona de flores que había tenido lugar en la mañana fue consignado por Manuela en su *Diario de Quito*:

Cuando se acercaba al paso de nuestro balcón, tomé la corona de rosas y ramitas de laureles y la arrojé para que cayera al frente del caballo de S.E.; pero con tal suerte que fue a parar con toda la fuerza de la caída, a la

¹³⁴ *Ibíd.*, p. 38.

casaca, justo en el pecho de S.E. Me ruboricé de la vergüenza, pues el Libertador alzó su mirada y me descubrió aún con los brazos estirados del tal acto; pero S.E. se sonrió y me hizo un saludo con el sombrero pavonado que traía en la mano, y justo esto fue la envidia de todos, familiares y amigos, y para mí, el delirio y la alegría de que S.E. me distinguiera de entre todas, [que] casi me desmayo.¹³⁵

El episodio está contado con todos los tópicos del romanticismo sentimental: la admiración exultante por el héroe, la presencia de la dama en el balcón, las flores que la dama arroja al héroe, la casualidad que provoca el primer intercambio de miradas, el rubor de la dama, e, incluso un evento singular en la vida de Manuela: el conato de desmayo por la emoción que provoca el amor que surge de súbito. Rumazo, por su parte, concluye la narración describiendo la reacción del Libertador así: “Sonríe más acentuadamente Bolívar, clava en ella su mirada de fuego y agradece el homenaje con una reverencia muy acentuada.”¹³⁶ Más adelante, cuando Manuela escribe en su *Diario* acerca del momento en que Bolívar le es presentado en el baile, recordará ese encuentro con la emoción exaltada de una mujer que ha sido tocada en su intimidad por la mirada seductora de un hombre: “Mi corazón palpitaba al estallarme cuando de Don Juan Larrea escuché: ‘S.E. es para mí halagador presentarle a la señora Manuela Sáenz de Thorne’. S.E. Bolívar me miró fijamente con sus ojos negros, que querían descubrirlo todo, y sonrió.”¹³⁷

Y es que *la mirada* de Bolívar juega en este episodio una función fundamental para la configuración heroica, en un sentido poético: esa *mirada*, metafóricamente, es la presencia arrasadora de la seducción que ejerce el héroe sobre la dama a quien enamora y

¹³⁵ *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, “Entrada del 19 de junio de 1822”, p. 66.

¹³⁶ Alfonso Rumazo, *ob. cit.*, p. 88.

¹³⁷ *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, *ibídem*, p. 68.

también sobre los habitantes de la patria que lidera. Manuela escribe en su *Diario* que los ojos negros de Bolívar *querían descubrirlo todo*; es decir, quitar el velo a lo que estaba cubierto, o, también, *des-cubrir* lo que ella misma estaba cubriendo frente al Libertador en el momento del primer encuentro. Como toda heroína romántica, Manuela intuye que esos *ojos negros* lo quieren *todo* y que en ese juego, ella también debe estar dispuesta a dar y a exigirlo *todo*. Y quererlo *todo*, en los usos culturales del romanticismo, implica la posesión del ser amado, tanto de su alma como de su cuerpo.

Acerca del poder de la mirada de Bolívar se ha llegado a decir que sus enemigos preferían no verlo porque terminaban convencidos por él. Cuenta Gerhard Masur, que Santander hizo todo para evitar que Bolívar acudiera a la Convención de Ocaña, pues conocía el encanto que ejercía su rival en las multitudes, y tenía la seguridad de que el Libertador convencería a los diputados, incluidos algunos del partido de Santander, para que voten las reformas que aquel necesitaba para su proyecto de la Gran Colombia. El mismo Santander evitaba hablar personalmente con el Libertador pues, según escribe en algunas cartas, éste acudía a la cita con sentimientos de odio y venganza y, dado el encanto del fundador de la patria, salía del encuentro pacificado y con sentimientos de admiración por su enemigo¹³⁸. Horacio Gómez Aristizábal, refiriéndose al *hechizo* que ejercía Bolívar en sus interlocutores, hace un recuento apretado de varios testimonios respecto de los ojos subyugantes del Libertador:

Y ese hechizo lo debió a su palabra enlabiadora y a sus ojos irresistibles, porque todos los oficiales extranjeros que lo acompañaron, todos sus cronistas, edecanes, ministros, están acordes en ponderarnos el fulgor cuasi divino que irradiaban sus ojos, grandes y negros, bajo cejas correctas

¹³⁸ Masur, *ob. cit.*, p. 552.

y ampliamente como arcos triunfales. *El fuego de sus ojos es extraordinario*, dice el viajero inglés Roberto Proctor, quien lo conoció en Perú; *Sus ojos brillan como los diamantes*, escribe el poeta francés Martin Maillefer, que lo conoció en Caracas, y Le Moyne, ministro de Francia en Bogotá, en 1829, dice: *Sus grandes ojos negros y vivos anunciaban un alma de fuego*, y el naturalista Roulin que delineó su perfil: *Sus ojos brillaban con un fulgor eléctrico*, y el historiador Lallement: *Un fuego vivísimo brota de sus pupilas*, y su enemigo el doctor Arganil: Este hombre de una fisonomía atrevida y ojos agatados y relumbrones, y Páez, el llanero: *Sus ojos eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila*.¹³⁹

Por tanto, no resultaba extraño que Manuela Sáenz, apasionada ella misma por la causa de la libertad de la patria y la de los amantes, fuese seducida por el magnetismo irresistible de Bolívar. Al mismo tiempo, hay que considerar el hecho de que Manuela también tenía una personalidad seductora, no solo porque venía precedida de su conducta patriótica tanto en Lima como en Quito sino porque, al contrario de la mayoría de las mujeres de la época, ella había recibido una educación exquisita que incluía el conocimiento de los clásicos, de la literatura romántica; conocía el detalle de la política, y sabía de estrategia militar; además, hablaba inglés y francés. En su *Diario*, ella comenta entusiasmada que Bolívar era un bailarín consumado y que “para descollar” ante él, la noche del baile, ella le hablaba de la política y de estrategias guerreras mientras él la escuchaba embelesado:

¹³⁹ Horacio Gómez Aristizábal, *Bolívar y la integración en el siglo XXI*, Bogotá, Asociación Patriótica Bolivarenses, 2011, p. 153.

Entonces me cortó y empezó a recitarme en perfecto latín a Virgilio y Horacio. Hablaba de los clásicos como si los hubiera conocido. Yo lo miraba y escuchaba entusiasmada, y cuando tuve por fin la oportunidad, le respondí dándole citas de Tácito y Plutarco, cosa que le llamó mucho la atención, quedándose casi como mudo y asintiendo de mis pobres conocimientos, con la cabeza, y diciendo “Sí, sí, sí eso es; sí, sí, sí”, repetía. Entonces se puso muy erguido y yo pensé que se había enfadado; pero sonriendo me pidió el que era urgente le proporcionara todos los medios a fin de tener una entrevista conmigo (y muy al oído dijo: “encuentro apasionado”), que sería yo en adelante el símbolo para sus conquistas y que no solo admiraba mi belleza sino también mi inteligencia.¹⁴⁰

El comienzo gozoso de toda relación amorosa implica la celebración de los cuerpos. Según la cronología de Manuel Espinosa Apolo¹⁴¹, la noche del 18 de junio de 1822, Bolívar y Manuela se citan por primera vez a solas en el Palacio de Gobierno; el fin de semana del 22 y 23 de junio, muy probablemente, “pasan el fin de semana en la hacienda de su tía [de Manuela] en Catahuango, Amaguaña”; el 28, Bolívar y Manuela se separan pues este debe viajar a Guayaquil para tomar posesión política y militar del puerto, y ponerlo bajo la protección de Colombia antes de la llegada de San Martín, hecho que sucederá el 11 de julio. Mientras tanto, Manuela ha viajado a Babahoyo y, desde el 19, espera a Bolívar en la hacienda El Garzal. Del 26 al 27 de julio se da el encuentro de Bolívar y San Martín y el 31 se produce la anexión oficial de Guayaquil a la Gran Colombia. El 6 de agosto, Bolívar llega a El Garzal y se reúne con Manuela y de

¹⁴⁰ *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, “Entrada del 22 de junio de 1822”, pp. 71 – 72.

¹⁴¹ *Manuela Espinosa Apolo, ob. cit.*, pp. 35 – 36.

manera intermitente pasarán juntos durante todo el mes hasta que Bolívar tiene que partir nuevamente, esta vez, camino a Cuenca, a donde llegará el 8 de septiembre. Los amantes volverán a reunirse a mediados de noviembre, otra vez en la hacienda de Catahuango y el 8 de diciembre Bolívar dejará Quito camino a Pasto, a donde fue para sofocar la rebelión de los sectores realistas de la ciudad. La correspondencia de 1822 da testimonio de la consumación y crecimiento del deseo en la relación amorosa de Manuela y Bolívar, que nace y crece viviendo sucesos políticos fundamentales para la consolidación de la independencia de la Gran Colombia.

Acerca del primer reencuentro de los amantes, en El Garzal, las cartas nos muestran el contraste de un Bolívar reflexivo y algo circunspecto, frente a una Manuela romántica y apasionada que no está dispuesta a escudarse detrás de formalidades. Ya en Babahoyo, a fines de julio, Manuela, cautivada por el paisaje del campo, revela su veta romántica en el tópico de la contemplación de la naturaleza: “Aquí hay de vivaz todo un hechizo de la hermosa naturaleza. Todo invita a cantar, a retozar; en fin, a vivir aquí. Este ambiente, con su aire cálido y delicioso, trae la emoción vibrante del olor a guarapo que llega fresco desde el trapiche, y me hace experimentar mil sensaciones almibaradas.”¹⁴² Sigue una pintura del paisaje que invita al reposo y al encanto seductor de esa naturaleza que espera por los amantes. Pero esa contemplación no se queda en la evocación de idílica sino que anhela el reconocimiento erótico de los cuerpos. En la misma carta, luego de haber descrito la exacerbación de los sentidos que provoca el escenario natural que la rodea y en el que espera a su amante, Manuela deja sentado su deseo de manera directa, invocando a la deidad latina del amor erótico: “Los bajíos a las riberas del Garzal hacen un coloquio para desnudar los cuerpos mojados, sumergidos en un baño venusiano”.¹⁴³

¹⁴² *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, “Carta de Manuela a Bolívar, de 27 de julio de 1822”, p. 111.

¹⁴³ *Ibidem*, p. 112.

A comienzos de ese mismo julio, Bolívar, por su parte, camino a Guayaquil, desde el cuartel general de Guaranda, le respondía a Manuela, a una carta que no conocemos, que sus requerimientos amorosos eran “muy justos”, que necesitaba acostumbrarse a la nueva relación “pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse”; asimismo, le pedía, casi un clamor: “dame tiempo”. La pasión amorosa había nacido y, al mismo tiempo, él se encontraba en medio de serios problemas políticos: debía ganar a San Martín el control militar y político de Guayaquil para consolidar el futuro de la Gran Colombia pero la relaciones con los patriotas guayaquileños, entre los que destacaba José Joaquín Olmedo, no eran fáciles ni tendrían un desenlace que pudiese contentar a todas las facciones. En la misiva, Bolívar le dice a la amante con quien ha comenzado una relación de manera reciente: “No esquivo tus llamados, que me son caros a mis deseos y a mi pasión. Solo reflexiono y le doy un tiempo a ti; pues tus palabras me obligan a regresar a ti, porque sé que ésta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente.”¹⁴⁴

Aunque difieren en el nivel de vehemencia con el que encaran la relación naciente, los tonos de este primer intercambio de cartas son complementarios. Cuando Bolívar escribe, él está camino a su encuentro crucial con San Martín; cuando lo hace Manuela, “en delirio”, como ella dice en nota del día 28, ella lo espera en El Garzal: “loca y desesperadamente”. Bolívar más reflexivo y menos vehemente, Manuela es más vehemente y reflexiona menos, y no obstante, los dos demuestran su satisfacción por lo poco que ellos han vivido en esos primeros días de la aventura amorosa y los dos quieren prolongarla. Están viviendo esa primera fase de la aventura amorosa cuando “el sexo, real o sublimado, libre o proscrito, es el grito triunfal de la pulsión de vida, del descubrimiento y/o la posesión lograda de un cuerpo que ha de ser explorado y gozado sin ningún límite: el deseo subsumido en goce pleno.”¹⁴⁵ Los amantes están en el período

¹⁴⁴ *Ibidem*, “Carta de Bolívar a Manuela, de 3 de julio de 1822”, p. 110.

¹⁴⁵ Abdón Ubidia, *La aventura amorosa y sus personajes*, Quito, Editorial El Conejo, 2011, pp. 70 – 71.

del descubrimiento de la mutua pasión y el deseo y, más allá de las vicisitudes de los acontecimientos de la política en la que ellos viven envueltos, ambos anhelan con ardor ese nuevo encuentro de los cuerpos que habrá de convertirlos en amantes hasta la muerte.

En una de las páginas perdidas del *Diario de Bucaramanga*, de Luis Perú de Lacroix —que Álvarez Saá reclama haber encontrado y que la exhibe en su museo de Quito, publicada en la recopilación que él mismo hizo de los diarios y cartas de Manuela Sáenz, en 1995—, Bolívar habla de Manuela, particularmente, del ya conocido *episodio del zarcillo*, que casi le cuesta una oreja al Libertador.¹⁴⁶ La página de Lacroix podría ser apócrifa pero el episodio ha sido referido incluso por Von Hagen en su biografía de Manuela.¹⁴⁷ Al ser interrogado por el coronel Lacroix sobre Manuela, en medio de las intrigas de la Convención de Ocaña, hacia mayo de 1828, Bolívar habría comenzado su relación de aquel episodio, que tuvo lugar el 29 de octubre de 1823, por este aserto personal: “En verdad, ¡nunca terminé de conocerla! ¡Ella es tan, tan sorprendente! ¡Carajo, yo! ¡Carajo! ¡Yo siempre tan pendejo! ¿Vio usted? Ella estuvo muy cerca, y yo la alejaba; pero cuando la necesitaba siempre estaba allí. Cobijó todos mis temores...”¹⁴⁸

Bolívar le refiere al coronel la participación política que ha tenido Manuela en todo momento desde que se conocieron y, después de confesar que como ella no hay mejor mujer y que él la ama, habría dicho: “¡Mi amable loca! Sus avezadas ideas de gloria; siempre protegiéndome, intrigando a mi favor y de la causa, algunas veces con ardor, otras con energía.” Bolívar confiesa al coronel Lacroix de qué manera sus generales lo ayudaban en sus infidelidades, apartando a Manuela, mientras que él se “complacía con otras”; entonces le muestra la oreja izquierda, que conservaba las huellas de una hilera de dientes, y le cuenta: “Ella encontró un arete de filigrana debajo de las

¹⁴⁶ Obviamente, esta página no aparece en la famosa, y, según consenso de especialistas, hasta ahora la mejor cuidada, edición del *Diario*, realizada por el historiador venezolano, monseñor Nicolás E. Navarro, en 1935.

¹⁴⁷ Víctor Von Hagen, *ob. cit.*, pp. 121 – 122.

¹⁴⁸ *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, “Diario de Bucaramanga (de Perú de Lacroix)”, p. 103.

sábanas, y fue un verdadero infierno. Me atacó como un ocelote, por todos los flancos; me arañó el rostro y el pecho, me mordió fieramente las orejas y el pecho, y casi me mutila.”¹⁴⁹

Las cinco notas que, desde el cuartel general de La Magdalena, en Lima, Bolívar le envió ese día a Manuela son el testimonio del carácter indómito de ella y de cómo él terminó rindiéndose de amor y pidiendo ser perdonado por la infidelidad descubierta. Las cartas evidencian el deseo de Bolívar de ser perdonado por Manuela y su escritura camina desde la exigencia de quien se siente poderoso hasta la humildad del amante que reconoce que ha ofendido al objeto de sus amores. Bolívar sabe que ha cometido una falta pero, por esta causa, no quiere perder a Manuela, con quien lleva un año y cuatro meses de una relación amorosa que, si repasamos los sucesos políticos de este tiempo, se basa ya no solamente en la urgencia erótica de los cuerpos sino en la lucha patriótica compartida en los campos de batalla y en la arena laberíntica de la política virreinal que subsiste en Lima.

La primera nota, en la que Bolívar incluso parece resentido por la actitud de Manuela: “Vengó ya usted su furia en mi humanidad. ¿Vendrá pronto? Me muero sin usted”, lo muestran ubicado todavía en el sitio de aquel que se siente amado desde una relación de poder y que, con arrogancia, aún le da una oportunidad al ser amante de recuperarlo. La frase de despedida es indicativa de esto: “Su hombre idolatrado”, firma Bolívar. A las 6:30 p.m. Bolívar recurre a un lugar común del enamorado que, por supuesto, no llega a tocar el espíritu de Manuela, y firma así: “Su hombre que muere sin su presencia”. Morir de amor es un tópico vulgar más aún cuando Manuela conoce que Bolívar no está en su lecho de muerte sino que ha sido sorprendido en una infidelidad, casi *in fraganti*, por ella. A las 7:30 p.m. el general insiste y parecería que estuviera

¹⁴⁹ *Ibidem*, p. 104.

ordenando a Manuela que regrese, sin bien en el estilo del amante que implora, solo que su imploración también suena a tópico literario: “¿No se conmueve usted? Venga, venga pronto, que me muero sin usted.” A las 8 p.m. vuelve a escribir una nota en la que la responsabilidad de resolver lo que él ha causado con su actuación recaería sobre la persona que ha sido ofendida por aquella conducta: “Medite la situación. ¿Acaso no dejó de asistirme en unos días?” y, al final de la nota, le pide que ella dé la solución: “Explíqueme qué conducta debo seguir respecto de usted”. No obstante, hay un avance en la firma, pues Bolívar escribe: “Suyo”, es decir que confirma su entrega y la plena posesión que Manuela tiene de él.

En la breve misiva de las 9:30 p.m. Bolívar, por primera vez, pide perdón por su conducta, le da la razón a Manuela por comportarse con la violencia que lo había hecho y se somete al ser amado en tanto amante que *adora* a su amada. La carta, al parecer pensada para que genere el efecto del perdón buscado, es un breve poema en prosa que, en términos metafóricos, describe la agresión física de la que el amante fue objeto por causa de su infidelidad. Así, el mordisco propinado a la oreja del infiel es descrito: “el hincarse la porcelana iridiscente de tu boca fue el flagelo más sutil demandado por mortal alguno en la expiación de su pecado”; Bolívar admite que los arañazos que el *pecador* sufriera en el rostro fueron necesarios “para darle a este hombre (tu hombre) un hálito mortal”. Al firmar esta nota, Bolívar acepta la culpa de su infidelidad y se excusa por ella, ratificando su entrega al ser amado; escribe, finalmente, la palabra que el orgullo de Manuela exigía: “Perdóname, tuyo, Bolívar”.¹⁵⁰

Y, ciertamente, Manuela le perdonó muchas aventuras a ese Bolívar que, en su corazón veleidoso, se resistía a considerarse “suyo”. El 18 de mayo de 1824, en el pueblito de Huaylas, una muchacha de 18 años de nombre Manuelita Madroño le ciñó

¹⁵⁰ *Ibidem*, pp. 107 – 109.

una corona de flores como parte del recibimiento que el municipio le hizo al héroe. Antonio Cagua cuenta que la muchacha siguió a Bolívar hasta Junín y que, después de la batalla, “con Manuelita Madroño celebró la victoria”. El 30 de mayo, Manuela Sáenz le había escrito: “Me pregunto a mí misma si vale la pena tanto esfuerzo en recuperarlo a usted de las garras de esa pervertida que lo tiene enloquecido últimamente.” En la misma misiva le hace conocer, utilizando otro tópico de la heroína romántica, su intención de suicidarse por causa de su abandono: “Pues bien: tengo resuelto desaparecer de ese mundo, sin el ‘permiso de su Señoría’, ya que no me llegará a tiempo, debido a sus múltiples ocupaciones...”.¹⁵¹ Bolívar y Manuela se encontraron el 24 de junio en Huanuco, pero es obvio que cuando ella se fue, él continuó su relación con la Madroño.

Bolívar no perdía tiempo en lo que se refiere a lances amorosos. Conocido también es el episodio de su compromiso matrimonial con Jeannette Hart. Bolívar viajó al puerto de Callao desde Huanuco y el 4 de julio se entrevistó en la cubierta del barco con el comandante de la fragata *United States*, el comodoro Isaac Hull. Ahí conoció Jeannette, la cuñada de Hull. Después del encuentro, ella anotó en su diario: “En el momento en que Isaac me presentó al General Bolívar, tuve la sensación de que aquellos ojos penetraban mi tafetán verde, horadaban mi pecho palpitante y veían claramente en mi corazón. [...] El General se inclinó y besó mi mano, sintiendo yo que aquellos labios quemaban como el fuego.”¹⁵² Nuevamente, la mirada de Bolívar haciendo estragos. Bolívar retornó a los campos de batalla y triunfó en Junín, el 6 de agosto; y en Ayacucho, el 9 de diciembre, de ese año de 1824.

A comienzos del año siguiente, Bolívar volvió a encontrarse con Jeannette Hart. El 31 de marzo, en el palacio de Torre Tagle se realizó un baile de gala; Bolívar y Jeannette fueron la celebrada pareja de la noche. Y así nació un romance encendido que

¹⁵¹ *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, “Carta de Manuela a Bolívar, 30 de mayo de 1824”, p. 119.

¹⁵² Citado por Antonio Cagua, en *ob. cit.*, p. 61.

Jeannette, según el testimonio escrito en su diario, asume con la pasión de la heroína romántica: “Cuando Simón Bolívar quitó sus labios que se fundían con los míos, y yo estaba medio desmayada, fue para oírle que me decía: ‘¡Carita! ¿Se quedará usted aquí conmigo? Compartiré mis honores, mi todo: ¡Usted será mi esposa!’ Yo le contesté: ‘Seré su esposa con todo mi corazón’.”

El Viernes Santo de aquel año, Jeannette decidió visitar por sorpresa a Bolívar en la quinta de La Magdalena. Cuando ella llegó ahí no solo se encontró con el Libertador sino con una desafiante Manuela que la confrontó: “Esta es mi casa, ¡mía y de Simón!, y no tolero que ninguna otra mujer entre aquí, ¡Váyase!”¹⁵³ La escena que siguió a continuación parecería sacada de algún libreto del romanticismo sentimental pero lo que me interesa señalar es que, con Bolívar de por medio y llamando a la guardia, las dos mujeres se enfrentaron repitiendo, sin haber ensayado, un libreto melodramático. Al final, Manuela intentó clavarle un estilete toledano y de no ser porque Bolívar alcanzó a sujetar la muñeca de Manuela, esta hubiera cumplido su propósito. El estilete cayó al suelo y, habiendo Manuela abandonado la habitación, Jeannette lo recogió, lo puso sobre una mesa y se despidió de Bolívar para siempre. “Una miniatura de Bolívar, que él le obsequió, hecha en Francia por Francis Marlín Drexel, acompañó siempre a Jeannette porque ‘este fue el único hombre que amé en la vida’.”¹⁵⁴

Esta conducta impetuosa de Manuela, que se da tanto en asuntos amorios como en el episodio del zarcillo o frente a Jeannette Hart, al igual que en situaciones políticas como en el montaje de esa farsa teatralizada del fusilamiento de Santander, la convierte en una heroína apasionada, capaz de actos violentos para defender aquello en lo que cree o lo que ella asume le pertenece. En las cartas que Manuela intercambia con Bolívar, ella aparece como lectora y admiradora de *Julia, o la nueva Eloísa*, la voluminosa novela

¹⁵³ Antonio Cagua, *ob. cit.*, p. 71.

¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 72.

epistolar de Jean-Jacques Rousseau. El personaje de Julia es similar a Manuela en la pasión amorosa que develan sus cartas pero, nuevamente, la realidad de Manuela resulta mucho más interesante que la literatura, pues Julia, personaje sentimental y atormentado, carece de la voluntad transgresora de Manuela, heroína revolucionaria del romanticismo.

En la carta IV, de la primera parte de la novela, de Julia d'Étange a Saint-Preux, el preceptor pobre que le ha confesado su amor, Julia implora que no continúe con sus declaraciones amorosas puesto que atentan a su virtud, y que la ame espiritualmente: “Amigo mío, toma este vano dominio sobre mí, y déjame la honestidad: prefiero ser tu esclava y vivir inocentemente que comprar tu dependencia al precio de mi deshonor.”¹⁵⁵ En la última carta —setecientas páginas después—, que le dirige a su amante (carta XII, de la sexta parte), le confirma el sentido virtuoso de su amor: “La virtud que nos separó en la tierra, no uniré en la morada eterna. Muero en esta dulce espera: ¡demasiado dichosa de comprar con el precio de mi vida el derecho a amarte siempre sin culpa, y el de poder decírtelo una vez más!”¹⁵⁶.

Manuela, en cambio, un año y tres meses después de su primer encuentro con Bolívar, responde con esta pasión que mezcla el eros que los une y la causa política por la que ambos combaten: “Bien sabe usted cómo ninguna otra mujer que usted haya conocido, podrá deleitarlo con el fervor y mi pasión que me unen a su persona, y estimula mis sentidos. Conozca usted a una verdadera mujer, leal sin reservas.”¹⁵⁷ Días atrás, Bolívar le había escrito admirado por la manera cómo Manuela, vestida de militar, había intervenido para controlar y disolver un motín, en Quito, en contra del mismo Libertador. Antonio Cacia al narrar el suceso describe la actuación de Manuela así: “En el parque sacó la pistola y disparó al aire produciéndose una estampida de los

¹⁵⁵ Jean-Jacques Rousseau, *Julia, o la nueva Eloísa*, Madrid, Ediciones Akal, 2007, p. 50.

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 784.

¹⁵⁷ *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, “Carta de Manuela a Bolívar, 23 de septiembre de 1822”, p. 116.

manifestantes hacia el atrio de la Catedral. Ella los persiguió y disparó nuevamente sofocando el motín. Esta actuación de Manuelita produjo un gran escándalo y muchas habladurías entre las pacatas gentes quiteñas.”¹⁵⁸ Bolívar le expresa su admiración porque ella se ha enfrentado “al anatema de la luz pública” y alaba su intrepidez porque valora el que Manuela haya intervenido de tal manera que, según las costumbres sociales, su honor se ponía en juego: “Tú has escandalizado a media humanidad, pero sólo por tu temperamento admirable. Tu alma es entonces la que derrota los prejuicios y las costumbres de lo absurdo”¹⁵⁹. Al final, Bolívar le recomienda prudencia en sus actuaciones políticas y le pide que viaje a Lima para hacerse cargo de sus archivos personales y demás documentos de la Campaña del Sur.

En el año 1829, cuando Bolívar y Manuela tienen siete años de convivencia pública, su esposo, el doctor James Thorne, aún le pide que vuelva. No conocemos las cartas que Thorne le habría enviado a Manuela con este requerimiento pero sí una que Manuela le escribe, con humor y determinación, y que es un testimonio del carácter permanentemente transgresor que ella tuvo. Manuela abre la carta con una rotunda negativa para regresar a donde su marido: “¡No, no, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué hacerme pasar por el dolor de decirle a usted mil veces que no?”¹⁶⁰ En las primeras líneas del siguiente párrafo, Manuela describe, en términos grandilocuentes, lo que significa para ella la relación que mantiene con el Libertador, que a esas alturas es una relación estable, ya curada de sobresaltos, y que se mantendrá hasta la muerte: “¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este General, por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad?”. Las últimas líneas de dicho párrafo son toda una

¹⁵⁸ Antonio Cagua, *ob. cit.*, p. 53.

¹⁵⁹ *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, “Carta de Bolívar a Manuela, 13 de septiembre de 1822”, pp. 115 – 116.

¹⁶⁰ Esta y todas las citas de esta carta, en *Cartas íntimas entre Bolívar y Manuelita*, “Carta de Manuela a su esposo James Thorne, 1829”, p. 130.

declaración de principios respecto de lo que Manuela piensa sobre el juicio al que la pudo haber sometido la sociedad debido a su relación adúltera con Bolívar: “¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.” Manuela, ciertamente, es una revolucionaria romántica para quien la existencia de una relación amorosa, cargada de pasión e ideales compartidos, está por encima de las parejas amparadas bajo la institución del matrimonio.

En el siguiente párrafo, Manuela hace un despliegue de humor utilizando una caricatura de los ingleses y, burla burlando, le promete que en el Cielo se volverían a casar, ya que “como hombre, usted es pesado.” La siguiente descripción, si bien cargada de estereotipos, es también la visión que, desde América, se tenía de los súbditos de aquel Imperio: “El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia, el caminar despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa. Esas son formalidades divinas. Pero yo, que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas, etcétera, ¡qué mal me iría en el Cielo!” Lo particular en esta descripción es que Manuela se incluye a sí misma en lo que para ella es motivo de risa y con esa actitud se autoriza para reírse de todo lo demás. Inclusive, al final, Manuela se permite una licencia de la ficción para reafirmar la idea de la necesaria separación de su marido: “Usted es anglicano y yo, atea; es el más fuerte impedimento religioso.” Y concluye con una sentencia imposible de rebatir: “El que yo estoy amando a otro, es mayor y más fuerte.” En la recopilación que hace Manuel Espinosa Apolo, este señala, en una nota al pie de página, que Manuela envió una copia de esta carta a Bolívar con una posdata en la que explicaba la verdad, más allá de la licencia literaria: “Hay que advertir que mi marido es católico, y yo, jamás atea; sólo el deseo de estar separada de él me hace hablar así.”

Esta tensión entre el amor libre que se profesaban y la imposibilidad de estabilizar su relación amorosa va a estar presente durante los primeros años la relación entre Bolívar y Manuela. Sobre todo, de parte de Bolívar que, por lo general, se preocupaba por las críticas sociales de las que Manuela era objeto y también por las continuas separaciones a las que se veían abocados dadas las actividades que la guerra por la independencia le demandaba. Durante la marcha hacia el Alto Perú, desde el cuartel general de Ica, el 21 de abril de 1825, Bolívar le confiesa “esta lucha interna de mi corazón que se halla entre mis deberes, la disciplina, mi trabajo intelectual y el amor”, y acepta lo imposible de su situación: “Sobre la base de mi temor, sé que no está bien insistir en tu viaje acá, pues faltarías a las obligaciones para con tu marido.” Al final de la carta deja entrever que una decisión definitiva estaría por llegar: “Muy pronto sabré qué determinación habremos de tomar ante esta situación que nos destroza el alma.”¹⁶¹ El 26 de abril le escribirá una nueva carta en la que la disyuntiva de los amores románticos, que deben vencer los obstáculos planteados por la sociedad, en este caso por la moral y la política, queda definida: “Sin embargo, soy preso de una batalla interior entre el deber y el amor. Separarnos es lo que indica la cordura y la templanza, en justicia ¡odio obedecer estas virtudes!”¹⁶²

La respuesta de Manuela es contundente y revela su actitud revolucionaria también en la lucha por la libertad del amor. “Dígame usted: ¿Quién puede juzgarnos por amor? Todos confabulan y se unen para impedir que dos seres se unan; pero atados a convencionalismos y llenos de hipocresía. ¿Por qué S.E. y mi humilde persona no podemos amarnos?”.¹⁶³ Es así como ella confronta las dudas y temores de Bolívar desde una explosiva exposición de principios liberales: “Usted me habla de la moral, de la sociedad. Pues bien sabe usted que todo eso es hipócrita, sin otra ambición que dar

¹⁶¹ *Los Diarios perdidos de Manuela Sáenz*, “Carta de Bolívar a Manuela, 21 de abril de 1825”, p. 131.

¹⁶² *Ibidem*, “Carta de Bolívar a Manuela, 26 de abril de 1825”, p. 132.

¹⁶³ *Ibidem*, “Carta de Manuela a Bolívar, 1 de mayo de 1825”, p. 133.

cabida a la satisfacción de miserables seres egoístas que hay en el mundo.” Estos principios son los que, en términos generales, subyacen detrás de los héroes y heroínas del romanticismo frente a los escollos que tienen que superar los, así llamados, *amores contrariados*; solo que en el caso de Manuela y Bolívar, el problema no se queda en el mero sufrimiento por la imposibilidad de realización del amor, sino que la resolución del conflicto amoroso se da por una confrontación directa contra la propia sociedad. Manuela cierra su carta con una formulación del amor romántico que conjuga sus luchas y que define, en su punto exacto, la relación entre ella y Bolívar: “Sin embargo, soy una mujer decente ante el honor de saberme patriota y amante de usted.”

En otra carta, dos días después, Manuela le insiste a Bolívar en la idea de subvertir los prejuicios sociales para “seguir amándole, aún a costa de cualquier impedimento o convencionalismo, que en mí no dan preocupación alguna por seguirlos.” Lo que Manuela le plantea a Bolívar, al final de esta nueva carta, es que la decisión de continuar con la relación amorosa únicamente depende de los dos; en este sentido, el ímpetu de Manuela arrincona a un Bolívar dubitativo y todavía preocupado por las convenciones de la sociedad colonial que él ha combatido y vencido: “Véale por usted mismo: nada hay en el mundo que nos separe, que no sea nuestra propia voluntad. La mía es seguir a costa de mi reposo y mi felicidad. ¿Qué dice usted?”¹⁶⁴ El Libertador, desde el cuartel general en Arequipa camino a la creación de la Nación Bolívar, corresponderá a este requerimiento en medio de una reflexión de índole política y social que concluye con una formulación absolutamente romántica, pues antepone la subjetividad del espíritu del amante antes que la racionalidad del hombre de Estado y prefiere, con amplitud, aceptar el sentido del amor por sobre cualquier otra consideración: “La moral, como tú dices, en este mundo es relativa; la sociedad que se gestó y ha surgido en esa desastrosa época de

¹⁶⁴ *Ibidem*, “Carta de Manuela a Bolívar, 3 de mayo de 1825”, p. 134.

colonialismo es pernicioso y farsante; por eso no debemos actuar, como tu bien dices, sino al llamado de nuestros corazones.”¹⁶⁵

El 5 de mayo de 1825, Manuela le envía otra carta, en esta ocasión, cargada de confesiones relativas a la intimidad erótica de ambos: “Ahora dirá usted que soy libidinosa por todo lo que voy a decir: que me bese toda, como me dejó enseñada, ¿no lo ve? ¿Cómo me las arreglaré sin la presencia de usted? Pregunto, ¿por qué me ha dejado enamorada?” Es la carta de la amante abandonada que reclama, en este caso, más que la presencia del amado, la posibilidad de compartir las vicisitudes de la aventura vital: “Usted dice que el amor nos libera. Sí, pero juntos.”¹⁶⁶ En la carta ya citada del 16 de junio, “a la dulce, muy dulce y adorada Manuelita”, Bolívar responderá a ese reclamo de la amante, que extraña la realización del deseo con el amado, con una descripción muy directa, en clave erótica, sobre su propio extrañamiento de la amada:

Me atraen profundamente tus ojos negros y vivaces, que tienen el encantamiento espiritual de las ninfas, me embriaga, sí, contemplar tu hermoso cuerpo desnudo y perfumado con las más exóticas esencias, y hacerte el amor sobre las rudimentarias pieles y alfombras de campaña.

Todo esto es una obsesión, la más intensa de mis emociones. ¿Qué he de hacer? Tu ensoñación me envuelve en el deseo febril de mis noches de delirio.

Este intercambio de palabras apasionadas va a estar presente en la correspondencia de aquella época. Bolívar, sin embargo, no es un amante fiel pues se le conoce algunas aventuras amorosas por los sitios por los que pasa en su tránsito de ida y

¹⁶⁵ *Ibidem*, “Carta de Bolívar a Manuela, 16 de junio de 1825”, p. 141 – 142.

¹⁶⁶ *Ibidem*, “Carta de Manuela a Bolívar, 5 de mayo de 1825”, p. 135.

vuelta a La Paz. Manuela, por su parte, sufre la cotidianidad de un matrimonio fracasado aunque, en algún momento, decide irse a Londres junto a James Thorne. En mayo de 1826, Manuela, que tenía a su cargo el archivo del Libertador le escribe, luego de reclamarle por su insensibilidad frente a la separación que han tenido que vivir por cuenta de las ausencias de Bolívar: “No me he olvidado de las obligaciones que tengo para con usted, o mejor para con el Ejército. Pero si tengo que entregar el archivo, será el último día en víspera de mi viaje a Londres con James, ya que así lo he determinado.”¹⁶⁷ Obviamente, Bolívar le pedirá, como un amante desesperado ante la posibilidad de perder a la amada, que no se vaya y ella se quedará para continuar su relación con él, ya sin Thorne de por medio, quien parte solo para Londres. En agosto del mismo año, Manuela se muda a La Magdalena junto a Bolívar. Un año atrás, Manuela le había escrito la siguiente breve nota a Bolívar:

Mi genio, mi Simón, amor mío, amor intenso y despiadado. Sólo por gracia de encontrarme, daría hasta mi último aliento, para entregarme toda a usted con mi amor entero; para saciarnos y amarnos en un beso tuyo y mío, sin horarios, sin que importen el día y la noche y sin pasado, porque usted mi Señor es el presente mío, cada día, y porque estoy enamorada, sintiendo en mis carnes el alivio de sus caricias.

Le guardo la primavera de mis senos y el envolvente terciopelo de mi cuerpo (que son suyos).¹⁶⁸

Desde el comienzo de su relación con Manuela, Bolívar siente que ha encontrado a la amada. “Enérgica cuando se lo requiere, se desdobra en infantil ternura cuando su

¹⁶⁷ *Ibidem*, “Carta de Manuela a Bolívar, 17 de mayo de 1826”, p. 152.

¹⁶⁸ *Ibidem*, “Carta de Manuela a Bolívar, c. junio de 1825”, p. 142.

noble corazón se lo pide; orgullosa, porque le viene de la sangre, yo la he aceptado por la comprensión nuestra y su hábil descaro de imponerme su amor.”¹⁶⁹ Así lo dice en una carta dirigida a su hermana Antonia, el 9 de enero de 1823, en la que la tranquiliza respecto de los rumores sobre su *aventura pecaminosa* con una mujer casada. Tratándose de una carta escrita en tono familiar, Bolívar se sincera ante su hermana respecto de sus sentimientos: “Yo diría que nunca antes me he sentido tan seguro de mí mismo como ahora, que confidencialmente te hago esta declaración. ¡Simón se encuentra enamorado! ¿Qué te parece? No es un jolgorio; ¡es Manuela Sáenz!”

Manuela tiene un pensamiento lúcido en referencia a su condición de mujer y de patriota. En sus cartas a Bolívar existe de forma permanente esta afirmación de sí misma que no reniega de ninguna de las características que la definen como persona. Ella se sabe mujer y se entiende como una mujer de su época al tiempo que se sabe patriota, es decir, combatiente por la independencia, una persona capaz de participar sin remilgos en la vida política de una patria que está siendo construida desde los cimientos por los libertadores. En este sentido, Manuela Sáenz afirma su femineidad a través de una conducta libérrima que la vuelve dueña de su cuerpo, en el plano de lo erótico; dueña de sus ideas, en el plano de lo político; así como dueña de su vida, en el campo de guerra.

5

Manuela y Bolívar: los héroes trágicos

“...con el sentimiento del más vivo dolor, con el corazón lleno de amarguras y heridas, dejé al Libertador el día 16 en los brazos de la muerte, en una agonía tranquila

¹⁶⁹ *Cartas íntimas entre Bolívar y Manuelita*, “Carta de Bolívar a su hermana Antonia, 9 de enero de 1823”, pp. 127 – 128.

pero que no podía durar mucho.” Así escribe Luis Perú de Lacroix a Manuela Saénz, a fines de 1830, desde Cartagena de Indias. En la misiva en la que le cuenta que había llegado a Santa Marta el 12 de diciembre y que encontró a un puñado de fieles compañeros de armas junto al lecho del Libertador, Lacroix continúa su lamento: “Por un momento estoy aguardando la fatal noticia, y mientras tanto, lleno de agitación y tristeza, lloro la muerte del Padre de la Patria, del infeliz y grande Bolívar, matado por la perversidad y por la ingratitude de los que a él todo le debían y que todo lo habían recibido de su generosidad.”¹⁷⁰ Lacroix no lo sabía al momento de fechar su carta, pero, el día anterior, viernes 17 de diciembre de 1830, a la una y siete de la tarde, Bolívar había muerto en la quinta de San Pedro Alejandrino, propiedad del español independentista don Joaquín de Mier.¹⁷¹

Veintiséis años más tarde, el 5 de diciembre de 1856, el prócer venezolano general Antonio de la Guerra Montero, que se encontraba refugiado en Paita, le escribió a su esposa, la peruana Josefa Gorostidi y Seminario, que vivía en Lima: “El 23 del pasado, a las 6 de la tarde, dejó de existir nuestra amiga doña Manuela Sáenz, y tres días antes enterraron a su sirvienta Juana Rosa; ambas fallecieron de la abominable e infernal enfermedad de la garganta.”¹⁷² La epidemia de difteria en Paita tuvo su origen en el desembarco de un marinero enfermo, cuya nave arribó al puerto a comienzos de noviembre de ese año. En otra misiva, del 28 de diciembre —fecha en la que Manuela hubiese cumplido 61 años—, también dirigida a su esposa, el general De la Guerra cuenta que, luego de que la Libertadora fue enterrada en la fosa común del cementerio, se encontró con el hecho de que las autoridades sanitarias ya habían procedido a quemar las

¹⁷⁰ *Cartas íntimas entre Bolívar y Manuela*, “Carta de P. de Lacroix a Manuela, 18 de diciembre de 1830”, pp. 131 – 132. Quienes estuvieron junto a Bolívar, según Lacroix, fueron los generales Montilla, Silva, Portocarrero, Carreño e Infante; y los coroneles Cruz, Paredes y Wilson; el capitán Ibarra, y el teniente Fernando Bolívar; “y algunos otros amigos”.

¹⁷¹ La hora de la muerte está indicada en la Cronología que elabora Manuel Pérez Vila en *Doctrina del Libertador*. Es la misma hora que señala Gabriel García Márquez en *El general en su laberinto* (1989).

¹⁷² Citado por Victor Von Hagen, en *Las cuatro estaciones de Manuela*, ob. cit., p. 261.

pertenencias de Manuela, igual como lo hacía con los bienes de todos aquellos que fallecían por causa de la difteria. Luego de que estas se retiraron, él y dos de sus sirvientes se introdujeron en la parte posterior de la vivienda, que no había sido consumida por el fuego, y rescataron, entre otros objetos:

...un arcón de madera con sus cantos en cuero repujado; quemado en el frente y costado que contiene un proceso sobre Manuela y gentes de su simpatía, como de sus sirvientes en Bogotá, así como documentos y cartas confidenciales de S.E. el Libertador Simón Bolívar, así como del mariscal Sucre y otros documentos; un San Vicente de madera, una Santísima Virgen María con el niño, un Santo Cristo, una Virgen del Cuzco, una platina en cobre con la Virgen de la Merced de Quito, y un Cristo.¹⁷³

Las heroínas y los héroes románticos incuban en sí, durante toda su existencia, un destino trágico. Construyen su vida en una permanente rebelión en contra del mundo, luchando siempre por la libertad del ser humano, sea en la esfera política de la patria, sea en la individual del propio ser humano. Se enfrentan directamente contra los poderes establecidos: contra el poder político que sojuzga a los pueblos, contra el social que controla el cuerpo, contra el religioso que persigue a los espíritus libres. Al final, los héroes románticos se encuentran solos y, para ellos, la muerte es un signo, no únicamente de su propia finitud y límite, sino que, dadas las condiciones de abandono en que terminan, de su derrota vital frente a los poderes que combatieron.

Los ejemplos literarios de personajes marcados por este sino trágico característico del romanticismo, son múltiples. Está el desdichado *joven Werther*, personaje simbólico

¹⁷³ *Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles*, “Carta del general Antonio de la Guerra a su esposa, 28 de diciembre de 1856”, ob. cit., pp. 178 – 180.

de ese período de Goethe característico del *Sturm und Drang*, que por un amor no correspondido se suicida. En él se concentra una atormentadora pasión romántica inspirada por Carlota —Lotte, en la novela original, forma hipocorística de Charlotte—, que está casada con otro, quien le recrimina con suavidad: “¿Por qué habéis nacido con ese fuego indomable y esa apasionada violencia que mostráis en vuestras afecciones?”¹⁷⁴. El esclavo negro Sab, de la novela que lleva su nombre escrita por la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, se atreve a confrontar los prejuicios de la sociedad esclavista colonial y se enamora de Carlota, su ama, quien también está casada con otro. En la larga carta final que le escribe Sab a Teresa, prima de Carlota, en la que él deja asentada su visión filosófica de la vida, le dice que “aunque esclavo, yo he amado lo bello y lo grande, y he sentido que mi alma se elevaba sobre mi destino [...] ¡Yo muero sin haber mancillado mi vida: yo muero abrasado en el santo fuego del amor!”¹⁷⁵ Tanto Werther, blanco, libre y con fortuna, como Sab, negro, esclavo y pobre, son caracteres típicos del romanticismo trágico: dos jóvenes, de espíritu atormentado, abrasados por el fuego del amor. La pasión amorosa frente a la amada que no puede corresponderles, los conduce a la muerte.

Para el romanticismo sentimental de la literatura latinoamericana la intensidad amorosa va unida a la imposibilidad de realización de la vida de los amantes. Dos ejemplos paradigmáticos son Cumandá y Carlos, de la novela *Cumandá*, del ecuatoriano Juan León Mera, y María y Efraín, de la novela *María*, del colombiano Jorge Isaacs. En ambos casos, el amor se construye sobre la imposibilidad que les impone a los amantes el tabú del incesto y lo irremediable de la enfermedad, respectivamente, pues Cumandá resulta hermana de Carlos y María está signada por la epilepsia. También en ambos casos —Cumandá para que se cumpla la tradición de su pueblo; María, por una enfermedad

¹⁷⁴ Johann Wolfgang Goethe, *Penas del joven Werther*, [1774], Madrid, Alianza editorial, 1994, p. 126.

¹⁷⁵ Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Sab*, [1841], La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973, pp. 310 y 314.

grave combinada con la tristeza que provoca la separación de los amantes; ambas sacrificadas en nombre del hombre al que aman—, la muerte inevitable de la amada conduce al amado a un deceso por consunción, debido a la melancolía en la que este se ve sumido. El mundo se acaba para el amante junto a sus ganas de vivir, una vez que el ser amado ha muerto pues nada existe en su horizonte vital aparte de la atormentada pasión amorosa.

Manuela y Bolívar son los protagonistas de una pasión amorosa signada por la contrariedad que las circunstancias les imponen, pero también por la solidaridad incorruptible de los ideales políticos que comparten: ella está casada y todos sus actos de amor son escandalosos para la clase dominante que reemplazó a los españoles; el periplo de las luchas independentistas mantiene a los amantes separados por largos períodos; la oposición a Bolívar, liderada por Santander, transforma las contradicciones políticas que tiene con el Libertador en odio hacia Manuela; en el periplo final de Bolívar camino a Santa Marta, Manuela no puede seguirlo y, cuando este muere, sufre los embates de los enemigos políticos de Bolívar que se encarnizan con ella hasta que, finalmente entre Santander y Rocafuerte, consiguen expulsarla de Colombia y Ecuador, respectivamente, y condenarla al destierro en Paita. La condición trágica del heroísmo de Bolívar y Manuela no está dada por las cuitas sentimentales sino por el amor de pareja impregnado del elemento político, es decir, de patriotismo.

El sábado 8 de mayo de 1830, a las 09h30, Bolívar emprende la que será su última marcha, desde Bogotá rumbo a Cartagena. Él quiere marcharse a Europa para recuperar su maltrecha salud pero sus partidarios aún se empeñan en que permanezca en la escena política; incluso en septiembre de ese año le ofrecerán que vuelva a hacerse cargo de la presidencia de Colombia. Sus enemigos no confían en que sea verdad aquel retiro anunciado pero lo cierto es que él se está alejando no solo de la escena política sino

de la vida. En la tarde de ese día la comitiva arribó a Facativá y en la madrugada del lunes 10 marchó para Guaduas; desde ahí le escribe a Manuela, el 11 de mayo:

Mi amor:

Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú.

Soy siempre tu más fiel amante,

Bolívar¹⁷⁶

Manuela se quedó para cubrir la retirada de Bolívar pues, después de la noche septembrina y los juicios expeditos a los complotados que siguieron a esta, existían muchos enemigos políticos que estaban a la espera de la desaparición definitiva del Libertador para tomarse el poder. Esta separación de Manuela y Bolívar está marcada por la presencia de la muerte, en tanto fantasma alimentado por el pesimismo de Bolívar sobre su salud y la certeza que él mismo tiene acerca de su derrota política definitiva. En Bolívar parecería operar su resignación ante el fracaso y, al parecer, lo único que anhela es viajar a Europa con la lejana esperanza de recuperar su salud que, durante el viaje hasta Santa Marta, irá deteriorándose rápidamente. En Manuela, que es la que se queda enfrentada al horror de la venganza política y es la *viuda*, en términos más que simbólicos y sin ánimo de psicoanalizar a nadie, habría operado lo que Igor Caruso denomina la “catástrofe del Yo” y que describe así: “En la separación se produce una muerte en la conciencia [...] De tal muerte en la conciencia surge la *desesperación*: [...]”

¹⁷⁶ *Cartas íntimas de Bolívar y Manuelita*, “Carta de Bolívar a Manuela, 11 de mayo de 1830”, ob. cit., p. 121.

la pérdida del objeto de amor, que al mismo tiempo es fuerte objeto de identificación, conduce a una auténtica mutilación del Yo.”¹⁷⁷

Durante su último viaje, Bolívar fue acumulando, en detrimento de su vida, los golpes políticos que minaban su espíritu en un cuerpo ya minado por la tuberculosis. Ese año, el sueño de la Gran Colombia fue desbaratándose de a poco y fue asesinado su heredero político. El 6 de mayo, el congreso constituyente convocado por el general José Antonio Páez ratifica la separación definitiva de Venezuela de la Gran Colombia. El 13 de mayo, una asamblea de notables de Quito decidió también separarse de la Gran Colombia; antes de finalizar mayo, Guayaquil y Cuenca se unieron a Quito para formar la República de Ecuador, bajo el mando del general venezolano Juan José Flores, quien convocó una Asamblea Constituyente para el 14 de agosto, en Riobamba. El 4 de junio, Sucre fue asesinado en las montañas de Berruecos cuando se dirigía a Quito a reunirse con su familia; la noticia le llegó a Bolívar el 1 de julio y cuentan los historiadores que, con enorme pesadumbre, el Libertador exclamó: “¡Dios mío, han derramado la sangre de Abel!”. En su edición del 1 de junio, el periódico *El Demócrata*, de Bogotá, ya había dicho: “Quizás Obando haga con Sucre lo que no hemos hecho con Bolívar.”¹⁷⁸ El Libertador rechazó, el 18 de septiembre, el ofrecimiento de sus leales —entre ellos, del general Urdaneta que se había sublevado junto al batallón Callao y de la propia Manuela, que, aparentemente, lo había asesorado— de que se hiciera cargo del mando supremo de Colombia. En una carta de noviembre en la que el Libertador evidenciaba la ira y la frustración de quien ya ha perdido todo poder y carece de mando político, Bolívar todavía tendría algo de ánimo para conminar amistosamente al general Flores:

¹⁷⁷ Igor Caruso, *La separación de los amantes*, [1968], México DF, Siglo XXI Editores, 1986, pp. 19 – 20.

¹⁷⁸ Citado por Gerhard Masur, *ob. cit.*, p. 590. La frase de Bolívar sobre el asesinato de Sucre está citada por Masur y por Gilette Saurat, en las sendas biografías que escribieron sobre el Libertador.

Vengamos a Sucre y vénguese Vd. de esos que [una gran mancha, al parecer de tinta, impide leer la continuación, por espacio de unas treinta o treinta y cinco letras] vénguese en fin a Colombia que poesía a Sucre, al mundo que lo admiraba, a la gloria del ejército y a la santa humanidad impíamente ultrajada en el más inocente de los hombres. Si Vd. es insensible a este clamor de todo lo que es visible y de todo lo que no es, ha debido Vd. cambiar mucho de naturaleza.¹⁷⁹

La separación de Bolívar y Manuela resulta catastrófica, sobre todo para ella, en términos humanos. Apenas Bolívar está suficientemente lejos de Bogotá y sus enemigos intuyen, aunque con desconfianza, que es poco probable su regreso y están casi seguros de la pérdida de su poder político, comienza la persecución implacable contra Manuela. Primero, fue la disputa por el archivo que contenía las cartas particulares del Libertador y que estaban en casa de su sobrino, Fernando Bolívar. Por la custodia de dicho archivo, Manuela se enfrentó al ministro del Interior, Alejandro Osorio, quien mandó a confiscar dichas cartas, y al jefe del Departamento del Interior y Justicia, Vicente Azuero, quien la conminó a entregarle todos los papeles del Libertador que ella tuviera consigo, una vez que Manuela había logrado recuperar el archivo que Osorio se hubo incautado. Vicente Azuero era un enemigo declarado tanto de ella como de Bolívar, según indica Antonio Cagua; a la reconvención que le hizo, Manuela respondió en términos duros y que no dejaban ninguna duda acerca de su posición innegociable frente al entredicho:

En contestación a la reconvención de usted, digo no tener nada absolutamente en mi poder que pertenezca al gobierno.

¹⁷⁹ Simón Bolívar, “Carta de Bolívar al general Flores, 9 de noviembre de 1830”, *ob. cit.*, pp. 388 – 389.

Es cierto que he recibido papeles que sin mi consentimiento los condujeron a la secretaría de Relaciones Interiores, los mismos que me fueron entregados por el señor ministro Osorio, porque pertenecían particularmente a S.E. el Libertador.

Ni los papeles, ni los libros, no los entregaré, a menos que me prueben por una Ley que este señor está fuera de ella.¹⁸⁰

Inmediatamente después tuvo lugar el incidente de la fiesta de Corpus Christi, que ese año fue celebrada a mediados de junio. La noticia del asesinato de Sucre aún no llegaba a Bogotá, en donde los malquerientes le habían gritado “Longaniza”, apodo de un loco de la ciudad, a Bolívar el día de su partida. En ese ambiente, los enemigos del Libertador hicieron un castillo de fuegos artificiales en donde había erigido dos monigotes que representaban a Bolívar, el uno, que llevaba colgado el rótulo de “Despotismo”, y a Manuela, el otro, con el letrero de “Tiranía”. El castillo y los monigotes era el signo de la derrota final de Bolívar. Simbólicamente, sus enemigos quisieron purificar, en la hoguera encendida para escarnio de los libertadores, a la Colombia santandereana, que por fin se había librado del dictador y sus áulicos. Manuela frustró el aquelarre político. Vestida con su uniforme militar, junto con sus dos criadas negras, Nathán y Jonatás, y algunos soldados fieles al Libertador que la protegían, destruyeron los monigotes y la posibilidad de que un elemento simbólico de tal naturaleza hubiese trascendido en la historia.

La actitud de Manuela, durante su vida pública y privada, fue la de una rebelión permanente contra los códigos coloniales patriarcales que todavía imperaban en las nacientes repúblicas. En un estudio, ampliamente documentado con fuentes primarias,

¹⁸⁰ Citada por Alfonso Rumazo, *ob. cit.*, p. 183.

sobre la participación de las mujeres en la economía colonial, Jenny Londoño señala que las concepciones sobre los roles femeninos “naturales” estuvieron asentadas sobre “una serie de prejuicios misóginos provenientes de la época feudal” avalados por el catolicismo: “En las relaciones de género coloniales priman las leyes españolas que consideran a las mujeres como menores de edad, y en consecuencia, dependientes de sus padres, esposos, o de otros varones de la familia.” Londoño hace la salvedad de las viudas y propietarias que, ciertamente, por razones de clase y etnia, tiene “una cierta autonomía en la toma de sus decisiones personales y económicas.”¹⁸¹ Manuela, con sus actos revolucionarios en términos de lo que se esperaba socialmente de una mujer, confronta a ese tipo de pensamiento y a esas prácticas coloniales, ciertamente patriarcales y misóginas, cuando se trataba de atacar a una mujer como ella.

La reacción de quienes pretendieron ofender a Bolívar y a Manuela no se hizo de esperar. Inmediatamente intentaron degradar la acción de Manuela y sus criadas acusándolas de andar “disfrazadas de hombres”. La narración de los hechos publicada por *La Aurora*, de Bogotá, el 13 de junio de 1830, es un ejemplo paradigmático del lenguaje sexista y la ideología patriarcal que se volcó contra Manuela Sáenz. Según el periódico liberal, el castillo y los monigotes eran “emblemas dirigidos a excitar el patriotismo y el odio a la tiranía.” Así, aquellos que querían destruir no solo la memoria de Bolívar sino cualquier posibilidad de sucesión, procedieron contra Manuela descalificándola mentalmente, condenándola moralmente y exigiendo a la justicia ordinaria, en la persona del procurador, un castigo ejemplar para quien había osado, desde su condición de mujer, confrontar al poder político de quienes estaban dispuestos a arrasar con todo vestigio de la obra de Bolívar en la república: “Una mujer descocada, que ha seguido siempre los pasos del General Bolívar, es la que se presenta todos los días

¹⁸¹ Jenny Londoño López, *Las mujeres en la economía colonial*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, 2009, p. 23.

en el traje que no corresponde a su sexo, y del propio modo hace salir a sus criadas, insultando al decoro y haciendo alarde de despreciar las leyes y la moral.”¹⁸²

La primera definición sobre Manuela que realiza el periódico es “descocada”. La intención, obviamente, al calificarla de “loca” es descalificarla para la vida civil y política, de acuerdo a los cánones culturales de la época. La segunda, es insinuar que se trata de una “rabona” más, pues se dedica a “seguir los pasos del General Bolívar”, igual que las guarichas acompañaban a los soldados en campaña y, por tanto, expulsarla de la clase social a la que pertenecía. La tercera es acusarla de una conducta que no está acorde a la naturaleza de su sexo y, por tanto, convertirla en su ser “antinatural”, es decir, un fenómeno de connotaciones diabólicas como entonces eran considerados los locos, enfermos o deformes. Finalmente, el periódico la califica tácitamente de ser una “delincuente inmoral” y exige a las autoridades que la castiguen en nombre de la Ley. Estos códigos ideológicos dominantes, herencia colonial española, continuarán a lo largo del siglo diecinueve:

A pesar de la Ilustración y la participación femenina en las luchas por la independencia (desde rabonas hasta tertulias), y en la construcción de los nuevos Estados-nación (como reproductoras sociales de redes y alianzas políticas), los nuevos códigos civiles establecidos en toda América Latina hacia mediados del siglo XIX en buena parte replicaban la desigualdad de hombres y mujeres de la ley canónica del siglo XVI. Más bien, a través de un reiterado y acentuado énfasis sobre la virtud, el honor y los valores familiares, hacia finales del siglo XIX, se propugnaba lo que ha sido llamado el ideal familiar victoriano, que contenía una clara diferencia

¹⁸² Citado por Antonio Cagua, *ob. cit.*, p. 153.

entre la esfera privada/doméstica (femenina) y la esfera pública (masculina).¹⁸³

La reacción de Manuela frente a este ataque fue inmediata y dejó sentada en ella su posición política basada en la defensa a rajatabla de la imagen de Bolívar y en la afirmación de condición de *americana*, en el sentido en que el Libertador soñaba lo que para Martí sería Nuestra América. En su respuesta, el 20 de junio de 1830, Manuela parte admitiendo la condición exaltada de su carácter y, al mismo tiempo, revela su condición de mujer que ha tenido que luchar contra los prejuicios de una sociedad empeñada en silenciarla: “Confieso que no soy tolerante; pero añadido al mismo tiempo que he sido demasiado sufrida.” Manuela pone en evidencia que la intención del anónimo libelista de *La Aurora* es la de saciar en los ataques hacia ella, su odio hacia el Libertador:

Si aun habiéndose alejado este señor de los negocios públicos no ha bastado para saciar la cólera de éstos [“los enemigos de S.E. el Libertador”], y me han colocado por blanco, yo les digo: que todo pueden hacer, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retrogradar una línea en el respeto, amistad y gratitud al general Bolívar; y los que suponen ser un delito, no hacen sino demostrar la pobreza de su alma, y yo la firmeza de mi genio, protestando que jamás me harán vacilar, ni temer.¹⁸⁴

¹⁸³ Christine Hünefeldt y Hanni Jalil, “Mujeres colonizadas en tiempos coloniales”, en *La cuestión colonial*, Heraclio Bonilla, editor, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2011, p. 503.

¹⁸⁴ “Al público”, hoja suelta fechada en Bogotá el 30 de junio de 1830, citada por Alfonso Rumazo, *ob. cit.*, p. 188.

Las líneas finales del escrito de Manuela reafirman su condición de ciudadana de Nuestra América que, en términos de la política coyuntural, representaba todo lo contrario a las ambiciones de las oligarquías criollas locales, que estaban convirtiendo en añicos el sueño bolivariano de la Gran Colombia. Además del amor incondicional a Bolívar que la respuesta de Manuela permite apreciar, en ella encontramos una argumentación que muestra la claridad de pensamiento político que poseía Manuela. En su contestación, ella no sólo que define con certeza el sentido de la libertad de prensa y la responsabilidad sobre lo que se escribe, sino que, en el contexto descrito, las palabras de Manuela, refutando los prejuicios coloniales de *La Aurora*, dejan de ser mera retórica ideológica para convertirse en una definición política sustantiva:

El autor de *La Aurora* debe saber que la imprenta libre no es para personalidades, y que el abuso con que se escribe cede más bien en desdoro del país que en injuria de las personas a quienes se ataca. Con estas palabras le contesto. Él me ha vituperado del modo más bajo, yo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿por qué llama hermanos a los del sur y a mí forastera? ... Seré todo lo que quiera: lo que sé es que mi país es el continente de la América y he nacido bajo la línea del Ecuador.¹⁸⁵

Los enemigos de Bolívar, que veían en la presencia de Manuela el peligro siempre latente de una conspiración, siguieron adelante en la persecución de que la hicieron objeto. Manuela, que por su parte no cejaba en su activismo, visitaba cuarteles, se reunía con gente leal al Libertador y había fijado en los muros de la ciudad pequeños

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 189.

carteles que decían: “¡Viva Bolívar! Fundador de la República”. La heroína actuaba propalando los principios políticos en los que cree y defendiendo la imagen pública del héroe al que ama, a pesar de las amenazas y aún sabiéndose en inferioridad de condiciones. El 9 de julio, Vicente Azuero interpuso una demanda contra Manuela ante el Alcalde Municipal 1° de Bogotá:

El Excelentísimo señor Presidente de la República ha recibido diferentes avisos de que la señora Manuela Sáenz ha estado turbando la tranquilidad pública con repetidos actos escandalosos, que sus criados han fijado pasquines en las calles, que ha tratado de seducir con regalos a los soldados de la guardia del Palacio, y que ha incurrido en otros atentados que son demasiado públicos.¹⁸⁶

En medio de la demanda apareció un folleto antigubernamental titulado “La torre de Babel” cuya autoría, después de torturar al tipógrafo de la imprenta, se supo que era de Manuela. El 19 de julio, el juez Isidoro Carrizozo dirigió un oficio al Regidor del Distrito, señor Domingo Durán en el ordenaba: “Procederá sin demora a apresar a la susodicha Manuela Sáenz y, una vez hecho esto, justificará el cumplimiento con el que suscribe.”¹⁸⁷ Manuela se resistió, pistola en mano, al arresto y, finalmente, cuando un excesivo cuerpo policial con el Alcalde a la cabeza llegó hasta su casa, accedió a ser llevada a prisión pero bajo sus condiciones, que incluían su inmediata liberación. De esta forma, además de mantener la agitación política que permitía la vigencia de la imagen del Libertador, que el gobierno instalado en Bogotá quería desaparecer a cualquier

¹⁸⁶ Citado por Antonio Cagua, *ob. cit.*, p. 156.

¹⁸⁷ Citado por Von Hagen, *ob. cit.*, p. 234.

precio, Manuela los hacía quedar en ridículo. No obstante, a fines de julio fue dictada la orden de destierro y Manuela tuvo que abandonar Bogotá y viajó a Guaduas.

El 5 de septiembre el general Rafael Urdaneta asumió el mando de la república y con ello los bolivarianos regresaron al poder pero no pudieron contar la presencia de Bolívar que ya no tenía fuerzas ni siquiera para vivir. Manuela pudo regresar a Bogotá pero ni siquiera ella fue capaz de convencer al Libertador para que asumiese de nuevo la presidencia de Colombia. En una carta del 25 de septiembre, dirigida al general Urdaneta, Bolívar revela su amargura ante las miserias del poder y su desesperanza espiritual frente al reconocimiento de su fracaso político. El héroe se sabe derrotado y se da cuenta del fracaso ante la patria que quiso construir; romántico y trágico también intuye que la enfermedad y la melancolía, están conduciéndolo a la muerte:

Todos mis razonamientos llegan a la misma conclusión: no tengo esperanzas de salvar a la patria. Este sentimiento, o mejor dicho, esta convicción, ahoga mis deseos y me sume en la desesperación. Soy de opinión que todo está perdido para siempre... si sólo se tratase de hacer un sacrificio, aunque fuese de mi felicidad, de mi vida o de mi honor, créame que no vacilaría. Pero estoy convencido de que este sacrificio sería inútil, pues el cambio del mundo excede al poder de un pobre hombre, y como soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me niego a gobernarlo. Además, los tiranos de mi patria me han expulsado y proscrito: de modo que no tengo patria a quien ofrecer sacrificios.¹⁸⁸

¹⁸⁸ Citado por Masur, *ob. cit.*, pp. 592 – 593.

La preocupación de Bolívar en este período, al parecer, estaba centrada sobre todo en su deseo de que Manuela estuviese a su lado antes que en las intrigas políticas. El 20 de septiembre, desde Cartagena a donde habían llegado los emisarios del recién instalado gobierno, le escribe: “Tú me reprochas el haberte dejado. ¿Acaso no fue siempre lo mismo? Temprano el día, sin el calor de tu cuerpo, era el mismo vacío en esa estancia. Las circunstancias adversas de estos dos pobres seres mendigos del amor, lo impidieron todo.”¹⁸⁹ Desde Turbaco, camino a Barranquilla, el 2 de octubre, el héroe se siente desfallecer sin la presencia de la amada: “Donde te halles, ahí mi alma hallará el alivio de tu presencia aunque lejana. Si no tengo a mi Manuela, ¡no tengo nada! En mí sólo hay los despojos de un hombre que sólo se reanimará si tú vienes. Ven para estar juntos. Ven te ruego.”¹⁹⁰ Los héroes románticos se sitúan en la adversidad frente al mundo y la separación acrecienta el deseo del amado ausente.

Y, sin embargo, como reflexiona Rumazo: “Bolívar ni siquiera la había nombrado en su testamento; ni había hablado de ella con quienes le rodeaban. Ni una palabra final para ella desde los umbrales de la muerte. La rigidez de los mandatos eclesiásticos había impuesto silencio absoluto al genio, después de que el día 10 de diciembre se confesó y se arrepintió hasta de sus pecado de amor.”¹⁹¹ El duelo que le tocó vivir a Manuela no se trocó en la muerte del amante sobreviviente como en el caso de los ejemplos literarios ya vistos. Manuela tuvo que padecer el destierro, la pobreza, la soledad. La primera reacción de Manuela, al conocer de la muerte de su amado, fue la de suicidarse, según reseña Boussingault: “Llegué a Guaduas de noche y el coronel Acosta, en cuya casa paré, salió gritando diciéndome que Manuelita se estaba muriendo, que había sido mordida por una

¹⁸⁹ *Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles*, “Carta de Bolívar a Manuela, 20 de septiembre de 1830”, p. 170.

¹⁹⁰ *Ibidem*, p. 171.

¹⁹¹ Alfonso Rumazo González, *ob. cit.*, pp. 196 – 197.

de las serpientes más venenosas.”¹⁹² El suicidio es una solución romántica para poner fin a las penas de amor porque constituye un acto definitivo: así lo hizo el joven Werther cuando entendió finalmente que Carlota jamás sería suya; así también procedió Mariano José de Larra cuando Dolores cortó la relación adúltera que mantenían. Personas y personajes: los héroes románticos rechazan la vida cuando conservarla significa una muerte del espíritu.

El sufrimiento de Manuela, sin embargo, fue prolongado porque tuvo que vivir. Apenas terminó el gobierno del general Urdaneta, en mayo de 1831, el congreso rehabilitó a Santander para hacerlo presidente. En noviembre, el general José María Obando, uno de los instigadores del asesinato de Sucre, fue encargado del gobierno y despojó a Manuela de su grado militar y de la renta que recibía. En octubre de 1832, Santander llegó a Bogotá a tomar posesión del cargo de presidente del Estado de Nueva Granada y Vicente Azuero se convirtió en uno de sus principales colaboradores. El expediente del destierro de Manuela que, con el triunfo de Urdaneta en septiembre de 1830, había quedado archivado, revivió jurídicamente por pedido del propio Santander, quien inauguró con este asunto la tradición de los leguleyos.

El ministro del Interior, J. Rafael Mosquera, escribió al Gobernador del Departamento de Cundinamarca, el 7 de agosto de 1833: “Habiéndose dado cuenta de todo a su Excelencia, el presidente del Estado, me ha ordenado decir a Vuestra Señoría que él ha considerado siempre como legales y subsistentes los destierros impuestos por la policía en el tiempo en que las leyes daban aquella facultad.”¹⁹³ El 7 de enero de 1834, Lino de Pombo, ministro de Relaciones Exteriores, envió al Gobernador de Cartagena la siguiente excitativa que demuestra no solo la saña oficial contra Manuela sino a una

¹⁹² Citado por Von Hagen, *ob. cit.*, p. 247.

¹⁹³ Eugenia Viteri, coordinadora, *Manuela libertad*, Quito, Consejo Provincial de Pichincha, 1983, p. 76. Este es un libro que recopila artículos, testimonios, poemas y cartas, editado en homenaje a Manuela Sáenz, con motivo del bicentenario del natalicio de Simón Bolívar.

sociedad patriarcal cebándose contra una mujer escasa ya de dinero, de poder y de amigos:

La Gobernación de Bogotá en cumplimiento de disposiciones vigentes, ha ordenado la salida de esta capital de la señora Manuela Sáenz, que ha elegido la vía de Cartagena para dejar el territorio del Estado. La historia escandalosa de esta señora es bien conocida como lo son su carácter altanero, inquieto y atrevido. El jefe político de esta capital ha tenido que emplear la fuerza para sacarla de aquí, según se ha informado porque la señora se había propuesto, apoyada en sus sexo y en su altanería, burlarse de las órdenes de las autoridades, como lo había conseguido desde 1830 hasta ahora.

[...]

Además, me manda S.E. [Santander] prevenir a usted que por ningún motivo permita a la citada señora permanecer en esa plaza, que si no hay buque pronto en que se embarque, se la detenga en Arjona a Mahates, haciendo usted que se la supervigile escrupulosamente, y que se tenga cuidada de que ni por cortesía sea visitada por oficial alguno del ejército.¹⁹⁴

Finalmente, en abril de 1834, Manuela desembarcó en Kingston. Desde ahí, el 6 de mayo, le escribió al general Juan José Flores que, por entonces ejercía la presidencia de la República del Ecuador una carta en donde, confiando todavía en la amistad del general, le confiesa su desastrosa situación económica y la soledad en la que se

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 75.

encuentra. Asimismo reafirma su amor por Bolívar y se constituye así en la *viuda* que lleva su duelo como una huella de amor eterno: “¿Qué tengo yo qué hacer con la política? Yo amé al Libertador, muerto lo venero, y por esto estoy desterrada por Santander.”¹⁹⁵ Más adelante, en la misma carta, reclama su inocencia sobre su participación en los hechos del Santuario, de los que Santander la acusa haber sido parte; no niega que hubiera estado en dicha revuelta si hubiese tenido la oportunidad, pero dice que no estuvo pues se encontraba enferma, a tres días de Bogotá: “...pero Santander no piensa así; me da un valor imaginario; dice que soy capaz de todo, y se engaña miserablemente; lo que yo soy es, con un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mi enemigos, y de nadie con la fuerza que de este ingrato hombre [...] El tiempo me justificará.”¹⁹⁶

La saña contra Manuela no quedará ahí. En 1835 ella regresó a Ecuador, desembarcando en Guayaquil y, a pesar de que el general Flores le había concedido un pasaporte para llegar hasta Quito, Vicente Rocafuerte, que ya ocupaba la presidencia del Ecuador, ordenó, el 9 de octubre, que Manuela detuviera su viaje en Guaranda y que regresara a Guayaquil. El general José María Sáenz, hermano paterno de Manuela que fue presidente de la sociedad El Quiteño Libre, de oposición al régimen de Flores, fue ejecutado el 21 de abril de 1834, después de la batalla de Pesillo, y Rocafuerte estaba seguro de que Manuela había llegado a Ecuador para vengarlo. En una carta del 14 de octubre, dirigida a Flores explica su decisión: “...y por el conocimiento práctico que tengo del carácter, talentos, vicios, ambición y prostitución de Manuela Sáenz ella es la llamada a avivar la llama revolucionaria; a favor de la tranquilidad pública, me he visto

¹⁹⁵ *Ibidem*, pp. 78.

¹⁹⁶ *Ibidem*, p. 79.

en la dura necesidad de mandarle un edecán para hacer salir de nuestro territorio, hasta tanto que la paz esté bien consolidada.»¹⁹⁷

Manuela, la prostituta ambiciosa; Manuela, la descocada; Manuela, la conspiradora permanente; Manuela, el más grande peligro que existía para la supervivencia del Estado patriarcal. Esa manera cómo Vicente Rocafuerte se refería a Manuela Sáenz es la de un misógino temeroso del valor político y de la capacidad conspirativa que ella supuestamente tenía en esos momentos. Rocafuerte escribe al general Flores, su aliado reciente, dándole explicaciones con ejemplos históricos del porqué hay que ser severo con las mujeres que están metidas en la política. La carta del 28 de octubre de 1835 revela ese espíritu misógino de Rocafuerte y lo que significa toda la violencia patriarcal del Estado sobre las mujeres:

Madame de Staël no era tan perjudicial en París como la Sáenz lo es en Quito, y sin embargo el gran Napoleón que no veía visiones, y estaba acostumbrado a encadenar revoluciones, la desterró de Francia; el Arzobispo Virrey de Méjico desterró de la capital a la famosa Guerra Rodríguez y desde su destierro le hizo una revolución. Las mujerespreciadas de buenas mozas y habituadas a las intrigas del Gabinete son más perjudiciales que un ejército de conspiradores.¹⁹⁸

Días más tarde, en una carta del 10 de noviembre de 1835, Rocafuerte agradece al general Santander el haber ordenado que quienes escapasen de Ecuador hacia la Nueva Granada fuesen juzgados por las autoridades de dicho Estado. Asimismo, conociendo la enemistad de Santander con Manuela, Rocafuerte también se regodea ante él por su

¹⁹⁷ *Ibidem*, p. 81.

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. 87.

propia decisión de haber expulsado a Manuela del territorio ecuatoriano: “La Manuela Sáenz venía aquí con la intención de vengar la muerte de su hermano, y con ese pretexto hacerse declarar libertadora del Ecuador. Como es una verdadera loca, la he hecho salir de nuestro territorio para no pasar por el dolor de hacerla fusilar.”¹⁹⁹

El 11 de noviembre de 1835, arribó Manuela —la “descocada” de *La Aurora*, la “verdadera loca” de Rocafuerte, pero también la *amable loca* de Bolívar—, al puerto de Paita. El exilio le significaría a Manuela el abandono y la pobreza y aún la continuidad de la saña con la que regodearon en ella los enemigos del Libertador, que ni siquiera cuando murió el doctor Thorne le permitieron recuperar su dote, como este último lo había dispuesto en su testamento. Algunos días después de su arribo, al final de la única calle de *Payta-town*, según la narración biográfica de Von Hagen²⁰⁰, había una casona frecuentada por marineros anglosajones que, al bajar a tierra, querían aprovisionarse de aquellos productos que les serían gratos durante sus intensas travesías. A la entrada de la casona, una mujer de intensos ojos negros, sentada en una poltrona de madera y mimbre, los atendía y, cuando estaba de humor, los entretenía contándoles historias de batallas que habían sellado la independencia de estas tierras. Sobre la entrada, un poco ladeado al igual que las casas de Paita, había un letrero:

TOBACCO

ENGLISH SPOKEN

MANUELA SÁENZ

Una vez que el Libertador salió de Bogotá, en mayo de 1830, Bolívar y Manuela no volvieron a estar juntos nunca más. En el momento de la despedida, los amantes no pensaron en la separación definitiva. Bolívar, ya sin esperanza y con la amargura que lo

¹⁹⁹ *Ibidem*, p. 88.

²⁰⁰ Von Hagen, *ob. cit.*, p. 246.

carcomía, iba camino a su muerte. Manuela aún luchaba por el regreso de su amado al gobierno de la patria. Pero la realidad política no estaba del lado de los bolivarianos y todo fue cuestión de tiempo para que, tras la muerte del Libertador, se desatara la persecución implacable hacia quienes permanecían leales a Bolívar.

Cuando, veintiséis años más tarde, falleció Manuela, el general Antonio de la Guerra, encontró, entre las cenizas de la casa que las autoridades sanitarias habían quemado, los restos de una carta de Bolívar a Manuela. La fecha de la carta no puede leerse, pero puede ser atribuida a esos días en que el amante, camino a su destino final, con la derrota y la amargura impregnadas en el espíritu, rogaba por un reencuentro imposible con la amada:

El hielo de mis años me reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti. No puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú, para no verte. Apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego...²⁰¹

Bolívar y Manuela son los patriotas amantes. En ellos, la relación plena del Eros esta subsumida en la militancia consecuente por la libertad de la patria. La libertad, como anhelo romántico, es el destino por el que ellos libran batallas, en el terreno de la política, comprometidos con la causa de la independencia y la fundación del Estado nacional; en el espacio del cuerpo, puesto que son capaces de convertirse en amantes y desafiar la hipocresía moral de los criollos que asumen el mando de las nacientes repúblicas; y en el espíritu del amor, que los lleva al sacrificio de la felicidad personal en función de su

²⁰¹ *Cartas íntimas entre Bolívar y Manuelita*, pp. 121 – 122. Esta carta es citada por Von Hagen y Cacua.

entrega al sueño que, en una de las montañas circundantes a Roma, Simón Bolívar juró convertir en realidad.

El 10 de diciembre de 1830, Bolívar redacta su última proclama que parecería cerrar el espíritu del discurso que su maestro Simón Rodríguez escuchara en Roma: “¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.”²⁰² El 1 de febrero de 1843, Simón Rodríguez, con setenta y un años, visitó a Manuela en Paita. Según ella escribe en su diario con cierto dejo de humor: “un viejo amigo del Libertador, el creador de sus desgracias, por él haber metido en la cabeza de Simón tanta idea...”²⁰³. Ella, que tanto lo quería, le pidió que se quedara a vivir en su casa pero él no quiso. Ante el ofrecimiento de Manuela, Simón Rodríguez respondió: “Me voy, porque dos soledades no pueden hacerse compañía.”²⁰⁴

²⁰² Bolívar, “Última proclama del Libertador”, 10 de diciembre de 1830, *ob. cit.*, p. 391.

²⁰³ *Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles*, “Diario de Paita”, p. 83.

²⁰⁴ Alfonso Rumazo González, *Simón Rodríguez, maestro de América*, Quito, Ministerio de Cultura del Ecuador, 2009, p. 326.

Capítulo II

José Joaquín Olmedo, cantautor de la independencia

1

El cantor de Nuestra América naciente

El 31 de enero de 1847, diecinueve días antes de su muerte, José Joaquín de Olmedo, ya de vuelta de su estancia de dos años en Lima —“a donde fui a buscar salud y no la encontré”—, escribía desde Guayaquil a su amigo y compadre don Andrés Bello en un tono filosófica y políticamente desencantado, más cercano al *spleen* de fin de siglo que a su habitual serenidad y equilibrio espirituales:

...hace muchos años que, con mucha frecuencia, me asalta el pensamiento de que (aquí entre nosotros) es incompleta, imperfecta, la redención del género humano, y poco digna de un Dios infinitamente misericordioso. Nos libertó del pecado, pero no de la muerte. Nos redimió del pecado, y nos dejó todos los males que son efecto del pecado. Lo mismo hace cualquier libertador vulgar, por ejemplo, Bolívar: nos libró del yugo español, y nos dejó todos los desastres de las revoluciones.²⁰⁵

²⁰⁵ José Joaquín Olmedo, *Epistolario*, edición de Aurelio Espinosa Pólit, S.I., Puebla, Editorial Cajica, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960, p. 300.

¿Qué había sucedido en el corazón del poeta para que, veintidós años después, el autor del *Canto a Bolívar* motejara de “libertador vulgar” al mismo que había llamado “árbitro de la paz y de la guerra”? ¿De qué manera los sucesos políticos de la naciente república que Olmedo tuvo que vivir, la mayor parte de las veces como protagonista impelido por las circunstancias, habían transformado la idea sobre lo heroico de la gesta independista que él plasmó en su *Canto*? ¿Se arrepentía tal vez de haber escrito: “¡Victoria por la patria! ¡oh Dios, victoria! / ¡Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria!” o la supuesta “vulgaridad” del Libertador era una expresión malhumorada producto del cáncer que lo consumía por dentro? ¿O a lo mejor es esta, su última carta, sólo un ejemplo de las veleidades y angustia existenciales con las que vivieron los *poetas civiles* del siglo XIX: necesitados de la libertad de espíritu para ver con criticidad el mundo y, al mismo tiempo, comprometidos con la cotidianidad política para la construcción de ese mismo mundo del que no podían evadirse por más que buscaran el remanso de la vida retirada?

El *poeta civil* del siglo XIX fue parte no sólo del proceso estético que contribuyó a *pensar la nación* sino que también fue protagonista de los sucesos políticos requeridos para construirla. Ese *poeta civil* es un escritor que, sin tanto manifiesto de compromiso sartreano como se estiló en la década latinoamericana del sesenta, hizo de su producción literaria una parte fundamental de su propia práctica política. Los tres poetas más significativos del período de la independencia responden a esta definición: Olmedo, Andrés Bello (1781 – 1865), cuya obra poética, lingüística y política está dedicada a construir una expresión americana, y José María Heredia (1803 – 1839), que pasó la mayor parte de su vida en el destierro y para quien la Patria, en su obra, es una nostalgia perenne y su libertad el anhelo insatisfecho del poeta.

En Nuestra América, durante los procesos independentistas, el *poeta civil* experimenta por lo general un tránsito político que va desde su vocación monárquica, pasa por los anhelos de poder de los criollos que se sentían los legítimos representantes de dicha monarquía, y —una vez agotada la experiencia constitucionalista de las Cortes de Cádiz y la vuelta al régimen absolutista de Fernando VII— desemboca en una lucha por la independencia de su lugar de origen que es asumido como la *Patria*.

Olmedo fue un *poeta civil* heredero de la tradición neoclásica que cumplió como ciudadano, no sin conflictos personales, las tareas políticas que él sentía que la Patria le demandaba en detrimento, la mayoría de las veces, de su vocación literaria. Este conflicto existencial del poeta va estar reflejado en varios textos y cartas puesto que para los *escritores civiles* del siglo XIX el concepto de Patria estaba cargado de un profundo imperativo ético y no existía entonces la desconfianza que existe hoy en día frente al ejercicio la función pública. Esta desconfianza en las tareas ciudadanas hoy está más o menos generalizada a partir de lo que se ha dado en llamar una *ética del descomprometimiento*, típica del cinismo de la posmodernidad; en ciertos intelectuales es producto de una actitud moralista y moralizante frente al *poder* a cuyo ejercicio, al menos desde el Estado, parecerían haber renunciado por miedo a contaminarse como resultado de una lectura pretendidamente radical aunque, en realidad, profundamente reaccionaria de las tesis de Foucault sobre el *poder*.

Hasta un romántico como Juan María Gutiérrez —entregado él mismo a la política de su patria— se lamentaba en el prólogo a la edición chilena de la poesía de Olmedo, que el propio Gutiérrez preparó un año después de la muerte del poeta, sobre la entrega del vate a la causa política en perjuicio de su propia producción literaria:

Es una lástima que el Sr. Olmedo pródigamente dotado de talento poético por la naturaleza, no hubiera podido consagrarse a escribir exclusivamente en verso. La esterilidad de la carrera literaria antes de la revolución, y después de ella los negocios públicos, le alejaron del cultivo exclusivo de las musas: su vida fue pública sin que pudiera gozar en ella como tal vez anhelaba, del largo reposo que exigen los trabajos mentales.²⁰⁶

No sólo el goce intelectual que experimentaba Olmedo mientras trabajaba en la traducción de la primera epístola del *Ensayo sobre el hombre*, de Alexander Pope, a su regreso de las Cortes, en el período de 1817 a 1820, ha quedado patente en el prólogo a la publicación de dicha epístola en 1823; también quedó demostrado en ella la convicción ética del poeta acerca del cumplimiento de sus tareas políticas y de qué manera vivía esta compleja situación en la que las tareas civiles ocupaban el precioso tiempo que demandaba la creación poética:

El ocio que disfrutaba entonces, la distracción de todo negocio público y la soledad, me preparaban maravillosamente a esta grande y deliciosa ocupación. Mas por aquel mismo tiempo una voz imperiosa me llamó de improviso a tener parte en los destinos de mi patria [se refiere a los sucesos que culminaron el 9 de Octubre de 1820 con la independencia de Guayaquil]. Los cuidados de la vida pública y los peligros que incesantemente amenazaron mi país hasta la victoria de Pichincha [24 de Mayo de 1822, Día de la Independencia de lo que hoy es Ecuador], vinieron no sólo a interrumpir mi tarea, sino a separarme de todo género

²⁰⁶ Juan María Gutiérrez, "Prólogo", en José Joaquín Olmedo, *Obras poéticas*, Valparaíso, Imprenta Europea, 1848, p. V.

de estudio, especialmente del trato con las musas, que son, como se sabe, nimiamente delicadas y celosas.²⁰⁷

Los *escritores civiles* del siglo XIX entendieron con claridad y practicaron con convicción, desde su origen de clase, aquello que a mediados del siglo XX Antonio Gramsci llamó *la responsabilidad de los intelectuales* y que Jean Paul Sartre demandó como *el compromiso de los escritores*. Los *escritores civiles* del siglo XIX asumieron con responsabilidad su condición de intelectuales orgánicos durante la construcción de los Estados nacionales de Nuestra América y estuvieron permanentemente comprometidos con las causas de la libertad, la moral y el progreso, entre otras similares, según los conceptos ideológicos del siglo XIX, de la Patria a la que pertenecieron. En la carta del 29 de agosto de 1823 dirigida a Joaquín Araujo podemos apreciar ese anhelo de paz que Olmedo requería para su poesía y, al mismo tiempo, ese espíritu atento al cumplimiento de su deber cívico:

Pues ya puede Ud. formarse idea de lo que me pasa cuando distrayéndome de las escenas lamentables de nuestra patria, mi imaginación vuela a consolarse a la dulce y filosófica soledad de Ud. Un huerto, un jardín, un río, pocos y buenos libros, pocos y buenos amigos... y embotada la curiosidad de noticias políticas... [...] Mientras dura este laberinto, en que por desgracia estoy también metido, y mientras que se serena el cielo político del Perú, me he quedado en el seno de mi familia como en un

²⁰⁷ José Joaquín Olmedo, *Poesía - Prosa*, edición de Aurelio Espinosa Pólit, S.I., Puebla, Editorial Cajica, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960, p. 340.

puesto de observación, pero siempre dispuesto a ir donde me llame el peligro y mi deber. ¿Qué he de hacer? Éste es mi destino.²⁰⁸

¡Qué iba a hacer si no lo que hizo! El poeta cumplió a cabalidad con su destino patriótico. José Joaquín de Olmedo fue diputado en las Cortes de Cádiz donde se destacó por su lucha a favor de la abolición de la *mita*, Jefe Político de Guayaquil, la primera ciudad que se independizó en lo que hoy es Ecuador, primer Vicepresidente, una vez constituida la república en 1830, y, hacia el final de su vida, en 1845, fue uno de los protagonistas de la Revolución Marcista (6 de Marzo de 1845) que destruyó al régimen dictatorial en el que devino la larga permanencia en el poder de Juan José Flores, primer presidente del Ecuador.

Al mismo tiempo, en el marco de una obra literaria breve, Olmedo fue el autor del *Canto a Bolívar*, memoria poética sobre las gestas fundamentales en la lucha por la independencia que comandó el Libertador: las batallas de Junín y de Ayacucho que tuvieron lugar el 6 de agosto y el 9 de diciembre de 1824, respectivamente. Olmedo, en la tradición de los *poetas civiles* del siglo XIX, fue uno de los autores y uno de los cantores de la naciente América; en un sentido metafórico: *cantautor* de la Patria.

2

El Canto a Bolívar: fundación de la épica de Nuestra América

Así como los griegos se vanaglorian de la *Ilíada*, de Homero, y los romanos de la *Eneida*, de Virgilio, como cantos fundacionales que expresan el espíritu nacional de sus

²⁰⁸ *Epistolario*, pp. 227 – 228.

pueblos, así en Nuestra América —con las distancias estéticas y culturales que existen ya establecidas por la crítica—, el *Canto a Bolívar* constituye, en la formación del canon de la literatura hispanoamericana, la memoria poética de una gesta épica de la Patria naciente.

Debemos recordar que casi toda la producción literaria hispanoamericana del siglo XIX es básicamente fundacional pues, sin más tradición que la oratoria sagrada, la poesía de ocasión y la imitación del barroco español —con la genial excepcionalidad de sor Juana Inés de la Cruz—, en un principio, las letras expresaron la independencia de ideas y, en seguida, la independencia de la visión estética sobre la naturaleza y la sociedad. Nuestro continente que, a comienzos de siglo, se había independizado políticamente y que, durante el siglo, construyó sus Estados nacionales, tuvo en sus letras un proceso de emancipación que comenzó por la transición del discurso colonial hacia la mirada libertaria de los románticos, atravesando la herencia racionalista del neoclasicismo imbuida de las ideas libertarias del enciclopedismo francés. Este proceso culminó, en el último cuarto de siglo, con la revolución estética que para la literatura iberoamericana representó la originalidad del Modernismo. Lo notable es que en todos los momentos de este proceso, los escritores vieron y se empeñaron en buscar una expresión estética que correspondieran a nuestra América. Ya un neoclásico como Andrés Bello, de manera temprana, en su “Alocución a la poesía” (1823) propuso un programa americano para la poesía:

Divina Poesía

tú de la soledad habitadora

a consultar tus cantos enseñada

con el silencio de la selva umbría,

tú a quien la verde gruta fue morada, 5
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena. 10

Olmedo era consciente de las distancias y las limitaciones de su obra frente a los clásicos del género cuando en carta a Joaquín Araujo, del 29 de junio de 1825, le dice: “Ud. me habla de la posteridad: y aun, hablando sobre mi composición, se ha atrevido Ud. a mentar la Eneida. No, amigo: yo me conozco. La Eneida es un río del cual no merece mi poema ser tenido ni por una gota; y cuando más se podrá reputar como un grano de arena de la ribera por donde corre.”²⁰⁹ Mas, al mismo tiempo, Olmedo también está consciente de lo significativo que es su empresa y el valor que habrá de tener su *Canto*; así, en carta a Bolívar del 31 de enero de 1825, cuando recién está borroneando el poema sobre la base de un plan que considera excelentemente trazado, escribe la “intimación tremenda” que sigue: “...si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el magnífico y atrevido plan que he concebido, los dos, los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad.”²¹⁰

En el proceso de construcción del canon hispanoamericano, el *Canto a Bolívar* es el poema fundacional de la épica de Nuestra América. Alguien podría señalar que *La Araucana*, escrito en Chile, en el siglo XVI, por Alonso de Ercilla, es un poema épico anterior pero ni el autor —madrileño nacido en 1533— ni el tema —la conquista de los araucanos por parte de los españoles—, corresponden a la construcción heroica que la

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 258.

²¹⁰ *Ibidem*, p. 246.

épica tiene para la historia del pueblo que la canta, a pesar del reconocimiento que hace la voz poética de la valentía de los vencidos: *La Araucana*, por más vueltas que le demos a su interpretación, es épica escrita por un soldado español sobre la gesta victoriosa de los conquistadores españoles, la derrota del pueblo araucano y la servidumbre posterior a la que este último fue sometido. En cambio, en el *Canto a Bolívar* —si bien se podría discutir sin fin el carácter lírico de la oda en tanto tipo de poema— Olmedo exalta el valor de la lucha por la libertad de América y el liderazgo que desempeña Bolívar como conductor de dicho proceso; y dado el imperativo de que la *divina poesía* —invocada por Bello: “tiempo es de que dejes ya la culta Europa”— debe encontrar su expresión americana, Olmedo americaniza en su canto la tradición cultural de Occidente:

Aquí la Libertad buscó un asilo, 775
amable peregrina,
y ya lo encuentra plácido y tranquilo,
y aquí poner la diosa
quiere su templo y ara milagrosa;
aquí, olvidada de su cara Helvecia, 780
se viene a consolar de la ruina
de los altares que le alzó la Grecia,
y en todos sus oráculos proclama
que al Madalén y al Rímac bullicioso
a sobre el Tíber y el Eurotas ama. 785

El *Canto a Bolívar* es un poema épico fundacional, no sólo por el tema sino por el aliento poético que lo sustenta, que no sólo celebra la gesta libertaria de Nuestra América

liderada por los criollos sino que también incluye el pasado indígena —representado en términos simbólicos por la figura del Inca Huayna-Cápac—, como elemento indispensable para la construcción de la nación mestiza que será uno de los proyectos ideológicos y políticos de las nacientes repúblicas durante el siglo XIX. Así se presenta el Inca en el poema, definiéndose padre de los combatientes de Junín, al mando de Bolívar, y declarando una espera de tres siglos para anunciar con su presencia el futuro de libertad:

Miró a Junín, y plácida sonrisa
vagó sobre su faz. “Hijos —decía— 375
generación del sol afortunada,
que con placer yo puedo llamar mía,
yo soy Huayna-Capac, soy el postrero
del vástago sagrado;
dichoso rey, mas padre desgraciado. 380
De esta mansión de paz y luz he visto
correr las tres centurias
de maldición, de sangre y servidumbre
y el imperio regido por las Furias.

En este sentido, el *Canto* podría ser leído como una contribución poética, que propone de manera embrionaria, en la figura del Inca, una representación simbólica del proyecto mestizo de Nuestra América, a pesar de las objeciones literarias y políticas que hiciera el propio Bolívar a Olmedo. El poeta, en la exposición del plan de su poema, le explica a Bolívar que el Inca no desea el restablecimiento del “cetro del imperio, que

puede llevar el pueblo a la tiranía” sino que “exhorta a la unión, sin la cual no podrá prosperar la América...”.²¹¹

Si bien el poeta no señala de manera expresa la construcción de una nación mestiza, el amplio protagonismo del Inca revela el valor que Olmedo daba a la presencia de lo indígena en el discurso patriótico. Más aún si es que relacionamos esa presencia del Inca con el discurso sobre la abolición de la mita que diera en las Cortes —por supuesto que sin desconocer el origen costeño de Olmedo que pesa en la visión que sobre la mita tiene el poeta. El argumento de Olmedo convierte a los indios en ciudadanos de la, en ese momento, nación española; así, luego de exigir la abolición de las *mitas* y la derogatoria de las leyes *mitales*, expone:

Sea este el desempeño de la primera obligación que por la Constitución hemos contraído, de conservar y proteger la libertad civil, la propiedad y los derechos de todos los individuos que componen la nación. ¡Qué! ¿permitiremos que hombres que llevan el nombre español, y que están revestidos del alto carácter de nuestra ciudadanía, permitiremos que sean oprimidos, vejados y humillados hasta el último grado de servidumbre? Señor, aquí no hay medio, o abolir la *mita* de los indios o quitarles ahora mismo la ciudadanía que gozan justamente.²¹²

La preocupación por la situación de los indígenas va a acompañar de manera permanente a Olmedo. En el *Canto*, el poeta pone en boca del Inca una invocación al amor por los indios del obispo Las Casas, “apóstol santo”. Ciertamente, la visión de Olmedo responde a una visión paternalista sobre el indio, mas lo que me interesa señalar

²¹¹ *Ibidem*, p. 254.

²¹² *Poesía – prosa*, p. 385.

es que en su pensamiento sobre la Patria, el bienestar del indio, considerado ciudadano de la nación, siempre estuvo presente. En su discurso de clausura de la Convención de Ambato de 1835 que expidió la Constitución de aquel año se refirió a la situación de los indios en los términos de un humanismo descarnado, consciente de las limitaciones circunstanciales de las leyes frente al verdadero requerimiento de la justicia:

Entre tan importantes objetos, no podía olvidar la Convención aquel que, reclamado, como los otros por la justicia, excitaba particularmente su sensibilidad. Hablo de la ley sobre nuestros hermanos los indígenas, cuya condición es más miserable que la esclavitud doméstica. En su favor y protección la Convención ha hecho cuando ha podido, y siente un profundo dolor de no haber podido más. Pero se consuela habiendo procurado aliviarlos con leyes tan humanas como lo permiten las circunstancias, pues que las leyes atemperadas a los vicios constitutivos de la sociedad, llegan a ser algunas veces la ciencia de lo justo en la misma injusticia, y una especie de derecho en la violación misma del derecho natural.²¹³

El tema heroico de dos batallas fundamentales para el afianzamiento de la independencia americana, la de Junín y la de Ayacucho, y la verdad histórica de los hechos narrados; la construcción de la figura del héroe en la persona de Bolívar, “el hijo de Colombia y Marte” e, incluso, la mitificación de la presencia indígena en el imaginario nacional simbolizada en la figura del Inca; así como la selección de un lenguaje y un aliento correspondientes con la materia poética y el enunciado poético de

²¹³ *Ibíd.*, pp. 403 – 404.

una propuesta política para el gobierno de las repúblicas nacientes, hacen del *Canto a Bolívar*, el poema más representativo de la épica de nuestra América.

3

Aquiles critica a Homero: las cartas de Bolívar

Había tanta prisa para hacerlo todo y muchas cosas reclamaban su nombre todavía. La Patria era una república en ciernes en la que los criollos y sus familias se disponían a reemplazar al poder de la metrópoli. Había necesidad de cumplir casi todas las tareas civiles y las personas con las que se contaba para aquellas tenían que hacer casi de todo para cumplirlas. A pesar de ya sentirse “un pequeño género humano”, según Bolívar²¹⁴, los americanos todavía no se veían a sí mismos como un pueblo que integraba a los pueblos originarios pero luchaban por gobernar estas tierras bajo los cánones republicanos en reemplazo de la corona española:

...mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores.²¹⁵

²¹⁴ “Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil.” Dicho en la “Carta de Jamaica”, de 6 de septiembre de 1816, en Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, [1976], Caracas, Biblioteca Ayacucho # 1, 2009, p. 73.

²¹⁵ *Ibidem*, pp. 73 – 74.

La Patria emancipada nacía sobre las viejas estructuras de la audiencia y el virreinato coloniales, los letrados escolásticos se abrían a los saberes nuevos y confrontaban las teorías y la teología con la observación de la naturaleza y la experiencia científica; el que sabía leer y escribir se convertía en maestro del pueblo, el guerrero de las batallas por la independencia devenía gobernante de un Estado en proceso de creación y el poeta, legislador; todos asumían sus tareas de oficiantes de los ritos de la política y la poética necesarias para la fundación de la Patria.

Bolívar y Olmedo, el guerrero y el poeta, fueron legisladores y hombres de Estado. Los dos, protagonistas de un momento épico de la Patria naciente: el uno como adalid de la guerra de independencia transformado en héroe de un poema, el otro como poeta de esa lucha que hizo del guerrero el héroe mítico del canto que celebra dicha gesta. Participantes ambos, a veces como rivales, otras como aliados, en diferentes coyunturas políticas. Pero, además, con la particularísima condición de actores de la inédita situación, vital y literaria, de ser el poeta y el héroe del poema que discuten entre sí acerca del plan de la obra lírica, de la presencia del héroe frente al resto de personajes, y de los logros y fallos de la expresión poética.

La primera respuesta de Bolívar es la de un hombre culto, de sólida formación clásica, que se manifiesta maravillado luego de la primera lectura de un poema al que considera producto más “de un Apolo” que de un poeta. Según se desprende de su carta fechada en Cusco, el 27 de junio de 1825, parecería que Bolívar recibe con pudoroso asombro —y “penetrado de una gratitud sin límites”— su conversión en héroe literario y reacciona con cautela y, tal vez, hasta con cierto temor frente a las críticas que pudieran emitir sus contemporáneos ante tamaño homenaje: “Vd., pues, nos ha sublimado tanto,

que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes.”²¹⁶

Consciente de la importancia relativa del individuo en las gestas históricas, consciente también de las limitaciones heroicas que conlleva la política en su ejecución cotidiana, Bolívar parece curarse en salud al momento de valorar en menos su propia actuación heroica al compararla con la memoria literaria que nos ha quedado de la guerra de Troya: “Si yo no fuera tan bueno y Vd. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que Vd. había querido hacer una parodia de la *Ilíada* con los héroes de nuestra pobre farsa.”²¹⁷

Bolívar se siente —y, en la carta, se hace acompañar de los demás patriotas en su sentimiento— precipitado “al abismo de la nada” por la manera cómo Olmedo lo ha convertido en héroe de su epinicio:

Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Vd. nos hace a su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía, la ficción y la fábula, Vd. nos eleva con su deidad mentirosa, como la águila de Júpiter levantó a los cielos la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros.²¹⁸

No lo dice pero lo vive en su condición de persona: la caída en el “abismo de la nada” se debe a la fuerza de la poesía. Despojado de su condición de mortal y transformado en imperecedero héroe de la literatura en vida, qué le quedaba sino arrastrar

²¹⁶ La carta está reproducida por Manuel Cañete en su estudio sobre Olmedo, aparecido en R. Blanco Fombona, compilador, *Autores americanos juzgados por españoles*, (Paris, Casa Editorial Hispano – Americana, 1902), pp. 128 – 129.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 129.

²¹⁸ *Ibidem*, p. 128.

el peso consagratorio de la gloria poética confrontando hasta la muerte sus posteriores actuaciones en medio de la miseria de la política cotidiana de las nacientes repúblicas: lucha contra caudillos locales que se oponían a su proyecto integrador, su anhelo de concentración de poder para combatirlos, traiciones cuya expresión más demoledora fue el asesinato de Sucre, el final de un sueño con la desintegración de la Gran Colombia, la soledad del héroe vilipendiado por todos en la hora de su muerte en Santa Marta. Esa “nuestra pobre farsa”, en definitiva.

Lo dicho, sin embargo, hay que entenderlo en medio de cierto tono de chanza amistosa que, siguiendo las cartas, Bolívar solía usar con Olmedo en su correspondencia. En la misma carta, en párrafo posterior, el Libertador menciona que para la misión diplomática que le ha encomendado en Inglaterra ha unido a ella al señor José Ignacio Paredes, un matemático, “porque no fuese que llevado Vd. de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero, para que no vea con su imaginación sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejada de los políticos y de los publicanos.”²¹⁹

De hecho, ese tono informal también lo usaba Olmedo con el Libertador en los términos en que una relación de amistad así lo permite. Cuando el poema todavía estaba en la etapa de su nacimiento, en carta del 31 de enero de 1825, el poeta que, al parecer, había recibido alguna recomendación por parte de Bolívar para que su presencia dentro del poema no sea lo protagónica que terminó siendo, le responde:

Usted me prohíbe expresamente mentar su nombre en mi poema. ¿Qué, le ha parecido a usted que porque ha sido dictador dos o tres veces de los

²¹⁹ J.J. Olmedo, *La Victoria de Junín. Canto a Bolívar*, edición facsimilar de la edición londinense de 1826, comentada por Rafael Bernal Medina, (Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1974), p. 96.

pueblos, puede igualmente dictar leyes a las Musas? No, señor. Las Musas son unas mozas voluntariosas, desobedientes, rebeldes, despóticas (como buenas hembras), libres hasta ser licenciosas, independientes hasta ser sediciosas. [...] Si a usted no le gusta que le alaben, ¿por qué no se ha estado durmiendo, como yo, cuarenta años?²²⁰

En carta del 15 de mayo de 1825, luego de haber enviado a Bolívar quince días atrás la primera versión del *Canto*, copiada por él mismo, Olmedo le describe con largueza el plan del poema, “grande y bello (aunque sea mío)”. La minuciosa descripción del plan por parte de su autor se ha convertido en un documento sustancial tanto para la historia de la escritura del *Canto*, cuanto para la crítica del mismo. En dicha carta quedan establecidos el problema básico de composición que enfrentó el poeta y la meditada solución que le encontró, el programa político que formularía en el *Canto*, la épica que pretendía construir, y la narrativa que desarrollaría en él. La explicación del plan y su estética por parte de Olmedo y la respuesta político – literaria que, en términos privados, le escribe Bolívar contienen los elementos básicos del debate de la crítica sobre el *Canto* hasta el día de hoy. Transcribo *in extenso* la descripción del plan por parte de Olmedo que demuestra la enorme confianza que tenía el poeta en la fuerza y coherencia de la composición de su poema:

Mi plan fue éste. Abrir la escena con una idea rara y pindárica. La Musa arrebatada con la victoria de Junín emprende un vuelo rápido; en su vuelo divisa el campo de batalla, sigue a los combatientes, se mezcla entre ellos y con ellos triunfa. Esto le da ocasión para describir la acción y la derrota

²²⁰ *Epistolario*, p. 246.

del enemigo. Todos celebran una victoria que creían era el sello de los destinos del Perú y de la América; pero en medio de la fiesta una voz terrible anuncia la aparición de un Inca en los cielos. Este Inca es emperador, es sacerdote, es un profeta. Éste, al ver por primera vez los campos que fueron el teatro de los horrores y maldades de la conquista, no puede contenerse de lamentar la suerte de sus hijos y de su pueblo. Después aplaude la victoria de Junín, y anuncia que no es la última. Entra entonces la predicción de la victoria de Ayacucho.

Como el fin del poeta era cantar sólo a Junín, y el canto quedaría defectuoso, manco, incompleto sin anunciar la segunda victoria, que fue la decisiva, se ha introducido el vaticinio del Inca lo más prolijo que ha sido posible para no defraudar la gloria de Ayacucho, y se han mentado los nombres del general que manda y vence y de los jefes que se distinguieron para dar ese homenaje a su mérito y para darles desde Junín la esperanza de Ayacucho que debe servirles de nuevo aliento y ardor en la batalla. Concluye el Inca deseando que no se restablezca el cetro del imperio, que puede llevar el pueblo a la tiranía. Exhorta a la unión, sin la cual no podrá prosperar la América; anuncia la felicidad que nos espera; predice que la Libertad fundará su trono entre nosotros y que esto influirá en la libertad de todos los pueblos de la tierra; en fin, predice el triunfo de Bolívar. Pero la mayor gloria del héroe será unir y atar todos los pueblos de América con un lazo federal, tan estrecho que no hagan sino un solo pueblo, libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riqueza, respetado por su poder.

Apenas concluye el Inca, todos los cielos aplauden: de improviso se oye una armonía celestial; es el coro de las vestales del sol, que rodean

al Inca como a su Gran Sacerdote. Ellas entonan las alabanzas del Sol, piden por la prosperidad del imperio y por la salud y gloria del Libertador. En fin, describen el triunfo, que predijo el Inca. Lima abate sus muros para recibir la pompa triunfal: el carro del triunfador va adornado de las Musas y de las Artes; la marcha va precedida de los cautivos pueblos, esto es, todas las provincias de España representadas por los jefes vencidos, etc.²²¹

La aparición del Inca, su presencia prolongada en el poema y, sobre todo, el contenido político de su discurso son las objeciones frecuentes que se han hecho al *Canto*. Bolívar, el primero: “El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño”. Si bien, en principio, Bolívar reconoce que el plan está concebido de buena manera, su observación —que él llama “defecto capital en su diseño”— tiene que ver con la amplitud de espacio que Olmedo le concedió al Inca en el poema en detrimento de la figura misma del Libertador. Pero tal parece que la queja del Libertador es sobre todo una queja argumentada como interpretación política y, sin embargo, develada como reclamo del héroe al sentir su protagonismo disminuido muy a pesar del sentido pudor expresado en la primera carta:

Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El Inca Huaina-Cápac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe en fin. Por otra parte no parece propio que alabe indirectamente a la religión que le destruyó; y menos parece propio aún, que no quiera el restablecimiento de su trono, para dar preferencia a

²²¹ *Ibidem*, pp. 253 – 254.

extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a Ud. nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá Ud. que le observe que ese genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la Reina Isabel: y ya Ud. sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y sin embargo no escapó a la crítica.²²²

Bolívar, además, realiza en su carta algunas observaciones menores al poema — observaciones que, en su mayoría, sirvieron para que Olmedo corrigiera la piel del texto— mas, en lo sustancial, el Libertador es tremendamente elogioso acerca del poema y no se limita a realizar una alabanza genérica sino que va señalando la parte que corresponde al juicio celebratorio. En el antepenúltimo párrafo de su carta hace una síntesis de sus elogios al escribir: “Permítame Vd., querido amigo, le pregunta ¿de dónde sacó Vd. tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y Vd. la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos.”²²³

Bolívar observa que es el Inca el que parece “el asunto del poema”; mas decir que el Inca es el asunto del poema carece de sentido literario puesto que el Inca en el poema aparece en función de la victoria de Junín y de la porvenir victoria de Ayacucho; es decir que el Inca aparece como un recurso de continuidad en un poema en donde todo gira en relación a la figura heroica de Bolívar. Por lo demás, la interpretación política que hace

²²² *Autores americanos juzgados por españoles*, p. 131.

²²³ *Ibíd.*, p. 133.

Bolívar del extenso parlamento del Inca es un punto fuerte de su crítica aunque ignora que el Inca es, sobre todo, presencia simbólica para uso poético y no aparición fantasmagórica para uso político. No obstante las críticas de este solo aspecto, el entusiasmo de Bolívar por el poema es indiscutible y éste lo expresa sin melindres en el párrafo que sigue:

Confieso a Vd. humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio lo arrebató a Vd. a los cielos. Vd. conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos nobles y hermosos: el rayo que el héroe de Vd. presta a Sucre es superior a la cesión de las armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes: aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín, se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que Vd. da a Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de Lamar, me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor: aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante; y por otra parte, ¿no será Lamar un mentor guerrero?²²⁴

La queja de Bolívar sobre la presencia del Inca es refutada por Andrés Bello, sin ser mencionada, en una crítica literaria temprana sobre el poema en la que, por lo contrario —después de indicar que “el título de este poema pudiera hacer formar un concepto equivocado de su asunto, que no es en realidad la victoria de Junín, sino la

²²⁴ *Ibidem*, pp. 132 – 133.

libertad del Perú—, la celebra como “ingeniosa” solución de una dificultad de composición poética frente a la verdad histórica:

Todo pasa en Junín, todo está enlazado con esta primera función, todo forma en realidad parte de ella. Mediante la aparición y profecía del Inca Huaina-Cápac, Ayacucho se transporta a Junín, y las dos jornadas se eslabonan en una. Este plan se trazó a nuestro parecer con mucho juicio y tino. La batalla de Junín, sola, como hemos observado, no era la libertad del Perú. La batalla de Ayacucho la aseguró, pero en ella no mandó personalmente el general Bolívar. Ninguna de las dos por sí sola proporcionaba presentar dignamente la figura del héroe; en Junín no le hubiéramos visto todo; en Ayacucho le hubiéramos visto a demasiada distancia. Era, pues, indispensable acercar estos dos puntos e identificarlos, y el poeta ha sabido sacar de esta necesidad misma grandes bellezas, pues la parte más espléndida y animada de su canto es incontestablemente la aparición del Inca.²²⁵

La diferencia de lecturas de un mismo acontecimiento en el poema estriba en que Bolívar, al criticar la extensa presencia del Inca, está defendiendo su espacio protagónico en la Historia, y, en cambio, Bello, desde el equilibrio de un crítico literario neoclásico, lo alcanza a ver como un “ingenioso” recurso literario de composición buscando la razón del plan en la lógica interna del poema y no en aquello que pudiera faltarle visto desde fuera de tal lógica.

²²⁵ *La Victoria de Junín. Canto a Bolívar*, edición facsimilar, p. 108.

Posiciones enconadas han existido sobre el *Canto* y la poesía de Olmedo. Los hermanos Luis y Gregorio Amunátegui en su *Juicio crítico de algunos poetas americanos* (1861), señalan: “Olmedo es lo que se llama un poeta verdaderamente clásico, tiene más habilidad que inspiración, más ciencia que pasión. Es gobernado no por el arrebató, sino por el cálculo de los efectos que pueden producir estos procedimientos.”²²⁶ Miguel Antonio Caro, en 1879, critica severamente el plan: “Y violento fue el recurso de Olmedo, que la procuró, suscitando un *Deus ex machina*. Esta es la parte del plan en que él se deleita por el placer de la dificultad vencida, e imaginando que todo vencimiento es de buena ley; y el ‘trabajo imponderable’ del plan no puede ser otro que el que ocasionaba haber de desarrollar una idea capital absurda, teniendo que disponer y ordenar en boca del Inca multitud de cosas que el poeta, y no su aparecido, debían decir sobre Ayacucho, sobre la libertad del Perú, y los destinos de América.” Pese a lo dicho acerca del plan, es el mismo Caro quien refuta las afirmaciones de los Amunáteguis: “Ciertamente Olmedo es poeta clásico, en todo sentido; jamás imitador servil. Su poema tiene el sabor de antigüedad que le comunican el castizo lenguaje y la entonación levantada y noble.”²²⁷ Juan León Mera, en su *Ojeada histórico – crítica sobre la poesía ecuatoriana* (1868), luego de mostrar fragmentos de varios poemas de Olmedo, concluye:

¡Qué musa la de Olmedo! inquieta mariposa o blanda paloma, genio tutelar de los guerreros colombianos o sacerdotisa de los incas, siempre se presenta rica de armonía, fácil, numerosa, arrebatada y magnífica! ¡Y Olmedo se paraba a *calcular* cuando así escribía! ¡y estos versos y otros de igual belleza y fuerza, casi todos los que produjo su admirable numen,

²²⁶ Citado por Juan León Mera en su *Ojeada*, pp. 228 – 229.

²²⁷ Citado por Hernán Rodríguez Castelo en *Olmedo, el hombre y el escritor*, Quito, Academia Nacional de Historia, 2009, pp. 134 y 137.

son más bien obra de una especie de *habilidad* mecánica, y no del estro en que hervía su alma! Nos inclinamos a creer que los señores Amunáteguis juzgaron así de tan insigne poeta, sólo por el simple antojo de juzgarle; pero antojo que ha venido a poner en duda su buen gusto y discernimiento, como los de quien dijera que la aurora es verde y que el panal sabe a zumo de verbena.²²⁸

El P. Aurelio Espinosa Pólit, S.I., analiza minuciosamente el problema de la unidad del poema, confronta las opiniones de Bello y Caro, y comenta la ruptura del precepto horaciano de unidad en diversas obras como el *Áyax*, de Sófocles, o las *Euménides*, de Esquilo, señalando que los clásicos no se preocupaban por cumplir reglas sino por desentrañar la condición humana, para zanjar con la sapiencia que le caracteriza el problema de la aparición del Inca y la unidad del poema:

Hay unidad en *La Victoria de Junín*; pero esta unidad proviene, más que de la profecía del Inca, de la virtud unificadora de la forma, maravillosamente sostenida en su pujanza y belleza; —unificación por cierto más que suficiente; y que hace más sensible el que tan a costa suya se empeñara Olmedo en una unidad material más tangible pero menos estética.²²⁹

Marcelino Menéndez y Pelayo, quien realizó quizá la más completa obra crítica sobre la poesía americana del siglo XIX, consagra de forma definitiva a Olmedo como

²²⁸ Juan León Mera, *Ojeada histórico – crítica sobre la poesía ecuatoriana*, 2da. Edición, Barcelona, Imprenta y Litografía de José Cunill Sala, 1893, p. 231.

²²⁹ Aurelio Espinosa Pólit, S.I., *Olmedo en la historia y en las letras*, Quito, Editorial Clásica, 1955, pp. 113 – 114.

“uno de los tres o cuatro grandes poetas del mundo americano” en su célebre *Historia de la poesía hispanoamericana*, de 1913:

...Olmedo tuvo, en mayor grado que ninguno de ellos [Bello y Heredia], la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, al continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes, que a la par hinchan el oído y pueblo de visiones luminosas la fantasía.²³⁰

Pero, mucho antes que la larga serie de criterios de los especialistas e historiadores literarios, las opiniones primeras de Bolívar acerca del *Canto* constituyen un testimonio especial y único que parece extraído de la *metaliteratura* cervantina: un personaje histórico con consciencia de ser un personaje de la ficción literaria que se ve a sí mismo en un libro ofrecido al público en una librería. La mirada ciega del guerrero Aquiles confrontada con la ceguera visionaria del poeta Homero, la atronadora confusión de la guerra con la silenciosa iluminación de la poesía.

4

Las cuitas del poeta ante su poema

Las cartas de Olmedo durante la escritura del *Canto* nos proveen también de un material exquisito para testimoniar la angustia creativa que consume al poeta en situaciones que, desde la teoría literaria, serían más propias de un romántico que de un

²³⁰ Citado por Hernán Rodríguez Castelo en *Olmedo, el hombre y el escritor*, p. 157.

neoclásico. La primera carta en la que tenemos noticia de que está escribiendo el *Canto*, o por lo menos que está comenzando a escribirlo, es la que dirige al Libertador el 31 de enero de 1825. En ella, Olmedo confiesa que se sintió conmocionado por la victoria de Junín y que aquella lo motivó a plantearse la escritura de un canto celebratorio de la misma. El poeta revela, como punto inicial del proceso de creación, su entusiasmo para escribir acerca de un suceso histórico que lo conmueve; frente a ese entusiasmo, sin embargo, la prosaica cotidianidad le impide la escritura. Este es tal vez el problema que más agobia a los escritores: la confrontación del espacio de aislamiento que requiere toda escritura frente a las urgencias de lo cotidiano. En Olmedo, aquello será un queja permanente: no solo las “ocupacioncillas” sino también las tareas cívicas que asumió durante su vida pública siempre conspiraron contra su escritura; y él lo sentía y lo resentía.

...Mucho tiempo ha, mucho tiempo ha que revuelvo en la mente este pensamiento. Vino Junín, y empecé mi canto. Digo mal; empecé a formar planes y jardines; pero nada adelanté en un mes. Ocupacioncillas que, sin ser de importancia, distraen, atencioncillas de subsistencia, cuidadillos domésticos, ruidillos de ciudad, todo contribuyó a tener la musa estacionaria. Vino Ayacucho, y desperté *lanzando un trueno*. Pero yo mismo me aturdí con él, y he avanzado poco. Necesitaba de necesidad 15 días de campo, y no puede ser por ahora.²³¹

En Olmedo también existe de manera constante el descontento con lo que produce su escritura. Es como si la idea que tiene de lo que quiere conseguir con el

²³¹ *Epistolario*, p. 244.

poema no se compadeciera de aquello que finalmente logra en el texto; como si el poeta, a pesar de todo el trabajo y la entrega que pone en él, estuviera agobiado por la imposibilidad de concretar en el poema la esperanza de realización de lo sublime, de la poesía que lo consume. Esta insatisfacción con el resultado de lo producido parecería ser una manifestación generalizada de los escritores y artistas y radica en el hecho de que todo artista concibe el sentido del arte en una esfera de lo utópico que, por lo mismo, resulta una imposibilidad de realización en sí misma:

Por otra parte aseguro a usted que todo lo que voy produciendo me parece malo y profundísimamente inferior al objeto. Borro, rompo, enmiendo, y siempre malo. He llegado a persuadirme de que no puede mi Musa medir sus fuerzas con ese gigante. Esta persuasión me desalienta y resfría. Antes de llegar el caso estaba muy ufano, y creí hacer una composición que me llevase con usted a la inmortalidad; pero venido el tiempo me confieso no sólo batido sino abatido. ¡Qué fragosa es esta sierra de Parnaso, y qué resbaladizo el monte de la Gloria!²³²

Las dudas, los temores, el abatimiento; los interrogantes, los desconciertos, la incertidumbre; en su proceso de trabajo poético, Olmedo tiene consciencia plena de la magnitud de la tarea en la que se encuentra metido y, al mismo tiempo, siente que le fallan las fuerzas para lograr su cometido con éxito. No es solamente el pánico frente a la página en blanco, es, más que nada, la lucidez para saber, además de lo que es bueno o malo en poesía, aquello que es sublime. ¡Y cuando se conoce o, incluso, se intuye qué es lo sublime, la escritura se convierte en una tarea cargada de frustraciones por cuanto el

²³² *Ibíd.*

poeta se da cuenta de cuán lejos está del ideal que imagina! El 28 de febrero confía sus penurias a su amigo Joaquín Araujo:

Me tiene Ud. embarcado en un mar tempestuoso. Las Musas debían cantar las últimas victorias, y yo que suelo hacer versos me he creído comprometido con la patria a cantar en un tono que no he de poder desempeñar debidamente. El objeto es grande y sublime y yo me encuentro muy inferior a él. Además, he tenido la desgraciada felicidad de haber concebido un plan grande y magnífico, y éste es otro motivo que me tiene lleno de cobardía y timidez. Las Musas requieren una especie de confianza, que da libertad para emprender el vuelo con alas extendidas; pero cuando un poeta llega a ser avasallado por la desconfianza, como lo estoy yo, el vuelo es rastrero, interrumpido, y las alas parecen mojadas y encogidas. Nada bueno puede esperarse de la situación: así todo lo que voy haciendo me parece frío y vulgar.²³³

Durante la escritura del *Canto*, por la carta del 15 de abril a Bolívar, nos enteramos de qué manera el proyecto se le había ido de las manos a Olmedo. Suele pasar que las Musas — “...mozas voluntariosas, desobedientes, rebeldes, despóticas (como buenas hembras), libres hasta ser licenciosas, independientes hasta ser sediciosas”, según el propio Olmedo— conducen las intenciones del poeta por sus particulares y secretos caminos. Al 31 de enero, el poeta confesaba: “apenas tengo compuestos 50 versos”; dos meses y medio después, esto es lo que le cuenta a Bolívar:

²³³ *Ibíd.*, p. 247.

Mi canto se ha prolongado más de lo que pensé. Creí hacer una cosa como de 300 versos, y seguramente pasará de 600. Ya estamos 520; y aunque ya me estoy precipitando al fin, no sé si en el camino ocurra dar un salto, o un vuelo a alguna región desconocida. No era posible, mi querido señor, dejar en silencio tantas cosas memorables, especialmente cuando no han sido cantadas por otra musa.²³⁴

La versión final del *Canto* tiene 906 versos y si estuvo terminado para el 30 de abril, según la fecha de la carta con la que el poeta envía el poema manuscrito por él mismo al Libertador, quiere decir que ¡Olmedo escribió más de la tercera parte del poema en menos de quince días y en ese mismo tiempo corrigió el *Canto* en su totalidad! En esta carta, Olmedo vuelve a expresar su descontento frente al resultado y, sin embargo, con qué satisfacción y modestia, abriendo el paraguas antes de que lluevan las críticas, le envía una copia del poema a su héroe:

Pensé que esta carta fuese tan larga como mi canto; pero no puede ser, porque ya el correo apura, y todo el tiempo lo he gastado en copiar mis versos por cumplir la promesa que hice a usted de remitírselos en este correo. En el que viene haré todas las observaciones que me ocurran contra mí mismo. Porque yo no estoy contento con mi composición. Pensaba dejarla dormir un mes para limarla y podarle siquiera trescientos versos, porque su longitud es uno de sus vicios capitales. ¡Cómo va usted a fastidiarse!²³⁵

²³⁴ *Ibidem*, p. 250.

²³⁵ *Ibidem*, p. 251.

La respuesta a las observaciones que hiciera Bolívar en su carta de julio de 1825 llegó recién el 19 de abril de 1826, cuando Olmedo ya estaba en Londres preparando la edición londinense del *Canto*. Olmedo no responde a Bolívar sino con la reafirmación de la idea que sostiene a su plan, excusándose por los errores de impresión del poema y explicando que ha realizado algunas correcciones: “Después se ha corregido más y se han hecho adiciones considerables [al poema]; pero como no ha se variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda.”²³⁶ Pero lo más interesante de la respuesta de Olmedo es la asunción de su parte de la idea romántica de la libertad del poeta sobre la escritura de poesía abiertamente en contra de las reglas de las poéticas clásicas esgrimidas por Bolívar para criticar el plan del *Canto*:

Todos los capítulos de las cartas de usted merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, o para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda como dice su mismo Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano.²³⁷

²³⁶ *Epistolario*, p. 263.

²³⁷ *Ibíd.*, p. 264.

La preocupación por la obra que habrá de publicar es permanente en Olmedo. El poeta es consciente de lo trascendente y de lo menor en su producción literaria. A su amigo Bello le escamotea textos cuando éste se los pide —París, 12 de junio de 1827: “No puedo prometer versos para *El Repertorio*. Ya me parece que he perdido esta gracia”²³⁸— y, casi al final de su vida, cuando se entera que Juan María Gutiérrez está preparando una edición de sus poemas, Olmedo, en la misma carta del 31 de diciembre de 1846 en la que le da indicaciones acerca de una última corrección a unos versos del *Canto*, advierte con preocupación:

Mucho me ha asustado Ud. diciéndome que a más de Junín, Miñarica, Epístola de Pope, *tiene otras cositas mías* para publicarlas. Cuidado amigo. ¿Qué serán esas cositas? No se desacredite Ud. ni me desacredite. Ni mi edad ni mi nombre de Ud., ni el mérito de su empresa, ni el tiempo es de *cositas*.²³⁹

La carta revela, más allá de las quejas constantes acerca de que hubiesen podido ser mejores poemas, aquellos textos poéticos de los que está, al menos medianamente, satisfecho el poeta Olmedo: el *Canto a Bolívar*, la *Oda al general Flores, vencedor de Miñarica*, y sus traducciones de las tres epístolas del *Ensayo sobre el hombre*, de Alexander Pope.

Ante la oda de Miñarica, Olmedo tiene sentimientos encontrados: por un lado, sabe que la Musa, como él dice, volvió a visitarlo con sus mejores versos por causa de un suceso histórico —Al General Flores, el 1 de abril de 1835: “Después de diez años de sueño me despertó la victoria de Miñarica, lo que me sorprendió en términos que me

²³⁸ *Ibidem*, p. 273.

²³⁹ *Ibidem*, p. 297.

creía poeta o versificador por la primera vez.²⁴⁰— y está, más que probable, consciente de que este poema —del que no hablaremos en esta introducción al *Canto* más que lo dicho en este párrafo— es un texto que se acerca en mucho a lo sublime poético que él imaginaba. Al mismo tiempo, pasado los años y desarrollados los acontecimientos históricos en la peor dirección que hubiera podido esperar, se da cuenta de que, políticamente, el poema al general Flores resultó un fiasco. En carta del 18 de noviembre de 1840, dirigida al doctor José Fernández Salvador, al tiempo que le envía dos ejemplares del poema le explica:

La oda a Miñarica... El argumento no es favorable. No es bueno cantar guerras civiles: el elogio de los vencedores no puede hacerse sin mengua de los vencidos; y vencidos y vencedores, todos son nuestros hermanos. Con todo mi corazón quisiera borrar algunos versos de esa composición.²⁴¹

Parecería que Olmedo conoce y asume que el trabajo literario es un encuentro incesante con la *dificultad* para la realización plena del proyecto estético que ha sido concebido en el marco de un ideal de belleza; que la tarea del poeta está confrontada de manera permanente con la cotidianidad doméstica, y, en el caso de los *poetas civiles* como él, con las ocupaciones derivadas de los deberes políticos; que, a medida en que se crece en lecturas y en la propia experiencia poética, se vuelve mucho más complicada la escritura puesto que la insatisfacción con lo escrito siempre será mayor. En carta al general Flores, del 8 de abril de 1836, durante el proceso de escritura de la oda de Miñarica, Olmedo desarrolla ampliamente dicha concepción del oficio:

²⁴⁰ *Ibidem*, p. 281.

²⁴¹ *Ibidem*, p. 293.

Cuando yo era niño componía con facilidad extrema, ya porque la niñez es una estación mágica, ya porque no emprendía composiciones serias y elevadas, ya en fin porque, conociendo menos el arte, me aterraba menos el espectro de la perfección. Después avanzando más en edad y un poco más en el arte, he tenido siempre la desgracia de no componer en la situación que me convenía. Necesito de tantos accidentes que no es fácil reunirlos; y por esto compongo rarísimas veces. Necesito estar perfectamente libre de toda clase de ocupación; necesito de un lugar cómodo, agradable, con vista a los campos, a los ríos, a los montes; necesito de amigos que me critiquen, de jueces que me aplaudan, y aun de porfiados que disputen sobre cada palabra, frase o pensamiento; porque he observado que la disputa me despierta más las ideas y me calienta más que el vino. [...] La idea sola de que puedo ser Diputado a la Convención me tiene en inquietud, será más cuando lo sea, y la pobre oda a Miñarica no aparecerá, como el gracioso yaraví de la ciegucecita.²⁴²

El poeta es muy cuidadoso acerca de lo que estima poesía de buena ley; muy exigente con aquello que quiere que se publique; muy avaro con lo que considera digno de mostrarse al público. Y, no obstante, fallecido el poeta, aparecen los académicos que se empeñan en publicar cualquier papelillo que encuentran garabateado en el escritorio del poeta, ya indefenso, con la excusa de que así la posteridad conocerá mejor la obra del poeta cuando el mismo académico es el primero en desdecir de la calidad literaria del inédito encontrado. A Olmedo le sucedió lo dicho con poemas de ocasión y versos

²⁴² *Ibidem*, pp. 283 – 284.

familiares que, junto a su obra trascendente, fueron reunidos como libro —algunos inéditos, otros publicados para la ocasión— después de su muerte. Las cuitas y los pudores del poeta fueron, como en el caso del héroe de su *Canto*, un *arar en el mar*.

5

La mitificación temprana de Bolívar

Tiempo de heroísmo en cada espacio donde se construía el destino libre de la Patria. En el campo de batalla, ofrenda de vidas jóvenes sin más futuro que la gloria. Clandestinidad preñada de peligros en la redacción de las proclamas por la libertad. Ilusiones de sentimientos nobles y de permanencia en la posteridad. También desencantos tempranos: la Patria naciente engendraba en sí la semilla de la discordia de los caciques, los jóvenes caídos no alcanzaban más gloria que la de constar en un parte de batalla, los principios proclamados se estrellaban contra el muro de los intereses de las facciones.

En medio de esta coyuntura histórica, la figura de Simón Bolívar se yergue como la del soldado y la del estadista llevado a la acción militar y política acompañado de un visionario pensamiento acerca de lo que sería la nación americana. Bolívar tiene claro el límite del ideal y analiza con lucidez la realidad social y cultural de los pueblos americanos. En la ya citada “Carta de Jamaica”, expresa la posición que, más o menos, sostendrá durante el resto de su vida:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya

que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo Gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen la América.²⁴³

Casi todo en los primeros años de la independencia de nuestra región gira alrededor de Bolívar: lo afectos de quienes admiran y admiten su liderazgo; los desafectos de quienes lo ven como un obstáculo para sus intereses y sustraen el gobierno de su comarca al de la república grande. Olmedo, con el *Canto a Bolívar*, escrito y publicado en medio de la celebración de la victoria pero también de las mezquinas realidades políticas, viene a tomar partido de manera gloriosa y sin temores por el Libertador, convirtiéndolo en un héroe poético despojado de sus debilidades humanas.

La conversión de Bolívar en héroe mítico de la gesta de la independencia, aparece en entrada triunfal desde los trece primeros versos del *Canto*, altisonantes, marciales: un trueno horrendo, un rayo que rompe y ahuyenta, un canto victorioso, lanzan la proclama en medio de la Naturaleza atónita, “árbitro de la paz y la guerra”:

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta

5

²⁴³ Simón Bolívar, ob. cit., p. 84.

la hispana muchedumbre
que, más feroz que nunca, amenazaba,
a sangre y fuego, eterna servidumbre,
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre, ensordeciendo 10
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

La presencia de Bolívar en el campo de batalla lo domina todo. Las tropas se mueven bajo su mirada y su mando. Él es el héroe que conduce a sus huestes hacia la victoria patriótica. Bolívar es el guerrero sin par, una especie de semidiós griego, “el hijo de Colombia y Marte”, que mueve sus ejércitos con la voluntad de su palabra inflamada de patriotismo, “lidiar con valor y por la patria / es el mejor presagio de victoria”, con el arrojo de sus movimientos, “un corcel impetuoso fatigando / discurre sin cesar por toda parte”, en el escenario de la guerra:

¿Quién, aquel que, al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria,
un corcel impetuoso fatigando, 110
discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: “Peruanos,
mirad allí los duros opresores,

de vuestra patria; bravos Colombianos 115
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los duros opresores
que buscando venís desde Orinoco:
suya es la fuerza y el valor es vuestro,
vuestra será la gloria; 120
pues lidiar con valor y por la patria
es el mejor presagio de victoria.
Acometed, que siempre
de quien se atreve más el triunfo ha sido;
quien no espera vencer, ya está vencido.” 125

Y, al final de la batalla, el triunfo de los patriotas se esparce por todo el campo:
“¡Victoria por la patria! ¡oh Dios victoria! / ¡Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria!”. La
mayor parte de los elementos constitutivos del mito están presentes en el *Canto*: la
valentía, sagacidad y liderazgo del Libertador, que se esparcen ya entre sus soldados
como el inicio de un rumor que será un *leit motiv* de la patria naciente:

En torno de la lumbre,
el nombre de Bolívar repitiendo 335
y las hazañas de tan claro día,
los jefes y la alegre muchedumbre
consumen en acordes libaciones
de Baco y Ceres los celestes dones.

El triunfo de Junín asegurado con la victoria de Ayacucho, profetizada por el Inca en el *Canto*, convierten a Bolívar en el vencedor de todo: en la una, con su presencia física, en la otra, con su presencia espiritual que guió a Sucre. Así, el héroe es recibido con aclamaciones propias de un ser que está por encima de las vicisitudes terrenas y que, con sabiduría, todo lo contempla desde una estatura superior a la del resto de mortales:

Abre tus puertas, opulenta Lima,
abate tus murallas y recibe
al noble triunfador que rodeado
de pueblos numerosos y aclamado
ángel de la esperanza
y genio de la paz y de la gloria,
en inefable majestad avanza.

825

Ahora bien, los héroes míticos mueren sin ver coronados sus anhelos y, en más de una ocasión, derrotados por las fuerzas que se han opuesto a sus buenos deseos para con la Patria; pero, tras la muerte física, su figura se engrandece para la historia en detrimento de la pírrica y transitoria ganancia de sus enemigos que quedarán en el olvido. Contribuye a la construcción del héroe mítico su renunciamento de posiciones, rencores y su generosidad para con los enemigos. La última carta de Bolívar, desde San Pedro Alejandrino, el 10 de diciembre de 1830, una semana antes de su muerte, corrobora lo dicho:

Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonado mi fortuna y aun

mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

[...]

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.²⁴⁴

Y, Olmedo, salvo en su última carta próximo también a su muerte, consolidará la figura de Bolívar como la de un héroe singular a quien la Patria le debe su existencia. Olmedo redactó la inscripción en el túmulo de Bolívar, en sus exequias en Guayaquil. Las palabras del poeta acentúan la imagen mítica del héroe, cuya figura, ya en la tumba, vislumbra la tarea de aquellos que tienen que continuar la construcción de la Patria bajo los preceptos legados por el Libertador:

A Dios Glorificador

BOLÍVAR

Creador, Libertador, Padre de la Patria

a su Colombia

al pueblo americano

dio

con leyes, con armas, con triunfos inmortales

²⁴⁴ *Ibíd.*, p. 391.

ser, nombre, libertad, poder y gloria.

1831²⁴⁵

La mitificación temprana convirtió a Bolívar en objeto partidario de lecturas contemporáneas, las más de las veces, arrancadas de su contexto sin contemplaciones por la historia ni la rigurosidad académica. Así, Bolívar ha sido convertido en montonero liberal o en enemigo gratuito de causas autonomistas de hoy, en precursor del movimiento guerrillero de los sesentas o en vocero de proyectos de tendencia caudillista de corte autoritario.

Los países requieren de los héroes del pasado pero a condición de que dichos héroes, Bolívar incluido, no impidan con su presencia a-histórica el surgimiento y desarrollo de las nuevas prácticas y el discurso crítico necesarios para forjar la patria del presente. La literatura heroica, como lo es el *Canto a Bolívar*, cumple su función histórica al constituirse en la memoria poética de la gesta fundacional de un pueblo y para ello su difusión pedagógica es fundamental, pero se vuelve nociva cuando se la lee ya no como literatura sino como verdad bíblica.

6

El “lazo federal” del Canto

Olmedo, no obstante su admiración por Bolívar, mantuvo en su *Canto* un punto programático con el que el Libertador no estuvo de acuerdo cuando escribió los postulados de la “Carta de Jamaica”: “No convengo en el sistema federal entre los

²⁴⁵ Publicado en *El Colombiano*, n. 83, el 10 de marzo de 1831, en *Poesía – prosa*, p. 355.

populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros.”²⁴⁶ Olmedo, en cambio, pone en boca del Inca, la siguiente recomendación para Bolívar:

Será perpetua, ¡oh pueblos! esta gloria
y vuestra libertad incontrastable
contra el poder y liga detestable
de todos los tiranos conjurados,
si en lazo federal, de polo a polo, 710
en la guerra y la paz vivís unidos;
vuestra fuerza es la unión. Unión, ¡oh pueblos!
para ser libres y jamás vencidos.

Casi once años después, el 12 de mayo de 1826, en carta al general Antonio Gutiérrez de la Fuente, a la luz de las nuevas circunstancias políticas y como si se hubiera hecho eco de la profecía del Inca en el *Canto*, Bolívar formula su proyecto de confederación entre Colombia, Perú y Bolivia:

Después de haber pensado infinito, hemos convenido entre las personas de mejor juicio y yo, que el único remedio que podemos aplicar a tan tremendo mal es una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia, más estrecha que la de los Estados Unidos, mandada por un presidente y vicepresidente y regida por la Constitución boliviana, que podrá servir para los estados en particular y para la federación en general, haciéndose

²⁴⁶ Bolívar, ob. cit., p. 81.

aquellas variaciones del caso. La intención de este pacto es la más perfecta
unidad posible bajo una forma federal.²⁴⁷

El Inca, en el *Canto*, lo había formulado, a continuación de los versos citados
anteriormente, de la siguiente manera: “Esta unión, este lazo poderoso / la gran cadena de
los Andes sea”, encomendando la tarea por cumplir en el escenario de la paz como la
más compleja de entre todas las ya cumplidas en el escenario de la guerra: “Ésta es,
Bolívar, aun mayor hazaña / que destrozarse el férreo cetro a España, / y es digna de ti solo;
en tanto triunfa...”

7

El poeta lírico del canto épico

En la carta de Olmedo a Bolívar en la que el primero responde a la crítica que éste
último le hiciera del poema, y que cité anteriormente, el poeta se explaya en la asunción
de sí mismo como un poeta lírico: “¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el
genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de
naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya.” Estos “raptos” están en el *Canto* y se
refieren al momento creativo de la inspiración del poeta.

¿Quién me dará templar el voraz fuego
en que ardo todo yo? —Trémula, incierta, 50
torpe la mano va sobre la lira

²⁴⁷ *Ibidem*, pp. 270 – 271.

dando discorde son. ¿Quién me liberta
del dios que me fatiga...?

El poeta se consume en el fuego de la poesía; imagen más bien de arrebato creativo: la poesía como un estro que conmueve el espíritu del bardo, en agitación fatigosa dentro del pecho, similar a como lo expresara Alfred de Musset en registro romántico, hacia 1835:

Dime por qué palpita el corazón.
¿Qué hay dentro de mi pecho que se agita
Y que me hace sentir horrorizado?
[...]
Señor, todo mi cuerpo se estremece.²⁴⁸

El poeta, al final de su canto, se da cuenta del abismo de la desolación que tiene frente a sí, al sentir la cumbre coronada: “Mas, ¿cuál audacia te elevó a los cielos, / humilde musa mía? ¡Oh! no reveles / a los seres mortales / en débil canto, arcanos celestiales.” Y, luego del canto glorioso, heroico, el poeta revela su anhelo de regresar a la intimidad con la Naturaleza y, en tono bucólico, nos descubre su deseo interior:

Y ciñan otros la apolínea rama
y siéntense a la mesa de los dioses, 885
y los arrulle la parlera fama,
que es la gloria y tormento de la vida;

²⁴⁸ Alfred de Musset, “La noche de mayo”, en *Poetas románticos franceses*, selección y traducción de Carlos Pujol, Barcelona, RBA editores, 1999, p. 182.

yo volveré a mi flauta conocida,
libre vagando por el bosque umbrío
de naranjos y opacos tamarindos, 890
o entre el rosal pintado y oloroso
que matiza la margen de mi río,
o entre risueños campos, do en pomposo
trono piramidal y alta corona,
la piña ostenta el cetro de Pomona; 895

El *Canto*, que se abre con un retumbar de truenos y rayos, magnificente, con evocación a las soberbias pirámides, a los sublimes montes, se cierra con un discreto retiro del poeta a los campos de su provincia querida que, en versos de tono intimista, suaves, tan solo anhela como recompensa al elevado canto que alcanzara su musa: “una mirada tierna de las Gracias / y el aprecio y amor de mis hermanos, / una sonrisa de la Patria mía, / y el odio y el furor de los tiranos.”

8

El Canto y su permanencia poética

La literatura cumple, entre otras, una función histórica y una función política. Conocemos un poco más acerca del sentido del honor, la amistad, o la cólera que habitaron en el espíritu de los combatientes de la guerra de Troya por los versos de la *Iliada*, así como sabemos por el *Cantar del Mío Cid* las intrigas de las cortes y las rencillas que de ella se derivaban al leer el periplo que va del destierro a la gloria y que

prueba la templanza y la lealtad del héroe de las gestas castellanas. Mas lo que define a la literatura es, obviamente, su función poética pues sin ella los textos serían únicamente historia, manifiesto político o recurso didáctico. Pero la función poética no es una función más ni está desmembrada de las otras sino que integra a todas las funciones de manera global a través de la belleza propia del lenguaje literario, más allá de la historicidad del concepto de belleza. Simultáneamente, la literatura es parte sustancial del tiempo histórico en el que es creada; puede ser elemento de la ideología de ese tiempo pero, sobre todo, es presencia estética, poética que trasciende la política.

El *Canto a Bolívar*, sin duda, no sólo es un elemento fundamental del discurso independentista sino que constituyó, en su tiempo, un episodio estético esencial de la gesta de la independencia. La construcción del discurso independentista se ha dado a través de las cartas, proclamas, manifiestos, himnos nacionales, textos de poesía popular, etc. En medio de tales documentos, el *Canto* irrumpe con fuerza fundacional en tono épico, sobre todo, por la grandiosidad sostenida de su verso, celebrada desde un inicio por el mismo Bolívar. Pero el *Canto* es también parte indispensable de la estética de la gesta de la independencia: transformó las batallas por la libertad en poesía, moldeó en verso la imagen de nuestros héroes con Bolívar a la cabeza, construyó una imagen poética de la tradición, el valor y la esperanza de la Patria naciente.

Andrés Bello, Miguel Antonio Caro, Juan León Mera, Manuel Cañete, Marcelino Menéndez y Pelayo, entre otros críticos del siglo XIX, celebraron sin cortapisas la grandiosidad del estro poético del *Canto*. Olmedo estaba orgulloso de su plan —y la primera discusión alrededor del *Canto* se da por los elogios del poeta y las objeciones de Bolívar al plan—, pero no es el plan literario lo que vuelve memorable al poema. Ni siquiera el tema, porque poemas del siglo XIX en honor a Bolívar existen escritos por la pluma de Heredia, Fernández Madrid, los mismos Bello y Caro, Mera y hasta el

modernista José Asunción Silva, pero ninguno con la permanencia del *Canto*. Lo que, finalmente, permite la trascendencia del poema a través del tiempo es su escritura, aquel estro poético sostenido de principio a fin, aquel hablante lírico que abre el *Canto* con la fuerza de las imágenes grandilocuentes y lo cierra con la emotiva sencillez del que se retira a su morada luego de realizado su deber.

El *Canto a Bolívar* nos llega como una metáfora de la lucha por la libertad de la Patria americana, como el testimonio de un tiempo en el que la escritura formaba parte del nacimiento de nuestras naciones porque les insuflaba el alma de patriotismo y les moldeaba una imagen heroica de sí mismas, como la necesidad política de mantener nuestra memoria poética. El *Canto* es una lectura de presente, no por las reinterpretaciones partidistas que se puedan hacer de él, que eso sería utilizar demagógicamente al poema, sino porque sus versos nos siguen hablando del heroísmo del ser humano, de sus ideales libertarios, de la génesis de la Patria y de la persistencia de la poesía.

Capítulo III

Juan León Mera, cantautor de la nación en ciernes

1

Los pueblos deben ser generosos pero no desmemoriados

“Yo no cambio la letra del Himno Nacional porque no es una letra de cambio”.

Esta frase, en la tradición historiográfica de la literatura ecuatoriana, es atribuida en términos verosímiles a Juan León Mera, autor de la letra del himno ecuatoriano, quien se la habría dicho en 1886 al diputado azuayo José Miguel Ortega cuando éste, por pedido del Encargado de Negocios de España Manuel Llorente Vázquez, le insinuó que modificase todas aquellas alusiones que podían ser ofensivas para España.

El ministro español había convencido a Ortega de que algunos versos del himno tenían que ser cambiados y que él debía proponer dicho cambio en la legislatura de ese año presidida por el propio Mera. Además, había presionado de manera extraoficial al presidente José María Plácido Caamaño para que hiciera demoler una parte del monumento a Antonio José de Sucre que el presidente había mandado a colocar en el exterior del Teatro Nacional —que hasta hoy lleva el nombre del mariscal de Ayacucho— en aras de la fraternidad que debía existir entre Ecuador y España, una vez terminadas las guerras de la independencia.

El diseño del monumento a Sucre fue comenzado en 1874 por el artista español José González Jiménez. Su primera versión en yeso quedó hecha para que el Concejo

quiteño la aprobara. En ella, estaba el mariscal blandiendo la espada en la mano derecha, tomando suavemente con la izquierda a una mujer de facciones indígenas que representaba a la República; en el suelo estaban rotos el cetro español y unas cadenas y, bajo el pie del mariscal, yacía la cabeza del moribundo león íbero. El presidente Caamaño, atendiendo los reclamos del ministro español, mandó a destruir esta última parte del monumento y, por supuesto, Mera criticó no solo la acción de Caamaño sino también las quejas del diplomático:

El Sor. Llorente Vázquez, Ministro Español, disgustado del grupo á causa de su significado, ha solicitado se suprima el León, el cetro y las cadenas, y se le ha dado gusto. El Sor. Llorente ha obrado según los impulsos de su celo español; quien le ha complacido, sea el Gobierno, sea la Municipalidad, no se ha mostrado muy celoso de la honra nacional ni de la verdad histórica. Mutilada aquella obra, la figura de Sucre tiene bastante de vulgar y ridículo: es un militar muy bordado y lleno de condecoraciones en actitud de enamorar y acariciar á una india tímida y acobardada; al desaparecer los emblemas ha desaparecido completamente el pensamiento del artista: *ya no hay historia.*²⁴⁹ [énfasis añadido]

Con sus cabildeos, tanto sobre el monumento como sobre la letra del himno, el ministro español Llorente Vázquez buscaba, justamente, borrar la historia de una parte de la naciente república que, por lo contrario, requería constituirse como una patria heroica y para ello era menester asirse a hechos memorables. ¿Cómo hablar de la independencia sin mencionar al opresor? ¿Cómo construir el sentido de patria sin construir la memoria

²⁴⁹ Juan León Mera, *La estatua de Sucre*, Ambato, Imprenta de Salvador R. Porras, 1886, p. 2.

del enemigo? Sin la presencia de los símbolos de la opresión en el monumento a un héroe, su figura resulta vaciada de contenido pues, como dice Mera, *ya no hay historia* y se vuelve un icono carente de sentido político. Imaginar una comunidad implica mostrar a todos sus miembros la condición heroica de la comunidad imaginada. Más adelante, en su texto, Mera lleva la argumentación a terreno de la ironía cargada de verdad histórica:

Eso de suprimir León, cetro y cadenas rotas, ¿no es otra cosa que el deseo de que no se conserve objetos ofensivos á la Madre Patria? Pero, entonces, para ser lógicos con la manera con que se trata de apreciar la guerra de independencia y sus resultados, y nuestros héroes y nuestros laureles ó para ser en todo consecuentes con nuestro amor y respeto á España, suprimamos el título de Libertador que se dio á Bolívar, borremos el canto de Olmedo, arranquemos las páginas de nuestra historia de 1809 á 1825.²⁵⁰

Mera defiende el carácter artístico *nacional* que tiene la estatua de Sucre. Como buen romántico apela al sentimiento del pueblo frente a la obra en cuestión y señala que tras lo *nacional* está lo heroico simbolizado en el monumento. Para Mera, el haber cedido ante las pretensiones del ministro español es un signo de debilidad en la defensa de la soberanía nacional, es una suerte de derrota simbólica y por ello se lamenta que las autoridades hayan complacido las pretensiones del diplomático y el monumento hubiese terminado mutilado.

...no cabe duda que la estatua, siquiera en boceto, tenía *representación nacional*, porque era nacional la idea que el artista tuvo presente para

²⁵⁰ *Ibíd.*, p. 3.

ejecutarla, porque era nacional la historia que simbolizaba, porque á no dudarlo fue nacional el aplauso con que la acogió el público cuando fue exhibida. No hemos de atender para calificar de nacional una obra á la aprobación que le dé el Ejecutivo ó el Concejo cantonal, sino á lo que ella significa, á la idea que demuestra, á aquella relación puede decirse establecida entre el pensamiento del artista y el pensamiento del pueblo para quien el artista ha labrado la materia y dádole vida. El grupo de Sucre con su india libertada, con el León y escudo a los pies, con el cetro y cadenas rotas, era, pues, esencialmente nacional; y la mutilación que acaba de verificarse es un acto antipatriótico, humillante, vergonzoso.²⁵¹

Y es que la admiración por la figura de Sucre, en Mera fue permanente. En 1891, al conmemorarse el sexagésimo noveno aniversario de la Batalla de Pichincha, comandada por Sucre y que sellara la independencia de lo que hoy es Ecuador, Mera escribe “En el campo de batalla de Pichincha”. El poema circula en una volante con un dibujo del perfil de Sucre que ocupa media hoja; debajo de él, el facsímil de la firma del Mariscal, y luego el soneto que se abre con un cuarteto que ubica como protagonista al pueblo ecuatoriano cuya conciencia se construye a partir de la gesta heroica de la independencia, y se cierra con un terceto en que la memoria de Sucre, al que llama “Coloso”, se agiganta al tiempo que el pueblo engrandece la patria:

Crece en el corazón ecuatoriano

Amor de libertad é independencia;

Crece y brilla del pueblo en la conciencia

²⁵¹ *Ibíd.*, pp. 5 – 6.

El principio vital republicano;
[...]
Y cada mayo con asombro halla
Que crece más la gloria del Coloso
Vencedor de Pichincha en la batalla.²⁵²

El diplomático español, al recibir el opúsculo de Mera, le responde en misiva del 5 de enero de 1887 negando el carácter oficial de sus requerimientos: “Yo no he solicitado nada, absolutamente nada oficialmente, aunque tengo derecho de hacerlo si lo creo conveniente”²⁵³. Este punto, sin embargo, no era lo principal de la controversia pues Mera había señalado, desde un comienzo, que la petición al presidente Caamaño había sido privada como también lo fue el requerimiento al diputado Ortega para que plantee el cambio de la letra del himno.

Llorente Vázquez, después de recomendar a Mera que se pusiera de acuerdo con Juan Bautista Alberdi en la idea de que “los pueblos cultos cierran el libro de los agravios abierto entre ellos, y pasan una esponja por las páginas en que están escritas sus disensiones”²⁵⁴, le recuerda que los Apaches ponen a la entrada de sus toldas la cabeza de sus enemigos para consagrar su religión de odio y termina reclamándole por la letra del himno:

Ud. habrá leído mucho la historia de España y le enorgullecerán sus glorias; pero ni las estrofas del himno nacional, ni su oposición á que se cambiaran cuando algún representante lo indicó en la última legislatura; ni

²⁵² Juan León Mera, “En el campo de batalla de Pichincha”, Quito, Imprenta y Litografía de “La Novedad”, 1891, hoja suelta.

²⁵³ Manuel Llorente Vázquez, “Carta a Juan León Mera”, Quito 5 de enero de 1887, en Juan León Mera, *Réplica a Don Manuel Llorente Vázquez*, Ambato, Imprenta de Salvador R. Porras, 1888, p. 31.

²⁵⁴ *Ibidem*, p. 31.

el folleto de que tan ligeramente me ocupó, revelan en Ud. (lo digo con dolor) sentimientos de verdadera amistad hacia la madre Patria, ni son lo más a propósito para establecer los vínculos fraternales que desea España.²⁵⁵

Mera fue un polemista incisivo que jamás se quedó corto a la hora de confrontar posiciones éticas, estéticas o políticas. En este caso, las tres esferas se combinaban pues no solo se trataba de defender la historicidad política del himno nacional como símbolo patrio, sino que ese símbolo en particular había sido escrito por él mismo y quien lo estaba cuestionando era un diplomático del reino que había oprimido a la patria naciente y que estaba empeñado que el pasado colonial fuese olvidado.

El 8 de enero, desde su quinta en Atocha, caserío cercano a la ciudad de Ambato, Mera responde a cada uno de los señalamientos de Llorente Vázquez. En primer lugar, partiendo de la misma formulación de Alberdi citada por el ministro español, rescata el valor que representa la permanencia del recuerdo de los episodios heroicos de los pueblos:

El Sor. Alberdi quería, en efecto, que se cerrara el libro de agravios, esto es, que no nos volviésemos á insultar americanos y españoles; pero no aconsejaba ni pedía que se borrara la historia, menos que se renunciara las glorias lejítimas [sic] que brillen en sus páginas o en las obras de arte. A mí me agradaría que los pueblos tomasen para sí aquellas palabras de M. Guizot que encierran gran enseñanza: “En mi larga vida he aprendido á

²⁵⁵ *Ibidem*, p. 32.

perdonar mucho y á olvidar poco.” *Los pueblos deben ser generosos, pero no desmemoriados.*²⁵⁶ [énfasis añadido]

Para Mera, en la escritura de casi toda su obra, es fundamental la existencia de la memoria histórica de la patria. De ahí que construyó una fundacional tradición poética del Ecuador en *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana* (1868); investigó y recopiló la poesía popular en *Cantares del pueblo ecuatoriano* (1892); y la intriga de *Cumandá* (1879), la primera novela ecuatoriana que puede definirse como tal, parte de la narración de un episodio histórico relacionado con una cruenta sublevación indígena justificada por el narrador de la novela frente a la despótica e inhumana opresión del colonizador español.

Al contradecir como inexacto el símil de la cabeza-trofeo de los Apaches, Mera argumenta acerca de que todos los pueblos erigen monumentos y conservan prendas para conmemorar sus glorias; así argumenta a frase seguida y luego se pregunta retóricamente: “Todos los pueblos cultos gustan de monumentos conmemorativos de sus glorias y de conservar ciertas prendas con igual objeto. ¿Es cabeza de apache la columna Vendomé en París? ¿Lo fue la espada de Francisco 1º que se conservaba en Madrid?”²⁵⁷, y cuando se trata de defender su negativa a modificar la letra del himno es categórico:

Cuando me hallaba en Quito en el último congreso, el Dr. D. Miguel Ortega me propuso, es cierto, que cambiase la letra del Himno, y yo me negué; porque una vez adoptada y divulgada por toda América, no es ya mía y no tengo derecho para alterarla; y también porque el hacerlo me habría sido vergonzoso. Todos los Himnos americanos, cual más cual

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 32.

²⁵⁷ *Ibidem*, p. 32.

menos, están inspirados en los mismos sentimiento que el ecuatoriano, y dudo que nadie, si es patriota y pundonoroso, pudiera consentir en variarlos ó suprimirlos.²⁵⁸

Mera, empeñado en delinear las bases de una literatura nacional en el marco del americanismo literario que pregonaba, tiene consciencia plena de la necesidad de diferenciación que las nacientes repúblicas requerían respecto de España, aún cuando ya había amainado el fervor antiespañol esgrimido por Bolívar. Los himnos nacionales de los países americanos, uno de los símbolos patrios paradigmáticos de nuestro romanticismo, cantan las gestas libertarias y son parte del espíritu fundacional; obligatoriamente, tanto por verdad histórica como por requerimiento literario, señalan a España como el enemigo vencido y la lucha contra un enemigo nos vuelve más heroicos cuanto más cruel resulta quien nos oprime.

La polémica con Llorente Vázquez continuó aún cuando éste ya se había marchado del Ecuador a la península por cuanto allá Llorente siguió propalando la idea de que Mera tenía arraigado un profundo sentimiento antiespañol. Darío Guevara, biógrafo de Mera, resume las “acusaciones” de Llorente, que achacaba a aquel de ser “un declarado enemigo de España”, de la siguiente forma:

1) porque en la *Ojeada histórico – crítica sobre la poesía ecuatoriana* dijo que los españoles de la conquista y la colonia obraron bárbaramente; 2) porque a raíz del ataque de las naves españolas a Chile y al Perú, protestó en un artículo escrito “con hiel en vez de tinta”, “para devolver a los españoles insulto por insulto, ultraje por ultraje”; 3) porque era autor de la

²⁵⁸ *Ibídem*, p. 33.

letra del Himno Nacional y se negó a cambiarla; y 4) porque se opuso a la mutilación de la estatua de Sucre.²⁵⁹

El debate pone de relieve, por un lado, la posición anticolonialista del conservador Mera que, de ninguna manera, fue antiespañol pero sí nacionalista y crítico sin concesiones de la conquista española. De hecho, al mismo tiempo que reafirma su herencia española considera motivo de orgullo una hipotética pertenencia a la tradición indígena. El diplomático español pretende insultar a Mera llamándolo “indio”; frente a ellos Mera responde:

El Sor. ex diplomático insinúa con bastante claridad que me tiene por indio. En hora buena; lo ha dicho por zaherirme y ha errado el tiro como en todo. Me han asegurado que soy de familia española y tengo motivos para creer que esto es verdad; pero si me honro con pertenecer á una raza tan noble como la ibera, no menos honrado me juzgaría si me hubiese elevado desde la abyección á que han abatido á los indios desgracias inmerecidas, hasta el distinguido lugar que ocupo en la sociedad.²⁶⁰

Es más, en la *Ojeada*, al hablar del cronista indígena Jacinto Collahuazo, señala que éste fue vejado y encarcelado y que su obra, al igual que casi todos los escritos realizados por los indios, fue incinerada porque *se había metido en cosas que no convenían á un indio*. Es por ello que Mera, que en su obra crítica y literaria es consciente del carácter plural de la nación, reflexiona con indignación romántica sobre el silenciamiento de las voces indígenas:

²⁵⁹ Darío Guevara, *Juan León Mera o el hombre de las cimas* [1944], Quito, Edición del Autor, 1965, p. 237.

²⁶⁰ Juan León Mera, *Réplica*, p. 6.

El poder exterminador de la conquista arrancó de raíz el genio poético de los indios, y en su lugar hizo surgir de los abismos el espectro de la desolación y del espanto. El numen de la armonía no pudo vivir entre los vicios y la depravación de la gente española, y el alma sensible que deseaba deleitarse con la poesía la buscaba entonces en la voz de los torrentes, en la sombra de las seculares selvas, en la sublimidad de las montañas andinas, en los ecos de los desiertos; no en el espíritu del hombre, no en sus afectos, no en sus palabras. Los grandes infortunios, los extremos dolores, son superiores hasta al mágico poder de la ira, y ésta muchas veces enmudece á su influencia. ¡Desdichados indios, proscritos en sus propios hogares, no tuvieron ni el consuelo de cantar sus desgracias, como los cautivos hebreos bajo las sombras de los sauces de Babilonia!²⁶¹

Para responder a la campaña denigrante que Llorente llevó a cabo en España en contra del autor de la letra del himno y los ecuatorianos que no se rindieron a sus requerimientos neocoloniales, Mera escribió el folleto *Réplica a Don Manuel Llorente Vázquez*, fechado en Atocha, el 24 de noviembre de 1888, en donde explica el sentimiento que albergaban los americanos en 1865 —año de la escritura del himno— frente a la expedición científica – diplomática de España que terminó en la llamada Primera Guerra del Pacífico o Guerra Hispano – Sudamericana:

²⁶¹ Juan León Mera, *Ojeada histórico – crítica sobre la poesía ecuatoriana*, [1868], 2da. Edición, Barcelona, Imprenta y Litografía de José Cunill Sala, 1893, p. 17. Las citas correspondientes a la *Ojeada* serán tomadas de esta edición.

Sabido es que en la vida pública, más que en la privada, se ve el hombre á veces en situaciones anormales y obra según el influjo que éstas ejercen en el ánimo. Para mí, como para infinidad de americanos, una de esas situaciones fue la en que nos vimos cuando el Gobierno español envió sus naves á hacer guerra contra Chile y el Perú, con los cuales se aliaron para la resistencia Bolivia y el Ecuador. Yo, español por una inclinación natural poderosa (dígoles con toda lisura); pero americano por un afecto más poderoso aún, pues la América es mi madre amadísima, me indigné contra los que habían venido á cañonearnos a nuestra casa, y me uní, ya que no podía hacer más, con los periodistas chilenos y peruanos para devolver á los españoles insulto por insulto, ultraje por ultraje. ¿Para qué, ni por qué negarlo? Escribí con hiel en vez de tinta.²⁶²

Por otro lado, en el desarrollo de la polémica más allá de sus primeros protagonistas, todos los esfuerzos posteriores —hasta bien entrado el siglo veinte— para cambiar la letra del himno suprimiéndole palabras y versos que pudiesen “ofender” a España revela la permanencia de la mentalidad de dependencia colonial de la que están imbuidas las clases dominantes del Ecuador hasta hoy. Un ejemplo de esta posición arraigada en un sector de la intelectualidad ecuatoriana es el poema “Simón Bolívar”, de Remigio Romero y Cordero (1895 – 1967), publicado en 1931, que comienza pidiendo “perdón” por el atrevimiento que significó la gesta libertaria y justificando la acción en la propia herencia de la heroicidad española y negando por omisión la presencia indígena en el continente:

²⁶² Juan León Mera, *Réplica*, p. 14.

Y... primero, perdón por nuestra hazaña,
Iberia, grande entre los pueblos grandes;
porque perdura todavía España
al pie de la Cadena de los Andes...²⁶³

Juan León Mera, desde su militancia conservadora, esgrimió siempre su posición nacionalista que defendía la independencia de la patria y rechazaba la injerencia de las potencias extranjeras de aquel entonces. Su postura contra el diplomático español no es producto de una riña coyuntural sino que está basada en principios políticos que Mera profesaba. Esta posición política consta en el programa del partido Republicano de 1883, cuya redacción fue encargada a Mera. Con pequeñas variaciones frene al texto propuesto por Mera, la totalidad del programa fue aprobado en agosto de ese año. Los numerales 12 y 13 son una muestra de lo que hoy llamaríamos una política exterior soberana y patriótica y que en el siglo diecinueve implicaba la fijación del territorio, la sustentación de la soberanía y la procura del reconocimiento de la Patria como Estado nacional:

12. Somos partidarios de la unidad de la República; queremos y defenderemos con todas nuestras fuerzas su integridad territorial y su autonomía; queremos que el Congreso y el Gobierno trabajen definitivamente por arreglar la cuestión de límites, a fin de quitar este pretexto de perturbación de la buena armonía de nuestra Nación con las limítrofes; queremos que nuestras relaciones con ellas, así como con las demás de América y Europa, sean leales, honradas, dignas y encaminadas a buscar el progreso, engrandecimiento y honra de nuestra Patria.

²⁶³ Remigio Romero y Cordero, "Simón Bolívar", en *La romería de las Carabelas* [1931], Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo del Azuay, 1968, p. 59.

13. Amantes de las libertades y honra de la Nación, rechazamos toda intervención extranjera armada en nuestras disensiones civiles, y aún la diplomacia, cuando tienda a menoscabar esas libertades y esa honra.²⁶⁴

En su reseña histórica del himno, el P. Aurelio Espinosa Pólit cuenta que el ex presidente conservador Luis Cordero, en 1902, a través de la Revista Cuencana, pide que se convoque un concurso de músicos y poetas para “la composición de un himno más adecuado” ya que “han cesado para siempre los rencores contra España, Madre que, por su pasada grandeza y su presente infortunio, es digna de toda nuestra consideración.”

En 1913, el diplomático Víctor Manuel Rendón publicó en Madrid la versión de un “Nuevo Himno del Ecuador”, con un preámbulo en el que señalaba que estaba “adaptado a la música de Antonio Neumane y propuesto para reemplazar la letra de Juan León Mera, que hoy no debiera ya cantarse por amor y respeto a la madre patria, siguiendo el ejemplo dado por la República Argentina que borró de su himno nacional las palabras ofensivas a España.”²⁶⁵

Y sí que era conciliadora la propuesta de Rendón, poéticamente descargada de la pasión romántica y precursora de esa vacua militancia contemporánea en lo *políticamente correcto*, como se puede apreciar de manera directa en la segunda estrofa. Los opresores de tres siglos para esa nueva clase dominante de comienzos del siglo veinte de vocación pragmática, condescendiente y neocolonial, se convirtieron en sujetos de veneración filial. De pronto, España aparecía como la madre benévola y las Repúblicas americanas como las hijas que habían superado el trauma de una infancia cargada de maltratos y que, por lo tanto, tienen necesidad de olvidar el pasado:

²⁶⁴ El “Programa Republicano de 1883” consta como uno de los anexos del libro de Enrique Ayala Mora, *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1982, pp. 339 – 342.

²⁶⁵ Citado por Aurelio Espinosa Pólit, “Reseña histórica del Himno Nacional ecuatoriano”, en *Temas ecuatorianos I*, [1948], Quito, PUCE, 1999, p. 196.

Cuando evocas la homérica lucha
en tu seno ya no arde la saña
y hoy pronuncias el nombre de España
con amor y respeto filial,
que al romperse los vínculos fieros
no pudieron hacerse pedazos
de una madre y una hija los lazos
estrechados, por libres, aún más.²⁶⁶

La propuesta no fue inocente de ninguna manera. Obedecía a una postura política que Rendón llevó adelante con aliados políticos de todo tipo. Cuenta el P. Espinosa Pólit que el ministro del Ecuador en Colombia, Alberto Muñoz Vernaza, reprodujo la letra del supuesto nuevo himno en la *Gaceta Republicana* de Bogotá, el 14 de enero de 1914. El mismo Rendón consiguió que en el Congreso de 1922 fuera presentada una moción para cambiar la letra del himno, misma que fue rechazada aunque se insistió en ella al año siguiente.

La debilidad poética y la condición política neocolonial de la letra propuesta por Rendón queda aún más en evidencia si la comparamos con la primera estrofa del himno escrito por Mera, estrofa que si bien no se canta en la actualidad —más por costumbre antes que por definición legal alguna— es parte del *texto ne varietur* que el Congreso declaró *intangible* el 29 de septiembre de 1948.²⁶⁷

Indignados tus hijos del yugo

²⁶⁶ *Ibidem*, pp. 196 – 197.

²⁶⁷ El Presidente de la República, Galo Plazo Lasso, puso el Ejecútese al Decreto Legislativo el 8 de noviembre de 1948 y éste fue publicado en el Registro Oficial No. 68, el 26 del mismo mes y año.

que te impuso la ibérica audacia,
de la injusta y horrenda desgracia
que pesaba fatal sobre ti,
santa voz a los cielos alzaron,
voz de noble y sin par juramento,
de vengarte del monstruo sangriento,
de romper ese yugo servil.

El primer verso arranca mostrando en sí la condición de rebeldía del alma del pueblo durante la dominación colonial y apela a un sentimiento subversivo: “¡indignaos ante la opresión!”. La indignación de los pueblos es una postura política que, en el contexto de escritura del himno, nos recuerda el llamado a la acción política que había significado la lucha por la independencia. La condición colonial es calificada de “injusta y horrenda”, el opresor recibe la denominación de “monstruo sangriento”, y el llamado a “romper ese yugo servil” es un grito que conlleva todo el sentimiento libertario de los románticos. Esta caracterización sobre la conquista y la colonia es permanente en la obra de Mera. La fuerza de los versos, el apasionamiento de las ideas vertidas, la subversión política que contienen, hacen de esta estrofa una apertura de singular expresividad poética que canta la heroicidad del pueblo. Mera tiene consciencia de que la nación se constituye sobre un pasado reciente y glorioso.

Juan León Mera que, frente a la llamada Primera Guerra del Pacífico, había escrito “con hiel en vez de tinta” contra la agresión española, escribe un himno que daba cuenta tanto de la memoria histórica de las luchas independentistas como de la coyuntura que estaba viviendo la América del Sur. El 25 de septiembre de 1865, Chile le había declarado la guerra a España pues se había negado a abastecer a las naves españolas que

estaban atacando a Perú y que, el 14 de abril de 1864, ya habían ocupado militarmente las islas Chinchas que en esa época aún era un depósito natural del guano de exportación que nutría la economía peruana.

Imágenes cargadas de fragor épico como “tras la lid la victoria volaba, / libertad tras el triunfo venía, / y al león destrozado se oía / de impotencia y despecho rugir” (3ra estrofa); o “Cedió al fin la fiereza española, / y hoy, oh Patria, tu libre existencia / es la noble y magnífica herencia / que nos dio el heroísmo feliz” (4ta estrofa); o “Venga al hierro y el plomo fulmíneo, / que a la idea de guerra y venganza / se despierta la heroica pujanza / que hizo al fiero español sucumbir” (5ta estrofa); conducen hacia un final de resonancia apocalíptica como es el expresado en la sexta estrofa del himno en la que el hablante lírico evoca, con toda la fuerza del furor romántico, a la Naturaleza para que todo se destruya antes de que regrese el dominio del opresor español que, por entonces, ya amenazaba con aumentar la escalada guerrillera que, muchos en América, percibían como el inicio de una reconquista que no estaban dispuestos a aceptar por ningún motivo:

Y si nuevas cadenas prepara
la injusticia de bárbara suerte,
¡gran Pichincha! prevén tú la muerte
de la Patria y sus hijos al fin:
hunde al punto en tus hondas entrañas
cuanto existe en tu tierra: el tirano
huelle sólo cenizas, y en vano
busque rastro de ser junto a ti.

Para Juan León Mera —como buen romántico que se sentía cargado de un corazón ardiente de amor a la Patria—, la memoria histórica, devenida en práctica política de la libertad, era imprescindible para contribuir al proceso de construcción de la nación. En ese proceso, como ya hemos dicho anteriormente, participaban profundamente convencidos los *escritores civiles* del siglo diecinueve: su admirado Olmedo también había escrito la letra para un himno nacional, entre 1832 y 1834,²⁶⁸ por encargo del entonces presidente, general Juan José Flores y hasta el propio Flores realizó el intento de una “Canción nacional” en 1838.²⁶⁹ En una carta del 27 de abril de 1890, dirigida a su hijo Trajano, Juan León Mera, cuenta la historia de la composición del himno:

El músico Juan J. Allende presentó al Senado del año 65 la música y la letra del Himno, acompañada de una solicitud p. q. se adoptase como Nacional; porque, decía, al Ecuador hasta entonces era la única Rep. Q. no lo tenía [...] pero ni música ni Himno gustaron a nadie. Entonces el doc. [Nicolás] Espinosa [presidente del Senado] se empeñó conmigo para q. escribiese otra letra, con el fin de mandarla a [Antonio] Neuman para q. le pusiese música. *Me comprometí, en efecto, y esa misma noche compuse las estrofas q. hoy se cantan.* Al día sigte. Di mis versos al dr. Espinosa quien antes de abrir la sesión los hizo leer, o más bien, declamar, con el dr.

²⁶⁸ Resulta interesante, aunque sería objeto de otro tipo de estudio, el comparar la primera estrofa del himno escrito por Olmedo con la letra del himno de Mera, pues los elementos temático e imaginarios básicos están prefigurados en el texto de aquél: “El Pichincha indignado del yugo / lo sacude de su noble frente; / dio un bramido y se vio de repente / el rugido del león acallar. / Infundióle el pavor nueva saña, / y se lanza feroz y violento: / ¡santo Dios! destrozado y sangriento / de la patria se mira el altar.”

²⁶⁹ Como una curiosidad transcribo la primera estrofa de la Canción nacional de Flores: “Cuatro lustros de sangre y horrores / con la muerte nos vieron luchar, / por ser libres con ínclita gloria, / y con gloria vivir y espirar. / Ni promesas ni acerbos suplicios / nos pudieron el pecho ablandar: / “Guerra” “guerra” fue el hórrido grito, / que en los pueblos se oyó resonar. La versión completa de ambos himnos puede encontrarse en la “Reseña histórica del Himno Nacional ecuatoriano”, en el ya citado *Temas ecuatorianos*, del P. Aurelio Espinosa Pólit.

Raf. M. Vázquez. Agradaron mucho; los vieron también varios dip., y como a la sazón era día de correo, por conducto del Ministro de lo Int. (don Manuel Bustamente) fueron enviados al gen. Darquea para que los pasase a Neuman. Este escribió la música con una prontitud sorprendente, pues pasado sólo un correo estuvo en nuestro poder. Se la hizo ensayar con la misma banda militar, hubo nueva reunión en la Universidad, y la música no solo agradó, sino entusiasmó a todos.²⁷⁰ [énfasis añadido]

Fijar la historia de la heroicidad de la gesta del pueblo que nacía: convertirla en poesía nueva, auténtica, propia; cantarla con fervor cívico en los himnos cargados de patriotismo; descubrirla en la palabra original, en el lenguaje que representaba la Naturaleza americana. Tareas de nuestros *escritores civiles* del siglo diecinueve embriagados por el espíritu del romanticismo. Los versos del himno que contribuyen a la construcción de la nación emergen de un sentimiento auténtico: todo en ello es verdad apasionada, imbricada en la historia. Y, para Mera, la historia es la permanencia en la tradición popular de los sucesos imprescindibles para la libertad. *Los pueblos deben ser generosos pero no desmemoriados.*

2

Imaginando una tradición de la palabra

La concepción sobre la literatura que tenían los intelectuales de Latinoamérica en el siglo diecinueve llevaba consigo una herencia neoclásica, producto de la formación

²⁷⁰ Aurelio Espinosa Pólit, ob. cit., pp. 178 – 179.

escolar en la que éstos crecieron y se alimentaba, al mismo tiempo, de las ideas y el espíritu vital del romanticismo. Por un lado, veían a la literatura como un producto estético en el que debían habitar de forma indispensable la originalidad y el espíritu libre del creador; por otro, la asumían también como un elemento didáctico cuyo objetivo último era el de formar a los ciudadanos de las repúblicas que estaban naciendo. Haber escrito la letra del Himno Nacional en una noche no solo es una hazaña poética marcada por el arrebatado de la inspiración romántica sino también por la exigencia moral que conlleva el cumplimiento de un deber cívico para con la patria. Dos tareas fueron un imperativo ético constante para nuestros románticos: cantar a la patria con las palabras, construirla con las acciones.

En ese marco de ideas con el que nuestros *escritores civiles* construían el pensamiento latinoamericano, una de las funciones principales de la literatura era la de *modelar del espíritu de la nación*. Mera plantea esta idea como uno de los elementos conceptuales que sustentan los criterios con los que asume la *Ojeada*: “Buffon decía con verdad que el estilo es el hombre, y nosotros podríamos añadir que la literatura es el pueblo; si en el estilo se refleja el carácter íntimo del individuo, en la literatura aparece íntegra el alma de la sociedad.”²⁷¹ De ahí que el conjunto de los libros que Mera publicó puede ser considerado, sin forzamiento de ningún tipo, el *corpus* de una obra fundacional de la nación ecuatoriana. Mera tiene plena consciencia, al formular su discurso literario, que su tarea intelectual en la construcción de la patria reside en su dedicación al descubrimiento de una tradición constitutiva del *espíritu de la nación* que estaba surgiendo como Estado luego de las luchas libertarias de comienzos de siglo en el marco de América:

²⁷¹ Juan León Mera, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, p. 422.

América ha podido tener también su literatura propia, y la tuvo en efecto aunque en embrión, según podemos juzgar por los cantares peruanos y quiteños de ahora tres siglos, y por los cantares y escritura jeroglífica de los aztecas, salvada en cortos restos del barbarismo de la conquista. La poesía, la astronomía y las tradiciones orales son los orígenes de toda literatura, y los pueblos americanos cantaban la naturaleza, observaban las leyes que rigen los astros y guardaban los hechos históricos en la memoria de las generaciones ó en signos inventados al efecto: ¿quién ignora lo que fue la ingeniosa escritura de Quito y del Perú, en la cual unos cordeles de diversos colores y unos nudos de varias formas [los *kipus*] hacían el oficio de letras?²⁷²

En este sentido, Mera coincide a la distancia con las ideas del argentino Juan Thompson —miembro de la generación argentina del 37, discípulo de Esteban Echeverría— quien propugna la necesidad de que las obras literarias sean vistas como un cuerpo que forma parte de una tradición y que es esta tradición la que permite hablar de una literatura nacional. Beatriz González Stephan, en un libro suyo que ya es célebre para entender el siglo diecinueve, sintetiza las ideas de Thompson planteadas en 1834 en los siguientes términos:

Aunque Thompson no lo haya planteado de esta forma —demás de que nadie ha reparado en las importantes consecuencias de ello—, podemos arriesgar al respecto algunas observaciones que están en juego en sus planteamientos:

²⁷² *Ibíd.*, pp. 422 – 423.

1. Una literatura no se define a partir de la existencia empírica de las obras.
2. Una literatura es el resultado de una actividad teórica, que las estudie, las ponga en relación, establezca los conjuntos literarios, diseñe el sistema en el cual se insertan y cobran sentido.
3. Una tradición literaria, es decir, una historia de la literatura, es una construcción teórica, es una abstracción, no es una realidad dada.
4. Para la existencia de una literatura que sea nacional debe haber con antelación una serie de condiciones de niveles diferenciables por sus cualidades: una realidad nacional orgánicamente articulada y una crítica e historia literaria. La literatura de un país es el resultado de la intelección que se ha hecho sobre ella.²⁷³

En este marco de ideas, lo que hace Mera con la *Ojeada histórico – crítica sobre la poesía ecuatoriana*, publicado por primera vez en 1868, es organizar la existencia empírica de poesías y poetas y ponerlos en relación entre sí, con lo que se escribe en Latinoamérica y con las corrientes literarias de la literatura universal. Mera, al construir el corpus de la *Ojeada* está empeñado en comprobar que existe la poesía ecuatoriana y que esa tradición contribuye a la definición del alma nacional y se queja de que la conquista fue cruel al intentar borrar la memoria de un pasado indígena que, de alguna manera, nos permite configurar el alma popular:

La civilizada Europa vino á cortar las alas de la literatura original del Nuevo Mundo, y á los conquistadores debemos el no poseer, sino libros

²⁷³ Beatriz González Stephan, *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1987, p. 165.

como los vedas y los poemas sánscritos, á lo menos muchos importantes documentos de la inteligencia americana, que hoy habría sido objetos de estudios y meditaciones provechosas para la historia, la ciencia y las bellas letras.²⁷⁴

En la *Ojeada* Mera desarrolla con desenfado crítico una visión dura, polémica y sin concesiones sobre la producción poética de los poetas nacidos en el recientemente definido territorio ecuatoriano. Aquí cobra importancia el hecho de que Mera ya circunscribe a un espacio territorial la existencia de un conjunto de obras poéticas y, sobre ese territorio, plantea el carácter nacional de aquella producción viajando hacia los tiempos precolombinos para nutrir la tradición. En el *Catecismo de Geografía del Ecuador*, las primeras preguntas y sus respuestas delimitan el territorio de la nación en los siguientes términos:

P. ¿Qué cosa es la República del Ecuador?

R. Es una Nación libre e independiente de la América del Sur.

P. ¿Por qué lleva el nombre de Ecuador?

R. Porque está situada bajo la línea equinoccial.

P. ¿Cuál es su posición astronómica?

R. Tomando de base el meridiano de Quito, el territorio ecuatoriano se extiende entre 1° 38'. Latitud Norte y 6° 26' Latitud Sur; 8° 6'. Longitud oriental, y 2° 45'. Longitud occidental

P. ¿Cuál es la extensión de este territorio?

²⁷⁴ Juan León Mera, *ob. cit.*, p. 423.

R. Mide más de 200 leguas de longitud, y, poco más o menos, 160 de latitud, visto por su parte más ancha, dando por todo cosa de 16,000 leguas cuadradas de superficie.

P. Y esta tierra continental de que habla U. ¿es toda la República?

R. No, señor, pues el archipiélago de Galápagos, además de varias otras islas, constituyen parte integrante de ella.²⁷⁵

De igual forma, Mera va desarrollando a lo largo de la obra una serie de definiciones teóricas, bajo una combinación de concepciones románticas con ciertos rezagos neoclásicos, que tienen relación con las condiciones indispensables del proceso creativo. Así es como la *Ojeada* se nos presenta como un libro fundacional —“verdadera piedra miliaria en nuestro magisterio literario”, según Espinosa Pólit²⁷⁶ que se esmera, con muy buen resultado, en dar forma a la literatura nacional y, al mismo tiempo, por inaugura una tradición crítica.²⁷⁷ En el afán de construir el corpus literario en términos estrictamente estéticos, Mera, a partir de cierto idealismo y voluntarismo políticos, exhorta a la unidad de la nación y a dejar a un lado las banderías políticas para la promoción de los valores literarios:

Si no conociéramos á fondo el carácter de las pasiones de bandería, ese carácter irritable, intolerante, exclusivista, feroz y protervo, levantaríamos nuestra voz, aunque débil y desautorizada, para decir á todos los partidos y á todos los hombres: Alentemos el talento, sea quien fuere la persona á

²⁷⁵ Juan León Mera, *Catecismo de Geografía de la República del Ecuador*, Quito, Imprenta Nacional, 1875, pp. 1 – 2.

²⁷⁶ Aurelio Espinosa Pólit, “Literatura ecuatoriana”, en su libro *Temas ecuatorianos*, Quito, Editorial Clásica, 1954, p. 166.

²⁷⁷ Pablo Herrera González (Pujilí 1820 – Quito 1896) publicó en 1860 *Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana*, otro libro con el carácter fundacional en el sentido que señalamos para la *Ojeada*. Como se puede apreciar en el esfuerzo de construir la nación existe una conjunción de trabajos que revela el ansia por definir el sentido de lo ecuatoriano.

quien se le ha dado Dios, protejámosle y levantémosle; ese es un tesoro que pertenece á la patria, no á nosotros, y estamos obligados á custodiarle, á darle aumento y expansión. [...] ¿Qué nos importa que un ingenio pertenezca á tal ó cual comunión política? [...] Sea respetuoso nuestro porte con toda virtud, atento y comedido con todo ingenio, y franco y sincero en reconocerlo. [...] Que otras voces más enérgicas se levanten y consigan el triunfo que no es dado alcanzar á la nuestra, y la literatura de la patria cambiará de aspecto.²⁷⁸

No obstante los trabajos literarios y los planteamientos críticos de Juan León Mera, uno de los escritores paradigmáticos del romanticismo del siglo XIX, destinados a pensar la patria y a construir el sentido teórico de la nación ecuatoriana, la apreciación de un sector de la crítica sobre su obra durante el siglo veinte ha estado cargada del prejuicio ideológico y político instituido por una tradición hegemónica *liberal – comunista*. Estos sectores han pretendido caricaturizar y reducir la importancia política e intelectual de Juan León Mera en la vida del país a la de un fanático católico servil a García Moreno y a la de un imitador de la *Atala*, de Chateaubriand, todo ello para descalificar sin más a su *Cumandá*, que es la novela emblemática del siglo diecinueve ecuatoriano.²⁷⁹

Esta actitud sectaria de la crítica al momento de construir una tradición nacional, es lo que ha llevado a que, en la comparación política a la que se ha sometido a Mera frente a Juan Montalvo (1832 – 1889) el primero haya sido catalogado como un traidor a la clase media mientras que Montalvo aparece como un hombre consecuente. El

²⁷⁸ Juan León Mera, *ob. cit.*, p. 413 – 414.

²⁷⁹ Benjamín Carrión, desde la visión ideológica de un socialista – liberal, define a *Cumandá* como una novela que lleva adelante un programa de “propaganda católica”; y, desde la sociología marxista, Agustín Cueva, caracteriza a *Cumandá* como “una tentativa sin mañana”. Ninguno habla de la obra de Mera en su conjunto y de su valía en la tradición literaria ecuatoriana y todos juzgan, a él y a su novela, desde el sectarismo político e ideológico toda vez que Mera es conservador y católico.

paralelismo con el que Ángel F. Rojas describe a estos dos intelectuales paradigmáticos del siglo diecinueve, en detrimento de Mera, es un ejemplo sintomático de aquella actitud que, en algunos escenarios académicos, es repetida mecánicamente y sin cuestionamiento hasta hoy:

Mera y Montalvo surgen de la clase media. Dentro de ella también mueren. Su actitud, frente a ella, difiere como difiere su distinta ubicación política. Montalvo, como liberal, era un vocero de esa clase, cuyo derecho al poder reclamaba en forma tonante: entendía y sentía más el curso de la historia social de su tiempo. Mera, transido de admiración ante la figura solitaria y señera de García Moreno, traiciona a su clase. Se incorpora políticamente al gamonalismo clerical y terrateniente, defendiendo la estagnación social y política de su patria. La redención del indio podía ser resuelta por medio del catolicismo, y no con la fórmula liberal de liquidar el feudalismo.²⁸⁰

Una consecuencia de este sectarismo crítico, alimentado durante el siglo veinte, la podemos apreciar en el discurso ideológico que plantea el imponente mural, “Imagen de la Patria”, de Oswaldo Guayasamín, implantando en la pared principal del salón del plenario de la Asamblea Nacional e inaugurado en 1988²⁸¹. En el mural, Guayasamín desarrolla una visión de maestría plástica sin igual sobre los que denomina “forjadores de la nación”. La interpretación *liberal – comunista* de la historia se evidencia en la constatación de que en dicho mural no aparecen personajes conservadores que hayan

²⁸⁰ Ángel F. Rojas, *La novela ecuatoriana*, [1948], en *Obras completas. Tomo III / Ensayo*, Loja, Universidad Técnica Particular de Loja, 2004, p. 116.

²⁸¹ Según la ficha oficial, el mural tiene 30 metros de largo por 12 metros de alto; tres áreas frontales y dos laterales; está hecho en planchas de fibra de vidrio y acrílico superpuestas en una estructura de aluminio, pintadas con acrílico mezclado con polvo de mármol.

contribuido a forjar la nación: es como si estos no hubiesen existido en la historia de la patria más que como opresores. Por ello es que, en un grupo, constan tres pensadores como Juan Montalvo, Eugenio Espejo y Vicente Rocafuerte; así también existe un retrato de José Peralta, ideólogo liberal de posiciones antiimperialistas, y también la figura de Eloy Alfaro, el líder de la revolución liberal; los rostros de Dolores Cacuango, Manuela Sáenz y Manuela Cañizares, y Roza Zárate, así como los de los líderes indígenas Daquilema y Píntag, pero no aparece Juan León Mera ni siquiera en la lista de personajes nombrados.²⁸²

Otro ejemplo de esta interpretación hegemónica y sectaria es que en el Ecuador fue declarado el 13 de Abril, día del natalicio de Juan Montalvo, como el Día del Maestro²⁸³, a pesar de que Montalvo no escribió textos reflexivos sobre la educación del país, a no ser algunas frases más bien de carácter general sobre el tema, ni contribuyó con texto alguno de carácter didáctico escolar. En cambio, Juan León Mera, no solo tiene un capítulo de la *Ojeada* dedicado, con una visión muy adelantada para su época, a la educación de la mujer, algunos artículos sobre la educación en Ecuador —claro está, en este caso, desde su punto de vista conservador católico— recogidos en *La escuela doméstica* (artículos aparecidos originalmente en 1880 y publicados en libro en 1908), sino que también produjo dos textos de difusión escolar, necesarios para entender la tradición pedagógica de la Cívica, como materia del *pensum* escolar: *Catecismo de Geografía de la República del Ecuador* (1875) y *Catecismo explicado de la Constitución del Ecuador* (1894).²⁸⁴ Mera es consciente de que la tarea educativa resulta imprescindible para la construcción de una ciudadanía republicana y democrática de la

²⁸² Los personajes cuyos nombres están escritos en el mural son: José Joaquín Olmedo, Pedro Carbo, Luis Felipe Borja, Roberto Andrade, Luis Vargas Torres, Baquerizo Moreno, Arízaga Luque, Jaime Roldós, por un lado; y por el lado de los personajes populares: Daquilema, Joaquín Hervas, Mariano Villalobos, Abdón Calderón, Alejo Sáez, Amadeo Alba, Miguel Lechón. Hay frases de Bolívar, Dolores Cacuango, Espejo, José Mejía Lequerica, Eloy Alfaro, Montalvo, el general Alberto Enríquez Gallo,

²⁸³ La declaratoria la hizo el presidente Alfredo Baquerizo Moreno en 1920.

²⁸⁴ La Constitución que Mera explica es la 1883.

nación. En la introducción al último catecismo expone la necesidad del estudio de la Constitución en la formación de los ciudadanos de la patria:

En ningún sistema de gobierno se necesita más que en el republicano democrático, que los ciudadanos conozcan sus derechos y deberes, y este conocimiento no se puede adquirir sino mediante el estudio de la Constitución. De muchos males podrá librarse la patria el día que todos sus hijos sepan lo que son como miembros de la sociedad política y civil; esto es, el día que sepan lo que es y significa la república, lo que es la ley, lo que es la autoridad, lo que son las garantías y las obligaciones de todos y de cada uno de los ciudadanos.²⁸⁵

Adicionalmente para Mera, la educación de la mujer es indispensable para construir la patria que él imagina. Así, con un lenguaje profundamente autocrítico, pone en evidencia las costumbres sociales que le parecen discriminatorias y las denuncia con entereza como un mal que la patria tiene la obligación de corregir y superar:

Para los hijos las ciencias y las artes, para ellos la literatura, para ellos todo el campo del saber humano, los títulos, las condecoraciones, las dignidades y las rentas; para ellos, por lo mismo, el mayor número de placeres, así los que proporciona el pensamiento á la inteligencia, como los que el mundo material regala á los sentidos. Para las hijas las faenas

²⁸⁵ Juan León Mera, *Catecismo explicado de la Constitución de la República del Ecuador*, Quito, Imprenta del Clero, 1894, pp. I – II.

caseras, el aislamiento, la estancación de las ideas, la obscuridad, las escaseces y privaciones. ¿Esto no es injusto? ¿Esto no es bárbaro?²⁸⁶

Al reconocer que “el ingenio no escasea en las mujeres ecuatorianas”, reconoce que éstas no son reconocidas socialmente y viven enmudecidas porque la sociedad de los hombres no se esmera en su educación y las tienen relegadas a las tareas domésticas: “Somos todavía semibárbaros en nuestro porte con respecto a las mujeres: las miramos como inferiores nuestras, a lo más como compañeras de nuestra vida material y objetos destinados al placer y al servicio interior de nuestras casas.”²⁸⁷

Mera plantea, como una necesidad para “gloria de nuestra patria”, una educación de la mujer que no se fije tanto en su belleza física y que sea impartida en las mismas condiciones que la educación que reciben los varones; él concluye que, así entendida la educación de la mujer, los hombres también mejorarían su condición de personas. Este último concepto se aparta de los estereotipos en los que la crítica *liberal – comunista* ha sumido a Mera y nos lo muestra, a partir de una lectura desprejuiciada e histórica de sus textos, como un intelectual que asume una propuesta política, en el sentido que tiene la educación de la mujer, que jamás fue ni siquiera esbozada por un liberal como Montalvo.

En vez de exclamar al verlas, como hoy hacemos: ¡Qué lindas mujeres!
¡Son las reinas de la belleza y de la moda! Exclamaríamos con mayor entusiasmo y veneración profunda: ¡He ahí la diosa de la inteligencia! ¡he ahí la gloria de nuestra patria! Y nos descubriríamos á su paso, y regaríamos flores en su camino.

²⁸⁶ Juan León Mera, *Ojeada*, pp. 255 – 256.

²⁸⁷ *Ibíd.*, p. 254.

Acábase, por Dios, nuestra criminal indiferencia respecto de las mujeres;
alentémoslas, saquémoslas a la luz para que fueron creadas, sentémosla a
nuestro lado y *busquemos en ellas la mejora de nuestra propia
condición.*²⁸⁸ [énfasis añadido]

En contra del prejuicio sectario contra este conservador, sostenemos en este trabajo que Juan León Mera es un intelectual cuya obra literaria y crítica, sus trabajos de investigación sobre la poesía popular, sus reflexiones periodísticas sobre el acontecer nacional, sus textos de carácter didáctico destinados a la instrucción escolar, y su acción política durante la segunda mitad del siglo diecinueve, constituyen una contribución fundamental a la configuración de la idea de nación. Esta nación está imaginada por Mera en el marco de la contradicción civilización – barbarie debatida por los pensadores americanos, pero mientras intelectuales y políticos como Domingo F. Sarmiento, en Argentina, planteaba el exterminio de los indígenas y la colonización europea como forma de resolver tal dicotomía, Mera planteaba la incorporación de las culturas indígenas a la nación —siempre a partir de la evangelización y el respeto a la tradición ancestral de los pueblos nativos— para construir una *nación plural*. Para beneficio de nuestra tradición crítica, a partir de las dos últimas décadas del siglo XX, varios académicos han ensayado, por primera vez, una lectura desprejuiciada de la obra de Mera e interpretando su acción intelectual en la complejidad de su momento histórico.²⁸⁹

Resulta por demás interesante, para entender su idea de la nación plural, no solo que la *Ojeada* se abra con sus “indagaciones sobre la poesía quichua” sino el que Mera señale como el poema fundacional de la tradición poética ecuatoriana al “Atahualpa huañui”, un texto escrito por un cacique de Alangasí, que es una elegía a la muerte de

²⁸⁸ *Ibidem*, pp. 262 – 263.

²⁸⁹ Trabajos académicos notables en este sentido son los diferentes libros editados por Manuel Corrales Pascual y Julio Pazos Barrera, cuyos artículos cito en esta investigación.

Atahualpa a manos de los conquistadores, presentado en quichua con la versión al español de Luis Cordero.

Además, lo novedoso del poema es que, según una traducción de finales del siglo veinte, el hablante lírico resultaría ser una voz femenina. Esta última situación no la notaron ni Luis Cordero ni el propio Mera, cuya traducción del poema está en la parte final de los *Cantares*, sino la académica norteamericana Regina Harrison. Ella, en su traducción y análisis del texto —que, en gran medida subvierte la perspectiva con la que este poema ha sido conocido hasta hoy—, descubre que la voz lírica del poema es una voz femenina, dado el uso de la palabra *turicuna*, que es una de las formas para decir “hermano”.²⁹⁰

Regina Harrison explica que en quichua hay cuatro formas de decir *hermano* dependiendo del género de la persona que habla. Una mujer dirigiéndose a otra mujer le dice *ñaña*; y cuando se dirige a un hombre, lo llama *turi*. Por su parte, un hombre dirigiéndose a otro hombre le dice *huauqui*; y al hacerlo a una mujer, *pani*. En el verso 33, el poema dice *turi* en plural:

Turicunalla,
Tandanacushun,
Yahuar pampapi
Huacanacushun.

Regina Harrison traduce:

Entre hermanos [perspectiva de mujer hablando a hombre]

²⁹⁰ Regina Harrison, *Entre el tronar épico y el llanto elegíaco: simbología indígena en la poesía ecuatoriana de los siglos XIX-XX*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Abya – Yala, 1996, pp. 93 – 103.

nos reunimos
en el llanto de sangre
lloramos.

Si el hablante lírico hubiese sido una voz masculina, el poema debió decir:
Huauquicunalla. En este caso, bien se podría deducir, que se trata de una virgen del sol que, próxima al sacrificio, se dirige a sus hermanos, los guerreros acongojados por la muerte de Atahualpa, lamentándose del dolor que sufre la comunidad.

Al justificar esta inclusión, Mera sostiene que la poesía indígena estaba en un alto nivel de desarrollo cuando se produjo la conquista y que fue el sojuzgamiento de los indios por parte de los españoles lo que ocasionó el “retraso” de nuestras letras durante la colonia:

La mengua de la parte espiritual en la raza indígena, el aniquilamiento de sus nobles ideas, la degeneración de sus pasiones, fueron las consecuencias más inmediatas de la barbaridad de la conquista, consecuencias que pesaron luego sobre la sociedad mestiza que se levantó en América de entre las ruinas de los pueblos sojuzgados. No podíamos, pues, tomar el hilo de la historia de una parte poderosa de nuestra literatura, cual es la poesía, solamente desde la introducción del español, olvidando la lengua y cantares indígenas; habríamos carecido en este caso de varios fundamentos interesantes para juzgar los motivos que retrasaron el progreso ecuatoriano, y aún americano, en este punto esencial de la civilización.²⁹¹

²⁹¹ Juan León Mera, *ob. cit.*, p. 26.

Asimismo, para comprender de mejor manera el significado de la posición de Mera respecto de la literatura quichua, es necesario contrastarla con la tendencia de Juan Montalvo a burlarse de los afanes de recuperación de la cultura y la lengua indígenas por parte de Mera, a quien motejaba como “el *runa* poeta”. Montalvo, en su “Octava Catilinaria”, dice de Mera en términos peyorativos: “Este Quisquís [uno de los jefes de las huestes de Atahualpa] de la literatura no se detiene en barras: si se quemó usted la mano con lacre o agua hirviendo, ¿qué más hubo sino decir *arrarrai*? Diga usted *arrarrai*, y écheles la puerta afuera a Quevedo y Tirso de Molina, quienes acostumbraban decir cuando se quemaban: ¡oxte! ¡oxte puto!”²⁹² Seguramente, Montalvo se está refiriendo a la explicación que, para ponderar la riqueza expresiva del quichua, ofrece Mera respecto de ciertas voces de contenido onomatopéyico cuya traducción encierra alguna dificultad:

La voz *arrarrai* para expresar la sensación que causa el fuego, así como la *achachai* que espresa la intensidad del frío, no tienen correspondencia en castellano; son algo más que interjecciones, son palabras onomatopéyicas que pintan la idea, ó más bien la queja de quien padece, y lo hacen con aquella fuerza y vivacidad hijas de la naturaleza, con aquel colorido que nada deja que desean al entendimiento más exigente.²⁹³

²⁹² Juan Montalvo, *Las Catilinas*, t. II, Guayaquil, Ariel, s.f.e., Clásicos Ariel, Biblioteca de Autores Ecuatorianos, v. 66, p. 49. Debo aclarar, para situar con exactitud histórica, que no siempre fue esta la posición de Montalvo frente al quichua. Viviendo en París, hacia el final de su vida en 1888, siente admiración al escuchar a un diplomático peruano que con orgullo hablaba quichua. Entonces proclama: “Yo no finjo que no sé el quichua, verbigracia, lo que tengo ganas de fingir es que lo sé...” (citado por Regina Harrison, *ob. cit.*, p. 90)

²⁹³ Juan León Mera, *ob. cit.*, pp. 24 - 25.

Mera, en cambio, que proponía una nación capaz de incorporar a los pueblos indígenas como habitantes del territorio de la nación plural en construcción —claro que Mera quiere que los indígenas de la patria sean evangelizados en la religión católica, pero es que él quiere que todos los ciudadanos lo sean— hizo una defensa pionera de la lengua quichua frente a los embates de los criollos del liberalismo positivista, encabezado por Sarmiento, en Argentina, que vio en la permanencia de los pueblos indígenas un motivo de freno al progreso de la nación. Así, ante aquellos argumentos que sostenían que la lengua quichua era incapaz de expresar conceptos y sentimientos, Mera la describió así en un extenso párrafo frecuentemente citado:

La lengua quichua es una de las más ricas, expresivas, armoniosas y dulces de las conocidas en América; se adapta á maravilla á la expresión de todas las pasiones, y á veces su concisión y nervio es intraducible á otros idiomas. Merced á sus buenas cualidades, no hay objeto material ó abstracto que no anime con vivísimos colores é imágenes hermosas y variadas. A veces un solo hombre compuesto encierra tantas ideas, que en español, por ejemplo, hay necesidad de muchas palabras para expresarlo. ¿Cómo traduciremos fielmente con el nombre de *Dios* el de *Pachacámac* que los indios daban al Ser Supremo? *Pachacámac*, el que hace con el Universo lo que el alma con el cuerpo: el que no solamente anima la creación con las leyes orgánicas de la materia, sino con las de la inteligencia, del espíritu y del sentimiento: el que armoniza las partes que se reducen á polvo con las que se evaporan en el viento y las que se elevan

al cielo; cual si dijésemos, la carne con el fuego de la vida, los sentidos con el pensamiento, éste con el alma inmortal.²⁹⁴

La tarea de revalorización del quichua, como una lengua ancestral rica en matices y capaz de expresar “todas las pasiones” no era una tarea menor más aún si, como Mera lo hizo, se trataba de pensar una nación plural con historia antigua, anterior a la conquista española. El peruano Jesús Lara en la introducción a su ya clásico libro *La poesía quechua* (1947) se refiere, para contradecirlas, a las opiniones de Charles Marie de La Condamine que, en su *Viaje a la América Meridional*, leído en 1745 en la *Académie Royale des Ciencias* de París como *Relación abreviada*, sostenía:

Todas las lenguas de la América Meridional de las que tengo alguna noción son muy pobres; muchas son enérgicas y susceptibles de elegancia, singularmente la antigua lengua del Perú; pero a todas les falta vocablos para expresar las ideas abstractas y universales, prueba evidente del poco progreso realizado por el espíritu de estos pueblos. *Tiempo, duración, espacio, ser, substancia, materia, cuerpo*, todas estas palabras y muchas más no tienen equivalentes en sus lenguas; no solamente los nombres de los seres metafísicos, sino los de los seres morales, no pueden expresarse entre ellos más que imperfectamente y por largas perífrasis. No tienen palabras propias que corresponden exactamente a las de *virtud, justicia, libertad, agradecimiento, ingratitude*.²⁹⁵

²⁹⁴ *Ibidem*, p. 15.

²⁹⁵ Citado por Luis Rebaza Soralez, en *La construcción de un artista peruano contemporáneo*, Lima, Pontificia Universidad Católica de Perú, 2000, pp. 91 – 92.

Confrontando de manera tácita esta postura de La Condamine, en su *Ojeada*, Mera se afana para probar que, a la llegada de los españoles, el quichua estaba en un altísimo nivel de desarrollo en tanto lengua y que fue la conquista con su política de opresión y exterminio hacia los indígenas la que determinó su corrupción y decadencia lingüísticas. La posibilidad de expresar ideas abstractas y universales era justamente lo que, según Mera, no le faltaba al quichua:

Semejante lengua, y cuando se encontraba casi perfecta antes de la conquista, se prestaba sin duda á la entonación de la oda heroica, á las vehementes estrofas del himno sacro, á la variedad de la poesía descriptiva, á los arranques del amor, á toda necesidad, á todo carácter y condición del metro, desde el festivo y punzante epigrama hasta el grave y dilatado género de la escena.²⁹⁶

Juan León Mera es lapidario con la falta de autenticidad de la poesía colonial y, sobre todo, con su imitación servil del culteranismo español, particularmente de la poesía de Góngora. Para mencionar los textos de este periodo, luego de haber señalado con tanto entusiasmo los textos quichuas, dice que “los primeros vagidos de algo que, aunque impropriamente podemos llamar poesía, se dieron en el Ecuador más de un siglo después de la conquista.”²⁹⁷ En su recorrido, Mera rescata todo aquello que le suena auténtico respecto del imaginario nacional y también toda expresión poética más “natural y sencilla” mientras que, al mismo tiempo, censura acremente todo lo aquello que le suena a imitación servil del culteranismo español. Así es como juzga el valor del *Ramillete de varias flores poéticas, recogidas y cultivadas en los primeros Abriles de sus años* (1676)

²⁹⁶ Juan León Mera, *ob. cit.*, p. 16.

²⁹⁷ *Ibíd.*, p. 34.

publicado por el sacerdote guayaquileño Jacinto de Evia (1629 – finales del siglo XVII);
y, como sigue, es su definición general sobre la poesía del período:

La poesía en el Ecuador, así como en toda la América latina, no era sino un reflejo del parnaso español, con la diferencia que éste, en medio de la maleza que lo cubría, mostraba algunas flores hermosas y fragantes, hijas del talento que á veces se descuidaba de sus errores para producirlas; mas entre nosotros todo era extraviarse, andar en tinieblas y delirar.²⁹⁸

El capítulo IX de la *Ojeada* está dedicado a José Joaquín Olmedo y, en él, Mera fija el *Canto a Bolívar*, conocido también como *La victoria de Junín*, en términos laudatorios poco utilizados en su *Ojeada*, como un poema que “es algo más que un himno: es un canto *sui generis* que sin dejar de ser lírico se aproxima á la epopeya.”²⁹⁹ De esta manera, Mera, que estableció el poema elegíaco “Atahualpa huañui”, como un texto fundacional de la tradición literaria ecuatoriana, también deja establecido que *La victoria de Junín. Canto a Bolívar*, es el poema más significativo en términos de la construcción política del imaginario heroico de la nación puesto que “Olmedo es el cantor de las armas, de la batallas y los triunfos, de la libertad y la gloria,”³⁰⁰ y, sin duda, es también el texto poético que representa lo mejor de la poesía ecuatoriana del siglo diecinueve:

La inspiración de Olmedo fue siempre robusta y fogosa, y de ahí vienen el nervio, la valentía y el noble desenfado de su versificación. Sus estrofas muestran el genio que las ha formado amoldándolas con maestría a los

²⁹⁸ *Ibidem*, p. 39.

²⁹⁹ *Ibidem*, p. 236.

³⁰⁰ *Ibidem*, p. 223.

diversos aspectos de la naturaleza y a la índole de los asuntos que cantaba: lo blando y dulce, lo profundo y lo moderado, la virtud y la filosofía, la abnegación y el heroísmo, el estrépito de los combates y el orgullo que da el triunfo a los guerreros y a los pueblos, la vergüenza y el despecho de los vencidos... todas las pasiones, todos los movimientos del corazón humano han encontrado en la lira del vate guayaquileño su expresión propia y natural. ¡Esto se llama ser poeta! ¡Esto es arrancar a la naturaleza sus más íntimas armonías! ¡Esto es arrebatarse con mano victoriosa el lauro de Helicon y ceñírsele sin miedo de que nadie se lo dispute!³⁰¹

En su defensa del *Canto*, en tanto poema constitutivo de imaginario heroico de la nación, Mera contradice con vehemencia a los hermanos Luis y Gregorio Amunátegui, críticos chilenos que pretendieron disminuir el valor literario del poema de Olmedo recurriendo a la descalificación de uno de los elementos centrales del poema en tanto proyecto de una nación plural. Ellos definieron, “con harta ligereza y acrimonia”, según las palabras de Mera, que la aparición del inca Huaina – Cápac, en el *Canto* era una “fantasmagoría ridícula”. Bolívar había criticado la aparición del Inca por cuanto su extensa presencia en el texto parecía convertirlo en el asunto del poema y disminuía el propio protagonismo heroico del libertador pero no porque le pareciese un artificio inverosímil.

Los Amunátegui no esgrimen más razón que su gusto para criticar el *Canto* porque olvidan, justamente, lo que Mera les recuerda: que la literatura es, ante todo, invención de una realidad. Así, Juan León Mera, partiendo del enunciado del poeta latino Horacio, “sin ficción no hay poesía”, expone una serie de ejemplos planteados desde la

³⁰¹ *Ibidem*, pp. 222 – 223.

libertad romántica del creador para sostener como válida la invención de un mundo. Mera habla de la *Divina Comedia*, de Dante y sus “inventos magníficos”, evoca “los caprichosos episodios de Ariosto y los cuadros brillantes y seductores de Tasso”; comenta que “conmueven á todo el que no es fríamente insensible á las hermosas fantasías poéticas, la *sombra* del Rey de Dinamarca, en el *Hamlet* de Shakespeare” [las cursivas son de Mera]; y, argumentando que “Olmedo finge la aparición de un ser real que ha vivido, hablado y obrado en el mundo, como cualquier otro héroe”³⁰², concluye y justifica la invención como parte de la estrategia de la literatura:

Nadie cree, es cierto, en apariciones y sombras; pero también es verdad que el poder del escepticismo que avanza a la par con la civilización moderna, no ha sido capaz de esterilizar el numen de los poetas, ni de quitar a todos los lectores la facultad de percibir la belleza y la armonía de las obras de las musas, y de deleitarse aunque sea con las imágenes de un sueño. Cantad bien, decimos á los vates, conmovednos, arrebatadnos, y poco nos importan los arbitrios de que os valéis para dar cuerpo á vuestras ideas y hacernos palpar vuestra inspiración.³⁰³

En síntesis, el *La victoria de Junín. Canto a Bolívar* constituye para el crítico Mera un poema fundamental de la literatura ecuatoriana del siglo XIX, no solo por su autenticidad literaria y los valores estéticos intrínsecos en cuanto poema —en el sentido de responder a una verdadera gestación y realización poéticas—, sino también porque, en la línea de continuidad de la visión de Mera sobre la patria, el *Canto* es un eslabón principal en la tradición literaria de la nación que, como ya hemos señalado, se había

³⁰² *Ibidem*, p. 234.

³⁰³ *Ibidem*, p. 235.

iniciado con la elegía a la muerte de Atahualpa ampliamente comentada por Mera en el primer capítulo de su *Ojeada*; elegía de la que, años más tarde, en 1892, el propio Mera publicará una traducción suya en la recopilación de poesía popular que tituló *Cantares del pueblo ecuatoriano*.³⁰⁴ La argumentación que esgrime Mera para ambos poemas nos permite concluir que en ellos está configurado el sentido heroico de la nación plural.

3

Los cantares del pueblo

Según uno de sus biógrafos, “más de diez años de demanda y religiosa paciencia”³⁰⁵ le tomó la investigación y estudio de la poesía popular ecuatoriana que Mera recogió en la antología *Cantares del pueblo ecuatoriano*, libro que fue publicado por la Academia Ecuatoriana de la Lengua en homenaje al cuarto centenario del así llamado “descubrimiento” de América. Los *Cantares* nos reafirma la idea de que para la construcción de la nación plural, Mera consideraba indispensable incorporar el estudio de la poesía popular al canon de la tradición literaria. Para ello escribe una obra fundacional en los estudios del folclore de Nuestra América, “considerable tomo de 504 páginas, con el cual el autor se hace acreedor al indiscutible título de principal precursor del folclore ecuatoriano, en unión de Cordero. Aún más, hoy ya se puede afirmar que Mera fue

³⁰⁴ Juan León Mera, *Cantares del pueblo ecuatoriano*, Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1892, p. 346. Mera anota sobre su traducción: “Esta versión, aunque menos rítmica, me parece más fiel que la que publiqué en la *Ojeada histórico – crítica sobre la poesía ecuatoriana*,” que fue la que hizo Luis Cordero.

³⁰⁵ Darío Guevara, *ob. cit.*, p. 249.

precursor también del folklore americano, pues editó su compilación en 1892,” al decir de Paulo de Carvalho – Neto.³⁰⁶

En la introducción a los *Cantares*, Mera valora no solo la condición *anónima* del poeta sino también las virtudes estéticas de la poesía popular, continuado las tesis basadas en los postulados de Buffon que Mera planteara en la *Ojeada*. Esta valoración, ante el desprecio que de las expresiones populares hicieron los liberales del progresismo positivista, por ejemplo, debe ser entendida nuevamente, como lo he venido sosteniendo a lo largo de este estudio, bajo el marco de la idea de la nación plural en la que cada estamento contribuye a la construcción del canon de la patria. Mera, que parte desde la visión romántica de la belleza, —“razón tienen los poetas cuando dicen que todo canta en la naturaleza”—, y de la consideración de que el pueblo está más cerca de la naturaleza en tanto sencillez de espíritu, define la existencia de la poesía popular en los siguientes términos:

El pueblo es poeta; pero si le preguntáis individualmente por los ingenios que pulsan su lira, no os podrá comentar. Os enseñará sus coplas y cantares, mas nunca sus poetas, porque no los conoce. Las flores del Parnaso popular, modestas y, con frecuencias, olorosas como la violeta, brotan sin que nadie pueda conocer la mata que las ha producido.³⁰⁷

En la recolección de los *Cantares*, nuevamente nos topamos con el principio crítico de Mera: retroceder a los tiempos prehispánicos y ubicar, al igual que con “Atahualpa huañui”, en las expresiones poéticas, en este caso aderezadas con voces

³⁰⁶ Paulo de Carvalho-Neto, *Diccionario del folklore ecuatoriano*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1964, p. 292. Se refiere a Luis Cordero Dávila que es el otro intelectual del siglo XIX que contribuye a la valoración del quichua con su *Diccionario Quichua-Español, Español-Quichua*, en 1892.

³⁰⁷ Juan León Mera, *Cantares*, p. II.

quichuas, la composición inaugural de los cantares ecuatorianos, es decir, de los cantares de una nación con una floreciente raíz indígena. Mera, que desarrolla un trabajo de verdadero folclorista, no sólo recopila los *Cantares* sino que los ubica en su contexto cultural, con lo que contribuye de manera invaluable a las investigaciones sobre la cultura popular, aunque se excede en algo, desde un punto de vista contemporáneo, en tanto emite criterios de valoración literaria sobre la condición poética de los cantares recogidos por él.

La composición popular más antigua, a mi juicio, y la más cantada en las bodas, especialmente del campo, es la intitulada *Mashalla*, voz quichua que significa *yernecito*. Es larga, y en versos de seis sílabas, de pedestre lenguaje y vacilante armonía. Padres y padrinos de los novios, o más bien a nombre de ellos el cantor obligado de la función, da a los recién casados unos cuántos consejos acerca de la manera cómo han de comportarse en su nuevo estado. El estribillo que se repite después de cierto número de estrofas es:

Mashalla, mashalla,

Cuchunlla, cuchunlla.

Esto es:

Yernecito, yernecito,

Nuerita, nuerita.

Esta es la única parte quichua de la composición.³⁰⁸

³⁰⁸ *Ibíd.*, p. V – VI.

La patria naciente estaba construyendo un lenguaje, una manera de nominar el mundo, una forma de decir. Ese lenguaje se mezclaba de voces en un territorio de rostro plural. En esa patria, los indios habían sido no solo humillados sino sometidos a un proceso de dominación y exterminio y como parte de dicho proceso, su lengua era menospreciada. En esta reivindicación de la lengua quichua que hace Mera, éste propone el rescate de las expresiones quichuas que se habían mezclado en el habla cotidiana del español de los Andes.

Mera, incluso, va más allá y como miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua³⁰⁹ propone que esa mixtura lingüística tenga un reconocimiento institucional y académica. Así, cuando habla acerca del vocablo *coto* utilizado por el pueblo “para designar el tumor que nace en el cuello del hombre o del animal” y que en castellano se llama *papera* o *bocio*, en nota al pie de página sugiere: “El Diccionario de la Real Academia, en su última edición, no ha adoptado todavía este vocablo, de origen quichua, pero de uso tal en Sud-América, que mercería carta de naturaleza.”³¹⁰ Frente a esta posición de política lingüística, tenemos nuevamente el contraste de la posición esgrimida por un intelectual liberal como Juan Montalvo que, al contrario de Mera, se jactaba de ser un escritor castizo:

¿Olvidaré la lengua castellana, que me he empeñado en aprender hasta
hacerme llamar *español de los mejores tiempos* por insignes literatos? [en
cursiva, en el original] ¡No quiero!; hablen allá su lengua, que yo hablaré

³⁰⁹ En la portadilla de la edición de *Cantares*, Mera aparece como M.C. [Miembro Correspondiente] de la Real Academia Española y de la de Buenas Letras de Sevilla. El libro, según frase en la parte baja de la portadilla, es una “edición hecha por orden y bajo el auspicio de la Academia Ecuatoriana”.

³¹⁰ *Ibidem*, p. X. Efectivamente, hasta la edición de 1869 del Diccionario de la Real Academia Española, que es seguramente la que manejaba Mera, el significado *bocio* no existía para la palabra *coto*. El anhelo de Mera, sin embargo, ya se había cumplido en la edición del DRAE de 1884, en donde apareció *bocio* como una de las acepciones de la palabra *coto* (p. 303), así se repite en la edición 1899 (p. 281) pero será en la edición del Diccionario de 1914 cuando aparece en mención aparte como proveniente de América, así: “Coto. *Amér.* Bocio.” (p. 291).

castizo. No me entienden porque no prohíjo ese idioma triorquida, ese monstruo nacido de tres padres de diferente naturaleza, esa jerga americana compuesta de castellano, francés y quichua.³¹¹

La existencia de una cultura indígena y de la herencia cultural de los criollos, elementos imbricados como los gruesos hilos del poncho tejido en los obrajes, provoca también la existencia, en el interior del individuo, de aprehensiones no solo estéticas sino también espirituales en el sentido amplio de los términos. En la introducción a los *Cantares*, Mera expresa, con sentida carga subjetiva, la existencia de dos culturas en el desarrollo de su propio gusto y emoción estética; mezcla que le provoca “un no sé qué” en el alma. Esa dubitación es un síntoma del proceso de mestizaje que se estuvo gestando en la conciencia nacional durante el siglo diecinueve:

Soy apasionado de la música y el canto perfeccionados por el arte; y como no los he cultivado nunca, oigo absorto un trozo de ópera sin saber su título ni quién es el dichoso maestro que tales armonías arrebató del cielo para darlas á los hombres; pero no solamente no soy desdeñoso con el *yaraví* y la letra que en él se canta, sino que, cuando estoy en cierta situación de ánimo, hallo en ellos un no sé qué que me sojuzga y domina.³¹²

³¹¹ Citado por Anderson Imbert, p. 29. Refiriéndose a Montalvo, dice aquél: “En realidad, pocos indigenismos usó en su prosa. Con ironía se refirió al 'gran idioma quichuahispano' y se burló de Mera por sus quichuismos.”, en *El arte de la prosa en Juan Montalvo*, Medellín, Editorial Bedout, sfe, p. 36.

³¹² Juan León Mera, *Cantares*, p. XIII. En el diccionario ya citado de Carvalho – Neto, se dice acerca del *yaraví*: “En 1881, Jiménez de la Espada presentó al Cuarto Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Madrid, una flamante colección de 18 piezas pautadas de lo que tituló ‘yaravíes quiteños’. Para Cevallos, en 1889, ‘los entendidos en la materia no aciertan a dar con el género a que pertenece’. Siendo música de tono triste, no causa tristeza, sino que ‘conmueve eficaz y gustosamente el ánimo para traer a la memoria las inocentes o no inocentes satisfacciones pasadas’. Es propia de las serranías, pues en las costas predominaban tonos alegres. Los yaravíes de los indios, agrega Cevallos, gustaban muy particularmente a los criollos de Ecuador, Perú y Bolivia, ya españolizados.” (p. 429).

La realidad del mestizaje fue parte de la conciencia de la nación desde cuando Bolívar en la *Carta de Jamaica* hablaba de un “pequeño género humano”. En la obra de Mera, el mestizaje cultural aparece fundido en su espíritu como signo ineludible de la convivencia cotidiana de la nación. Así, a punto seguido del párrafo citado arriba, Mera describe su situación vital para explicar al lector el origen de ese “no sé qué” del alma, que bulle en lo interno, que sabe indefinible, que lo estremece hondamente cuando escucha un *yaraví*. Nótese que Mera utiliza, con el orgullo de quien reivindica la pluralidad de la nación, la denominación *chagra* para autocalificarse, vocablo con el que se designa, en la Sierra, a la gente que no es de la capital, y que para la época tenía una fuerte connotación despectiva pues era también sinónimo de campesino y se aplicaba a los objetos que carecían de gusto artístico.

Gran parte de este gusto mío proviene sin duda de haberme criado y educado en el campo; soy *chagra*: cosa de treinta y seis años he vivido en las orillas del Ambato y en contacto con la parte baja de la ciudad, donde mora la gente de bayeta y alpargata, que no sabe quién fue Rossini ni Mozart pero que inventa tonadas y canta coplas nuevas todos los días.³¹³

No obstante lo dicho, hay dos asuntos que los académicos contemporáneos lamentamos en los criterios empleados por Mera para sus *Cantares*. El uno tiene que ver con la supresión —por razones de la moral católica que Mera profesa y que atravesará sus opiniones en todo ámbito—, de los versos populares de corte erótico y también de algunos que tienen referencias políticas concretas que iban en detrimento, según el

³¹³ *Ibidem*, p. XIII.

compilador, de la honra de personas conocidas, aunque esto último quedó enunciado en el “Estudio” pero, al publicar la compilación en 1892, decidió dejarlos³¹⁴. “Lo que sí he cuidado de no conservar es el gran número de versos ofensivos a la moral, y no pocos con que se ha tratado de lastimar el buen nombre de algunas personas.”³¹⁵ Y el otro, dada la vocación pedagógica de Mera y su afán de enseñar en toda circunstancia, es la desafortunada decisión de “corregir” los versos de las coplas populares, aunque lo hace luego de una confrontación interior que, al final, devela sus propias dudas sobre la opción tomada por él:

Cosa de examen y detenido pensar ha sido también para mí el lenguaje de la mayor parte de los versos que he colectado. No ha faltado quien me aconsejara que en este punto fuese nimiamente respetuoso para con la Musa popular; pero me he decidido por lo contrario. Con tal que se conserve puro el espíritu que informa y caracteriza la poesía popular, ¿por qué no ha de corregirse su lenguaje? ¿en qué menoscaba, por ejemplo, al quitarle la mezcla del tú con el vos y el sustituir el *vení* con el ven y el *tenís* con el tienes? Por otra parte, con una colección de versos tomados del pueblo para dárselos al mismo pueblo, ¿no será posible corregir algún tanto su gramática?³¹⁶

Pero, más allá de los desacuerdos teóricos y metodológicos, las explicaciones de Mera acerca de su trabajo son el testimonio de su honestidad intelectual. El lector sabe a

³¹⁴ En la “Addenda” al “Estudio” de *Cantares*, dice: “Así también me había propuesto suprimir todas las coplas que llevan nombres propios; pero en este caso la parte de los versos políticos y militares habría resultado más escasa de lo que es ahora, y por ese motivo he resuelto no hacer aquella eliminación. He reflexionado [sic], además, que no es malo haga la poesía popular lo mismo que hace la historia, cuando narra ó juzga hechos verdaderos: el pueblo, cuando canta, es muchas veces historiador.” (p. XXV).

³¹⁵ *Ibidem*, p. X.

³¹⁶ *Ibidem*, p. IX.

qué atenerse frente a la compilación y conoce de antemano los principios ideológicos, las opciones de método y el criterio estético con el que el compilador ha realizado su trabajo. Los reparos que hoy podemos hacer al trabajo de Mera parten, justamente, de la propia exposición del marco teórico que él utilizó para la compilación.

En el estudio preliminar de los *Cantares*, Mera comienza imbuido de la concepción romántica sobre la relación del arte y la naturaleza: “Razón tienen los poetas cuando dicen que todo canta en la naturaleza; ó, en otros términos, que todo es poesía en ella.” Continúa con una descripción de cómo es que se cumple este aserto en la naturaleza para concluir que “de esta poesía, digo, participa el pueblo en todas partes.”³¹⁷ Hacia el final del estudio, Mera invoca la necesidad de incluir la poesía popular en lo que hoy llamaríamos el canon literario, con las prevenciones morales que el propio *Cantares* tiene, pues de esta manera, sostiene él, la vida civil y política de la nación se enriquecería al enriquecerse con aquella el contenido de la literatura nacional:

El retrato moral del pueblo está en sus coplas [...] Es necesario no menospreciar la musa popular y se debe recoger y conservar sus frutos [...] Especialmente en el sistema republicano el pensamiento y el corazón del pueblo, sus derechos y deberes, sus costumbres y aspiraciones, son partes muy principales en la urdimbre de la vida civil y política, ¿por qué sus afectos y recuerdos, sus dolores y esperanzas expresados sencillamente en serventesios y seguidillas, no han de entrar en la vida literaria?³¹⁸

Cantares del pueblo ecuatoriano es un texto fundacional en la medida en que en él, por primera vez, está recogida y sistematizada, desde sus motivos temáticos, la poesía

³¹⁷ *Ibidem*, p. I.

³¹⁸ *Ibidem*, p. XXIII.

popular de la Sierra del Ecuador y presentada como una parte sustantiva de la literatura nacional. En su afán de contribuir a la nación plural, Mera incluye una sección de “Versos quichuas con su respectiva traducción” y otra que testimonia el mestizaje lingüístico y cultural de esa nación plural de la que venimos hablando en los “Versos alternados entre quichua y español”. En términos simbólicos, Mera no solo cantó a la patria heroica sino que recogió para la posteridad los cantares de la patria cotidiana y con ello nos legó una imagen de esa patria imbricada en la tradición histórica y literaria nacional.

4

La educación de la mujer

El conservador Juan León Mera sostuvo ideas más bien de corte liberal acerca de la educación de la mujer en el siglo diecinueve y propuso que aquella se desarrollara más allá de los límites de lo doméstico al celebrar con entusiasmo crítico la producción poética de Sor Juana Inés de la Cruz y de Dolores Veintemilla de Galindo. Mera fue católico y al definir a la familia como “la escuela primaria de la sociedad”³¹⁹ la delimitó en el marco modélico de la religión que él profesaba, por tanto, para una mejor comprensión de sus ideas, es necesario tener en cuenta estos límites ideológicos. Al mismo tiempo, resulta digno de atención el hecho de que Mera es de los pocos autores de su siglo en Latinoamérica y el único en Ecuador que utiliza juicios concretos sobre la obra concreta de dos poetisas mujeres y, cuando se trata de criticar la actitud de la sociedad hacia las mujeres, señala con frontalidad la discriminación hacia la mujer en la sociedad

³¹⁹ Juan León Mera, *La escuela doméstica*, Quito, Imprenta del Clero, 1880, p. 11.

ecuatoriana de aquel entonces y sus criterios parten de una actitud solidaria hacia la situación de la mujer. Inmerso en el catolicismo que profesaba siempre señaló, —desde una posición que pregonaba más bien una situación horizontal en la relación entre hombres y mujeres—, que la mujer “posee derechos propios y que su destino en la humanidad está nivelado con el del hombre, su *compañero*, no su *señor y dueño*.”³²⁰

La selección de poemas de Sor Juana Inés de la Cruz y el estudio sobre su poesía, publicados por Mera en 1873, es quizás la primera edición moderna de la obra de la poeta mexicana y contiene 400 páginas de poemas y 86 del estudio,³²¹ que desarrolla una visión apologética de la poesía de Sor Juana: “En todos los escritos de ésta, hasta en algunos de los más defectuosos, se trasluce un talento nada común.”³²² La sola tarea emprendida por Mera de seleccionar los versos amorosos, satíricos, místicos y de la respuesta a la carta de Sor Filotea, es un testimonio incuestionable de sus preocupaciones críticas y de su admiración por la producción intelectual de una mujer; pero, además, como parte de esa preocupación política y poética de Mera por construir un canon americano también, tenemos uno de los estudios pioneros de un latinoamericano sobre la obra de la mexicana. Utilizando la imagen de la poesía como llama viva, Mera presenta a Sor Juana como una poeta imbuida de la pasión romántica:

Sor Juana comprendió muy bien que la poesía no era para el deleite pasajero de un sentido externo, sino para seducir y avasallar el alma á fuerza de estimular sus afectos, de hacerlos arder, de hacerlos hervir al

³²⁰ Juan León Mera, *Obras selectas de la célebre monja de Méjico, Sor Juana Inés de la Cruz, precedidas de su biografía y juicio crítico sobre todas sus producciones*, Quito, Imprenta Nacional, 1873, p. II.

³²¹ Veinte años después, en 1893, Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas hispanoamericanos* publica un estudio sobre Sor Juana. Dicho estudio, que es parte de su *Historia de la poesía hispanoamericana* (1911), señala que, acerca de la obra de Sor Juana, “lo único que conozco de América, es una pequeña antología formada, con buen gusto, por un literato ecuatoriano que falleció en estos últimos años (*Obras selectas de la célebre Monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz, precedidas de su biografía y juicio crítico por Juan León Mera*. Quito, Imprenta Nacional, 1873).” Ver:

[<http://www.dartmouth.edu/~sorjuana/Commentaries/Pelayo/MPELAYO1.HTM>]

³²² Juan León Mera, *Obras selectas de Sor Juana*, p. LVII.

sagrado fuego de las musas. Quien no consigue producir tales efectos no es poeta; quien permanece frío al influjo del poeta, es un desdichado de alma de trapo.³²³

Mera, desde su romanticismo, censura en Sor Juana lo mismo que estéticamente censura en todos los poetas de la colonia al momento de escribir la *Ojeada*, es decir, la imitación del culteranismo de Góngora, tendencia literaria de la que fue un crítico acervo. Su censura del *gongorismo* lo lleva a considerarlo un lastre de la literatura en lengua española que afectó la expresión poética natural de los americanos: “Llegó á tal preponderancia el mal, que hubo tiempo en que su cerrazón no dejó translucir luz ninguna en las regiones de la poesía española.”³²⁴ Mas, en general, el estudio crítico sobre la obra de la Sor Juana es celebratorio, particularmente elogioso y trasluce, sin remilgos academicistas, su admiración por la belleza profunda de la poesía lírica de la *monja de Méjico*:

Su pensamiento es profundo y cuando se muestra desembarazados de los defectos de la forma, agrada y generalmente deja impresión duradera en el ánimo. Su imaginación rica, flexible é inquieta, bien pudiera compararse con el céfiro, con el colibrí, con la abeja: vuela entre las flores, besándolas, halagándolas, esparciendo á veces sus pétalos por el suelo, y siempre hurtándoles el aroma y la miel. Sin embargo, se distingue con frecuencia cierta gravedad en el fondo de sus poesías, gravedad que proviene de su tendencia congénita de pasar de la superficie al centro de las cosas; del color de las rosas á la esencia; de la armonía á la causa que

³²³ *Ibidem*, p. LVIII.

³²⁴ *Ibidem*, p. LIII – LIV.

la produce; de las bellezas del cuerpo á las del espíritu; de las condiciones de la vida material á la filosofía moral.³²⁵

Con todo el entusiasmo de un romántico que siente la poesía como una palabra que conmueve las regiones abisales del alma, Mera expresa su estremecimiento ante los textos amorosos de Sor Juana, que considera bañados de un afecto verdadero, punto que en Mera es definitorio puesto que en la *Ojeada* combate frecuentemente la falsedad de los sentimientos que aborda la poesía colonial. Pero, contrariamente a lo que alguien pudiera suponer tratándose de un intelectual católico, Mera destaca la autenticidad del sentimiento que emanan los poemas más allá de que se trate de escritos de una monja, si bien anota como un mérito, cosa que se explica por su filiación conservadora, que ellos están exentos de lascivia. Así, para resaltar el amor verdadero que envuelve la poesía de la *monja de Méjico*, Mera comenta:

Pero, sobre todo, el alma de la joven está retratada con toda la fuerza del amor concentrado que la abrumaba, en el bellísimo soneto cuarto, que comienza:

“¡Detente sombra de mi bien esquivo!”

¿Puede expresarse de la manera que lo hace Sor Juana en estos versos quien no se siente penetrado de una vivísima pasión? ¡Oh, no! Si así fuera, tendríamos que convenir con un absurdo, con que el arte que sabe concertar las palabras y producir la armonía, tiene también la virtud de arrancar del corazón afectos que no conoce.³²⁶

³²⁵ *Ibidem*, pp. LVII – LVIII.

³²⁶ *Ibidem*, p. LX.

Mera analiza la complejidad de la situación vital de Sor Juana, que hoy es parte necesaria de los estudios sobre la poeta, y contrasta su condición de monja con su palabra mundana sin adoptar un discurso de censura a tal ambivalencia aunque se regocija también porque la poeta no se disolvió en la concupiscencia de lo mundano. Hijo de su siglo y de su creencia religiosa, Mera camina en esta dicotomía del espíritu: por un lado, celebra la pasión del amor verdadero que encuentra en la poesía de Sor Juana y, por otro, se siente en la obligación de señalar que la monja se ha mantenido en los márgenes de lo moralmente permitido pero sin abolir la libertad propia de la creación poética.

Fue monja contra la naturaleza de su genio, y escribió para fuera del convento. Su espíritu se escurrió al mundo por entre las rejas del locutorio; mas el espíritu del mundo no la extravió ni manchó jamás. Sus virtudes de monja, aunque en todo caso virtudes, fueron adquiridas por fuerza; sus virtudes seculares, excelentes para la vida social y activa, fueron espontáneas; en estas tuvo el mérito de la docilidad para seguirlas y de la sinceridad de mostrarlas sin ofender la modestia; en aquellas tuvo el mérito del valor y del sacrificio, pues que tuvo que luchar consigo misma: las poseyó por derecho de conquista. De esta manera se explica por qué su musa mal avenida por la toca prescindió de las virtudes ascéticas y respetó las sociales.³²⁷

Con *Obras selectas de la célebre monja de Méjico, Sor Juana Inés de la Cruz, precedidas de su biografía y juicio crítico sobre todas sus producciones*, Juan León Mera se convirtió en un pionero de los estudios críticos y la revalorización del significado

³²⁷ *Ibidem*, p. LXVI.

cultural de la poesía de Sor Juana de cara a la crítica moderna. Además, el empeño en la publicación de dicho libro complementa el trabajo de Mera en la construcción de un canon para la literatura americana y de un territorio marcado por una identidad diferenciadora de aquello que es el viejo continente: “...Méjico, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, todas las naciones del mismo origen y que viven de la misma vida intelectual y moral en el Nuevo Continente, constituyen para nosotros una sola patria.”³²⁸

Adicionalmente, la inclusión del capítulo X de la *Ojeada* titulado “Doña Dolores Veintemilla de Galindo. La educación de la mujer entre nosotros”, es otro testimonio de la posición de Mera frente a poesía escrita por una mujer, a quien elogia su talento que “estaba unido á un corazón extremadamente sensible y fogoso: corazón de poetisa al cual la más breve chispa de inspiración bastaba para convertirlo en una hoguera,”³²⁹ y a la situación social de la mujer en aquella época, pues “al contemplar la suerte de las mujeres en el Ecuador comprendemos bien la razón que tuvo Eurípides cuando dijo en su Medea: ‘de todas las criaturas dotadas de vida y pensamiento, las más desdichas son la mujeres’.”³³⁰

La idea de la mujer como compañera del hombre y no como su propiedad, expresada en el estudio sobre Sor Juana, ya estuvo dicha en la *Ojeada* y con el añadido de un elemento que implica el reconocimiento de la interacción de la pareja al reconocer que la educación de la mujer tiene un efecto espiritualmente positivo en la condición del varón. Él concluye último párrafo del capítulo con un llamado que parece una consigna vital en la que se juega también la superación de la condición masculina en la medida en que la mujer deja de ser objeto de pertenencia: “Acábase, por Dios, nuestra criminal indiferencia respecto de las mujeres; alentémoslas, saquémoslas á la luz para que fueron

³²⁸ *Ibidem*, p. IX.

³²⁹ Juan León Mera, *Ojeada*, p. 251.

³³⁰ *Ibidem*, p. 255.

creadas, sentémoslas á nuestro lado y busquemos en ellas la mejora de nuestra propia condición.”³³¹

Mera quiere encontrar una explicación para el suicidio de Dolores Veintemilla que la justifique en términos religiosos; así, él lo entiende como un acto llevado a cabo en un momento de profunda depresión y cierto estado de “perturbación de las facultades mentales.” Desde la carga ideológica que conlleva su catolicismo doctrinario, Mera condena el suicidio como un atentado a la vida de la que solo Dios puede disponer, pero como escritor romántico, él analiza con una profunda comprensión humana la situación que llevó a la poeta a abrir “con propia mano las puertas de la eternidad”. Mera no acepta el suicidio al que considera una acción pagana antes que heroica pero, en el caso concreto de la poeta quiteña, no tiene reparos al señalar la responsabilidad del canónigo Ignacio Merchán, quien fustigó duramente a Dolores Veintemilla de Galindo (1829 – 1857), por la prensa y desde púlpito, con el apoyo tácito del famoso fray Vicente Solano de quien el canónigo era discípulo y quien se refería a la poeta con acritud, durante una pendencia a causa del fusilamiento de un indígena acusado de parricidio:

La imprudencia de un sacerdote fanático, por no decir más, tuvo mucha parte en la consumación del suicidio. Hemos consagrado a la memoria de la señora Veintemilla el sentimiento y las lágrimas que merecen toda desventura, y justo es que execremos y maldigamos las malas pasiones de aquel hombre que la impulsó al delito. Los restos de la víctima yacen en solitario sepulcro, y el fanatismo del victimario, ¿podría quedar sin la maldición de la sociedad cristina y culta?³³²

³³¹ *Ibidem*, p. 263.

³³² *Ibidem*, p. 250.

De la misma manera que, años más tarde, celebraríamos la poesía de Sor Juana, Mera reconoce el valor de la poesía de Dolores Veintemilla en lo auténtico del sentimiento que provoca en los lectores. Al analizar el más famoso poema de la autora, “Quejas”, dice que sus versos fueron escritos “en momentos en que la autora sentía ultrajado el amor; la voz conmovida de esta pasión y la voz de los punzantes celos alternan en los versos con naturalidad y hacen comprender que cuanto expresan es verdadero.”³³³ Esta reclamación de sentimiento verdadero es una exigencia romántica y, en el caso de Mera, de corte idealista tanto para el poeta como para los lectores: se trata de que la poesía sea una expresión del alma, de “poner algo del corazón en los versos” y que el lector se conecte con aquella.

Lo que reprocha a la poeta quiteña es su “mal dirigida educación literaria” pues, según él, “sus versos prueban que los hacía por pura inspiración y nada más”, o lo que es lo mismo: “la alondra canta sin saber por qué canta”.³³⁴ Ni siquiera un romántico como Mera cree que la pura inspiración es la fuente la buena literatura sino en la formación literaria basada en las lecturas de los mejores autores, cuestión que se resuelve de manera subjetiva en Mera; además, en él, subsiste el moralismo católico que lo lleva a censurar las novelas de moda de aquel entonces, lastimosamente para nuestro estudio, sin nombrarlas: “¡Cuán pernicioso á la moral y á las letras son esas novelas románticas, con que cierta novísima escuela francesa riega las semillas del socialismo y la corrupción por todas partes!”³³⁵

Hacia el final del capítulo, Mera, que demuestra un enorme entusiasmo durante su crítica, señala que la poesía escrita por mujeres se la encuentra, además, “en las márgenes del Guayas, al pie del Pichincha, y sobre el alfombrado suelo de Imbabura”, aunque se lamenta por no tener acceso a todos los textos que él querría. Es como si él intuyera que

³³³ *Ibidem*, pp. 251 – 252.

³³⁴ *Ibidem*, pp. 252 – 253.

³³⁵ *Ibidem*, p. 253.

existen voces apagadas por una educación de la mujer que la mantiene encerrada en lo doméstico. En este marco, comenta un soneto y un par de poemas de la guayaquileña Dolores Sucre (1837 – 1917); soneto del que dice que “todo él muestra la delicadeza de afectos de su autora, y que tiene bien desarrollado los órganos de la armonía.”³³⁶ Luego de hacer un llamado a las mujeres ecuatorianas para que “estudien, lean y escriban”, concluye que al hacerlo, éstas dejarían de ser un objeto de contemplación para convertirse en un sujeto constitutivo de la patria:

En vez de exclamar al verlas, como hoy hacemos: ¡Qué lindas mujeres!
¡Son las reinas de la belleza y de la moda!, exclamaríamos con mayor
entusiasmo y veneración profunda: ¡He ahí las diosas de la inteligencia!
¡he ahí la gloria de nuestra patria! Y nos descubriríamos á su paso y
regaríamos flores en su camino.³³⁷

Mera pone en evidencia la diferente educación que reciben hombres y mujeres en el país y concluye que aquello no solo es injusto sino que también es bárbaro. Él se queja de que las familias invierten miles en la educación del varón y apenas la mitad en la educación de la mujer y que, además, han reducido la educación de la mujer al plano de lo doméstico en función del servicio al hombre y, aunque mantiene la idea de una educación que enseñe cosas “propia de su sexo y buenas para su condición”, lo que plantea es que aquella no se limite al ámbito de las tareas hogareñas sino que abarque la formación del espíritu y de la inteligencia.

³³⁶ *Ibidem*, p. 261.

³³⁷ *Ibidem*, pp. 262 – 263.

Para los hijos las ciencias y las artes, para ellos la literatura, para ellos todo el campo del saber humano, los títulos, las condecoraciones, las dignidades y las rentas; para ellos, por lo mismo, el mayor número de placeres, así los que proporciona el pensamiento á la inteligencia, como los que el mundo material regala a los sentidos. Para las hijas las faenas caseras, el aislamiento, la estancación de las ideas, la obscuridad, las escaseces y privaciones. ¿Esto no es injusto? ¿Esto no es bárbaro?³³⁸

No se piense que estoy planteando que Mera reivindica la independencia laboral e intelectual de la mujer pero tampoco se crea que Mera esté de acuerdo, sin más, con reducir a la mujer a las tareas domésticas. La cuestión es más compleja y, por tanto, menos maniquea de lo que plantean a veces ciertos estudios feministas sobre la situación de la mujer en diversas épocas pues su error básico es exigir un pensamiento y una conducta contemporáneos a seres culturalmente de otro tiempo, similar a cuando en la revolución cultural china se condenó casi todo el arte Occidental por su filiación burguesa. Mera es un romántico latinoamericano del siglo diecinueve, de filiación católica, y sus ideas todavía se mueven en un esquema patriarcal pero, en el límite de dicho sistema ideológico, él tiene la sensibilidad estética de incluir a la mujer en el canon de la literatura americana, de entender que la educación de la mujer es indispensable para la construcción de la patria³³⁹, y de reconocer que, más allá de la estructura familiar tradicional que él defiende, el varón es *compañero* de la mujer y no su *dueño*.

³³⁸ *Ibidem*, pp. 255 – 256.

³³⁹ Mera desarrolla en el capítulo que estamos analizando un diálogo que caracteriza la idea que, sobre la educación de la mujer, se tenía en la época: “—Estoy contento, nos decía un amigo, porque me ha nacido una hija. —Reciba V. mi enhorabuena, querido; si bien tras la primogénita le habría venido de perlas un varoncito. —No tal; y ojalá si llego á completar la docena sea sólo con mujeres. —¡Vaya con el capricho! —No es tal capricho, sino conveniencia. ¿No ve V. que cuando nace un varón hay que pensar seriamente en educarlo? —¡Y qué! cuando nace una mujer... —¡Oh! una mujer con poquísimo está bien educada. Comprendimos perfectamente el pensamiento del buen hombre: fue el mismo de la mayor parte de nuestros

La publicación de una antología de la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz precedida por un extenso y elogioso estudio sobre su obra; la inclusión en el canon y la defensa de la vida y la poesía de Dolores Veintemilla de Galindo, con capítulo específico en la *Ojeada*; y la defensa de la educación de la mujer más allá del pensum doméstico en el que estaba sumida en la época, nos muestran a un Mera que, desde una visión inclusiva, propone una patria, ecuatoriana y americana, en donde la mujer debe recibir una educación sin discriminación y en las mismas condiciones intelectuales para el desarrollo del pensamiento que aquella que recibe el varón.

5

La nación plural

En el siglo diecinueve la oposición civilización – barbarie es parte del debate de los románticos influidos por las corrientes positivistas que hacían de la noción de *progreso* el elemento básico para la construcción de los Estados nacionales. El liberal Domingo Faustino Sarmiento, con su *Facundo*, es el ejemplo clásico de una posición cuyos postulados teóricos llevaron a la política de exterminio de los indios en Argentina, considerados por él como la barbarie y, por tanto, culpables del atraso de la nación: “Por lo demás, de la fusión de estas tres familias [españoles, indios y negros] ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial...”³⁴⁰

compatriotas que miran á las hijas como si fuesen menos racionales que los hijos, é indignas de una educación esmerada.” (p. 255).

³⁴⁰ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo* [1845], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 28. La llamada “Conquista del desierto”, desierto que estaba paradójicamente habitado por los pueblos originarios, llevada a cabo por los gobiernos argentinos entre 1869 y 1888 —Sarmiento mismo gobernó de 1868 a 1874—,

En cambio, para el conservador Mera la oposición de elementos no residía tanto entre la civilización y la barbarie cuanto entre los valores morales del mundo cristiano católico y aquellos que proponía el mundo no cristianizado de los llamados *salvajes*. Mera consideraba a los indios de la Amazonia sujetos de evangelización y estaba convencido de que, así cristianizados, éstos serían parte necesaria de la *familia ecuatoriana*, por tanto, él jamás propuso el exterminio y la expulsión de los indios de sus territorios sino, por el contrario, el respeto a sus tradiciones culturales en medio de un proceso de cristianización. Es por ello que sus textos literarios están atravesados por la idea una *nación plural* que incluye la conjunción de las razas a la luz del Evangelio. De ahí que el narrador de *Cumandá* lamenta la expulsión de los jesuitas de España y los territorios coloniales en el siglo dieciocho pues se perdió la evangelización llevada a cabo por los misioneros jesuitas:

El 19 de agosto de 1767 fueron expulsados de los dominios de España los jesuitas y las reducciones del Oriente decayeron y desaparecieron. Sucedió en lo moral en esas selvas lo que en lo material sucede: se las descuaja y cultiva con grandes esfuerzos; mas desaparece el diligente obrero, y la naturaleza agreste recupera bien pronto lo que se le había quitado, y asienta su imperio sobre las ruinas del imperio del hombre. La política de la Corte española eliminó de una plumada medio millón de almas en sólo esta parte de sus colonias. ¡Qué terribles son las plumadas de los reyes!³⁴¹

despojó a los mapuche y tehuelche de los territorios que poseían en la pampa y en la Patagonia y, prácticamente, los exterminó.

³⁴¹ Juan León Mera, *Cumandá o un drama entre salvajes*, Quito, Imprenta del Clero, por J. Guzmán Almeida, 1879, p.13.

En *Cumandá* la oposición civilización – barbarie está matizada por el elemento religioso y ella se ajusta al concepto del *buen salvaje* en los capítulos en los que Mera describe la cultura de los indios y la naturaleza que habitan, buscando siempre una expresión que intenta equilibrar lo que él considera defectos y virtudes: “En la guerra son astutos y sanguinarios; sencillos en las costumbres domésticas, fieles en la alianza y en la venganza inflexibles.”³⁴² Mera presenta la vívida descripción de la violencia *salvaje* y la señala como elemento constitutivo de la cultura de tales pueblos pero evita su condena moral *per se*; con minuciosidad de antropólogo y expresividad de novelista, se refiere a los ritos de los jefes que desatan la guerra, a la que señala como “el estado normal de los jíbaros”:

Acontece no pocas veces que un jefe toma la infusión del bejuco llamado *hayahuasca*, cuyo efecto es fingir visiones que el salvaje cree realidades, y ellas deciden lo que debe hacer toda la tribu: si en ese delirio ha visto la imagen de un enemigo á quien es preciso matar, no perdona diligencia para matarle; si se le ha presentado cual adversa una tribu que, quizá, fue su amiga, la guerra con ella no se hace esperar.³⁴³

Adicionalmente, cuando se trata de describir los rituales de los indios, Mera acude a la descripción costumbrista para detallar a su lector la magnificencia de esa otredad desconocida, salvaje y que debe ser incorporada a la nación, una vez que haya sido domesticada por la palabra del Evangelio. En el capítulo “En el lago Chimano”, cuando relata la elección de Yahuarmaqui como jefe de los jíbaros, Mera describe un ceremonial que nos lo presenta atractivo por lo exótico, tópico romántico que será heredado por los

³⁴² *Ibidem*, p. 12.

³⁴³ *Ibidem*, p. 12.

modernistas, y que le permite señalar a ese Otro extraño, violento, guerrero y, al mismo tiempo, dueño de tradiciones y rituales estéticamente sublimes que testimonian la existencia de una cultura en comunión con la naturaleza. Así, en el capítulo siguiente, “La noche de la fiesta”, el narrador de *Cumandá* nos presenta, maravillado, la siguiente escena que transcribo *in extenso* para disfrutar de esa mirada extasiada que Mera realiza sobre esa otredad que lo emociona por sus rituales compenetrados con el paisaje y cargados de violencia latente:

Entonces el lago presentó de súbito el espectáculo más pasmoso: habíase puesto en las canoas numerosos mechones de estopa de palma impregnada de aceite de *andirova* ó de resina de copal, los cuales daban grandes y vivas llamas, y todas á un tiempo, manejadas por diestros remeros, después de haber dado en ordenada procesión una pausada vuelta al lago, cantando un himno guerrero, comenzaron a cruzarse, primer en regular movimiento, y luego con la rapidez del relámpago y en distintas direcciones, formando las más fantásticas figuras que se pueda imaginar. Con la velocidad de la carrera se inflamaban más y más las teas, y semejando ondeadas sierpes de fuego, silbaban y chisporroteaban, y sus reflejos multiplicados en las infinitas ondas de las agitadas agua y confundidos con los millones de fragmentos de luna que en ellas parecían moverse, sacudirse, saltar, chocar, hundirse, reaparecer, formaban un abismo de llamas y centellas cubierto por el abismo del estrellado cielo. ¡Peregrino, magnífico, sublime cuadro, no contemplado jamás en las

fiestas de los pueblos civilizados! Era una escaramuza de estrellas en el lago; era una aurora boreal en la superficie de las aguas.³⁴⁴

En el empeño de construir esta nación plural, bajo el signo del catolicismo, Mera denuncia que la sociedad blanca ofende y deslegitima sus propias creencias religiosas al explotar y maltratar con crueldad al indio; y, al mismo tiempo, critica la incapacidad de la clase dominante para asumir un proyecto que incorpore a todos los sectores de la población, particularmente a los indígenas, al Estado nacional. El planteamiento ideológico en una novela como *Cumandá* aparece, finalmente, como una expiación frente al sistema colonial atravesada por el sentido de la culpa judeocristiana. El sacerdote Domingo Orozco es castigado con el exterminio de su propia familia por los abusos cometidos por él cuando era un terrateniente que maltrataba a los indios de su hacienda. El narrador de la novela así lo comenta:

Arraigada profundamente, en europeos y criollos, la costumbre de tratar á los aborígenes como á gente destinada á la humillación, la esclavitud y los tormentos, los colonos de más buenas entrañas no creían faltar á los deberes de la caridad y la civilización con oprimirlos y martirizarlos. ¡Ah, y cuánto más duros é incurables con los males que proceden de un bueno engañado, que los provenientes de un perverso! Orozco, el buen Orozco, no estaba libre de la tacha de cruel tirano de los indios. Notábanse en él, dos hombres de todo en todo opuestos: el excelente esposo y tierno padre, el honrado ciudadano y cumplido caballero, y hasta el piadoso católico,

³⁴⁴ *Ibidem*, pp. 93 – 94.

por una parte, y, por otra, el inhumano y casi feroz heredero de los instintos de Carvajal y Ampudia, figuras semidiabólicas en la historia de la conquista.³⁴⁵

Frente a esta conducta de la clase dominante que cree que es algo natural y considera un derecho la potestad de maltratar de forma inhumana a los indios, Mera — que continúa la misma línea crítica del padre Las Casas— denuncia la contradicción que dicha conducta tiene respecto de los postulados de la fe católica y, en cierto sentido, se explica que los indios, a su vez, lleven a cabo sus levantamientos cargados de rencor. En la novela, Mera sitúa el ataque a la familia de Orozco por parte de los indios de su hacienda, el mismo día en que se dieron los levantamientos de Guamote y Columbe, a finales de 1790. Así, Mera está denunciando que lo sucedido con Orozco no es solamente una venganza personal sino uno más de los eventos de un levantamiento político, enmarcado en un contexto de opresión social y, por tanto, está insuflándole *historia*, tal como él quería que sucediera con el monumento a Sucre en su polémica con el diplomático español Llorente Vázquez:

Con frecuencia hacían los indios estos levantamientos contra los de la raza conquistadora, y frecuentemente, asimismo, la culpa estaba de parte de los segundos por lo inhumano de su proceder con los primeros. En 1790 la cobranza del diezmo de las hortalizas, antes no acostumbrada y por primera vez entonces dispuesta por el Gobierno, fue el pretexto que los indios de Guamote y Columbe tomaron para derramar el odio y venganza

³⁴⁵ *Ibidem*, pp. 48 – 49.

que no cabían en sus pechos, y acabar con cuántos españoles pudiesen haber á las manos.³⁴⁶

Al tiempo que Mera expresa su admiración y respeto por algunas tradiciones culturales indígenas, también deja sentado, en los momentos del desenlace de la novela, los límites culturales y éticos que para él tiene dicho respeto. Se trata de un problema contemporáneo en términos antropológicos y de aceptación de la Otredad: ¿hasta qué punto una práctica cultural de un pueblo originario debe ser respetada si es que ésta incluye, como entonces, sacrificios humanos, o la ablación de las mujeres, como hoy sucede, sobre todo aunque no exclusivamente, en algunos pueblos africanos? Resulta por demás ilustrativo el diálogo que se produce entre los indios záparos y el padre Domingo cuando los jíbaros le plantean a este último el canje de Cumandá, desposada con Yahuarmaqui y que, a su muerte, debe ser enterrada con él, que ha sido rescatada por los primeros, a cambio de Carlos, el hijo del padre Domingo, que está prisionero de los segundos.

—Padre y hermano, atiéndeme: habla mi corazón, no mi lengua, y mis palabras son de justicia: si no lo son, ordena que me aten de pies y manos y me echen al río. Los paloras están en los justo cuando piden la devolución de aquella joven; devolvámosla. La costumbre es ley sagrada para los jívaros, y quieren cumplirla: que la cumplan. ¿Con qué derecho lo impediremos?, ¿somos acaso dueño de sus costumbres y leyes?...

—¡Oh hijo—le interrumpe el fraile con vehemencia—, lo impediremos con el derecho de la humanidad, con el derecho de

³⁴⁶ *Ibidem*, p. 48.

racionales, con el derecho de los cristianos! Somos dueños de impedir la injusticia y la inequidad. ¿Tendremos valor de entregar a esta infeliz joven á la muerte? ¿No clamaría su sangre contra nosotros?³⁴⁷

La idea de la *nación plural* en Mera es una construcción que también atraviesa su obra poética y su obra crítica, como lo vimos al comentar la *Ojeada*. Más allá del drama amoroso que es el motivo central de *La virgen del sol, leyenda indiana*, resulta llamativa la construcción histórica que plantea Mera. Él está atento a la tradición nacional cuyo pasado indígena radica en Atahualpa, definido como el último Inca, y, por tanto, como el centro de ese pasado que contribuye a nuestra existencia como nación; pasado que se remonta al tiempo de los Shiris, de quienes Atahualpa es heredero también puesto que es hijo de la princesa shiri Pacha y del inca Huaina Cápac, aquel aparecido en el poema de Olmedo que tanto ha dado qué hablar a la crítica literaria. Así, luego de la apertura del poema que llama a la inspiración, Mera carga de historia la anécdota amorosa:

Cinco veces apenas de *Inti-raimi*
Vio la fiesta magnífica de Atahualpa
Desde que el trono, herencia de los *Shiris*,
Con derecho lejítimo ocupaba;
Cuando la paz divina y la concordia
Que el gran *Pachacámac* diera a su patria
Se ocultaron al grito de la guerra,
Que desde el Cuzco el ambicioso Huáscar
Hasta el Pichincha resonar haciendo

³⁴⁷ *Ibíd.*, p. 193.

Esclavitud y ruina amenazaba.³⁴⁸

En síntesis, para Juan León Mera la presencia de la cultura indígena es indispensable al momento de construir la nación; dicha cultura es la que ofrece un punto de partida para la tradición nacional; y los habitantes del territorio ecuatoriano que son indígenas tienen que ser incorporados a la nación a través de un proceso de evangelización, muy en la línea del padre Las Casas, y una acción cívica del Estado que recupere la lengua y la cultura de los pueblos originarios.

³⁴⁸ Juan León Mera, *La virgen del sol, leyenda indiana*, Quito, Imprenta de los huérfanos de Valencia, 1861, p. 5.

Capítulo IV

Jorge Isaacs, el exaltado del amor trágico

1

El espíritu radical de un poeta y sus frustraciones políticas

A los doce de la noche del 30 de enero de 1880, “el batallón Córdoba y los buenos hijos de Rionegro”, según su propio testimonio, proclamaron a Jorge Isaacs como jefe civil y militar del Estado de Antioquia. En ese momento, el poeta romántico que había escrito *María* se convierte, desde un acto político cargado de voluntarismo, bajo las banderas del liberalismo radical, en el héroe efímero de una revolución que, desde un comienzo, estuvo destinada al fracaso. Esta es una gesta simbólica que nos permite entender los intereses que se movían detrás de las guerras civiles que aparecen en la historia como si fueran tan solo un enfrentamiento ideológico entre liberales y conservadores. Isaacs, al margen de los intereses económicos que llevarían al entendimiento de las cúpulas liberales y conservadoras en el período de la Regeneración, asumió la dirección de la asonada con la convicción de que estaba defendiendo los principios ideológicos y políticos del pueblo al que servía, pueblo al que suponía identificado plenamente con el liberalismo radical: “Antioqueños: un horizonte inmenso

se ha abierto a vuestras aspiraciones como pueblo libre y trabajador. La bandera liberal que empuño dará sombra a vuestros trabajos y protección a vuestros derechos.”³⁴⁹

Isaacs es, él mismo, un héroe romántico que supera los modelos literarios del romanticismo sentimental, como es el caso del personaje Efraín en *María*, y se transforma en un patriota del romanticismo social, ya no como personaje de la ficción sino como actor de la lucha política histórica. En este sentido, Isaacs deja atrás la subjetividad decadente de cierto romanticismo europeo y, junto a otros autores como el argentino José Mármol, el ecuatoriano Juan Montalvo, o el cubano José Martí, se convierte, por causa de su acción política, en un héroe de la patria cuya acción, por lo general, está embebida del voluntarismo romántico que los embarca en acciones éticamente consecuentes pero, la más de las veces, políticamente inviables. En este sentido, la muerte trágica, que tanto rodea a los románticos europeos, no está ligada a una situación de dolor sentimental —como, por ejemplo, en el caso del suicidio de Werther, el personaje, o en el de Mariano José de Larra, el escritor— sino que la posibilidad de la muerte está enmarcada en la confrontación del sujeto con el peligro real que implica la lucha política, en medio de una gesta heroica al servicio de la patria.

En la madrugada del 31, “desechando el sueño y renunciado al reposo de instantes”, Isaacs dirige una proclama a los habitantes de Rionegro, “palabras que os señalen el camino del deber y de la gloria”, en la que denuncia la traición a los ideales de los liberales radicales por parte de Pedro Restrepo Uribe, segundo vicepresidente, que ocupaba la presidencia ante la ausencia del general Tomás Rengifo. Según Isaacs, al mismo tiempo que Restrepo juraba lealtad a la política radical de Rengifo “vendía la bandera liberal al bando conservador”. Durante la proclama, Isaacs también comunica que Restrepo, vencido el 28 de enero en Medellín, se había fugado: “la traición hace

³⁴⁹ Jorge Isaacs, “Alocución. El presidente provisorio del Estado a los pueblos de Antioquia”, en *La revolución radical en Antioquia*, v. V de *Obras completas*, edición de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2009, pp. 132 – 133.

meticulosos a los hombres que en ella se envilecen y perpetrándola, se manchan”. En este lado del mundo, los héroes románticos se exaltan ante lo que consideran la coronación de sus sueños de libertad y se regocijan en la palabra inflamada por la pasión con la que asumen la existencia. Jorge Isaacs anuncia que convocará una Convención constituyente “formada de apoderados vuestros que elegiréis con entera libertad”, y concluye con un compromiso ideológico por el que está dispuesto a dar la vida, aspiración suprema del héroe romántico:

Colocado tan inesperadamente en el honroso puesto que me designáis, servidor de los pueblos de Antioquia soy ahí, guardián de su soberanía seré; y centinela infatigable de la causa liberal, me tocará velar vuestro reposo, o daros la voz de alerta y saber morir con la gloria ambicionable por el Primer Magistrado de un pueblo libre.³⁵⁰

Las palabras de la proclama encierran algunos de los tópicos del romanticismo político de nuestra América del siglo diecinueve utilizados indistintamente por conservadores y liberales de diversas tendencias. La honra de representar al pueblo es, al mismo tiempo, la obligación de convertirse en un servidor de dicho pueblo. Mas, desde el espíritu romántico, la representación política es asumida en términos paternos: un padre que guarda la seguridad del hogar, uno que vela y protege a sus hijos. La ciudadanía, durante la consolidación de los Estados nacionales, está concebida como un conglomerado que requiere el cuidado de sus gobernantes y estos, a su vez, están llamados a morir por la patria que los cobija a todos. La libertad, entre los valores románticos, es un bien superior a cualquier otro, menos a la gloria de morir por la patria.

³⁵⁰ Jorge Isaacs, “A los habitantes de Rionegro”, en *La revolución radical en Antioquia*, pp. 128 – 130.

No obstante, habría que señalar que, en las luchas por la Independencia, la libertad que proclamaban los criollos estaba en referencia únicamente a la dominación de España sobre América pero no en la relación con los esclavos que muchos de aquellos luchadores poseían. A pesar de varios documentos legales como la Constitución de Cartagena de 1812, los edictos de Simón Bolívar de 1816, o la Ley de Libertad de Vientres de 1821, el fin de la esclavitud en Colombia solo entró en vigencia el 1 de enero de 1852. Esa puesta en vigencia de la manumisión de esclavos solamente fue posible luego de que conservadores y liberales se pusieron de acuerdo, mediante la expedición de la Ley de Manumisión, el 21 de julio de 1851, en que los propietarios de los esclavos serían indemnizados por el Estado. Para decirlo en términos crudos: la libertad de los esclavos en Colombia se pudo realizar solo cuando el Estado asumió el pago de dicha libertad

“...a nuestra patria todo lo debemos”, escribió Manuel Antonio Carreño en su famoso *Manual de urbanidad*. Carreño es quien con mayor precisión conceptualizó esta visión del patriotismo durante el período de consolidación de los Estados nacionales, a mediados del siglo diecinueve, describiendo al ciudadano modélico que el proceso de urbanización de aquellos años requería: “...le manifestaremos nuestro amor [a la patria] guardando fielmente sus leyes y obedeciendo a sus magistrados; prestándonos a servirla en los destinos públicos, donde necesita de nuestras luces y de nuestros desvelos para la administración de los negocios del Estado...”. El modelo de ciudadano que los nacientes Estados requerían partió de la disciplina cívica, es decir de la organización de una sociedad que, habiendo perdido la regencia colonial, empezaban a gobernarse por sí misma y requería institucionalizar un Estado construido sobre las ruinas del antiguo

régimen que necesitaba superar las iniquidades de la colonia; el lema del escudo de Colombia, adoptado en 1834, lo sintetiza muy bien: *Libertad y Orden*.³⁵¹

Carreño enseña que “cuando la patria nos llama en su auxilio”, todos “sus hijos” deben contribuir sin reservas ni limitaciones a su defensa, encendido “el fuego sagrado del heroísmo” y dispuestos a entregar la vida por ella. La idea de morir por la patria es parte del ideal romántico que la mayoría de los escritores del siglo diecinueve asumirán como modelo de una ética y una estética en la que siempre habrá de conjugarse la literatura con la política. Carreño, para quien la moral está sujeta a las prescripciones del catolicismo, asegura que quienes mueren en defensa de la patria son premiados con el cielo, “porque nada puede ser más recomendable ante los ojos del Dios justiciero, que ese sentimiento en extremo generosos y magnánimo, que nos hace preferir la salvación de la patria a nuestra propia existencia.”³⁵²

Isaacs había llegado a Medellín a fines de mayo de 1879, al llamado del general Tomás Rengifo, presidente del Estado de Antioquía, para dirigir el periódico radical *La Nueva Era*. Hizo el viaje días después de que fuera agredido, en Bogotá, durante los sucesos del 5 y 6 de mayo de ese año, conocidos con el equívoco epíteto de “la lapidación del Congreso”. Los hechos violentos de la turbamulta de aquel día son tan solo un signo de que la confrontación política entre liberales independientes y radicales estaba en su apogeo: en términos estrictos no se trató de una “lapidación del Congreso” sino del apedreamiento a los diputados de la oposición por parte de un grupo de seguidores del gobierno. El incidente es menor en la historia de Colombia pero permite ejemplificar el sentido violento de la política del siglo diecinueve y de cómo algunos hechos aislados, tiempo después, resultan expresiones de la “voluntad popular” cuando,

³⁵¹ El escudo nacional de Colombia fue fijado mediante Ley de ambas cámaras; su expedición fue fechada el 8 de mayo de 1834 y su ejecución puesta por Santander el día 9.

³⁵² Manuel Antonio Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, [1854], Paris, Garnier Hermanos, 1902, pp. 27 – 28.

en realidad, son manifestaciones de esas otras formas de la lucha política a la que apelan las élites, de manera taimada y vergonzante, cuando el juego democrático ya no les da resultados. Vargas Vila en un artículo apologético describe la escena previa a la agresión:

en la Cámara de Representantes, Jorge Isaacs tronaba con elocuencia abrumadora lanzando frases irritadas contra aquel gobierno cómplice, y aquella multitud ebria y rugiente, que pedía sangre; el poeta transformado en tribuno, estaba sublime.³⁵³

En 1879, el liberal independiente Julián Trujillo era presidente de la Unión³⁵⁴, cargo que ocupaba sin haber renunciado formalmente a la presidencia de Antioquia. En su afán de reconciliar a las élites liberales y conservadoras, Trujillo propuso que le devolvieran las rentas fiscales al clero y que se concediera un indulto incondicional a los sacerdotes que había participado en la guerra civil de 1876 – 1877. Isaacs, que era diputado de Antioquia, consideraba una traición de Trujillo a los postulados liberales aquellas concesiones del presidente a las presiones de la Iglesia, pues el principio diferenciador entre las posiciones de conservadores y liberales, más que modelos económicos y sociales, era el principio de la separación de la Iglesia y el Estado y la consiguiente libertad de conciencia. Las intervenciones de Isaacs en el Congreso se volvieron furibundas en defensa de la causa liberal de la que él, después de haber

³⁵³ José María Vargas Vila, “Jorge Isaacs, luchador humano”, en *Jorge Isaacs, su María, sus luchas*, compilación de Carlos Arturo Caicedo Liconá, Medellín, Editorial Lealón, 1989; p. 115. El uso de las minúsculas al comienzo del párrafo y la separación de los párrafos con punto y coma, es típico del estilo de Vargas Vila.

³⁵⁴ Colombia, que, llamándose Nueva Granada, junto a Venezuela y Ecuador fue parte de la Gran Colombia (1819 – 1830, oficialmente llamada también República de Colombia), ha tenido los siguientes nombres: República de la Nueva Granada (1830 – 1858); Confederación Granadina (1858 – 1863); Estados Unidos de Colombia (1863 – 1886); y República de Colombia, desde 1886. Al ser expedida la Constitución de 1886, fueron abolidos los Estados Federales y reemplazados por los Departamentos.

militado y combatido en las filas conservadoras, ahora se sentía un paladín. Acerca de su intervención en el Congreso de esos días, escribe en carta a un amigo del Cauca:

Antier, en toda la sesión menos unos momentos, atacé el mensaje relacionado con la cuestión religiosa. Bramaban de ira los guerrilleros conservadores llevados a la barra para interrumpirme y denostarme, pero ahogaban sus bramidos los estudiantes, que veían en mí, y así me lo gritaban, el defensor de la causa liberal.³⁵⁵

Atrás había quedado el año 1866, cuando Isaacs fue representante en el Congreso por el Partido Conservador del Valle del Cauca y también 1867, año en que dirigió el periódico conservador *La República*, proclamando, según cuenta Otto Morales Benítez, que “no pretendemos que nuestro periódico sea el órgano de ningún partido”. Declarándose conservador y católico, Isaacs escribió en *La República* que se terminó la dictadura el 23 de mayo de 1867, fecha en la que Mosquera fue derrocado, aunque aquel derrocamiento diera paso a la dictadura del general Manuel Santos Acosta, liberal como Mosquera.

Es, no obstante, durante su período legislativo que, poco a poco, va adoptando las ideas liberales como suyas. “Durante un acalorado debate, un miembro de su propio partido criticó su simpatía por la causa liberal. Isaacs replicó que esto obedecía a que estaba empezando a ver la luz. Poco después, cambió de partido.”³⁵⁶ Morales Benítez también cita *in extenso* una carta de Isaacs, firmada en la hacienda Guayabonegro, el 2 de

³⁵⁵ Citado por Germán Arciniegas, *Genio y figura de Jorge Isaacs*, Bogotá, Banco de la República, 1996, p. 72. Lastimosamente, casi todas las anécdotas que cita Arciniegas, aunque están entrecomilladas, carecen de referencias bibliográficas y el investigador no puede confirmar de qué lugar fueron tomadas.

³⁵⁶ Donald McGrady, *Jorge Isaacs*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2006, p. 24.

diciembre de 1874, en la que éste recuerda su época como redactor del periódico conservador *La República*, en 1867:

Cuando redacté *La República* creía aún posible poner de todo en la fracción avanzada del partido conservador al servicio de la república democrática. En 1868 y 1869, siendo diputado al congreso nacional, obtuve el doloroso desengaño y empecé a ser víctima de la demagogia ultramontana y de la oligarquía conservadora. Se me había educado ‘republicano’ y resulté ser soldados insurgente en las filas del partido conservador. Ahora puedo explicarme eso satisfactoriamente.³⁵⁷

Ya como liberal radical ocupó la secretaría del Congreso entre 1869 y 1870. No obstante que en 1866 fue diputado conservador, se conoce que “para entonces ya era miembro de la masonería, pues en 1864 aparece como miembro activo de tercer grado de la Logia Estrella del Tequendama número 11, la de mayor tradición en Bogotá.”³⁵⁸ Se ha señalado que alcanzó el grado 33 y que fue uno de los miembros fundadores de la logia Aurora del Cauca con sede en Cali. Esta pertenencia de Isaacs a la masonería lo lleva, por ejemplo, a no retar a duelo a Luis Villegas, uno de los representantes que propugnó la destitución de Isaacs como representante en el Congreso por causa del golpe de Estado que encabezó en Antioquia. En una de sus notas, cuando se refiere al duelo al que retó al diputado Benjamín Palacio, dice Isaacs: “A Luis E. Villegas no podíamos hacerle la exigencia que al otro: es, por desgracia, y para desdoro de la Orden, francmasón...”³⁵⁹

³⁵⁷ Citado por Otto Morales Benítez, *Jorge Isaacs en el torbellino político*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 2007, p. 31.

³⁵⁸ José Eduardo Rueda Enciso, “Esbozo biográfico de Jorge Isaacs”, *Revista CS*, Instituto Colombiano de Estudios Superiores (Cali, n. 4 – 2009), p. 39.

³⁵⁹ Isaacs, *La revolución radical en Antioquia*, p. 322.

La masonería fue, durante el siglo diecinueve colombiano, una sociedad que permitió el diálogo y la convivencia de las diversas tendencias liberales por fuera de la institucionalidad política del país e, incluso, determinada alianza entre sectores liberales y la Iglesia Católica, cuestión que ha sido señalada como una suerte de subordinación de la Iglesia al poder económico de las logias. Lo cierto es que, durante las guerras civiles, las distintas fracciones apelaban a la hermandad de los masones para apaciguar venganzas inútiles y hasta para obtener ciertos beneficios de carácter personal en medio del fragor político:

Durante el régimen provisional de José María Melo, en 1854, la logia Estrella de Tequendama, a la que pertenecía el general, le dirigió una carta en que pedía un trato indulgente para los hermanos que habían sido sus enemigos en la contienda bélica, para lo cual invocaba “la mano protectora de la masonería”. En la guerra civil de 1860, una de las logias fundadas por el caudillo Mosquera, Filantropía Bogotana, le solicitaba a toda la militancia masónica del país “el respeto a la vida del masón vencido sea cual fuere la bandera política que defienda” [...] El caudillo mismo tuvo que pedir alguna vez la intercesión de sus hermanos del Gran Oriente del Centro para que el Senado le garantizara la restitución de su pensión vitalicia.³⁶⁰

Esta transformación ideológica y política habría de perseguirlo por siempre y, desde entonces, cargó con los anatemas de “judío” e “impío” con los que siempre lo denostaron sus enemigos, que no eran pocos. Isaacs asume el espíritu liberal de la

³⁶⁰ Jaime Borja Gómez y Pablo Rodríguez Jaime, *Historia de la vida privada en Colombia*, tomo 1, “Las fronteras difusas. Del siglo XVI a 1880”, Bogotá, Taurus, 2011, pp. 341 – 342.

Constitución de 1863, expedida “en nombre y por autorización del Pueblo y de los Estados Unidos Colombianos”, que en su artículo 23 dispone “el derecho de suprema inspección sobre los cultos religiosos” por parte del Estado. Con el triunfo del proyecto político de la Regeneración, que expidió la Constitución de 1886 “en nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad”, el espíritu ideológico de la nación dio tal vuelco que, en el artículo 38, se estableció que: “La Religión Católica, Apostólica, Romana, es la de la Nación; los Poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social.”

La tarea que Isaacs desarrollara, desde 1875, como Superintendente de Educación Pública del Estado del Cauca va a estar atravesada por la lucha entre el espíritu laico de la Constitución de 1863 y la recomposición que las fuerzas conservadoras armaban, en alianza con la Iglesia, en el camino que llevaría al país a la guerra civil de 1876 y luego al triunfo de la Regeneración y la expedición de la Constitución de 1886. A Isaacs lo había nombrado su primo César Conto, que ocupó la presidencia del Estado del Cauca entre 1875 y 1877 y a quien le tocó afrontar la guerra civil de marras. Durante su gestión, Isaacs trabajó por la implantación de la educación laica según la Reforma Educativa de 1870, planteada por el liberalismo radical.

El clima de confrontación que se vivía se refleja en un informe enviado a Isaacs, el 13 de marzo de 1876, por Ignacio Muñoz, director de la escuela de niños de Calibío, Cauca; en él indica que la asistencia ha disminuido por causa de las prédicas del cura del pueblo, a quien los padres han obedecido a pesar de estar convencidos de la bondad de la educación recibida: “si mandáis vuestros hijos á esas Escuelas costeadas por el Gobierno, no podréis recibir el perdón de vuestras culpas, absolutamente careceréis de todo

beneficio espiritual.”³⁶¹ La escuela se había quedado con tan solo tres alumnos. Otro informe, firmado por el delegado Leonte Micolta, sobre la situación en Buenaventura, Guapi, Anchicayá, Cajambre, Calima, Micay, Naya y Timbiquí, en el que describe la pobreza y la ignorancia en la que viven sus habitantes, da cuenta del poder de la Iglesia en esas zonas: “todo esto agregado á las ideas de fanatismo más bien que de religión en que se hayan imbuidos estos pueblos, y el dominio que siempre han ejercido y ejercen sobre ellos los Ministros Católicos.”³⁶²

En *El Escolar*, Isaacs, en tanto Superintendente de Instrucción Pública, debe rectificar una información errada y tendenciosa aparecida en *El Católico*, de Pasto. La publicación en el periódico de Pasto había aparecido bajo el título “Interesante. Para los padres de familia”. En ella se dice que desde Popayán se ha informado a *El Católico* que el Superintendente había prohibido la enseñanza de “doctrina cristiana” en una escuela pública de niñas y que su directora, la señorita Emilia Velasco, había renunciado al día siguiente: “¡Honra y alabanza para esta digna señorita!”, concluía la nota de prensa. Isaacs, en carta fechada en Popayán, el 10 de marzo de 1876, dirigida a la maestra Emilia Velasco, insta a la maestra a responder sobre esos dos asuntos; ella responde el día 11 en los siguientes términos:

Es cierto que estoy autorizada oficialmente, por la resolución de la Superintendencia número 16, para dar enseñanza de religión *Católica* en la Escuela en la escuela primaria de niñas que está bajo mi dirección,

³⁶¹ Ignacio Muñoz, “Nota del Director de la Escuela de niños de Calibío: participa la clausura de esa Escuela por falta de alumnos”, *El Escolar* (Popayán) 16 marzo 1876: 495. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.

³⁶² Leonte Micolta, “Informe al Superintendente de Instrucción Pública”, Buenaventura, 14 de febrero de 1876, *El Escolar* (Popayán) 23 marzo 1876: 505. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.

desde las tres y media de la tarde en adelante, todos los días no feriados, lo cual verifico diariamente.

Ni antes, ni después de dicha resolución, dictada el 26 de enero último, he hecho renuncia del destino de Directora de dicha Escuela, que estoy regentando.³⁶³

El Escolar, periódico oficial de la instrucción pública del Estado Soberano del Cauca, fue definido por el presbítero José Ignacio Soto, vicario y cura de la parroquia de Bolívar, como periódico “corruptor de la doctrina de Jesucristo”, periódico del que añade: “...es el órgano del que se vale nuestro Gobierno opresor y apóstata para arrancar á los pueblos [...] lo único que les quedaba: su fe recibida con tanto trabajo por los misioneros, verdaderos amigos del hombre...”³⁶⁴ En realidad, la ley permitía que, después de la jornada escolar, se enseñase *doctrina* ya sea por un particular o un sacerdote, previa autorización de la superintendencia y siempre que no fuera el Estado quien pagara a dichos profesores. Sucedió que los obispos de Pasto y Popayán habían prohibido a los sacerdotes de sus diócesis que enseñasen *doctrina* en las escuelas del Estado para que pareciera que los gobernantes liberales prohibían su enseñanza.

Sin embargo de la apertura que la ley permitía para el magisterio de los sacerdotes, según cita el propio Isaacs en su artículo “*La Caridad impía*”, en el número 15 de esta revista dirigida por el conservador José Joaquín Ortiz, se dice: “...los señores curas poniéndose de acuerdo con sus feligreses deben procurar que se abran Escuelas netamente católicas y, *por consiguiente*, independientes del Gobierno, *para poder salvar a los niños de la impiedad y de la corrupción.*” En dicho artículo, Isaacs comenta lo

³⁶³ Emilia Velasco, “Carta a Jorge Isaacs”, Popayán, 11 de marzo de 1876, *El Escolar* (Popayán) 23 marzo 1876: 502. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.

³⁶⁴ Citado en el informe de Plácido Cagiao Rivera, delegado municipal de Caldas, a Isaacs, 12 de abril de 1876, *El Escolar* (Popayán) 27 abril 1876: 542. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.

dicho a renglón seguido: “Revisad las que se han fundado, y contad las que han hecho suprimir: ved el sistema y fruto de las unas y ved el sistema y fruto de las otras. ¡El siglo XV maldiciendo desde su tumba al siglo XIX! Los Valverdes, los Gascas y Padillas pretendiendo gobernar *su* América a *su* amaño; he allí todo.”³⁶⁵

Jorge Isaacs, entre las tareas que ejecutó en su cargo de superintendente de instrucción pública, comienza organizando la normativa de la instrucción pública que no existía; promueve el método Pestalozzi como una novedad pedagógica; crea las escuelas nocturnas para facilitar la educación de quienes, por razones de trabajo, no podían asistir en los horarios diurnos; propugna la formación de maestros y maestras, poniendo énfasis en la de estas. En una comunicación de Isaacs, del 28 de abril de 1876, dirigida al Jefe Municipal de Buenaventura, en la que habla acerca del establecimiento de la Escuela Superior de dicho municipio, señala:

Notará usted que hablo siempre de *maestros* y *maestras*; prescindir de las últimas sería hoy imperdonable barbaridad. Todavía hay quienes crean cándidamente que para honor de un Municipio y en servicio de la educación popular, basta establecer Escuelas de varones: ese es un resto de la ignorancia é imprevisión que han regido hasta hace poco en el Cauca, al tratarse de la enseñanza primaria.³⁶⁶

Asimismo, Isaacs impulsa la educación primaria de niños y niñas; y, en un tiempo en el que la escolarización es una necesidad del Estado nacional y en el que la Iglesia

³⁶⁵ Jorge Isaacs, “*La Caridad impía*”, en *Escritos varios*, v. IV de *Obras completas*, edición de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2008, p. 83. Cursivas en el original.

³⁶⁶ Jorge Isaacs, “Comunicación al Jefe Municipal de Buenaventura”, Popayán, 28 de abril de 1876, *El Escolar* (Popayán) 4 mayo 1876: 552. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.

promueve el abandono de las aulas, establece una escala de sueldos para los maestros en relación con el número de alumnos que logren mantener en la escuela. Estas tareas que muestran a un Isaacs dispuesto a transformar la educación, moviéndose por todo el Cauca, estuvieron atravesadas por la lucha ideológica que aquel tuvo que llevar adelante en contra de la Iglesia, a la que ninguna concesión satisfizo pues se negó a perder su poder de influencia en la esfera educativa, según la cita *in extenso* de abajo:

Vosotros sabéis qué pretexto se ha buscado para justificar las hostilidades del partido que se apellida católico á la educación popular, pretexto injustificable, y en el cual se insiste todavía abusando de la ignorancia de nuestras masas y esgrimiendo una arma, amellada cien y cien veces, torpemente manejada ahora y antes, en la lucha que el ultramontanismo viene provocándoles al Gobierno de la Unión y al del Cauca, empeñados en difundir la Instrucción Primaria. Escuelas ateas, Escuelas sin Dios, Escuelas desmoralizadoras han sido llamadas las protegidas por ambos gobiernos: no bastó la disposición consignada en el decreto federal orgánico del 1 de noviembre de 1870, sobre enseñanza de religión en las Escuelas oficiales; no se creyó suficiente lo estatuido sobre la misma materia en los convenios celebrados en 1872 y 1874, entre el Gobierno Nacional y el del Cauca; no satisfizo la ampliación hecha en los artículos 45 y 46 de la ley 48 de 1875, sobre Instrucción Pública; ni debía satisfacer tampoco lo ordenados por la Superintendencia General en resolución número 19 del 26 de enero del presente año.³⁶⁷

³⁶⁷ Jorge Isaacs, “Memorial dirigido á los Señores Vocales de la Honorable Municipalidad de Popayán”, Popayán, 6 de mayo de 1876, *El Escolar*, (Popayán) 11 mayo 1876: 558. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia. Otto Morales Benítez en *Jorge Isaacs en el torbellino político*, recoge casi todos los textos provenientes de *El Escolar* que aquí he citado; sin embargo, lo hace

Por toda la confrontación expuesta anteriormente, que llevó a la guerra civil de 1876, el ser radical y masón, después de 1886, cuando los liberales habían perdido la batalla ideológica con la expedición de la Constitución de aquel año, era asumir una posición desafiante hacia el poder establecido. Resulta explicable, entonces, que su paso al liberalismo radical le haya granjeado la enemistad del poderoso Miguel Antonio Caro, que ocupó la presidencia de Colombia entre 1892 y 1898. El mismo Caro, que había colaborado con Isaacs en la revisión del manuscrito de *María*, le escribió al académico mexicano Victoriano Agüeros una venenosa misiva sobre aquél:

Isaacs es hijo de judío converso y él tiene mucho de tornadizo. Ha sido realmente un hombre desgraciado, por su culpa y su mal carácter. En 1868 era conservador; sus partidarios le enviaron al Congreso. Entonces escribió *María* que yo ayudé a corregir en pruebas, y sus primeras poesías. De la noche a la mañana se hizo liberal y masón, y desde entonces se esterilizó por completo su entendimiento. Sin motivo alguno se declaró enemigo de la iglesia y hace gala de darwinista...³⁶⁸

Caro no escatima maledicencia a la hora de destruir la imagen de Isaacs. En primer lugar, le indilga dos epítetos descalificadores por sí mismos, según la ideología antisemítica de la época. Ser “hijo de un judío converso” es definirlo como portador de la sangre de la “raza maldita”, como heredero de aquel pueblo que, en el siglo diecinueve,

sin referenciar el lugar de donde provienen. En conversación personal con María Teresa Cristina, el 29 de enero de 2014, supe que ella prepara un nuevo tomo de la obra de Isaacs relacionado a su tarea como Superintendente de Instrucción Pública; agradezco su tiempo y generosidad a la que debo la información de dónde encontrar la edición digitalizada de *El Escolar*.

³⁶⁸ Citado por Luís Carlos Velasco en *El explorador Jorge Isaacs*, pp. 59 – 60. La carta, según Donald McGrady es del 29 de abril de 1887, ob. cit., p. 24.

todavía era culpable de haber crucificado al Mesías. Los epítetos son tanto más graves cuanto que Isaacs siempre se sintió orgulloso de sus ancestros judíos: tan solo recordemos que hizo de María, la heroína de su novela, una niña judía de nombre Ester, nacida en Jamaica, en cuyos ojos se admiraba “la brillantez y hermosura de las mujeres de su raza”³⁶⁹. Al calificarlo de “tornadizo”, Caro convierte a Isaacs en una veleta que anda moviéndose de manera oportunista según soplan los vientos de la política, cuando la verdad es que Isaacs tuvo un proceso de transformación del conservadurismo al liberalismo radical que, más bien, lo perjudicó en términos sociales y económicos, y en el liberalismo radical continuó hasta su muerte, aún a contracorriente de la triunfante Regeneración, de corte conservadora.

Al mismo tiempo que lo denigra, Caro se ensalza a sí mismo pues se atribuye, aunque sea tangencialmente, parte del éxito de *María*, dado que él “ayudó a corregir en pruebas”, insinuando que él contribuyó de manera definitoria a la limpieza de estilo de la novela. A renglón seguido, Caro afirma que desde que Isaacs acogió el pensamiento liberal, “se esterilizó por completo su entendimiento”. Esta afirmación, ideológicamente fundamentalista y científicamente errada, también la realiza, como si se tratase de una tesis básica y aceptada de manera universal, en “El darwinismo y las misiones”, texto en el que, al tiempo que condena la teoría de la evolución de Darwin, combate las conclusiones de la investigación que Isaacs realizara sobre las tribus indígenas en el río Magdalena: “Esto es lo que deploramos y esto lo que no le han perdonado las musas, porque *poeta materialista* es una antinomia, un imposible.”³⁷⁰

Atrás también habían quedado los días de la guerra civil de 1860 – 1862, o Guerra Magna, cuando Isaacs combatía del lado del gobierno conservador de Mariano Ospina

³⁶⁹ Jorge Isaacs, *María* [1867], edición crítica de María Teresa Cristina, v. I de *Obras completas*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2005, p. 8.

³⁷⁰ Miguel Antonio Caro, “El darwinismo y las misiones”, *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, Tomo XII, núm. 6, septiembre de 1886 a febrero de 1887, págs. 464- 491; Tomo XIII, núm. 7, marzo de 1887, págs. 5-35. El texto ha sido consultado en edición digitalizada de los *Escritos religiosos* de Caro, p. 1.051.

Rodríguez —quien fuera parte de la conspiración septembrina contra Bolívar—, que se defendió sin éxito del líder liberal, el general Tomás Cipriano de Mosquera, gobernador del Estado del Cauca. Mosquera se rebeló contra el gobierno de Ospina en búsqueda de una mayor autonomía de los estados bajo el federalismo pero en ese momento, Isaacs no se sintió representado por esa rebelión:

Vi en el general Mosquera, no al defensor de la democracia, no al héroe republicano, sino al orgulloso patriarca descendiente de los Montijos [...] y combatí al general Mosquera en 1860 en el puente de Cali, formando en el número de ciento veinte reclutas contra ochocientos, y estuve en la batalla de Manizales, el 28 de agosto de aquel año...³⁷¹

No obstante, como resultado del triunfo del general Mosquera, fue expedida, en 1863, la así llamada Constitución de Rionegro, de corte federalista, además de las leyes de desamortización de los bienes de manos muertas y la expulsión de algunas comunidades religiosas. Es decir que Isaacs luchó en aquella guerra contra todo lo que habría de creer años más tarde y por las mismas ideas por las que padecería denuestos y exclusión durante su vida después de 1869. Y, sin embargo, de aquellos enfrentamientos políticos que aparecen como si solo fuesen disputas de principios ideológicos entre conservadores y liberales, es necesario puntualizar la base económica sobre los que se levantaban:

Uno de los efectos de la Independencia y de la república organizada por los criollos fue una concentración mayor de la propiedad de la tierra a

³⁷¹ Citado en Arciniegas, *ob. cit.*, p. 30.

partir de la reducción de las tierras de resguardo, la liquidación de la propiedad comunitaria, incluyendo ejidos, y la titulación de los baldíos a favor de militares, empresarios y agiotistas de la deuda pública respaldada por las tierras públicas. En el caso de las tierras de la Iglesia pasó lo contrario: hubo una democratización efectiva por el solo hecho de que se pasó de una sola corporación propietaria a 4.024 personas...³⁷²

Atrás, muy atrás, quedó la guerra civil de 1854, cuando a los diecisiete años, Isaacs se alistó en el ejército del presidente José María Obando, liberal “draconiano”, contra quien se había sublevado el general José María Melo, quien se erigió dictador de abril a diciembre de ese año. Cuenta Max Grillo, en tono apologético, recogiendo el testimonio de Felisa, ya viuda de Isaacs, que este había sido nombrado abanderado de aquella milicia y que, cuando la tropa pasaba por las calles de Cali, la gente salía “a contemplar a aquel abanderado, que parecía un príncipe árabe envuelto en la bandera de oro, de azul y de sangre generosa como la que corría por las venas del mancebo de origen judío”. El día en que la tropa se aprestaba a marchar, el portaestandarte Isaacs se dio cuenta de que había olvidado su carabina, así que pidió permiso para ir a buscar el arma a su casa. “Mas cuando Jorge llega a la morada paterna, ya su madre lo aguardaba en la puerta, y dándole la carabina: “Vé, hijo —le dice— a cumplir con tu deber...”³⁷³. Esta combinación de amor materno y de sacrificio por amor a la patria es concordante con la modelación del ciudadano, como lo señalaba Carreño, en una combinación teológica y política que conjuga la alianza divina y terrenal de Dios y de la Patria. Carreño se remonta “en las alas del más puro entusiasmo hasta encontrar a María al pie de la cruz,

³⁷² Salomón Kalmanovitz y Edwin López Rivera, *Las cuentas nacionales de Colombia en el siglo XIX*, Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2009, p. 48.

³⁷³ Max Grillo, “Vida y obra de Isaacs”, en *Boletín de la Academia Colombiana*, (Bogotá) v. II, # 9, 10 y 11 (Abril, Mayo y Junio de 1937), p. 190.

ofreciendo en medio de aquella sangrienta escena el cuadro más perfecto y más patético del amor materno.³⁷⁴

Isaacs siempre se sintió llamado al cumplimiento de su deber como parte de esa suerte de imperativo moral que movía a la acción a los románticos. El 6 de mayo de 1879 fue el día en que, como señalé anteriormente, una turba instigada por los partidarios del presidente Trujillo, atacó violentamente a los congresistas de la oposición. Se dice que, en medio de esa trifulca —erróneamente bautizada la “lapidación del Congreso”— falleció un artesano y hubo varios heridos. Lo que había sido una interferencia al debate legislativo a través de barras que impedían el desarrollo de las sesiones se convirtió en una agresión a pedradas contra los congresistas opositores al gobierno. Estos huyeron del recinto legislativo y fueron perseguidos por la turba que continuó con el apedreamiento. Vargas Vila describe la escena, cargado de su peculiar indignación:

Jorge Isaacs por su elocuencia y la actitud de aquel día estaba marcado para víctima de aquella multitud, ebria de licor y sedienta de sangre;

la juventud corrió a rodearlo; era su poeta querido, su orador predilecto;

como las olas conmovidas, las turbas se lanzaban sobre él, lo silbaban, lo insultaban, lo apedreaban...

rodeado de un grupo de jóvenes, revólver en mano, disputando su vida a la multitud y a la soldadesca, logró ganar la casa;

allí apareció en el balcón y quiso hablar; las balas y las piedras lo hicieron enmudecer;

³⁷⁴ Carreño, ob. cit., p. 16.

después... cayó la sombra completa sobre la patria; y el tribuno poeta enmudeció;³⁷⁵

Por causa de aquellos sucesos —provocados por los propios partidarios del gobierno federal—, el presidente de la Unión, Julián Trujillo, declaró alterado el orden público en Bogotá y cerró el Congreso. En tan violenta y peligrosa situación para su integridad personal —al igual que cuando combatió del lado conservador en la guerra civil de 1860 – 1862—, Isaacs encarna al prototipo del héroe romántico: capaz de dar su vida por la causa que considera patriótica; capaz de enfrentarse en inferioridad de condiciones ante un enemigo que termina por reconocer la valía de aquel a quien ataca; es decir, capaz de inmolarse como tributo a la libertad que pregona. El mismo día de tales sucesos, Isaacs protesta por la violencia desatada contra los congresistas enviando una nota que, en apretada síntesis, denuncia la imposibilidad de funcionamiento del Congreso en medio de un clima de inseguridad para los congresistas. La nota fue publicada en el *Diario de Cundinamarca*, tres días después:

Haciendo uso de la licencia que a fines del mes de abril me concedió la Cámara para separarme de las presentes sesiones, no concurriré a ellas en adelante, mientras los miembros del cuerpo legislativo estén bajo la bárbara presión de turbas azuzadas por altos empleados del Poder Ejecutivo nacional.

Los ultrajes y la saña de que he sido objeto hoy en la plaza del Capitolio, al salir de la sesión, y en la casa que habito; las iras salvajes que me he visto en la necesidad de afrontar con los intrépidos jóvenes que me

³⁷⁵ Vargas Vila, ob. cit., p. 116. La llegada de “la sombra completa sobre la patria” se refiere al triunfo de la llamada Regeneración y la expedición de la Constitución de 1886.

acompañaban, son prueba suficiente de que a la Cámara de Representantes no le es permitido ya desempeñar decorosamente la misión que los pueblos del país le confiaran.³⁷⁶

Debido al cierre del Congreso, Isaacs viajó a Medellín para trabajar con el general Tomás Rengifo en el gobierno de Antioquia. No se trataba, únicamente, de un trabajo para la sobrevivencia digna que requería el poeta sino de un espacio para la acción política en defensa de los principios radicales, con la anuencia de quien era presidente del Estado de Antioquia. Desde *La Nueva Era*, Isaacs impulsaba la candidatura de Rengifo a la presidencia de la Unión, para el período 1880 – 1882, en contra de la del conservador Rafael Núñez, que gozaba del beneplácito del presidente Trujillo, liberal. Durante la revolución de Antioquia, en febrero de 1880, un grupo de dirigentes liberales que secundaban a Trujillo se quejaba, en una hoja volante, ante el director del *Diario de Cundinamarca* por cuanto, según ellos, desinformaba a sus lectores al reproducir en sus páginas únicamente los escritos de quienes apoyaban a Rengifo en Medellín. Esos trujillistas se referían, en su segunda razón de queja, a Isaacs de la siguiente manera:

2ª. El prohijamiento y la reproducción de todos los artículos y hojas volantes publicados en Medellín contra el pueblo antioqueño, contra la digna Asamblea de 79 por su conducta enérgica de oposición á los siniestros planes y miras del General Rengifo, y contra todo lo que allí puede significar vida propia, administración honrada y conducta circunspecta de un Estado que rechaza el papel de Quijote en la política nacional; *especialmente los muy rabiosos y tontos editoriales del muy*

³⁷⁶ Citado en la Nota al pie, n. 6, por la editora María Teresa Cristina, en *La revolución radical en Antioquia*, pp. 5 – 6.

*rabioso y tonto señor Jorge Isaacs en La Nueva Era. Ustedes no ignoran ni pueden ignorar que el señor Isaacs es una especie de manzanillo político que envenena y mata toda causa á que quiere dar sombra.*³⁷⁷

[énfasis añadido]

A fines de 1879, Rengifo renunció a la primera vicepresidencia de Antioquia y la situación se complicó puesto que, formalmente, Trujillo todavía era presidente de Antioquia y maniobró junto a la élite liberal de Medellín hasta lograr que, el segundo vicepresidente, Pedro Restrepo, liberal cercano al proyecto político de Núñez, ocupase la presidencia de Antioquia. La partida de Rengifo al Cauca, a pesar del ruego que le hacían sus partidarios radicales, entre ellos Isaacs, consolidó en el poder a Restrepo. Isaacs, que consideraba que “todo estaba en realidad perdido”, cuenta que, antes de que Rengifo partiera al Cauca, y ante el pedido de este para que lo acompañase, le hizo la siguiente confidencia:

—Tan luego como usted le entregue el Poder Ejecutivo del Estado al señor Restrepo U., estallará una revolución irresistible, y apenas de instantes será el poder de los traidores que él capitanea. Deber imprescindible es decírselo a usted.

Nada replicó. ¿Creyó aquello una mera amenaza? ¿Qué reflexionaba en ese momento? ¿Qué veía en el porvenir?³⁷⁸

Pero Isaacs estaba políticamente desubicado en Medellín. No siendo natural del Estado de Antioquia, fue considerado un “extranjero”, con el agravante de ser “judío” y

³⁷⁷ “La revolución de Antioquia”, hoja volante firmada por Luis E. Villegas, Belisario Gutiérrez, Carlos Vélez S., Benjamín Palacio, Álvaro Restrepo E., Bogotá, Imprenta de Zalamea, 11 de febrero de 1880.

³⁷⁸ Isaacs, *La revolución radical...*, p. 101.

“masón”. Restrepo y los liberales antioqueños que sabían que los radicales asentados en su Estado eran, sobre todo, originarios del Cauca desarrollaron una campaña chauvinista para descalificar a todo “extranjero” como partícipe de la política interna. Así, el propio Isaacs cuenta que cuando salió de Medellín para Manizales, el 18 de enero de 1880, llevaba consigo el escrito de Restrepo titulado “Sigámosla a campo abierto”, texto en el cual éste último acusa a Rengifo de no querer retirarse para crear una situación caótica que le permitiera sacar del poder al propio Restrepo y colocar a uno de los suyos. Es, también, un texto en el que reclama que el Estado debe ser gobernado por quienes han nacido en él:

¿Y contra quiénes se ha levantado esa fuerza? Responden que contra los que profesamos el principio “Antioquia para sus hijos” [...] ASÍ QUEREMOS NOSOTROS que a Antioquia lo gobiernen sus hijos, que, ciertamente, no sabría mucho en materia de sapismo [“adulación vergonzante”, según nota de Isaacs] ni de asonadas, pero que no han visto a sus gobernantes salir en la opulencia de los puestos públicos. Si la revolución de 1860 a 1863 *puede* justificarse bajo algún punto de vista, es bajo el de haber entregado a cada pueblo el manejo de sus negocios público y de sus intereses; pero cuando se organiza una trinca oficial estimulada por sueldos que los mismos que los disfrutaban dudan de que los merezcan, ya no hay más ley que la del embudo, ni más regla que el *pro nobis*, ni más medida que la grande para lo que mandan y la pequeña para los que obedecen. Esos mamelucos no tienen jamás otra lógica que el empleo; y la patria, el honor, la dignidad, son para ellos simples palabras.³⁷⁹

³⁷⁹ Proclama de Pedro Restrepo, “Sigámosla a campo abierto”, inserta por Isaacs en *La revolución radical...*, p. 105

El golpe de Estado que Jorge Isaacs llevó adelante no tenía futuro desde un comienzo pues el poeta tergiversó, de manera voluntarista y sin capacidad de análisis político, el significado de los movimientos que hacía cada bando partidario. La revolución radical de Antioquia careció del apoyo, incluso, de los mismos radicales que, prontamente, desconocieron las acciones de Isaacs. Finalmente, el 6 de marzo de 1880, en Salamina, Isaacs celebra un armisticio con Pedro Restrepo. Las partes beligerantes llegan al armisticio antes del 7, que era la fecha límite dada, en una carta dirigida a Isaacs, por el general Gregorio Vergara, comandante en jefe de la 1ª columna de la Guardia Colombiana. Vergara había sido enviado por el gobierno de la Unión para sofocar lo que Trujillo consideraba una rebelión inconstitucional que amenazaba la paz de la nación. En la carta del 5 de marzo dirigida a Isaacs, así se expresa el general Vergara:

La Asamblea en uso de sus atribuciones legales, designó como 2º Vicepresidente, y para el efecto de ejercer el Poder Ejecutivo cuando faltare el 1º por ausencia u otra causa, al doctor Pedro Restrepo U. Llegó este caso y el *distinguido* ciudadano que acabo de nombrar, entró en ejercicio de sus funciones constitucionales, y aún no habían transcurrido setenta y dos horas, cuando un ejército creado exclusivamente para el sostenimiento del gobierno constitucional del Estado conspiró contra el nuevo magistrado. No es, pues, una facción encabezada por el señor Restrepo la vencida aquí, como usted lo asevera en su nota, es la Constitución ultrajada, es el cuerpo legislativo, representante del pueblo

contrariado en sus disposiciones por un ejército deliberante e insurreccionado.

[...]

Concluyo manifestando a usted que si el 7 de los corrientes a las diez de la mañana, no ha tenido lugar la conferencia, quedan de hecho abiertas las hostilidades nuevamente.³⁸⁰

La intervención del ejército de la Unión, enviado por Trujillo a sofocar la rebelión de Isaacs contra Restrepo, se dio a pesar de que el artículo 8, numeral 9, de la Constitución de Rionegro, obligaba a los miembros de la Unión, “a guardar estricta neutralidad en las contiendas que lleguen a suscitarse entre los habitantes y el Gobierno de otro Estado”. Por si fuera poco, el artículo 19 de la Constitución determinaba de manera expresa: “El Gobierno de los Estados Unidos no podrá declarar ni hacer la guerra a los Estados sin expresa autorización del Congreso, y sin haber agotado antes todos los medios de conciliación que la paz nacional y la conveniencia pública exijan.”

Al parecer, y ante la imposibilidad de seguir resistiendo el cerco militar en el que se encontraba, Isaacs acepta reunirse, el 6 de marzo, con Pedro Restrepo —que, luego de su huida, estaba nuevamente prisionero del gobierno radical de Isaacs—, para firmar el armisticio y asegurar así, ante el ejército de la Unión, que la disputa política y militar ha sido arreglada entre las fuerzas beligerantes del Estado de Antioquia y que, por tanto, el gobierno central de la nación no tiene porqué intervenir en un conflicto interno de dicho Estado. No obstante, Isaacs cuenta en su libro que, el día 6 por la mañana, “el señor Pedro Restrepo suplicaba que arreglásemos amigablemente la paz”. Atravesado por las

³⁸⁰ Isaacs, *La revolución radical...*, pp. 257 – 258.

dudas bien fundadas en las actuaciones previas de Restrepo, Isaacs accede a la firma el armisticio con aquel.

El documento señala que Isaacs renuncia a la jefatura civil y militar del Estado de Antioquia a favor de Restrepo; este último se compromete a convocar una Convención que debía ser instalada, a más tardar, el 15 de mayo; Restrepo reconoce al ejército de Isaacs y sus mandos; para fomentar la unión liberal, el restituido Restrepo se comprometió a formar un gobierno de unidad y a nombrar ciertos ministerios en común acuerdo con Isaacs; asimismo, Restrepo tenía que solicitar a “los jefes de la Guardia Colombiana la desocupación del territorio antioqueño”; Isaacs se obligó a firmar una amnistía general para todos los prisioneros que tenía en su poder y Restrepo a declarar “libres de aquella responsabilidad a los servidores del gobierno” establecido desde el 28 de enero.³⁸¹ Así Isaacs resume las consecuencias de dicho armisticio:

Celebrada así la paz entre los beligerantes de Antioquia, sin que en ello hubiese intervenido ni remotamente el gobierno nacional, ni interés alguno bastardo, creímos conseguidos dos efectos de inestimable valor: la salvación de la dignidad del Estado; el afianzamiento del liberalismo doctrinario, sobre la paz y el orden y la tolerancia fraternal en Antioquia, de cuyo escenario político podríamos retirarnos honrosa y oportunamente, concluida ya una tarea que se prolongaría a lo sumo cinco o seis semanas.³⁸²

Para Isaacs, como para los románticos idealistas del siglo diecinueve, el valor de la palabra empeñada constituía un imperativo moral que estaba al margen de toda duda.

³⁸¹ *Ibidem*, pp. 261 – 262.

³⁸² *Ibidem*, p. 262.

La sola firma del documento que selló el armisticio era el espejo de lo que se esperaba que fuese la realidad política posterior a aquella. Y, sin embargo, el triunfante Pedro Restrepo incumplió cada uno de los compromisos adquiridos. Según los dos primeros decretos y publicados en el Registro Oficial extraordinario del 15 de marzo, Restrepo ya había nombrado ministro de Gobierno y Guerra sin siquiera informárselo a Isaacs y también había ordenado la disolución del ejército comandado por este. El decreto número 3, del día 13, “por el cual se toman ciertas providencias respecto de los comprometidos en la revolución del 28 de enero”, decía en su artículo único: “Las autoridades del Estado, procederán a la captura de todos los jefes que se alzaron y tomaron parte del levantamiento mencionado, ya ocupando destinos civiles de cualquier categoría, ya militares, desde sargento mayor hasta general inclusive”.³⁸³

Restrepo incumplió, apenas tuvo la oportunidad, con los términos del armisticio firmado. El mismo Isaacs en su libro incluye un par de escritos de Restrepo en los que niega haber siquiera firmado el armisticio. Los liberales del gobierno de la Unión pedían castigo para el revolucionario. La persecución contra Isaacs había comenzado y no terminaría sino hasta el momento en que sus enemigos acabaron con su vida política, en la práctica, expulsándolo de la Cámara de Representantes. El 27 de marzo, sin la presencia de Isaac y de Mario Arana para que pudiesen defenderse, los representantes aprobaron la siguiente proposición:

La Cámara de Representantes *declara* que los señores Jorge Isaacs y Mario Arana han perdido su puesto en el seno de esta corporación, por haber estado en armas contra el gobierno Nacional, y derrocado en su

³⁸³ *Ibidem*, p. 297.

carácter de revolucionarios el seccional del Estado Soberano de Antioquia.

En consecuencia, llámese a los suplementes respectivos.³⁸⁴

No existió el debido proceso para lo que se suponía debió ser un juicio político; por el contrario, el proceso terminó siendo una decisión sumarísima en ausencia de los acusados más parecida a la venganza que a la justicia. La expulsión de Isaacs y Arana de la Cámara es solo un reflejo del tipo de acción política movida por el apasionamiento ideológico que existía en medio del enfrentamiento entre las distintas facciones y que era utilizada por todas ellas. La argumentación que el representante Luis Villegas expuso, en la sesión de la Cámara del 12 de abril, para justificar la decisión de separar de la Cámara a los dos “revolucionarios”, como les llaman, es modélica de la ideologización de los razonamientos:

La presencia en la Cámara de los señores Isaacs y Arana sería a todas luces *inconstitucional*. El artículo 38 de nuestro Código Fundamental dice: “La Cámara de Representantes *representará* al pueblo colombiano...”; y pregunto yo: ¿pueden representar a un Estado dos individuos que acaban de *asesinarlo y de talarlo*, haciendo en él las más injustas e inmotivadas de las revoluciones? [...] ¿Pueden representar a un pueblo individuos que *lo aborrecen, lo insultan y lo flagelan*?³⁸⁵

Luego continúa diciendo que Isaacs llegó a Medellín en busca de “seguridad, tranquilidad y pan”; dice que Isaacs era rechazado en todas partes y que recibió asilo en el Estado; que si Isaacs “hubiera pedido inspiración a su musa, en vez de contribuciones

³⁸⁴ *Ibidem*, p. 314.

³⁸⁵ *Ibidem*, p. 318. Las cursivas son de Isaacs, quien transcribe las intervenciones de Villegas y Palacio en su libro.

de guerra”, y que si este no hubiera sido tan desagradecido, “todavía podría estar en Antioquia comiendo un pan tan fácilmente conseguido”. Acusa a Isaacs y Arana, en tanto jefe del batallón Rifles, de tener las manos “tintas en la sangre de ese mismo pueblo”. El poeta, en una nota al pie de página, comenta la intervención de Villegas con un lenguaje pletórico de indignación:

Este tuno habla y mienta con soltura de gitano que tuviera de auditorio a los cuatrerros y pellejas de un aduar; y el *honorable* con quien hace yunta [se refiera a Benjamín Palacio], no va en zaga; solo son comparables al Ciapperello da Prato del cuento de Boccacio. Es inútil seguirle marcando al lector las expresiones más torpes y pérfidas de los dos *oradores* de villorrio. Sería forzoso poner en bastardilla tres páginas enteras.³⁸⁶

Al poeta solo le quedaba la palabra para defenderse de la embestida política luego de su fracasada aventura revolucionaria. Esa palabra inflamada, cargada de pasión, que esgrimían los románticos como un arma capaz de reivindicarlos ante la realidad y ante la historia. El 13 de agosto de 1880, Jorge Isaacs termina *La revolución radical de Antioquia*, un libro que, en edición contemporánea, tiene algo más de 300 páginas y que, según lo anotado en su “exordio indispensable”, empezó a escribir a mediados de mayo. A Donald McGrady, reconocido biógrafo de Isaacs, le parece, desde un moralismo estético que no contempla siquiera el contexto histórico y político en medio del que el libro está escrito, que “la mala intención, la falta de veracidad y el lenguaje virulento de [este] libro lo hacen indigno del autor de *María*. Sus más de cuatrocientas páginas se vuelven tediosas por la transcripción de toda clase de documentos. [...] El libro solo

³⁸⁶ *Ibidem*, p. 318 – 319. Las cursivas son de Isaacs.

tiene valor como documento histórico y como fuente de información acerca del carácter íntimo de Isaacs.”³⁸⁷ Por el contrario, Otto Morales Benítez, que analiza el libro en el marco de las contiendas políticas de Colombia, señala que estamos ante “un libro originalísimo, escrito con la seriedad de los documentos. No está basado en especulaciones. Cada afirmación tiene un soporte que no puede discutirse. Es admirable el cotejo de normas jurídicas. [...] Su inteligencia se manifiesta en buen estilo literario. [...] No es un panfletario, sino un hombre de ideas que las defiende con energía.”³⁸⁸

En *La revolución radical en Antioquia*, Isaacs fija para la posteridad su posición frente a la fallida revolución que lideró: argumenta desde los principios ideológicos del liberalismo radical los motivos que lo llevaron a tomar el poder; describe las acciones de guerra que le permitieron ejercer la jefatura civil y militar de Antioquia; confronta jurídicamente sus acciones; reproduce una serie de artículos, escritos por él mismo en años anteriores, en donde va analizando los acontecimientos que precedieron a la revolución; incluye varios escritos, declaraciones, hojas volantes, intervenciones, etc., con los puntos de vista de sus contrincantes para exponer de mejor manera su propia posición ante los lectores. En las páginas finales de su libro, Isaacs consigna, más sereno, los sentimientos que lo han llevado a esta escritura:

El odio nos ha inspirado y le dio vigor a nuestra salud decreciente en las horas de trabajo: “odio irreconciliable a la vil mentira, a la pusilanimidad, a la perfidia y a todo degradamiento moral”. [frase de Silvio Pellico, según anota el propio Isaacs]

La saña del ilustre filósofo contra eso de que hizo mención al principio de páginas admirables, en infortunio y cruel cautiverio escritas,

³⁸⁷ Donald McGrady, *ob. cit.*, p. 29.

³⁸⁸ Otto Morales Benítez, *ob. cit.*, pp. 130 – 131.

es en nosotros amor: amor a la verdad, a la república, a todos aquellos de sus hijos que le son leales; amor a las glorias de sus antepasados y hasta a los mismos que en ceguedad nos detestan y en insania nos calumnian.³⁸⁹

En síntesis, en *La revolución radical de Antioquia*, Jorge Isaacs se muestra como un polemista cargado de ideas, debidamente documentadas, cuando se trata de argumentar y de palabra virulenta cuando requiere replicar la violencia que le es infligida, pero, sobre todo, Isaacs nos entrega un texto polifónico, cargado de voces de ideología contrapuesta que combaten desde la palabra entre sí mismas. Un texto que nos habla del espíritu radical de un poeta y sus frustraciones políticas.

2

María en los infiernos

El sacerdote jesuita Pablo Ladrón de Guevara publicó en 1910, en Bogotá, una monumental obra de espíritu inquisitorial en la que juzgó con el calificativo de malos o buenos, moralmente hablando, a 2.057 novelistas, desglosados de la siguiente manera en la portadilla: 288 españoles, 97 hispanoamericanos, 24 portugueses, 65 italianos, 1.173 franceses, 143 ingleses, 98 alemanes, 169 rusos, belgas, escandinavos, etc. En la sección “Antes de empezar”, con la metodología del catecismo, el jesuita formula y responde de manera extensa cuatro preguntas: 1. ¿Cómo ha podido un religioso escribir semejante obra?; 2. ¿Para qué se ha escrito esta obra?; 3. ¿Cuál es la naturaleza de esta obra?; 4.

³⁸⁹ Isaacs, *La revolución radical...*, p. 326.

¿Qué hay que observar acerca de los libros, de su prohibición, calificaciones, normas y criterio?

A la primera pregunta, responde que “por razón de un cargo que tuvimos y de habernos dado a predicar contra los malos libros”³⁹⁰, los feligreses le fueron llevando novelas y él tomó nota de los criterios con los que respondían. A la segunda, que “miramos, pues, á la gloria de Dios en la salvación de las almas, por este particular camino de apartar de malas lecturas á cuantos más podamos.”³⁹¹ Para responder a la tercera pregunta, explica que “...juzgamos y sentenciamos las novelas, con arreglo al código de la Ley de Dios, siendo para nosotros malas todas aquellas, en que la moral ó las ideas lo sean. Si los novelistas malos son de grandes talentos, tanto peor.”³⁹² Finalmente, en la cuarta respuesta incluye una definición doctrinal: “Entre todos los libros malos son más peligrosos las novelas, según el Concilio [Plenario] de la América Latina [Roma, 21 al 25 de abril de 1899] las cuales enervan é impiden el vigor de la virtud cristiana bajo la aparente y curiosa forma de una mentida erudición y de fingidas narraciones.”³⁹³

En las respuestas extensas a las cuatro preguntas está desarrollado todo el aparato ideológico con el que el jesuita sustenta los juicios emitidos en su libro: la obra está influenciada por la confrontación entre el catolicismo y el liberalismo, a fines del siglo diecinueve y la lucha de la Iglesia Católica en contra del Estado laico. De ahí que el P. Ladrón de Guevara escribiera su libro bajo la doctrina del Concilio Plenario de la América Latina que, entre otras disposiciones pastorales, señalaba la tarea de exigir que la educación católica esté presente, bajo la dirección de la Iglesia, tanto en las escuelas públicas como privadas; se conmina doctrinariamente a los padres a que no matriculen a

³⁹⁰ P. Pablo Ladrón de Guevara, *Novelistas malos y buenos*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1910, p. 3. En la segunda edición, el número de novelistas juzgados llegó a 2.115.

³⁹¹ *Ibidem*, p. 4.

³⁹² *Ibidem*.

³⁹³ *Ibidem*, p. 6.

sus hijos en las escuelas laicas o en aquellas en donde la Iglesia carezca de influencia. Asimismo, si bien se promueve la educación de las niñas, se indica que estas deben acudir a escuelas regidas por “señoras católicas o monjas” y se considera que la educación mixta, en la que “promiscuamente” están mezclados hombres y mujeres, es una “atroz aberración” (*summus abusus*).³⁹⁴

Recordemos que Jorge Isaacs, como Superintendente de Educación Pública del Estado del Cauca, llevó adelante los postulados de la reforma educativa radical de 1870 que promovía la institucionalización de la educación laica y tuvo que luchar en contra de la prédica de ciertos sacerdotes que boicotearon desde el púlpito la aplicación de la reforma; es decir, todo lo opuesto a lo que impulsaría el Concilio de Marras a fines del siglo diecinueve. De ahí que, cuando el P. Ladrón de Guevara, al juzgar a Isaacs, dice: “Entre sus poesías hay algunas, como *La Reina del Campamento*, poco edificante”³⁹⁵, está emitiendo un juicio desde una perspectiva ideológica ubicada en el otro extremo del pensamiento de Isaacs, muy a pesar de que dicha poesía está fechada en 1860, cuando este último todavía militaba en filas conservadoras.

Pero Isaacs siempre fue un romántico que, en su literatura, supo recuperar estéticamente el espíritu de lo popular. Lo que el jesuita califica como “poco edificante” es, a fin de cuentas, la presencia de las mujeres en los campamentos de soldados, que es la situación de la pizpireta Tarcila, la muchacha que protagoniza el poema. Este se abre con un símil más bien humorístico: “Oronda como un sargento / que han ascendido a oficial, / tormento de Coroneles, / *Tarcila* pasando va.”³⁹⁶ La tradicional presencia de

³⁹⁴ Los postulados de dicho Concilio están tomados del documento “Centenario del Concilio Plenario de América Latina, 1899 – 1999”, del portal de la Agencia Informativa Católica Argentina, AICA, en: http://aica.org/aica/documentos_files/Obispos_Argentinos/Aguer/2002_Antes/1999_04_21.htm

³⁹⁵ Ladrón de Guevara, *ob. cit.*, p. 220 - 221. Todas las citas del juicio del jesuita sobre Isaacs, su poesía y su novela *María* corresponden a dichas páginas, por tanto, no repetiré la referencia pero sí pondré entrecomillas los textos de Ladrón de Guevara.

³⁹⁶ Jorge Isaacs, “La reina del campamento”, en *Poesía*, v. II, t. I, de *Obras completas*, edición de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2006, pp. 22 – 25.

mujeres, conocidas en algunas partes de Colombia como “las Juanas”, en los campamentos militares fue destacada desde las guerras de la independencia:

Estas acompañaban intermitentemente a los ejércitos patriotas. Siendo regularmente mujeres del pueblo, siguieron a los soldados en calidad de madres, mujeres, esposas, amantes y compañeras y junto con ellos sufrían sus amarguras y celebraban sus triunfos. Pero también salvaron vidas, curaron y alimentaron a los heridos, y muchas tuvieron a sus hijos en los caminos y continuaron con sus hijos detrás de las tropas. Otras, en un gesto intrépido, cruzaron el temible páramo de Pisba, a temperaturas bajo cero, detrás del ejército libertador.³⁹⁷

Isaacs describe la sensualidad del rostro de Tarcila: “con unos ojazos negros / incendiarios por demás” y una boca “que es forzoso castigar / por ser más roja y maligna / que un jefe dictatorial.” Habla de los pies pequeños y de su seno “de belleza tropical”. El segundo apartado del poema está constituido por las frases dichas por los soldados en plan de conquista y las mañas con las que Tarcila responde para esquivar los avances de aquellos. Se trata de diálogos con mucho humor pues los desplantes de la muchacha son correspondientes a los artilugios de los aprendices de don Juan. Al final, queda claro que Tarcila es un muchacha libre, caucana que está en Manizales y que por ella se desvelan godos o liberales sin la más mínima esperanza: “A un ‘¡adiós!’ tuerce los ojos / y a un ‘me muero’ alivio da / la puntita de la lengua / mostrando con gracia tal / que si morder no provoca, / yo no sé qué es provocar.” E Isaacs, que como buen romántico recupera la

En nota al pie se señala que la versión del poema fue tomada del número 19 de la revista *Los Hechos*, del 9 de febrero de 1894.

³⁹⁷ Martha Elisa Lux Martelo, “Las mujeres en la guerra de independencia”, en *Historia de la independencia de Colombia. Revolución, independencia y guerras civiles*. Tomo 1, Bogotá, Fundación Bicentenario de la Independencia de Colombia, 2010, p. 165.

gracia de lo popular para la poesía, remata con esta imagen de Tarcila, cargada de coquetería: “Y sigue la ardiente criolla / volviendo a ver hacia atrás / con ojos que dicen: ¡peca! / y una risa criminal.” Es obvio que el sentido de lo *criminal* se refiere aquí, metafóricamente, al hecho de ser una risa que *mata de amor* a quien la escucha, dada la belleza de quien la profiere.

Inmediatamente del juicio hecho sobre esta poesía, Ladrón de Guevara pasa a juzgar la novela *María*, edición de la casa editorial Mateu, de Madrid, de 1899, y comienza con una advertencia de carácter doctrinario: “Va en 429 regulares páginas, con un prólogo de [José María de] Pereda. Antes de dar nuestro juicio, conviene recordar á nuestros lectores lo que ya les tenemos dicho: que nuestro fin es juzgar de la bondad ó malicia de las novelas por sus ideas y moralidad.” A lo largo de su libro, Ladrón de Guevara, efectivamente, se concentra en lo que, desde la moral católica, un autor y sus novelas tienen de *malo* o *bueno* y el juicio está en relación directa con la cercanía o lejanía de aquel con la Iglesia católica.³⁹⁸ De ahí que, lo primero que hace Ladrón de Guevara es celebrar los elementos religiosos que están representados en la novela: “Hay, pues, en la novela *María* manifestaciones por toda ella francamente cristianas; sus moribundos reciben los Santos Sacramentos; hay oratorio en aquella casa; sus moradores oran ante la Virgen Santísima y el Crucifijo, principalmente en las tribulaciones, y también, agradecidos, al comer.”

³⁹⁸ Por curiosidad y para tener una mejor idea del estilo del libro del jesuita, reproduzco el juicio que Ladrón de Guevara emite sobre José María Vargas Vila: “Sentimos verdaderamente que sea de esta cristiana República este señor, de quien nos vemos precisados á decir que es un impío furibundo, desbocado blasfemo, desvergonzado calumniador, escritor deshonesto, clerófobo, hipócrita pertinazmente empeñado en que le compren por recto, sincero y amante de la verdad; egoísta con pretensiones de filántropo, y, finalmente, pedante, estafalario hasta la locura, alardeando de políglota con impertinentes citas en lenguas extranjeras; inventor de palabras estrambóticas, y, en algunas de sus obras, de una puntuación y ortografía en parte propia de perezosos é ignorantes; aunque, en honor a la verdad, él no la usa porque no sepa bien esa parte de la gramática, sino por hacerse singular. Sin embargo, no se le tenga por tan singular, pues hay un autor italiano, impiísimo también, y repugnante, con el cual en el estilo, lenguaje, impiedad é inmoralidad, coincide no poco el Sr. Vargas Vila.” p. 447.

Justamente, en una de las escenas costumbristas de la novela, el narrador nos describe la oración de gratitud, cuyo comienzo está a cargo de uno de los esclavos de la familia: “Concluida la cena, los esclavos levantaron los manteles; uno de ellos rezó el *Padre nuestro*, y sus amos completamos la oración.”³⁹⁹ Por lo demás, esta escena ya ha sido señalada por la crítica como un ejemplo de la representación del orden esclavista que el narrador asume como natural e idealiza presentándolo como una relación bondadosa entre su familia y los esclavos que son de su propiedad. Asimismo, durante las clases que imparte Efraín a sus hermanas y a María, comparten la lectura de *El genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, y, al describir cierta escena familiar, encontramos que, “en días como aquel, María me esperaba siempre por la noche en el salón, conversando con Emma y mi madre, leyéndole a esta algún capítulo de la *Imitación de la Virgen* o enseñando oraciones a los niños.”⁴⁰⁰ También se describe la ceremonia religiosa del matrimonio de Braulio y Tránsito: “A tiempo que el ministro bendecía las manos enlazadas de los novios, Tránsito se atrevió a mirar a su marido: en aquella mirada había amor, humildad e inocencia; era la promesa única que podía hacer al hombre que amaba, después de la que acababa de pronunciar ante Dios.”⁴⁰¹

En todas las escenas alabadas por Ladrón de Guevara, las mujeres adoptan una actitud de recogimiento místico, entregadas a la oración como una forma de representar la paz de la vida familiar, que es un bien deseado; su actitud las muestra como sujetos pasivos dedicados a la contemplación, no obstante que, como veremos más adelante, es la acción de esas mismas mujeres la que precipita los acontecimientos. En uno de sus varios sentidos, la novela *María* es una representación simbólica de los valores del idílico mundo de los terratenientes en el naciente Estado nacional que ha reemplazado al Estado

³⁹⁹ Jorge Isaacs, *María*, p. 9.

⁴⁰⁰ *Ibidem*, p. 139. Dice la nota al pie de página: “Antonio Gómez Restrepo sugiere que se trata de la traducción del libro *De imitatione beatae Mariae Virginis libellus unicus*.”

⁴⁰¹ *Ibidem*, p. 175.

colonial. Los españoles ya se han marchado del todo pero el espíritu religioso de la colonia atravesará al siglo diecinueve, más aún en Colombia. Ahí, a partir de la Constitución de 1886, la Iglesia a través del conservadurismo político de la llamada Regeneración, liderada por Rafael Núñez, retoma el poder perdido que estuvo en manos de los liberales durante la vigencia de la llamada Constitución de Rionegro, expedida en 1863. Lo paradójico y curioso, si se quiere, es que Isaacs, después de la publicación de *María* y durante el resto de su vida, luchará contra ese espíritu conservador y religioso que, desde el Estado, se impondrá en Colombia a finales del siglo diecinueve.

En seguida, viene una primera reconvención de Ladrón de Guevara a Isaacs y su novela, más bien ligera en este punto: “Sin embargo, aunque sea el espíritu cristiano, lleva mezclado, más ó menos, el mundano. Tal cual vez, el voluptuoso, y más aún el sensual. Algunas descripciones de mujeres, aunque no son deshonestas, tampoco mueven á la castidad, y pueden inquietar, si bien ni lo menos honesto llega á describirlo, si no con frase más genérica.” Esta reconvención era insoslayable puesto que la novela, en tanto género que da testimonio del mundo, siempre va a representar la realidad y, la sola descripción de las mujeres desde la perspectiva del costumbrismo romántico, altera la idea colonial de Ladrón de Guevara relativa a los conceptos de “honestidad” y “castidad”. En la medida en que el enunciado de la realidad en el Quijote o el Lazarillo, por ejemplo, contradice solo desde la descripción y sin entrar en juicios éticos o políticos la prédica de la Iglesia sobre la moral, no es casual que durante la colonia los géneros más desarrollados fuesen la oratoria sagrada, la poesía religiosa y de ocasión, la mística, la hagiografía y, en el teatro, el auto sacramental, y que la difusión de novelas, incluidas las nombradas, estuviese prohibida; cuestión que dio lugar al contrabando y difusión clandestina de las mismas.⁴⁰²

⁴⁰² La tesis de que la novela no fue un género literario desarrollado en la América colonial debido a la censura de la Iglesia interesada en el uso de la religión y la fe como instrumento de sometimiento y

Es así que, la novela romántica latinoamericana —que en nuestra América es fundacional en la medida en que inaugura el género en las nacientes repúblicas, con un par de excepciones de novelas previas, de corte neoclásico aunque con incipiente espíritu romántico, durante el proceso independentista— está cargada de la sensualidad del mundo secular. También es testimonio de cómo, en sociedades de tendencia endogámica por motivos sociales, el descubrimiento del amor se da, por lo general, en el seno de las familias, como sucede en el romance entre Efraín y María; o, como en el caso de la novela *Cumandá*, del ecuatoriano Juan León Mera, por una especie de atracción inexplicable provocada por los lazos de sangre que subyace en el enamoramiento entre los hermanos Carlos y Cumandá. Inclusive, dada la convivencia desde una temprana edad, este descubrimiento del amor aparece entre los habitantes de una misma casa, como pasa en la relación de Carlota y su esclavo Sab, en la novela *Sab*, de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda.

La siguiente reconvencción, en términos de perdonavidas, a la novela *María* entra ya en un terreno sinuoso por lo mucho que de malicia existe en los ojos de este censor de comienzos del siglo veinte: “Es reprehensible la morosidad en dar cuenta del baño que á Efraín preparaba María, esparciendo el agua de flores. Pase esto, sin embargo.” Cabe señalar que las flores que se obsequian mutuamente Efraín y María son parte del silencioso lenguaje de los enamorados; el que María las haya esparcido en el agua del estanque, por tanto, es un gesto propio del romanticismo sentimental más que una expresión de ‘pecaminoso’ hedonismo; a fin de cuentas, con rosas o sin ellas, Efraín tenía que tomar el baño en el estanque descrito, que era el estanque familiar. Lo que molesta al estrecho moralismo católico del que hace gala Ladrón de Guevara es, tal vez, la poética sensualidad del lenguaje de Isaacs a lo largo de la novela. Sensualidad que, por otra

dominación de la población indígena y criolla, ha sido explicada por Agustín Cueva en el primer capítulo de su ya clásico *Entre la ira y la esperanza* [1967] al hablar del arte y la literatura en la colonia.

parte, es la característica que hace de *María* una novela de tesitura narrativa impregnada de lirismo y es, también, la que le da permanencia en las lecturas a través del tiempo. La escena a la que se refiere Ladrón de Guevara está en el último párrafo del capítulo IV:

Horas después me avisaron que el baño estaba preparado y fui a él. Un frondoso y corpulento naranjo, agobiado de frutos maduros, formaba pabellón sobre el ancho estanque de canteras bruñidas: sobrenadaban en el agua muchísimas rosas; semejábase a un baño oriental, y estaba perfumado con las flores que en la mañana había recogido María.⁴⁰³

Continúa el jesuita con la tercera reconvención que es ya de mayor calibre: “Lo que no puede pasar es el pasaje de la ida de aquél [Efraín] con Salomé, *joven harto ligera*, por aquellas soledades del río, con lo demás que allí se cuenta. La sensualidad y peligro aquí nos parece claro, *sobrando para los jóvenes lo inquietante y perturbador.*” [Énfasis añadido]. Ladrón de Guevara se refiere a los acontecimientos de los capítulos XLVIII y XLIX: Efraín va a visitar a su compadre Custodio y su esposa, la comadre Candelaria; el compadre le pide que hable a solas con su hija Salomé, pues si bien conoce que el mulato Tiburcio la pretende, también se ha dado cuenta de que este último ha dejado de venir a visitarla por causa de la constante presencia de Justiniano, el hermano de Carlos, amigo de Efraín. Custodio está preocupado porque no quiere que su hija, al final, termine engañada por el blanco. Este enredo de cortejos está atravesado por las diferenciaciones de clase y de raza pues las contradicciones “hija de rico hacendado / hija de campesino pequeño propietario” y “joven blanco / muchacha mestiza” convierten a dicho enamoramiento en un imposible. Así, el cortejo amoroso queda reducido a una

⁴⁰³ Isaacs, *María*, p. 13.

seducción de tradición patriarcal, básicamente sexual, en la que existe una relación asimétrica y, por lo tanto, signada por el poder.

El costumbrismo romántico se convierte en expresión precursora de literatura regional y adquiere, en estas páginas, una enorme dimensión poética debido al manejo del lenguaje que logra Isaacs en los parlamentos de los participantes de la escena y en la descripción, tanto de la naturaleza como de sus personajes. Las descripciones que hace Isaacs de Salomé son de una sensualidad exquisita y eso, a lo mejor, “perturbó” en su lectura al jesuita. La sonrisa de Salomé deja ver “aquellos dientes de blancura inverosímil, compañeros inseparables de húmedos y amorosos labios: sus mejillas mostraban aquel sonrosado que en las mestizas de cierta tez escapa por su belleza a toda comparación” y, dado que Efraín la contempla mientras ella está moliendo, la descripción que sigue, ciertamente, podría haber inquietado a Ladrón de Guevara: “Al ir y venir de los desnudos y mórbidos brazos sobre la piedra en que apoyaba la cintura, mostraba ésta todos su flexibilidad, le temblaba la suelta cabellera sobre los hombros, y se estiraban los pliegues de su camisa blanca y bordada.”⁴⁰⁴

Más adelante, concluye la descripción de la hermosura de la muchacha señalando que “la cara de Salomé con sus lunares, y aquel talle y andar, y aquel seno, parecían cosa más que cierta, imaginada.”⁴⁰⁵ Lo que no se encuentra en la novela es acción alguna que permita juzgar al personaje como una “joven harto ligera”, tal cual señala el jesuita: en este señalamiento parece hablar más el deseo del inquisidor de que así sea, antes que la realidad de lo que Salomé verdaderamente es. Aquí, más bien, parecería cumplirse ese proceso de *erotización del cuerpo de la mulata* —como se da en el caso de la novela cubana *Cecilia Valdés*— tanto por la mirada de Efraín como por la lectura voyerista de Ladrón de Guevara: “La belleza de los pies de Salomé, que la falda de pancho azul

⁴⁰⁴ *Ibidem*, p. 262. La descripción de los dientes y los labios es la oración anterior a la citada.

⁴⁰⁵ *Ibidem*, p. 263.

dejaba visibles hasta arriba de los tobillos, resaltaba sobre el sendero negro y la hojarasca seca.⁴⁰⁶

Esta erotización y esa actitud voyerista constituyen, en realidad, los cimientos sobre los que, según el jesuita, se asienta la perturbación de los jóvenes que lean la novela: la belleza visible de los pies de Salomé, con el giro de una sinestesia, asoman como la totalidad de la sensual belleza de esta mujer. Mas, tales procesos no residen únicamente en el texto sino que son complementados en el modo de aproximarse que tendrían ciertos lectores. Ladrón de Guevara acierta al llamar la atención sobre la perturbación de los lectores que Isaacs consigue a través de un lenguaje cargado de imágenes sensuales. Esa perturbación pecaminosa que señala el jesuita, desde su visión inquisitorial, no es sino la capacidad que tiene la literatura de conmover a los lectores mediante el lenguaje. En el caso de *María*, Isaacs consigue una erotización de sus personajes femeninos a través de la sutileza y polisemia de la poesía.

La coquetería de Salomé se asemeja a la de Tarcila, la muchacha del poema “La reina del campamento”; ambas tienen claridad acerca de la atracción que poseen y también de las diferencias sociales y raciales del lugar que habitan. Isaacs reivindica, desde el desarrollo de estos personajes femeninos, la libertad de las mujeres campesinas para transitar el mundo patriarcal que habitan sin el rígido yugo de las convenciones sociales que moldean a las mujeres de la casa de hacienda. Tarcila y Salomé son mujeres orgullosas de su belleza que se sienten dueñas de su cuerpo, y son seductoras con el poder de la mujer que irrumpe en un mundo masculino y consigue perturbarlo.

Salomé está consciente de las diferencias sociales y raciales que la separan de Efraín pero no duda en declararle su enamoramiento con la ambigüedad de las premisas condicionales. En su conversación con Efraín en la que se queja acerca de los celos

⁴⁰⁶ *Ibidem*, p. 265.

infundados de Tiburcio, ella dice: “¿Y qué remedio? ¿por qué quiero a ese creído? Si yo fuera blanca, pero bien blanca; rica, pero bien rica... sí que lo querría a usted; ¿no?”⁴⁰⁷

Salomé es un personaje que actúa con una autonomía tal que rompe los moldes de la conducta sumisa que se esperaría de una mujer bajo los preceptos morales de Ladrón de Guevara; y tal vez por ello que éste la califica de “joven harto ligera”. Al mismo tiempo, Salomé no se hace ilusiones: ella no es ni blanca ni rica pero le gustaría serlo, no como negación de su condición racial y social, sino porque sabe que el abismo que la separa de Efraín no puede ser franqueado desde el lugar que ambos ocupan.

No obstante, Salomé convierte a Efraín en objeto del deseo y, al mismo tiempo, consigue expresarlo con la estratégica ambigüedad que el débil utiliza para un movimiento agresivo que lo empodera. Más adelante, se queda mirando a Efraín, “y sonreía maliciosa mientras se pasaba las manos húmedas por los cabellos”⁴⁰⁸, y le confiesa que ha soñado que era verdad todo lo dicho; Efraín, intuyendo los sentimientos de Salomé, intenta desviar la confesión replicando que si el sueño se trata del amor esquivo de Tiburcio, pero ella no lo deja escapar y se reafirma con fuerza expresiva: “¡Malaya!, que yo era blanca... Cuando desperté, me entró una pesadumbre tan grande, al otro día era domingo y en la parroquia no pensé sino en el sueño mientras duró la misa; sentada lavando ahí donde usted está, cavilé toda la semana con eso mismo y...”⁴⁰⁹ Pero Efraín, un amante romántico y fiel, advierte a los lectores acerca de la pertenencia exclusiva de su corazón. Durante el paseo con Salomé, al parecer, ambos son seguidos discretamente por el padre de la muchacha lo que le hace pensar a Efraín que la confianza de Custodio en él tiene sus límites. Efraín, entonces, reflexiona: “Custodio

⁴⁰⁷ *Ibidem*, p. 271.

⁴⁰⁸ *Ibidem*.

⁴⁰⁹ *Ibidem*, p. 272.

ignoraba que su recomendación estaba ya diplomáticamente cumplida, y que a los mil encantos de su hija, alma ninguna podría ser más ciega y sorda que la mía.”⁴¹⁰

Ladrón de Guevara dictamina como una falta moral lo que, para las múltiples lecturas de *María* a través del tiempo, es, por lo contrario, una virtud de la novela. Los hechos que cuestiona Ladrón de Guevara son ciertos y una lectura contemporánea como la del novelista Evelio Rosero conceptúa de manera celebratoria lo que el jesuita abomina: “toda la sensualidad que existe pero está reprimida entre Efraín y María se explaya y retoza durante el paseo de Salomé y Efraín al río.”⁴¹¹ Por lo tanto, la mirada de Ladrón de Guevara, con la carga de sus prejuicios conservadores, resalta en el texto lo que, desde una orilla de pensamiento más bien liberal, aquellos que sostienen que *María* es una novela sentimental sin más —en el peor sentido del término—, no alcanzan a ver: la poética sensualidad de su lenguaje, la libertad espiritual de sus personajes, la representación de la cultura regional que trasciende lo meramente folclórico.

Acusada por Ladrón de Guevara, en 1910, de ‘perturbar’ a los jóvenes, la novela *María* también fue objeto de escarnio, más de medio siglo después, por parte de los poetas *Nadaístas*, que se ubican en la orilla ideológica opuesta al jesuita, puesto que, al decir de Jotamario Arbeláez: “Ser enemigos de esa obra nos daba buenos dividendos. Nos permitía elaborar bromas apaches a la virginidad, a la castidad, a la enfermedad, al romanticismo y al pájaro negro dentro del paisaje bucólico.”⁴¹² En el “Primer manifiesto Nadaísta”, escrito por su fundador, Gonzalo Arango (1931 – 1976), en 1958, el carácter iconoclasta, provocador y vanguardista del movimiento puede verse en la siguiente negación de las diversas formas expresivas de la estética:

⁴¹⁰ *Ibidem*.

⁴¹¹ Evelio José Rosero, “La maldad en María”, *Revista Casa Silva* (Bogotá) 9 (enero 1996): 234.

⁴¹² Jotamario Arbeláez, “Nunca comulgué con María”, *El Tiempo*, 17 de abril de 1995, en *Nada es para siempre. Antimemorias de un nadaísta*, Caracas, Editorial El perro y la rana, 2011, p. 239.

Al surgir esta nueva forma de belleza Nadaísta toca a su ocaso la belleza clásica; la belleza medida y calculada; la belleza pulsada e inspirada; el pasatiempo de la belleza; la enseñada por los profesores de retórica; la belleza del éxtasis celeste; la belleza lírica; la belleza elegíaca; la belleza épica y pastoril; el truco abominable de la belleza parnasiana; la que fabrican los poetas masivos y mesiánicos..., pero sobre todo, la belleza que se hace con olor a mujer, esa detestable traición a la belleza que es el romanticismo.⁴¹³

Cuenta Jotamario en sus *antimemorias*, que cuando el nadaísmo llegó a Cali, en 1959, los miembros del movimiento de esta ciudad, entre ellos él mismo, redactaron un manifiesto dirigido al alcalde de la ciudad Antonio Garcés Sinisterra, “donde hacíamos perentoria exigencia de que se retirara el monumento a *María* —bajo el riesgo de ser dinamitado— y fuera reemplazado por el busto de Brigitte Bardot.”⁴¹⁴ Asimismo señala que, en 1966, como parte del II Festival de Vanguardia, Gonzalo Arango convocó a la “Exposición Nacional del Libro Inútil”, justamente en el parque donde se erigía el monumento a *María*. La idea, como parte de esa vocación por el performance que tuvieron los nadaístas, fue convocar a la gente para que colgara de las ramas de los árboles los libros con los que, de alguna forma, quería saldar cuentas.

Los escritores llegaban con sus propios libros o con los de sus enemigos, dice Jotamario; tanto querían estar presentes en la celebración que, inclusive de acuerdo al relato de Jotamario, uno de los apologistas de Isaacs y su *María*, Luis Carlos Velasco Madriñán —autor de *Jorge Isaacs, el caballero de las lágrimas*— se unió al jolgorio luego de constatar que algunos de sus libros estaban colgados de los árboles. “Pero el

⁴¹³ Gonzalo Arango, *Primer manifiesto Nadaísta*, Medellín, Tipografía y Papelería Amistad Ltda., 1958, p. 6.

⁴¹⁴ Arbeláez, *ob. cit.*, p. 238.

libro que barría por su reiterada presencia era *María*, colgado por los estudiantes condenados a leerlo. [...] En medio del éxtasis, algunos chistosos quemaron sobre las cabezas de Efraín y María ejemplares de *El Tiempo* y *El Espectador*.⁴¹⁵ Otra versión del mismo acontecimiento, menos festiva y más violenta, pues en esta sí se habla de la quema de ejemplares de la novela *María*, es la que cita Carlos Rincón al transcribir la reseña aparecida en *El Tiempo*:

Profanación literaria del Parque de La María hicieron hoy los Nadaístas con su ‘Exposición del libro inútil’, como uno de los actos del II Festival de Vanguardia. La obra de Jorge Isaacs —La María— fue colgada del monumento del gran novelista y de los protagonistas del romance Efraín y María, juntamente con otras valiosas obras que también fueron colgadas de los árboles o de los faroles del alumbrado público, para luego ser incineradas.⁴¹⁶

Al año siguiente, el 17 de junio de 1967, en el Teatro Municipal de Cali, tuvo lugar la celebración del centenario de la publicación de *María*; acto solemne que contó con la presencia de representantes de diversos grupos de poder; entre ellos, el presidente de Colombia, Carlos Lleras Restrepo. En el discurso de orden, que estuvo a cargo del poeta Eduardo Carranza, por entonces ya exponente de la *cultura oficial*, este se tomó a pecho la necesidad de una respuesta al escarnio de los nadaístas y sentenció: “Vamos a ver si sus detractores son capaces de escribir una novela que dure siquiera diez años. A *María* no la van a borrar y de ello estamos absolutamente seguros, ni con un motín de

⁴¹⁵ *Ibidem*, p. 239.

⁴¹⁶ Tomás Ramírez Serna, “Entre risas y gritos, Nadaístas llevan varias obras a la picota”, *El Tiempo*, Bogotá, 27 de junio de 1966, citado por Carlos Rincón, “Sobre la recepción de *María* en Colombia. Crisis de la lectura repetida y pérdida de autoridad del canon (1938 – 1968)”, en *Memorias del primer simposio internacional: Jorge Isaacs, el creador en todas sus facetas*, Cali, Universidad del Valle, 2007, p. 84.

obscenidades ni con melenudas asonadas. Por eso es bueno repetir que Isaacs es un héroe de la inteligencia colombiana y *María* una vena azul de la patria.”⁴¹⁷ La ceremonia de Cali fue un nuevo acto de canonización tanto de Isaacs como de su *María* en el que, al igual que la primera vez, durante la *apoteosis* de 1905, se vació a Isaacs de toda su iracundia radical, de su condición de paria político, y se definió a *María* desde una lectura que la estableció como paradigma del amor casto en el marco del romanticismo sentimental y cuyo sustento argumentativo fue la defensa de la literatura nacional.

La iracundia del poeta Eduardo Carranza se entiende si se conoce que Jotamario Arbeláez lo había retado a duelo en la hacienda El Paraíso a donde Jotamario acudió con sus cofrades nadaístas. En sus *antimemorias* cuenta que como Carranza no apareció lo declararon “técnicamente muerto”, y, a las cinco de la mañana, “como no hubo cadáver que lamentar ni que levantar, procedimos a bañarnos en bola en el mismo sitio donde lo hacía María en levantadora.”⁴¹⁸ La iconoclastia e irreverencia de los nadaístas y su vocación por el montaje teatral en los espacios públicos, que nació en el marco de la lucha social contra la dictadura militar que sucedió al también gobierno autoritario de Rojas Pinilla, se resume en esta síntesis del novelista Óscar Collazos:

En lo social y en lo literario, el Nadaísmo se produjo en un momento de transición de la sociedad rural a la sociedad urbana y en un espacio propicio a las rupturas, vacío de diálogo democrático y cerrado a aquello que no fuera puramente institucional. [...] El Nadaísmo alimentó cambios

⁴¹⁷ Eduardo Carranza, “Discurso del Centenario de *María*. Teatro Municipal de Cali”, Archivo de la Casa Silva, sin número de catálogo, citado por Carlos Rincón, *ibídem*.

⁴¹⁸ Arbeláez, *ob. cit.*, p. 240.

profundos, aunque marginales, en la vida cotidiana del país, fue un revulsivo moral y literario...⁴¹⁹

Al parecer, los nadaístas no conocieron el libro con las advertencias morales de Ladrón de Guevara sobre la lectura de *María* y la definieron sin más como parte de toda esa tradición que, sin matices, estaban dispuestos a derrumbar, según lo expuesto en el capítulo XIII de su *Manifiesto*: “No dejar una fe intacta, ni un ídolo en su sitio. Todo lo que está consagrado como adorable por el orden imperante será examinado y revisado.”⁴²⁰ Ni siquiera tomaron en cuenta que Isaacs representaba, en su expresión más consecuente, el espíritu liberal y radical de aquellos que perdieron la confrontación política e ideológica del siglo diecinueve en contra de la dominación de los conservadores y, particularmente, de la iglesia Católica.⁴²¹

Isaacs, desde su matriz liberal radical, combatió contra el mismo bando de políticos y sectores hegemónicos colombianos contra el que los nadaístas enfilaron sus dardos irreverentes; tanto es así que en el *manifiesto*, escrito por Arango, la crítica a la educación colombiana es similar a la que, en su tiempo y desde el cargo de Superintendente de Instrucción Pública del Cauca, hizo Isaacs: “educación dogmática regida por principios confesionales y escolásticos” en la que “tanto la Iglesia Católica como el Estado Ortodoxo han prohibido el libre examen y la libre investigación [...] en

⁴¹⁹ Óscar Collazos, “Nadaísmo”, en *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá, Casa de Poesía Silva, 2009, p. 555.

⁴²⁰ Arango, *ob. cit.*, p. 35.

⁴²¹ Tuve una entrevista con Jotamario Arbeláez (Cali, 1940) en su departamento, en Bogotá, el 13 de noviembre de 2013, para conversar sobre este episodio en la historia de los nadaístas, justo antes de que ambos asistiéramos a una conferencia sobre Alice Munro, que los escritores Guido Tamayo y Miguel Ángel Manrique ofrecían en la residencia de la embajadora de Suecia. Le comenté la investigación sobre Isaacs y todas las peripecias políticas que este protagonizó; por supuesto le hablé, entonces, acerca de la crítica moralista de Ladrón de Guevara a *María* que, hasta ese momento, Jotamario desconocía y que escuchó con asombro. Al final de la cita, luego de contarme, entre otras cosas, que su madre era hija de sastres ambateños y que los nadaístas de Cali se diferenciaban de los Medellín en aquellos tenían un mejor sentido del humor, me regaló sus *antimemorias* con la siguiente dedicatoria: “A mi querido Raúl Vallejo, quien perdonará nuestra vieja insolencia, tan injusta como Ladrón de Guevara”.

ello evidencian el complejo ante una educación liberal racionalista...⁴²² Isaacs tuvo que luchar contra la oposición de la Iglesia a la *educación popular* que, a través del púlpito, hacía un permanente llamado a los padres para que no matriculasen a los niños o los sacaran de las escuelas laicas; por ejemplo, respecto de una escuela de niñas recién establecida informa —en vísperas de la guerra civil de 1876 promovida por la Iglesia y el partido Conservador—, que: “Aún antes de que se abriera en Florida la Escuela que hoy dirige el señor Cabrera, el señor cura Arístides Salcedo empezó a desempeñar á su modo la antievangélica labor de combatir, valiéndose de los mismos engaños y calumnias que otros de sus colegas, la educación oficial.”⁴²³

Sin embargo, una vez consolidado el poder en la estructura de los nacientes Estados nacionales en el siglo veinte se produjo la lógica institucionalización de la literatura producida en el siglo diecinueve. Así, una novela como *María* fue reproducida en el sistema educativo como parte de una tradición nacional que, durante el largo proceso de articulación de los países de nuestra América al mercado transnacional, se fue vaciando de su original contenido patriótico para convertir el arte y literatura en símbolos culturales del poder hegemónico. Es sabido que, en general, las obras literarias, por revolucionarias que sean, terminan siendo objeto de apropiación por parte de la Escuela, en tanto aparato ideológico del Estado, y son difundidas en el sistema educativo bajo la óptica de la interpretación oficial de la cultura dominante.

Carranza, en su discurso de 1967, develó un nuevo episodio de la apropiación de la novela y de su autor que los sectores hegemónicos del Estado colombiano venía construyendo desde 1905, año de la así llamada *gran apoteosis de Isaacs*. A comienzos del siglo veinte, había terminado la Guerra de los mil días (1899 – 1902), Panamá se

⁴²² Arango, *ob. cit.*, p. 18.

⁴²³ Citado por Morales Benítez en su *ob. cit.*, p. 82. Existen decenas de informes sobre la situación de las escuelas públicas de distintos poblados del Cauca, similares al citado, que fueron víctimas del permanente boicot de la Iglesia.

había separado de Colombia (1903) y, en medio del caos y la pobreza, Rafael Reyes Prieto asumió en 1904 la presidencia bajo el lema de “unión y concordia”. El proceso de la *apoteosis* comenzó con el traslado de los restos mortales de Isaacs —que habían sido exhumados en Ibagué el 21 de noviembre—, desde Bogotá a Medellín, a donde llegaron el 22 de diciembre de 1904, para cumplir la voluntad del poeta de ser enterrado en Antioquia. Al parecer, la sociedad antioqueña decidió olvidar cómo sus círculos de poder, en los que convivieron aliados conservadores y liberales, lo vilipendiaron después de la fallida revolución radical de Antioquia de 1880, encabezada por el propio Isaacs. La *apoteosis* y, al mismo tiempo, la consagración de *María* en el centro del canon literario nacional fue, en ese entonces, un signo de reconciliación de un país desangrando por la guerra, la pobreza y la mutilación territorial. Esto último se desprende del discurso del periodista y político liberal Fidel Cano durante la inhumación de los restos de Isaacs, el miércoles 15 de febrero de 1905:

¿Qué significado íntimo tiene esta manifestación nacional harto más extensa y solemne que el suceso doméstico antioqueño que la ha ocasionado, apenas ocasionado? En mi sentir —tal vez diría mejor si dijese en mi esperar— la apoteosis del poeta Caucaño es un signo de vida, ó, si queréis, de resurrección, que surge de repente en ese vasto cementerio de glorias, de virtudes y de ideales que se llama Colombia, harto más triste y desolado que el camposanto donde ahora nos vemos.⁴²⁴

⁴²⁴ Fidel Cano, “Discurso leído por el Sr. D. Fidel Cano en el Cementerio de San Pedro, en la inhumación de los restos de Jorge Isaacs”, en *La gran apoteosis de Isaacs. Colección de documentos, discursos, & C., relativos á los honores hechos á la memoria y los restos del cantor de la tierra de Córdoba*, Medellín, Imprenta Oficial, 1905, p. 110. Edición digitalizada por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República de Colombia.

Todo el proceso que conformó la *apoteosis* de Isaacs fue monumental: “quizá no haya habido en toda la República colombiana una manifestación en que la suntuosidad, el entusiasmo, el buen gusto, la cordialidad y la cultura se hayan extremado hasta imprimir carácter honroso y envidiable á toda una sociedad.”⁴²⁵ Cuando llegaron los restos a Medellín, se organizó una comitiva congregada en el atrio de la Catedral, desde donde salió para ubicarse en el parque de Berrío y caminar hacia la capilla de Jesús; ahí los integrantes del cortejo recibieron los restos del poeta. La procesión regresó al parque donde se pronunciaron los discursos de recepción. Esta comitiva estuvo conformada por: la oficialidad de la Guardia Civil y la Gendarmería, precedida de la Banda de Cornetas; por los gremios artesanales; el Alcalde y los empleados municipales; el Prefecto y los empleados de la provincia; el concejo municipal de Medellín; el Tribunal Superior y los empleados judiciales; las Academias; el gobernador del departamento de Sucre y empleados departamentales; representantes del Gobierno Nacional; un cuadro alegórico de Antioquia en donde fueron colocados los restos del poeta; la colonia caucana; los periodistas; el Centro Artístico; la Junta Isaacs; público en general y cerraba el desfile la Banda Marcial.⁴²⁶

El ceremonial de la *apoteosis*, sin embargo, había comenzado en Bogotá, a las 8 y 30 p.m. del sábado 10 de diciembre, en que se realizó una velada literaria en el Teatro Colón. Según una crónica de la época, en ella participaron “los Sres. Lisímaco Isaacs [hijo de Jorge Isaacs], Juan C. Arbeláez [albacea de la voluntad de Isaacs de que sus restos sean trasladados a Medellín], Marceliano Vélez [comisionado de la diputación de Antioquia para el traslado de los restos y general de las fuerzas conservadoras de Antioquia, durante las batalla de los Chancos, contra las que peleó Isaacs], Rafael Uribe Uribe [político liberal de la Guerra de los Mil Días, propulsor del socialismo y el

⁴²⁵ *La gran apoteosis*, p. 3.

⁴²⁶ La información es del cartel, elaborado por la Comisión Isaacs, que se fijó en las esquinas de la ciudad; en *La gran apoteosis*, p. 38.

sindicalismo y, para más señas, modelo del personaje el coronel Aureliano Buendía], Max Grillo [apologista de Isaacs que, en 1892, había fundado la revista modernista *Gris*], Antonio J. Restrepo [político liberal] y José M. Bonis [autor de la crónica]. Una concurrencia de lo más distinguido de la sociedad bogotana demostró que el recuerdo del autor de *María* será imperecedero.”⁴²⁷ Durante la velada, fueron declamados dos poemas de Isaacs; Max Grillo recitó “La tumba de Belisario”, y el general Uribe: “Tierra de Córdoba”, “que dejó oír con voz clara y firme, bien que es de sentirse no le hubiera dado un poco más de entonación poética”⁴²⁸. Grillo dijo antes de proceder a la lectura del poema: “Muchos cantores de la nueva generación darían sus versos todos por una sola estrofa de ‘La tumba de Belisario’, perfumada por el soplo de una melancolía tan intensa.”⁴²⁹ La velada literaria de Bogotá fue un preámbulo de la primera apropiación estatal de la figura de Isaacs que significó la *apoteosis* con la participación de sectores hegemónicos en el campo político y cultural.

Los restos de Isaacs tuvieron sus honras fúnebres el miércoles 14 de febrero de 1905 en la Catedral Metropolitana de Medellín. La ceremonia religiosa fue convocada a las 8 y 30 a.m. y a ella asistió masivamente la ciudadanía. Los restos permanecieron en capilla ardiente hasta las 3 y 30 p.m. hora en la que fueron conducidos al Panteón de San Pedro. La procesión estuvo organizada de manera similar a como lo fue durante la recepción, pero en esta oportunidad se añadieron representaciones de la Escuela Nacional de Minas, de la Universidad de Antioquia, de la Escuela Normal de Instructores, del Instituto Girardot; de los gremios de obreros e industriales; así como un carro oficial con la bandera de Colombia y las ofrendas del Gobierno de Antioquia; otro con las ofrendas del Departamento del Tolima; y tres carros alegóricos con los siguientes temas: “la Fama”; “Antioquia custodiando los restos de Isaacs”, en este carro fueron conducidas

⁴²⁷ *Ibidem*, p. 18. Reseña de Jorge Méndez Valencia, cronista de *El santo y seña*.

⁴²⁸ *Ibidem*, p. 21.

⁴²⁹ *Ibidem*, p. 29.

“las preciosas reliquias del vate”; y “La gloria coronando a Isaacs”. La suntuosidad del acto contrasta con el vilipendio político que en vida sufrió Isaacs y la mezquindad con la que, esa misma sociedad política, lo trató a su muerte y cuyo ejemplo mayor fue la desdeñosa actitud del presidente Miguel Antonio Caro.

El discurso cultural grandilocuente que fue la ceremonia de traslado de los restos de Isaacs desde su tumba en Ibagué, ciudad en donde él mismo se consideró desterrado, hasta el panteón de San Pedro, en Medellín, pasando por un homenaje en Bogotá, menos pomposo pero no menos solemne, es un ejemplo de cómo una sociedad expía las injusticias mediante la exageración de las formas y el vaciamiento de las contradicciones. Con el ceremonial de la *apoteosis*, los grupos hegemónicos de la nación se apropiaron de Jorge Isaacs, a diez años de su muerte, despojándolo de la militancia radical de su vida y mitificando no solo la novela, el texto, sino también al personaje de *María*, que pasó a convertirse en icono cultural y figura modélica de los rezagos rurales de un Estado en permanente conflicto violento. El siguiente fragmento de una crónica del evento es un ejemplo de cómo esta *apoteosis* incluyó elementos que, en el pasado, fueron justamente el motivo del desprecio hacia Isaacs: por un lado, su origen judío y, por otro, la radicalidad de sus acciones políticas.

La fiesta con que Medellín honró las cenizas del eminente bardo israelita que en buena hora se las legara, será perdurable en nuestros anales.

Hé aquí una muestra de civilidad y cultura, de olvido de bajas pasiones; de agradecimiento; de admiración en fin.

Orgullo, legítimo orgullo, inspira esta apoteosis del cantor caucano de La Tierra de Córdoba; del trabajador infatigable y del guerrero.⁴³⁰

⁴³⁰ *Ibidem*, p. 87. Crónica de Luis E. Latorre.

Después de la parafernalia de esta canonización, siguieron la inauguración del momento a Isaacs en Cali, del artista catalán Carlos Perea, en 1920, en el que se conjugan un busto del escritor con las esculturas de Efraín y María, que están leyendo *Atala*, el perro Mayo y el ave negra; y la construcción del teatro Jorge Isaacs, también en Cali, inaugurado el 26 de diciembre de 1931. El monumento contiene todos los elementos simbólicos como para perpetuar en el imaginario ciudadano ya no solo la presencia de Isaacs, en tanto escritor, sino de *María*, que más allá de la lectura curricular de la novela, está convertida ya, por la simbólica de la escultura, en un personaje y leyenda que es parte de la apropiación cultural de la ciudad. Ya no importa siquiera que se lea o no la novela, lo que importa es que quien pasea por el parque se entera de la existencia de *María*, la novela y el personaje, y aquella historia de amor triste que permanece, como permanece el espíritu del romanticismo en la cotidianidad inconsciente de un mundo que se proclama ajeno a los postulados románticos.

En junio de 1937, año del centenario del nacimiento de Isaacs, la Academia Colombiana —la primera de América, en cuya fundación, en 1871, no estuvo el autor de *María*— dedicó su *Boletín* a la vida y obra de Isaacs y con ello la *canonización* del poeta se volvió indiscutible. En dicho número se publica la manera cómo se había celebrado el centenario del poeta en Ecuador, Uruguay, México, Chile y se hace una compilación de tres artículos sobre cómo había sido revisado el centenario de Isaacs, “según los grandes diarios de Suramérica”. Además de otros artículos, fueron publicados los seis capítulos de *Camilo*, la novela inconclusa de Isaacs. En el *Boletín*, por ejemplo está reproducida una circular del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria dirigida a los establecimientos educativos, fechada el 14 de abril de 1937, en la que da la siguiente instrucción:

Los profesores de Idioma español 3° y de Literatura Universal, deberán encontrar una hora, dentro del tiempo destinado al cumplimiento de su labor docente, para destacar la significación de *Jorge Isaacs* en la novela americana y para recordar los valores literarios y morales de *María*, como una ocasión más para inculcar en los estudiantes de hoy, el recuerdo admirativo hacia las obras que constituyen el patrimonio común de nuestras gloria americanas.⁴³¹

A esta permanente apropiación formal de la obra de Isaacs por parte del Estado y el sistema educativo en todo el continente, a finales de la década del treinta, cierta repulsa de las nuevas generaciones de escritores ya no tenía que ver con la confrontación entre liberales y conservadores, sino con la aparición de las modernas sensibilidades estéticas distintas del romanticismo y con el rechazo que la institucionalidad cultural produce en los grupos que surgen al margen de ella. Jotamario Arbeláez lo argumenta *a priori*: “Mi tesis es que una obra unánimemente aclamada por la Iglesia y por la academia, y por lo tanto con asiento de primera en el *pensum*, tiene que ser una obra muy sospechosa.”⁴³²

En 1938, el escritor Eduardo Caballero Calderón, que como buen admirador de Proust ejerció el periodismo con el seudónimo de Swann, descalifica sin atenuantes a *María*. Caballero lo hace desde una visión que privilegia la subjetividad, que asume lo urbano como la nueva realidad para la escritura y también desde un concepto moderno de la novela en tanto género literario:

⁴³¹ “Circular del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria a los establecimientos de educación”, en *Boletín de la Academia Colombiana*, (Bogotá) v. II, # 9, 10 y 11 (Abril, Mayo y Junio de 1937), p. 260.

⁴³² Arbeláez, “El aguaferias de *María*”, *El Tiempo*, 1 de mayo de 1995, en *ob. cit.*, p. 243.

Con el cielo gris, desfondado por los postes de los teléfonos, rayado por las cuerdas de la energía eléctrica, y en medio de este escenario urbano limitado por todas partes, oscureciendo y sucio como las bambalinas de algún humilde teatrillo de arrabal, yo no podría leer la *María*.

[...]

Sus episodios deshilvanados y lentos, que el autor no supo enhebrar con la aguja de la interpretación psicológica; sus largas descripciones del paisaje; sus personajes tan ausentes y tan distantes de mi espíritu —cuyas preocupaciones se mueven con ritmo más acelerado y se tiñen de un color más intenso—; todo me produciría un gran hastío.⁴³³

En el artículo de 1995 ya citado, Jotamario Arbeláez, recordando la acción de los nadaístas contra Isaacs y *María*, también argumenta desde las nuevas sensibilidades para afirmar que “nunca comulgué con *María*”. Un hilo de la estrategia argumentativa en el artículo es oponer su desenfadada relación social con el mundo y su gusto por otras novelas, en las que el amor erótico está presente, para justificar ante el lector su imposibilidad de leer *María*. Así, comienza señalando que a los 16 años — es decir, en 1956, aunque por lo que dice acerca de la “caída del dictador”, debe ser más bien en la segunda mitad de 1957—, un profesor le regaló un ejemplar de la novela y que se sintió ofendido por cuanto, según narra en un lenguaje menos poético y más desenfadado que el Caballero:

⁴³³ Eduardo Caballero Calderón, “A propósito de Jorge Isaacs. Por qué ya no amamos a *María*”, *El Tiempo*, Bogotá, 18 de diciembre de 1938. Citado por Carlos Rincón, ob. cit., pp. 92. Rincón comenta el artículo desde el análisis de la recepción de la obra de Isaacs. A mí me interesa señalarlo como parte del camino de incomprendiones y excesos apologéticos que enfrenta una obra y de cómo la estrategia discursiva que invoca la modernidad suele repetirse cuando se trata de demoler una tradición; por ello, recurro a la comparación con el artículo de Jotamario Arbeláez que argumenta desde sensibilidades lectoras diferentes.

Acababa de participar a ladrillazo limpio en la caída del dictador y me había tocado ser testigo presencial de un ajusticiamiento de “pájaros”; un mes atrás había perdido —por dos pesos, con derecho a penetrar con la bicicleta— la rugosa virginidad en la zona de tolerancia; me peinaba como el Elvis Pelvis de ‘Muévete al compás del reloj’, y era el as del rock and roll en los bailaderos de la carrera 10ª; y por si fuera poco acaba de leer *Madame Bovary*, *Moll Flanders* y *Fanny Hill*.⁴³⁴

Durante el desarrollo del artículo, de manera similar a como Caballero dice que la lectura de *María* “le produciría un gran hastío”, dada su condición de *moderno*, Jotamario Arbeláez recurre a otro canon para declarar su imposibilidad de leer la novela de Isaacs. Así, va señalando, en varias oportunidades, que habría querido hacerlo para atacarla de mejor manera pero en cada intento de lectura el canon de la novela erótica se interpone: “Mi mente estaba pervertida por la *Nana*, de Zola”; “Tenía la mente llena con *Justine y Juliette*, del marqués de Sade”; “Acababa de leer la *Lolita* de Nabokov.”⁴³⁵ En ambos casos, el reclamo de modernidad en la aproximación estética a la literatura, aún cuando se recurra a algunos textos de la tradición erótica, es la razón para declarar la imposibilidad de una lectura contemporánea de *María*. Para Caballero es el “hastío”; Jotamario, por su parte concluye que, después de varios intentos de lectura de *María*, “no será esta la leyenda de amor que hiere mis venas.”⁴³⁶ La ruptura de la ilusión romántica en la cultura, después de las vanguardias del siglo veinte, es el denominador común que articula el rechazo a una novela como *María*, aún sin leerla por cuanto, de antemano, se ha declarado la imposibilidad de su lectura.

⁴³⁴ Arbeláez, *ob. cit.*, p. 237.

⁴³⁵ *Ibidem*, pp. 238, 239 y 240.

⁴³⁶ *Ibidem*, p. 241.

Pero los intentos parricidas en contra de Jorge Isaacs, su novela y del romanticismo en su conjunto, tuvieron más episodios que demuestran de qué manera los intelectuales colombianos emergentes querían, en su momento, derribar lo que la cultura dominante consideraba como el centro del canon literario nacional. De enero a abril de 1957, en la naciente televisión estatal de Colombia⁴³⁷, se organiza un juicio a *María* patrocinado por la empresa Dana, una marca de perfumes. El fiscal era Pedro Gómez Valderrama, que, en 1955, había participado junto a Jorge Gaitán Durán en la fundación de la revista *Mito*.⁴³⁸ Como defensor estuvo el escritor Carlos López Narváez, un viejo intelectual de lo que podríamos llamar la cultura oficial. El jurado estuvo compuesto por el publicista Bernardo Ramírez, relacionado con la revista *Prometeo* y diario *El siglo*, quien lo presidía; el periodista Gonzalo González, conocido como *Gog*, que escribía en *El Espectador*, de Bogotá; y Jorge Vélez García, abogado y también parte de *Prometeo*. En su análisis sobre la recepción de la novela *María* en Colombia, entre 1938 y 1968, Carlos Rincón resume el alegato del fiscal:

El proceso se inició con la lectura de una “demanda” hecha por el acusador Gómez Valderrama contra *María*, como “retrato o novela” que, producto de la época romántica, “recoge y hasta cierto punto amplía” los

⁴³⁷ La primera estación de televisión en Colombia fue estatal y fue impulsada e inaugurada por el general Gustavo Rojas Pinilla el 13 de junio de 1954, al año de haber asumido el poder.

⁴³⁸ Antes de continuar quiero dejar constancia que este apartado parte de algunos episodios recogidos en el artículo “*María*, una novela embargada, incinerada y condenada”, de Vicente Pérez Silva, aparecido en *Metáfora* (Cali) 6 y 7 (abril 1995). Pérez escribe una muy interesante crónica en la que menciona la condena de Ladrón de Guevara, el embargo decretado contra una edición de la novela, el juicio a *María* en la televisión y la supuesta quema de ejemplares de la novela orquestada por los nadaístas; por mi parte, he investigado en los textos originales para ampliar la información y precisar detalles: por ejemplo, Pérez habla de que los nadaístas “quemaron ejemplares de *María*” mientras que, durante mi entrevista con Jotamario Arbeláez, él fue enfático en señalar que jamás incineraron ningún libro de *María* y me explicó cómo se dio la quema que, en realidad, fue de ejemplares de *El Tiempo* y *El Espectador* sobre la cabeza de Efraín y María en el monumento que se erige en Cali, por parte de los eufóricos participantes de la citada Exposición Nacional del Libro Inútil. La interpretación académica de tales hechos, la confrontación de estos con la propia novela, como es el caso del episodio del paseo de Salomé y Efraín, la ampliación de la investigación hacia otros textos, la precisión de fechas y otros datos, y los juicios de valor sobre los hechos reseñados son de mi autoría y exclusiva responsabilidad.

“defectos y errores del movimiento romántico”, extremando el sentimentalismo, plagada además de fallas estructurales y técnicas que la privarían de un valor ejemplar cualquiera y escrita al margen de los problemas de su tiempo en América Latina y a espaldas del proceso de la vida colombiana. Por eso, como última de sus “declaraciones condenatorias”, Gómez Valderrama dejaba sentado en su demanda ante los Señores del Jurado: “Quinta: Aún admitiendo que el libro haya tenido una zona de influencia benéfica en la literatura colombiana, hay un amplio sector en el cual sus proyecciones ofrecen aspectos perjudiciales.”⁴³⁹

El fallo fue dado el 24 de abril; en él, el jurado sentenció que la *María* de Isaacs era una “novela sensiblera, irreal y ajena a los ordenamientos de la razón.” Nuevamente la novela de Isaacs era rechazada por la moderna intelectualidad con elementos de juicio que la descalificaban frente a las nuevas sensibilidades. No obstante, una pequeña nota aparecida en la sección “Lo que pasa” del diario *La República*, daba cuenta de que, durante la realización del juicio televisivo, había sobre la mesa de la secretaría dos legajos de cartas del público que opinaba sobre los argumentos de la acusación y de la defensa. El uno, más bien escaso, y el otro, “abundante y nutrido”: resulta que centenares de cartas de televidentes se manifestaron a favor de la novela y apenas unas decenas lo hicieron en contra de ella, por lo que la nota concluye: “...el Jurado pronunció el fallo, pero la opinión pública otorgó la sentencia.”⁴⁴⁰ El gusto del público se mantenía en los cánones del romanticismo del siglo diecinueve muy a pesar de que el juicio se daba al terminar la sexta década del siglo veinte.

⁴³⁹ Rincón, *ob. cit.*, p. 102.

⁴⁴⁰ “El fallo y la sentencia”, *La República* (Bogotá), 28 abril 1957: 4.

La repercusión mediática del programa fue tal que apareció en la primera plana de *Intermedio* —nombre que utilizó diario *El Tiempo*, de Bogotá, del 21 de febrero de 1956 al 7 de junio de 1957, luego de haber sido clausurado por el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla el 4 de agosto de 1955—. El domingo 28 de abril de 1957, a tres columnas, en la parte superior derecha, con el título “Pro y contra de *María*”, un largo reportaje realizado por Camilo López García, analizaba el fallo y entrevistaba a varios escritores para que emitieran sus opiniones frente al fallo del jurado. En la primera plana solo constan opiniones favorables al fallo, es decir, contrarias al valor de la novela. Comienza el reportaje con un juicio de Hernando Téllez:

Yo, por ejemplo, creo que *María* es una novela detestable. Pero respeto la razones por la cuales otros creen que es digna de admiración. Considero, sí, un error del criterio crítico [sic] identificar el patriotismo con el arte. Si *María* es una buena novela, no lo será porque haya sido escrita por un colombiano y porque en ella el escenario y los personajes sean nacionales. Si es una novela mediocre, tampoco lo será por las mismas causas. En cualquiera de los dos términos de la alternativa, los motivos para admirarla o para no admirarla deben ser, o deberían ser, estrictamente estéticos. La indignación contra el fallo condenatorio de los jueces no hace sino confirmar dos cosas: el fanatismo de nosotros los colombianos y nuestra escandalosa falta de humor.⁴⁴¹

La opinión de Téllez intenta ser equilibrada aunque deja sentado su criterio negativo frente a *María* y, es importante anotar, desmonta el principio del *patriotismo*

⁴⁴¹ “Pro y contra de *María*”, *Intermedio* (Bogotá) 28 abril 1957: p. 1.

como consideración para el juicio sobre la novela, según una tendencia de la crítica institucional pero no especializada al defender la obra de Isaacs. Al final, Téllez ensaya un giro de desenfado al bajarle la seriedad del tono con el que se había tomado el veredicto en la sociedad colombiana. Jorge Gaitán Durán, que por entonces tenía 33 años, había fundado *Mito* en 1955, y ya había publicado la mayor parte de su obra poética y crítica, arremete no solo contra *María* sino contra toda la literatura colombiana escrita hasta el momento:

Estoy completamente de acuerdo con el fallo y felicito por él a los miembros del jurado: por fin unos ciudadanos colombianos se deciden a no hacer el ridículo en estas cosas de la cultura. [...] En cuanto al fondo del asunto *María* no es criticable por su romanticismo si no por su mediana calidad. El sitio eminente que ocupa en nuestra literatura se debe —no nos engañemos— a la pobreza de esa literatura.⁴⁴²

En las páginas interiores ya encontramos una opinión favorable a la novela, que es la del escritor y periodista Alberto Zalamea, quien cuestiona la sentencia por el sinsentido conceptual que tiene la acusación de atentar contra la razón que se le hace a la novela: “No comprendo un fallo que se basa en condenar lo que está fuera de los ‘ordenamientos de la razón’. Los señores del tribunal condenaron así a la imaginación humana y algunas de sus maravillosas creaciones, comenzando con el Quijote, pasando por Nerval y terminando con Kafka.”⁴⁴³ El periodista Zalamea objeta la imputación racionalista que se le hace no solo a esta novela sino al romanticismo en su conjunto; imputación que resulta extraña proviniendo de intelectuales que buscaban su propio

⁴⁴² *Ibidem.*

⁴⁴³ *Ibidem*, p. 13.

espacio frente a los que consideraban la literatura oficial, toda vez que estos conocían de sobra el surrealismo y las vanguardias y, sobretodo, se jactaban de pertenecer a la modernidad urbana.

El diario conservador *La República*, a través del editorial principal bajo el título “La María”, protestaba en contra el fallo argumentando desde la tradición literaria, el orgullo nacional y la aceptación que la novela tenía en el público de todas partes del mundo. Desde el comienzo, el editorial es tajante en su rechazo al fallo: “Ni siquiera a título de humorada podemos aceptar la condenación que de la novela la *María* ha hecho un sedicente tribunal constituido en la televisora nacional. Isaacs y su obra pertenecen a la patria y constituyen uno de sus más ricos patrimonios.”⁴⁴⁴ Lo que estaba en juego era la afirmación o la negación del canon establecido y, al mismo tiempo, la permanencia de una tradición nacional construida desde el Estado y el poder hegemónico. En la medida en que Isaacs y su *María* eran considerados patrimonio nacional el diario defiende con fuerza no solo la novela sino todo lo que considera parte esencial de Colombia:

Lo que constituye el genio de una nación es el espíritu de los lugares, el paisaje materno, las tradiciones heroicas, los grandes hombres, las instituciones constituidas en lento trabajo de siglos, sus monumentos históricos, los santuarios de la Iglesia, la raza, la lengua —la que habla y la que canta—, ‘recuerdos y glorias comunes’, una tarea conjunta para realizar en el porvenir. Se es culto en la medida en que acumula y se conserva. Lo demás es barbarie auténtica. Hoy sí que necesitamos afirmar las tradiciones nacionales, el depósito sagrado de acción y de pensamiento que nos legaron nuestros padres. Solo a este precio volveremos a ser lo

⁴⁴⁴ “La María”, *La República* (Bogotá) 28 abril 1957: p. 4.

que siempre hemos sido: un pueblo de letrados, de humanistas y de hombres de bien.⁴⁴⁵

El editorial, ya en concreto sobre la novela y su autor, apelaba a que la aparición de Isaacs en el escenario literario tuvo las características de un “deslumbramiento”, a que había escrito un estupendo poema sobre el río Moro y una inigualable elegía a la muerte de Elvira Silva, hermana de José Asunción; es decir a una tradición literaria mitificada por la anécdota extraliteraria. El editorial, asimismo, dice que *María*, traducida a decenas de lenguas e impresa en millares de ejemplares, es “la única obra que le ha dado la América Latina a la literatura universal” y es la representación del colorido local, “de olor a tierra removida, de húmeda y trémula poesía”. De igual manera, rebate el fallo señalando que “los ‘ordenamientos de la razón’ valen, si mucho, para la matemática. Pero la *María* se cumple lo inefable, la lógica del corazón, de que hablaba Pascal.” Los argumentos para defender a *María* son tan subjetivos como el fallo mismo y las razones que tuvo el jurado para condenarla.

Al final del editorial volvemos a la cuestión de la lectura personal desde sensibilidades que remiten a la formación de quien lee. Caballero escribió, en 1938, que la lectura de la novela le causaba “hastío”, en tanto intelectual identificado con el paisaje urbano, y Jotamario diría, en 1995, desde la irreverencia nadaísta, que jamás pudo leerla debido a sus cercanía con novelas atravesadas por lo erótico. El autor del editorial, en cambio, declaraba lo placentero que le había resultado la lectura de la novela en el mismo escenario en que esta se desarrolla: “En inolvidables horas leímos por segunda vez esta novela, en el amplio corredor de la casa de El Paraíso, sobre la propia piedra de los suspiros, y nos sorprendió la profunda compenetración con el paisaje, aquel estilo de

⁴⁴⁵ *Ibíd.*

fuego que se sublima para describir los crepúsculos del Valle del Cauca.” El último párrafo del editorial, luego de esta plácida descripción de la experiencia lectora personal, es una diatriba contra el jurado, tan violenta como fue el lapidario fallo emitido por este contra *María*: “Atrás los que pisotean como bestias feroces las tradiciones sagradas de Colombia. Defendamos nuestra cultura. Aquí lo que nos sobra es barbarie.”⁴⁴⁶

La apropiación estatal de la figura de Isaacs y la subsecuente canonización de *María* estuvieron en el centro de la disputa de los grupos nacientes de escritores en contra de la cultura oficial, durante el siglo veinte. Estos, para ubicar su propia voz en la escena literaria, se plantearon la destrucción del canon establecido pero no la apropiación de la tradición a partir de la relectura del mismo. Al mismo tiempo, durante el siglo veinte, la emergencia de las nuevas sensibilidades estéticas y la superación del romanticismo como movimiento y tendencia literarios devinieron en rupturas de suyo con lo que significaba Isaacs y su *María*. Las preguntas subsecuentes son si Jorge Isaacs, en tanto autor del canon, resulta más interesante en su construcción como intelectual que la imagen sin contradicciones que se deriva de toda canonización, y si *María*, en tanto texto literario, resiste la aproximación de los lectores contemporáneos que, en términos estéticos, perdieron la inocencia, sobre todo, desde la irrupción las vanguardias. Otro editorial del mismo diario *La República*, esta vez del lunes 29 de abril, titulado “Los bárbaros en El Paraíso”, es decidor en cuanto a visibilizar la confrontación de la herencia del espíritu romántico con la insurgencia de las nuevas sensibilidades en la cultura y, al mismo tiempo, es testimonio de una defensa del escenario nacional, desde una ideología conservadora, cuando la tendencia de los escritores y artistas ha sido más bien de apertura a la cultura del mundo:

⁴⁴⁶ *Ibidem.*

Los bárbaros han llegado hasta “El Paraíso”. En una época de existencialismo, el amor se mide con instrumentos y en velocidades de millas por hora, como el “Jaguar” desbocado de Françoise Sagan en algún camino de Francia. Y el amor, en esta época y para esa escuela, necesita del ambiente literario proporcionado por los espacios marinos, preferencialmente los mediterráneos en las cercanías de Montecarlo, como requiere cuerpos bronceados, bulliciosos casinos y aventuras a granel. O el amor tiene el desarrollo de la novela norteamericana, cuyos meridianos y paralelos son el viaje a Hawái y la escala en Acapulco. Por ser así, el punto de vista de un grupo de literatos dados al realismo tilda de “sensiblera e irreal” una obra que encierra un preciso lienzo de nuestro Valle del Cauca, “María” de Jorge Isaacs, y que, por ser un fruto acabado del romanticismo, es también una composición auténticamente americana.⁴⁴⁷

En su lectura moralista, el jesuita Pablo Ladrón de Guevara descubre, con estupor y malicia de inquisidor, la poética sensualidad del lenguaje de la novela y plantea las alertas del caso, como si adivinara que es, justamente, este rasgo del lenguaje, que según él perturbaría a los jóvenes, es aquello que permitiría la permanencia de la novela en los lectores del tiempo futuro. Ni Caballero, ni el jurado de la televisión, ni los nadaístas, dada su pertenencia ideológica y estética al libre albedrío de la modernidad urbana, tuvieron la perspicacia de inquisidor de Ladrón de Guevara y por eso, paradójicamente, jamás entendieron porqué una novela como *María*, a pesar de estar en las antípodas de sus sensibilidades estéticas, continuaba acumulando lectores.

⁴⁴⁷ “Los bárbaros en El Paraíso”, *La República* (Bogotá) 29 abril 1957, p. 4.

3

Isaacs, el negociante sin fortuna

El 28 de octubre de 1874, en un remitido publicado en varios periódicos de Colombia, Jorge Isaacs se presenta ante sus conciudadanos como un hombre desesperado por su inminente ruina económica. El remitido hace parte del folleto “A mis amigos y a los negociantes del Cauca”, publicado por el poeta, en precarias condiciones, en Cali, el 20 de junio de 1875. En dicho folleto, utilizando argumentaciones a su favor y la correspondencia entre los participantes del negocio, Isaacs relata el desastre comercial que fue para él la compra de la hacienda Guayabonegro, lo infructuoso de su trabajo para rehabilitarla ya que no se lo reconocieron para el pago de las deudas que contrajo, y defiende la rectitud de su proceder en el negocio: “Ya no se especula solamente sobre el fruto de mis tareas penosísimas desde febrero de 1873 hasta hoy; se especula sobre mi honra, y siendo esa honra la de mis hermanos y lo único que podré legarles a mis hijos, defenderla es un imperioso deber.”⁴⁴⁸ En las sociedades patriarcales del siglo diecinueve, como herencia del espíritu feudal, la defensa del honor es una tarea en la que los hombres se empeñan por sobre todas las cosas. Isaacs, que conocía el valor de la palabra, dejó documentada para la posteridad su versión sobre aquel negocio en el que fracasó, igual como fracasaría en todas las empresas económicas desde cuando se hizo cargo de los negocios familiares al fallecimiento de su padre, hasta cuando le fueron dadas concesiones mineras y petroleras que nunca pudo explotar.

⁴⁴⁸ Jorge Isaacs, “A mis amigos y a los negociantes del Cauca”, en *Escritos varios*, v. IV de *Obras completas*, edición de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2008, p. 105.

A comienzos de 1873, después de ejercer como cónsul de su país en Santiago de Chile, Isaacs había regresado a Colombia con bríos de empresario. En sociedad con su amigo chileno Recaredo Miguel Infante, cerró verbalmente, el 16 de febrero de ese año, el contrato de compra venta de la hacienda de Guayabonegro, situada en el municipio de Palmira, con Manuel García Echeverri: “Era de excelentes condiciones la hacienda, antes lo he dicho, pero se hallaba en completa ruina. La obra de la ineptitud, las consecuencias de un abandono al parecer intencional o de una holgazanería increíble, era lo digno de admirarse allí.”⁴⁴⁹ La idea que tuvieron los socios al emprender el negocio fue mejorarla sustancialmente en su capacidad productiva y conservarla por algún tiempo para luego, cuando el Ferrocarril del Pacífico estuviese terminado, venderla por un precio mayor. “Si calcular así fue un error mío, como ya tarde hube de reconocerlo, también lo ha sido de muchos hombres inteligentes y laboriosos del Cauca, que pagan hoy muy cara la confianza que en la alta posición y recursos de la compañía empresaria se tuvo aquí...”⁴⁵⁰ No obstante el fracaso, Isaacs sí tenía motivos de confianza puesto que la Ley 52, expedida en 1872, promovía la construcción de una línea férrea que partiera desde Buenaventura, atravesando los departamentos de Cauca, Tolima, Cundinamarca, Boyacá y Santander, hasta un puerto en el río Magdalena; pero, por diversos motivos cuyo análisis no viene al caso, la construcción de los principales tramos se realizó entre 1881 y 1935.⁴⁵¹ Lo cierto es que el anuncio publicado en *Los Principios* y *La Unión Liberal*, de Cali, en *El Cauca* y *La Escuela Liberal*, de Popayán, y en *El Diario de Cundinamarca*, demostraba la patética situación en la que Isaacs se encontraba, abandonado ya por su socio chileno, quien no solo que no cumplió con el compromiso de traer una mercadería desde Chile que serviría como parte del pago de la compra de la hacienda sino que se

⁴⁴⁹ *Ibidem*, p. 107.

⁴⁵⁰ *Ibidem*, p. 105.

⁴⁵¹ “Historia de las líneas férreas en Colombia”, en portal de *Tren de Occidente S.A.*, <http://www.trendeoccidente.com/historia.php>

retiró del negocio, casi de inmediato, dejando a Isaacs con un cúmulo de deudas que este no tenía cómo pagar:

¡RICOS, BUENA OCASIÓN!

Vendo en términos muy ventajosos para el comprador la hacienda

GUAYABONEGRO.

Ella quedará hipotecada al señor Manuel García E. por \$ 48.240 sencillos, que deberán pagársele en los mismos plazos que tengo, el último de los cuales, para \$6.240, se cumple el 20 de febrero de 1880.

En veinte meses de incesante trabajo, le he hecho a esta hacienda, que recibí arruinada, valiosas y muy productivas mejoras en sus edificios, cercas, aguas, cañales y fábricas.

VENDO TAMBIÉN la hacienda de Santa Bárbara del Fraile, cuyos límites encierran 6.000 plazas españolas, indudablemente el globo de tierra más fecundo del municipio de Palmira.

[...]

En cambio de *pagar todo lo que debo*, renuncio gustoso a las utilidades cuantiosas y seguras que podría reportarme el poseer estas fincas por algún tiempo más.

JORGE ISAACS⁴⁵²

⁴⁵² Isaacs, “A mis amigos...”, *ob. cit.*, p. 135.

En una carta del 16 de enero de 1875, dirigida a Manuel García, Isaacs le comunica que no había recibido ninguna oferta de compra luego del citado anuncio y le propone “que tome usted otra vez esta hacienda, como se lo he propuesto otras veces, rescindiendo la venta en términos equitativos para usted y para mí; o que modifique usted el contrato, cuyas condiciones me es imposible llenar a pesar de todos mis esfuerzos, debido a circunstancias imprevistas que usted y todo el mundo conoce.”⁴⁵³ García Echeverri no aceptó ninguna de las propuestas que Isaacs le planteó de manera reiterada en los días sucesivos, alegando que, por su edad y por haber establecido nuevos negocios en la ciudad de Cali, no podría ocuparse de los trabajos de la hacienda y que no le convenía modificar los términos del contrato en lo que a los plazos de los pagos concernía. Isaacs exhibe una correspondencia abundante en la que todas las propuestas de su parte para llegar a un arreglo razonable dada la imposibilidad material de cumplir lo estipulado en el contrato de compra de Guayabonegro, se estrellan contra la negativa de García a cualquier tipo de entendimiento que no sea el pago sin más de lo adeudado. La amargura del poeta ante la ruina inminente, pues se da cuenta de que el objetivo de García es empujarlo hacia el abismo de la quiebra y el remate de la propiedad, se expresa en esta reflexión:

Quizá logre también esta ocasión un buen éxito García E.; pero suceda o no lo que tiene por seguro, yo le anuncio esto al habilísimo especulador: pocas veces han de florecer las zarzas que cubrirán su sepultura antes de que sean derrochadas y se conviertan en humo esas riquezas así adquiridas sin piedad ni remordimientos.⁴⁵⁴

⁴⁵³ *Ibidem*, p. 138.

⁴⁵⁴ *Ibidem*, p. 148.

A los problemas para el pago de Guayabonegro, había que sumar la deuda de \$ 6.000 que, en julio de 1873, Isaacs había contraído con la Casa de los señores Olano e Hijos y que no tenía cómo pagar. A esa deuda había acudido Isaacs para cubrir las mercancías a plazo que su socio Infante debió haber comprado en Valparaíso y entregado a García Echeverri como parte del pago por Guayabonegro, pero que nunca llegaron a Cali. La Casa Olano tampoco acepta ninguna de las propuestas de Isaacs para renegociar los plazos del pago de la deuda. En una de las primeras cartas, Antonino Olano, el padre, le dice directamente al poeta, quien les había señalado que, tanto él como su hijo Tomás “decidirán mi ruina”, al ejecutar el pagaré el 31 de julio de 1874: “...no será *lo que se haga* lo que arruina a Ud., sino el haber hecho malos negocios, sobre *cálculos errados*.” Ernesto Cerruti, otro de los acreedores, hizo un llamado para que en conjunto, todos los acreedores llegasen a un acuerdo con Isaacs para que este cancelara sus deudas mediante un plan de pagos que evitara el concurso. Cerruti resume la viabilidad de la propuesta en su invitación del 1 de abril de 1875:

Siendo acreedor del señor Jorge Isaacs, y convencido como estoy de que ese señor, a pesar de su buena voluntad y de los esfuerzos que hace para satisfacer cumplidamente sus créditos, se ha visto y se ve contrariado por circunstancias que no ha estado en sus manos prever o hacer desaparecer, y que no podrá verificar sus pagos sin que todos los acreedores le hagamos algunas concesiones que sin perjudicar nuestros intereses lo pongan en situación de pagar; e informado de que posee todas las fincas de que provienen los créditos, y con las que sus acreedores quedaríamos pagados, sin que estas hayan sido deterioradas, ante sí, creado en ella elementos de producción, de lo que se deduce que ha procedido con honradez y

laboriosidad; no he vacilado en dirigirme a usted como acreedor, para invitarlo a que nos procuremos una reunión para conferenciar acerca de las facilidades que pudieran dársele para que haga sus pagos sin sacrificios.⁴⁵⁵

La última esperanza para el poeta se apagó porque ni García ni Olano acudieron al llamado de Cerruti. García Echeverri ni siquiera contestó y Olano lo hizo para decir que ni él ni sus hijos concurrirían a reunión alguna para tratar ese tema. Así las cosas, Isaacs estaba condenado a hacer cesión de bienes para pagar a sus acreedores y perderlo todo. En su clásica biografía de Isaacs, Velasco Madriñán reproduce *in extenso* una hoja que, con el título “Un deber”, apareció en Popayán, el 27 de noviembre de 1875, suscrita por varios *notables* del Cauca: César Conto, Jeremías Cárdenas, Modesto Garcés, J. M. Quijano, W. Zenón Fabio Lemos y Roberto Zawadzky. En la hoja volante, los amigos del poeta defienden su calidad moral y hacen alusión al folleto que este publicara para explicar a sus amigos y a los negociantes del Cauca las razones de su ruina:

Reveses de fortuna muy comunes en países como el nuestro, donde muy rara vez se disfruta de completa seguridad en la paz, obligaron al estimable y honrado caballero, señor Jorge Isaacs, a hacer cesión de bienes para pagar a sus diversos acreedores.

Este desgraciado acontecimiento ha servido a algunos para deducir cargos contra la honradez, nunca desmentida del señor Isaacs; y por eso, nos creemos en el deber más de amistad, de justicia, de hacer la pública manifestación del conocimiento que abrigamos de la pureza y pundonor

⁴⁵⁵ *Ibíd.*, p. 167.

con que procedió el señor Isaacs en sus últimas especulaciones, que dieron por resultado la pérdida de su fortuna.

El folleto documentado, publicado por el señor Isaacs, y sus puros precedentes, como administrador de la mortuoria de su padre, como negociante y como distinguido miembro de nuestra sociedad, han llevado a nuestro ánimo aquel convencimiento.

Sirva esta manifestación de algún consuelo en sus infortunios a nuestro amigo, y de estímulo a los hombres abnegados, como el señor Isaacs, a perder todos los bienes de fortuna, antes que dejar empañar su honra.⁴⁵⁶

Pero los infortunios de Isaacs en la desventura de Guayabonegro no terminarían sino con la pérdida de la hacienda. El edicto de embargo de la hacienda se dio el 15 de julio de 1876, según refiere Velasco Madriñán. Y mientras esto sucedía con su hacienda Guayabanegro, el 31 de agosto, Jorge Isaacs estaba combatiendo en la batalla de los Chancos, cerca de Buga, símbolo de la defensa del Estado del Cauca y uno de los combates decisivos de la guerra civil de 1876 entre liberales y conservadores. La hacienda de Guayabanegro sufrió el lógico deterioro causado por la guerra civil que se prolongó hasta julio de 1877, cuando fue firmada la amnistía. El remate de la hacienda tuvo lugar, finalmente, el 28 de octubre de 1878: la hacienda que fue comprada por \$ 50.000 y que le generó a Isaacs, luego del pago inicial de \$ 8.000, y según sus propios cálculos, una deuda de \$ 47.484 debido a los intereses por mora en el pago, fue evaluada en \$ 17.934,60 y adquirida en \$ 18.000 por el mismo que se la vendió al poeta: el señor Manuel García Echeverri.

⁴⁵⁶ Citado por Luis Carlos Velasco Madriñán, *Jorge Isaacs, el caballero de las lágrimas*, Cali, Editorial América, 1942, p. 193 – 4.

Mientras estaba en el proceso judicial que lo llevó a perder Guayabanegro, la presencia de Isaacs en la sangrienta batalla de los Chancos, en 1876, es un símbolo del espíritu romántico que se entrega por entero a la lucha por sus ideales, sin importar lo que se deja atrás. En los Chancos combatió junto a su primo César Conto, gobernador del Cauca, como parte de las tropas comandadas por el general Julián Trujillo, el liberal independiente que más tarde pactaría con el conservador Rafael Núñez, y quien lo conminaría a rendirse cuando Isaacs se declaró jefe civil y militar de Antioquia, a finales de enero de 1880. El poeta asume el mando del batallón “Zapadores” al morir en batalla el coronel Vinagre Neira. El testimonio de Juan de Dios Uribe, reproducido *in extenso* por Max Grillo, es un cuadro que pinta, a partir de una descripción de pinceladas expresionistas, esa legendaria heroicidad que asume el espíritu romántico al caminar sobre la delgada línea de la frontera que separa a la vida de la muerte:

Al otro día de la batalla de “Los Chancos”, vi a Jorge Isaacs en pie, a la entrada de una barra de campaña. Pasaban las camillas de los heridos, las *barbacoas* de guadua con los muertos, grupos de mujeres en busca de sus deudos, jinetes al escape, compañías de batallón de los relevos, un ayudante, un general, los médicos con la cuchilla en la mano y los practicantes con la jofaina y los vendajes; Trujillo que marchaba al Sur; Conto que regresaba a Buga; David Peña, a caballo, con la blusa roja, como un jefe árabe que ha perdido el jaique y el turbante... el mundo de gente ansiosa, fatigada, febril, que se agolpa, se baraja y confunde después de un triunfo. El sol hacía tremer las colinas; la yerba estaba arada por el rayo, el cielo incendiado por ese mediodía de septiembre, y por sobre el olor de la pólvora y los cartuchos quemados, llegaba un gran sollozo, una

larguísima queja de los mil heridos que se desangraban en aquella zona abrasada, bajo aquel sol que desollaba la tierra. Isaacs reemplazó el día antes a Vinagre Neira, y a la cabeza del “Zapadores”, como su primero hermano César Conto, estuvo donde la muerte daba sus mejores golpes. Yo lo vi al otro día, en la puerta de la barraca, silencioso en ese ruido de la guerra, los labios apretados, el bigote espeso, la frente alta, la melena entrecana, como el rescoldo de la hoguera, y en su rostro, bronceado por el sol de agosto y por la refriega, me parecieron sus ojos negros y chispeantes como la boca de dos fusiles.⁴⁵⁷

Pero la ineptitud para los negocios por parte de Isaacs, no era nueva; su primer fracaso se produce cuando le es confiada la administración de las propiedades de la familia: las haciendas Santa Rita y La Manuelita, un potrero denominado La Primitiva, un ingenio azucarero dentro de las haciendas, ganado vacuno y otros; así como varias deudas pasivas. El 16 de marzo de 1861 murió Jorge Enrique Isaacs —George Henry—, padre del poeta quien se vio, de súbito, con la responsabilidad de asumir la administración de las haciendas de la familia y la imposibilidad de realizar sus estudios de medicina en Londres. Manuela Ferrer Scarpetta, la madre del poeta, y Alcides, el hermano, acuden el 13 de julio de 1861 ante el Notario Público del Circuito de Palmira, Tomás Pereira, y firman la escritura de ley, instrumento por el que:

...dan y confieren todo su poder tan bastante cuanto por derecho es necesario para valer judicial y extrajudicialmente, general, amplio y sin limitación alguna, al señor Jorge Ricardo Isaacs, para que en su nombre y

⁴⁵⁷ Max Grillo, *ob. cit.*, p. 205.

representando sus mismas personas, derechos y acciones como albaceas testamentarios del señor Jorge Enrique Isaacs, arregle y concluya todos los actos ordinarios de administración de los bienes que sean consiguientes al expresado encargo, sin más limitación que la de que no podrá ejecutar aquellos actos que por las leyes necesitan poder o cláusula especial, debiendo en todo lo demás obrar como más conociente le parezca en beneficio de los bienes dela mortuoria mientras existan en comunidad y llegue el día de su partición entre la viuda y los herederos.⁴⁵⁸

Dos años y dos meses, hasta finales de 1963, Isaacs administró las haciendas de la familia; incapaz de palear la crisis económica que afrontó durante el manejo del patrimonio familiar, su hermano Alcides tuvo que hacerse cargo de los negocios agrícolas al tiempo que Isaacs se fue a Bogotá. Velasco Madriñán, en su ya clásica biografía del poeta, dice que éste hizo inversiones con nuevos créditos, limpió los campos e incrementó las siembras de caña de las dos haciendas, pero que las deudas dejadas por el padre eran muchas y que los plazos se vencieron sin que pudiesen ser pagadas. Mientras Velasco Madriñán afirma en un artículo de 1961 que el poeta “se dedicó por entero al trabajo de las haciendas”,⁴⁵⁹ Donald McGrady, por el contrario, señala en la biografía y estudio de la vida y obra de Isaacs, de 1972, que “es indudable que fue en gran parte culpable de este fracaso porque olvidaba sus tares para escribir poesía y drama.”⁴⁶⁰ Ninguno de los dos aporta dato fáctico alguno para comprobar sus aseveraciones —a pesar del rigor académico de los trabajos de McGrady—, que, en este punto, resultan mera especulación y develan cierto prejuicio moral al juzgar la vida

⁴⁵⁸ Citado por Luis Carlos Velasco Madriñán, “Testamento de Jorge E. Isaacs”, en *Revista de la Universidad de Antioquia* (Medellín) # 145 (Abril, Mayo, Junio 1961), p. 409.

⁴⁵⁹ *Ibidem*.

⁴⁶⁰ McGrady, *ob. cit.*, p. 21.

cotidiana del poeta. Velasco, no obstante lo dicho en 1961, en su biografía de 1942, describió esa cotidianidad en, más o menos, la misma dirección que McGrady: “El poeta está entonces corrigiendo poemas menores; entre tanto, crece la maleza y se venden los mejores animales de las dehesas.”⁴⁶¹ McGrady, al analizar la poesía de Isaacs, establece: “Sus años más productivos fueron los de 1860 a 1864, es decir, cuando aún estaba en la casa de la hacienda y poco después”, e insiste en lo señalado por él mismo en la parte de la biografía, con una formulación similar a la Velasco: “Su ruinoso administración de la herencia familiar (1861 – 1863) se puede atribuir al hecho de que Isaacs dedicó su tiempo a componer versos en vez de supervisar la producción de azúcar y el cuidado del ganado.”⁴⁶² En ambos casos, la imagen que construyen los dos biógrafos es la del poeta inútil para la vida práctica, cosa que no es cierta tratándose de Isaacs y, en general de los escritores románticos del siglo diecinueve, pues todos ellos participaron en la construcción de los Estados nacionales y, por tanto, tenían muy claro el sentido práctico de la política; que no hayan sido comerciantes de éxito económico, es otra cosa.

Resulta inoficioso por imposible el pretender determinar de qué manera Isaacs utilizó el tiempo durante los años que estuvo a cargo de las haciendas de la familia; pero, por otro lado, es un prejuicio construido sobre el imaginario vulgar que hace de los poetas unos seres enajenados por causa de la literatura, el atribuir a Isaacs una irresponsable dejadez en la tarea encomendada por la familia debido al oficio de escritor. McGrady parte de una premisa falsa: que la mayor parte de la producción poética de Isaacs fue escrita entre 1860 y 1864. La afirmación de McGrady resulta muy extraña cuanto más que la publicación de las poesías de Isaacs en 1964, edición del propio McGrady, refleja otra cosa. En dicha edición, McGrady reúne 36 poemas y 2 traducciones; de estos, solo 4 pertenecen a dicho periodo, pero de ellos uno es de 1860 y

⁴⁶¹ Velasco Madriñán, *Jorge Isaacs, el caballero...*, p. 77.

⁴⁶² McGrady, *ob. cit.*, p. 44.

los otros tres de 1864; es decir, que ninguno está fechado entre 1861 y 1863, que es cuando Isaacs administraba las haciendas familiares. Ciertamente, de los 36 poemas ninguno pertenece al libro publicado por *El Mosaico* en 1864, que contiene 27 textos.

La edición crítica de la poesía de Isaacs en dos tomos, a cargo de María Teresa Cristina, que trabaja con los manuscritos del poeta, publicada en julio de 2006, contiene 165 poemas, 2 textos atribuibles, y 9 traducciones. La editora sostiene que “el autor nunca abandonó la actividad poética a lo largo de su azarosa vida, pero a su muerte solo una mínima parte de sus versos habían sido recogidos en libro o en folletos”⁴⁶³

Asimismo, cuando explica los criterios de edición, indica que los poemas están organizados en orden cronológico y que “la costumbre que tiene Isaacs de fechar sus composiciones permite establecer la secuencia con cierta precisión. Esto hace posible observar la evolución del poeta.”⁴⁶⁴ Cuando alguna fecha no está clara es posible deducirla por la continuidad de los manuscritos consultados.

La primera constatación, que comprueba la falsedad de la premisa de McGrady, es que la mayor parte de la producción poética de Isaacs se da después de 1864. En efecto, de los 165 poemas, hay 61 que están fechados entre 1860 y 1864 y el resto está distribuido a través del tiempo hasta el último que está firmado el 20 de julio de 1894. Más aún, en términos de producción, en los años de madurez de Isaacs fue escrito el primer canto de *Saulo* que tiene 644 versos y un soneto-proemio, publicado en 1881. La segunda constatación es que durante el encargo de administrar las haciendas, Isaacs produjo muy poco. Así vemos que, de esos 61 poemas, 30 tienen fecha entre 1860 y el 8 de marzo de 1861; y 25 la tienen en 1864. Solamente 6 están fechados entre 1861, luego de la muerte del padre el 16 de marzo, y 1862 y no hay poema que esté fechado en 1863. Vale la pena señalar que uno de los poemas de 1861, “La tumba suya”, puede ser

⁴⁶³ María Teresa Cristina, “Introducción”, en Isaacs, *Poesía*, p. xxiii.

⁴⁶⁴ María Teresa Cristina, “Criterios de la presente edición”, *ibidem*, p. xxii.

considerado como una elegía a su padre, texto casi de rigor en quien llevaba el duelo y requería expresarlo a través de su don: la poesía.

McGrady también habla de la escritura de dramas durante el período 1861 y 1863. Esta afirmación es gratuita si consideramos que Isaacs dejó entre sus manuscritos solo tres obras de teatro completas escritas alrededor de 1860. Nuevamente acudo a la edición crítica de María Teresa Cristina del teatro de Jorge Isaacs. En ella aparecen: *Amy Robsart*, fechada en Cali, en 1859, que debió ser comenzada en 1857, según testimonio del propio Isaacs quien dice de la obra: "...tiene todos los defectos que la hija de una imaginación de 20 años debe tener en el teatro"⁴⁶⁵; y también *Paulina Lamberti* y *Los montañeses de Lyon*, cuya primera versión se tituló *María Adrián* y está fechada en 1860. La editora señala que estos son dramas escritos entre 1859 y 1860, que Isaacs empezó a corregir después de su exitosa lectura en *El Mosaico*, en mayo de 1864 y de los que nunca quedó satisfecho. En los manuscritos, según indica la editora, sobre la página del título y de los personajes de *Paulina Lamberti*, hay dos anotaciones: una, de octubre de 1867 que dice que son ensayos dramáticos que debe corregir Ricardo Carrasquilla si él mismo no pudiera hacerlo; y la otra de marzo de 1884, que dice: "Borriones de muchacho. Habría que hacer todo el drama de nuevo, si no es mejor quemarlo."⁴⁶⁶

El tono moralista de McGrady respecto de la responsabilidad de Isaacs en la ruina familiar carece de sustento fáctico. Los datos, por el contrario, apuntan a que el estado calamitoso de las finanzas de Jorge Enrique Isaacs al momento de su muerte era insalvable y al poeta le tocó ejercer de síndico de una quiebra que no tenía remedio. Existe una publicación de 1942, en la que no se discute sobre el asunto de las finanzas familiares de los Isaacs sino sobre el lugar de nacimiento de Jorge Isaacs a propósito de que Reinaldo Valencia y Baldomero Sanín Cano negaban que el poeta hubiese nacido en

⁴⁶⁵ Jorge Isaacs, *Teatro*, v. III, de *Obras completas*, edición de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2007, p. 97.

⁴⁶⁶ María Teresa Cristina, "Introducción. Isaacs dramaturgo", *ibídem*, p. xiii.

Cali y sostenían, con base a especulaciones, que aquel había nacido en Quibdó, Chocó. En esta publicación, cinco autores demuestran que Cali es el lugar de nacimiento del poeta; uno de ellos, Leonardo Tafur Garcés acude a los procesos judiciales en los que, por deudas, se vio envuelto el padre del poeta, y sintetiza la situación en los siguientes términos:

Recién instalado en Cali, el padre principio a adquirir créditos personales desde 1833, que ya en 1836 eran elevados. Viajó al Chocó en varias ocasiones. Entró en la vida de los negocios, y con los negocios a la vida de los litigios, siendo su primer litigio en el Valle uno sobre tierra ante el juez letrado de Palmira, doctor Pedro Pablo Cruz, con un señor don Bernardo Vélez. Desde este año, hasta la muerte de don Jorge Enrique en Cali, en 1861, estuvo comprometido en una intensa actuación judicial. Con él se comprometieron los hijos, porque al morir quedó comprometido el patrimonio, y después de su muerte, especialmente el poeta continuó la odisea económica del padre, con múltiples dificultades y vicisitudes, hasta su fallecimiento.⁴⁶⁷

Es pura especulación decir que Isaacs descuidó la administración de las haciendas por dedicarse a la literatura. Lo cierto es que don George Henry Isaacs dejó a sus herederos un cúmulo de deudas que venía arrastrando desde décadas atrás, tantas que, según el propio McGrady, “más de treinta acreedores de la herencia de George Henry Isaacs entablaron una demanda en los tribunales en abril de 1864”. Y, como sucede en los casos de cesión de bienes y concurso de acreedores, “las fincas ‘La Rita’ y ‘La

⁴⁶⁷ Leonardo Tafur Garcés, “Comprobación plenaria del nacimiento de Isaacs en Cali”, en Mario Carvajal, Luis Carlos Velasco Madriñan, y otros, *Jorge Isaacs, hijo de Cali*, Cali, Librería Católica, 1943, p. 53,

Manuelita' fueron vendidas en subasta, en este caso a James Eder, ciudadano norteamericano, por las dos terceras partes de su valor estimado.⁴⁶⁸ Al parecer, la producción de los cañaverales y del ganado de las haciendas no dio lo suficiente, en términos económicos, para cancelar en tan poco tiempo las deudas contraídas por el padre, que, según Velasco Madriñán y McGrady, era muy aficionado al juego y aquello, siguiendo a los dos biógrafos, le habría ocasionado ingentes pérdidas de dinero. Velasco Madriñán reproduce una escritura, bastante curiosa por decir lo menos, que Jorge Enrique Isaacs firmara ante el Notario Público de Cali, el 25 de abril de 1853, y que da cuenta de cuán arraigado, el padre del poeta tenía el juego como vicio:

Deseando evitar todo comprometimiento en el juego, [Jorge Enrique Isaacs] ha resuelto multarse en la cantidad de quinientos pesos a favor de las rentas provinciales, cuya suma se le cobrará ejecutivamente con solo la declaración de dos testigos que justifiquen que el otorgante ha jugado cualquiera suma a los dados o al tresillo, ya sea en el lugar o en cualquiera otro que se encuentre [...] siendo claridad que la prohibición que se impone de jugar dados y tresillo debe entenderse que es si juega por sí o por interpuesta persona, pues de cualquier manera que lo haga quiere que se le obligue al pago de la multa que se ha impuesto.⁴⁶⁹

La ruina del patrimonio familiar llevó a Isaacs a Bogotá para encontrar un abogado que lo defendiera de las acusaciones de fraude en la administración de las haciendas. Varios acreedores pidieron, en abril de 1864: “Que se haga comparecer en su despacho por medio de exhorto librado al señor juez del circuito en lo civil de Bogotá, o

⁴⁶⁸ McGrady, *ob. cit.*, p. 21.

⁴⁶⁹ Citado por Velasco Madriñán, *Jorge Isaacs, el caballero...*, p. 43. Velasco dice en su obra que el documento fue publicado por primera vez por Mario Carvajal, pero no especifica en dónde ni cuándo.

a ‘La Mesa’, al señor Jorge R. Isaacs y Ferrer, a fin de que rinda cuentas comprobadas de la administración de todos los bienes mortuorios que dejó su padre y que manejó; entregando el saldo en dinero que resulte a favor del concurso.”⁴⁷⁰ En la capital visita, en las nada poéticas circunstancias que se trasluce a partir de la demanda, al abogado y escritor José María Vergara y Vergara —primer director de la Academia Colombiana, fundada en 1871—, en busca de ayuda frente a sus problemas judiciales pues los acreedores lo enjuician alegando actuaciones de mala fe en la administración de las haciendas con el ánimo expreso de perjudicar a los acreedores. Anota Velasco Madriñán que “el 20 de abril de 1864 se presenta Isaacs al Juzgado 2º del Circuito Judicial de Bogotá, y alega que los dineros tomados en préstamo se invirtieron en mejoras de la hacienda, y que no le cabe responsabilidad, si no se pudieron satisfacer con los bienes, las deudas pendientes.”⁴⁷¹ La relación con Vergara y Vergara se estrechó en el momento en que este se enteró de que Isaacs escribía poesía y fue invitado por aquel a leer sus poemas en la tertulia de El Mosaico. La lectura fue un éxito inusitado y una epifanía poética para los contertulios que, de inmediato, decidieron la publicación de los textos leídos. Cuando, un mes más tarde, apareció el primer libro de Isaacs, una carta de presentación elogiosa, entusiasta y desbordada de emoción precedió a los poemas:

En una de las últimas noches del mes de mayo, estábamos reunidos en casa de uno de nosotros y esperábamos oír leer las poesías de un joven, cuyo nombre nos era hasta entonces apenas conocido.

Leída la primera composición, experimentamos dos sentimientos: de admiración el primero, admiración semejante a la que produce la vista de una de las magníficas auroras del Cauca.

⁴⁷⁰ Citado por Leonardo Tafur, en *ob. cit.*, p. 54.

⁴⁷¹ *Ibidem*, p. 93.

De temor el segundo, al pensar que aquellas armonías que tan dulces nos habían parecido, podían quizá desvanecerse, que la inspiración del poeta pudiera haber sido fugitiva.

Pero nuestra admiración creció, y la lectura de las otras composiciones disipó nuestro temor. Entusiasmados al fin, ofrecimos al inspirado joven las sinceras simpatías de nuestros corazones expresadas en fervorosos elogios.

Dímosle cuanto podríamos darle; devolvémosle ahora impresas las poesías que entonces nos leyó manuscritas; dámosle también nuestros nombres, firmando no una recomendación, que para tanto no nos creemos competentes, sino una carta de introducción para el público: a este toca juzgar el mérito del libro que le presentamos.

Bogotá, junio 24 de 1864⁴⁷²

En la década de los 80, cuando ya era un autor conocido por el éxito literario que, desde un comienzo, tuvo con su novela *María*, y, al mismo tiempo, un político repudiado, por los sectores conservadores hegemónicos y por los liberales independientes que estaban en alianza con aquellos, debido a su fallida aventura política en Antioquia, Isaacs emprende su faceta de explorador de la patria. Famoso pero sin mayores recursos económicos, Isaacs tiene que resignarse a ocupar un puesto público nombrado por el

⁴⁷² El documento está transcrito por María Teresa Cristina, en su “Introducción” a Isaacs, *Poesías*, p. xxix. Firman la ‘carta de introducción’: J.M. Samper, J.M. Quijano O., J. Manuel Marroquín, Rafael Samper, Ezequiel Uriceochea, Teodoro Valenzuela, Ricardo Carrasquilla, J. M. Vergara Vergara, Aníbal Galindo, Ricardo Becerra, Próspero Pereira Gamboa, Salvador Camacho Roldán, Diego Fallón, y Manuel Pombo. La reproduzco *in extenso* por tratarse de un hito en la vida de Isaacs.

cartagenero Rafael Núñez, el presidente conservador⁴⁷³ contra quien el poeta había combatido y a quien denostó en *La revolución radical en Antioquia*.

El gobierno de Núñez organizó en 1881 una Comisión Científica Permanente para explorar la Sierra Nevada de Santa Marta, la Serranía de Perijá y la península de la Goajira, en el entonces todavía llamado Estado del Magdalena. Uno de los objetivos era el de continuar con los estudios iniciados por la famosa Comisión Corográfica (1850 – 1859) dirigida por el general Agustín Codazzi, que murió mientras exploraba la región del alto Cesar y en la que actuó como secretario Manuel Ancizar. El modelo de la comisión seguía el acostumbrado de la época es decir un científico como director y un literato como secretario. Como científico y jefe de la expedición fue nombrado José Carlos Manó, argelino, y como secretario, Jorge Isaacs. Ambos se llevaron de la peor manera y muy pronto cada quien caminó por su lado.

El poeta salió de Bogotá a fines de octubre de 1881 con dirección a la costa del Atlántico. En noviembre empieza su recorrido por Santa Marta y la Ciénaga; en enero de 1882 está en Aracataca y Fundación; regresa a la Ciénaga y viaja al Valle de Upar; vive con los indígenas chimilas; el 28 de febrero asciende a la Sierra Nevada; e San Sebastián de Rábago y en el Valle de Businca, copia las figuras precolombinas grabadas en las piedras; el 5 de abril baja de la Sierra y se dirige hacia Riohacha; recorre la Goajira; el 26 de mayo sale a recorrer la Serranía de Macuira, en el nororiente; regresa a Riohacha y de ahí sale el 18 de julio para estudiar la Sección de Motilones en la Cordillera Oriental; a comienzos de agosto está en Tomarrazón; Marrocaso y Espíritu Santo; luego viaja por el río Cesar hasta la laguna de Zapatosa, y en Chimichagua investiga sobre el idioma

⁴⁷³ Rafael Núñez llevó adelante el proceso conocido como La Regeneración, cuyo punto central fue la expedición de la Constitución de 1886 que, con algunas reformas, tuvo vigencia hasta 1991. Ejerció la presidencia en tres períodos: 1880 – 1882; 1884 – 1886; 1887 – 1892. Fue electo para un cuarto período 1892 – 1894, pero por razones de salud solo se posesionó simbólicamente y quien ocupó la presidencia fue su vicepresidente Miguel Antonio Caro, quien ejercería la presidencia hasta 1898. Consigno estos datos para entender mejor los avatares de los últimos años de la vida de Isaacs, un liberal radical, en el marco del triunfo político de los conservadores en Colombia.

chimila; termina en puerto del Banco, a orilla del río Magdalena; el 30 de agosto de 1882 en Puerto Nacional. El académico Camilo Domínguez concluye: “En total, fueron once meses recorriendo algunas de las regiones más desconocidas de Colombia, por caminos apenas transitables y entre grupos de indígenas que tenían muchos motivos para guardar profundos rencores hacia la población blanca y mestiza.”⁴⁷⁴

Y, como a Isaacs siempre lo persiguieron los apuros económicos, tuvo que endeudarse durante la expedición para finalizar sus estudios etnográficos, por cuanto el contrato firmado con el Estado le aseguraba \$ 3.000 anuales de los que solo le dieron una pequeña parte: “Para viajes costosos de once meses, apenas se me había suministrado por cuenta del Tesoro nacional doscientos pesos, y transcurrido iba casi medio años sin que se me abonara sueldo alguno.”⁴⁷⁵ Cuando Isaacs, según él mismo cuenta en la introducción de su informe, reclamó lo que se le adeudaba a Rufo Urueta, secretario de Instrucción de Pública, la respuesta fue la rescisión del contrato, por lo que el poeta, después de haberse convertido en uno de los pioneros de la exploración y la investigación rupestre en su país, regresó a Ibagué, con la salud arruinada y con deudas, a tal punto que “su amigo Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos) le prestó una casa a orillas del Combeima. Para el sustento de su familia montó un almacén de mercancías en la plaza principal, y por un año y medio fue Director de Educación Pública del Estado.”⁴⁷⁶

Como producto de las exploraciones de Isaacs, en términos prácticos, Colombia supo con certeza de la existencia de depósitos de carbón en Aracataca y Fundación, en el occidente del Estado del Magdalena. “Las hulleras de Aracataca”, como Isaacs tituló a su informe, está fechado en San Juan de la Ciénaga, el 25 de enero de 1882, y apareció el 17

⁴⁷⁴ Camilo Domínguez, “Prólogo” a Jorge Isaacs, *Estudios sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena. Exploraciones* [1886], v. VI de *Obras completas*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2011, p. xxii. El recorrido de Isaacs es una versión resumida del recorrido determinado por Domínguez en el prólogo, en el párrafo que concluye con la cita que he transcrito.

⁴⁷⁵ Isaacs, *Estudios sobre las tribus...*, p. 7.

⁴⁷⁶ Domínguez, *ob. cit.*, p. xxiv.

de febrero en los *Anales de la Instrucción Pública*. Además de las indicaciones y descripciones claras acerca de la ubicación de las hulleras, del mejor sitio para el establecimiento de los campamentos de los trabajadores, así como de las recomendaciones para la explotación, almacenamiento y transporte del carbón, Isaacs deja escrita su emoción en el momento en que vio la primera veta de carbón:

Perplejidad atormentadora fue la que sufrí durante algunos minutos inolvidables. Tratábase, no de gloria mía, no de una riqueza para mí buscada; tratábase de la República, de la Patria, de su bien, y únicamente en ciertas ocasiones le es dable a uno saber cuánto la ama. Deploré en tales momentos no haber consagrado años de mi juventud al estudio de las ciencias que allí podrían guiarme, y maldije avergonzado mi ignorancia.⁴⁷⁷

En el *Estudio*, siguiendo no solo la tradición de los románticos por los elementos expresivos de la cultura popular sino su propia simpatía por los sectores populares, Isaacs recoge la tradición oral de los pueblos indígenas como elementos válidos para la investigación antropológica y, al mismo tiempo, denuncia, con expresiones solidarias, la situación de abandono que sufren dichos pueblos por parte del Estado y lamenta el trabajo infructuoso de las misiones de religiosos católicos en función del bienestar de los indígenas. El poeta explorador inquiere uno de los puntos que le valió el rencor sin atenuantes del poderoso Caro, que habría de escribir un folleto para refutar cada una de las opiniones de Isaacs en su informe:

⁴⁷⁷ Isaacs, *Estudios sobre las tribus...*, p. 223.

¿Qué ha hecho ella [la república] positivamente, práctico y visible, por la civilización de las tribus indígenas, qué? La respuesta precisa e ineludible, no nos honra. Y de 1767 a la época actual, ¿qué labor abnegada y loable, qué obra trascendente han hecho los misioneros cristianos en este país?... Exceptuándose los parciales y aislados esfuerzos del señor presbítero Rafael Celedón, esfuerzos ineficaces por lo mismo, nada, absolutamente nada.⁴⁷⁸

Al final de la introducción, Isaacs reconoce la inigualable tarea de Ancízar como secretario de la Comisión Corográfica y sus propias limitaciones pero justifica el informe diciendo: “sírname siquiera de excusa la humanitaria intención de hacer lo posible en beneficio de las tribus salvajes de este país, desamparadas sin piedad o víctimas de inicuos exploradores.”⁴⁷⁹ No era la primera vez que Isaacs prestaba atención a los textos de la tradición oral pues, alrededor de 1860, recogió 498 coplas populares; al establecer estos textos en la edición crítica de las poesías de Isaacs, María Teresa Cristina dice que “a juzgar por los manuscritos que los contienen, fueron transcritos después de la publicación de Poesía [1864] y antes de la de *María* [1867].”⁴⁸⁰ Asimismo, al hacer la valoración de la tarea de folclorista que desempeñó el poeta dice:

La recopilación de Isaacs no es un simple inventario; revela un cuidadoso criterio de selección que es primordialmente estético. Esta constituye un documento valioso para el conocimiento de la cultura popular y presenta el mérito adicional de ser una de las primeras recopilaciones del género en

⁴⁷⁸ *Ibidem*, pp. 39 – 40.

⁴⁷⁹ *Ibidem*, p. 9.

⁴⁸⁰ María Teresa Cristina, “Introducción”, en Isaacs, *Poesía*, t. 1, p. lxxiii.

el país. Pero es también un testimonio del gusto y de la sensibilidad del autor de *María*.⁴⁸¹

Isaacs escribe su *Estudio* consultando, comparando y, a veces, refutando, los otros estudios realizados, no siempre con razones científicamente valederas aunque, en general, lo hace con argumentos que parten de su experiencia de explorador y de testigo de la realidad investigada. Las descripciones de la naturaleza se sostienen en un lenguaje poético que revela la perplejidad del observador frente a lo sublime del paisaje; es como si para el poeta, el accidente geográfico fuera un espacio de la naturaleza ante el cual es menester la apropiación del ser humano a través del lenguaje. La contemplación, en el caso de Isaacs, se plasma en la condición literaria de su texto pero su objetivo pedagógico rebasa la esfera de la pura evocación lírica: estamos ante un explorador que es capaz de emocionarse estéticamente ante la naturaleza, objetivada como materia de estudio científico. La siguiente descripción *in extenso* nos da una idea del lenguaje poético que Isaacs utiliza en su *Estudio* para describir el paisaje natural y la belleza de su magnificencia en sí mismo:

Al despuntar el día es muy bello el panorama. El ramal de los Andes que desciende al río Magdalena, cerrando muy lejos el Valle de Upar al sur de Tamalameque, va levantándose hasta las serranías de Ocaña, de perfiles indecisos en el confín del horizonte. Avanza la cordillera de Perijá rectamente al septentrión y sus cumbres redondeadas a veces, angulosas y abruptas a trechos, se destacan en los blancos refulgentes del cielo, y sesgando en el Cerrajón hacia el levante, dejan libre el abra anchurosa de

⁴⁸¹ *Ibidem*, p. lxxvi.

la Guajira, fondo último de tintes de ópalo y fulgores de oro. La masa gigantesca de la Nevada se prolonga al nordeste y el Shinundúa y las otras cúspides núblicas que lo circundan, irradian al despuntar el sol reflejos indescribibles que se cruzan en el éter con los primeros rayos de la aurora: son como dos alboradas esplendentes que sorprendidas en arrobamiento se contemplan. Duerme el valle a los pies, y sus llanuras de verdor amarillento bordadas por selvas serpenteantes de color sombrío, aparecen a distancia veladas aún por vapores azulinos. En la hondonada, algún reflejo de las aguas del Cesar, o del Magdalena al sudeste; y en esa dirección, líneas vagas de los ramales que bajan de la Cordillera Central hasta inmediaciones del Banco: momentos después la diamantina corona de la Sierra se apaga; parecen sus picos de amatista y lapislázuli, y el astro rey difunde luz y vida sobre el hemisferio de América.⁴⁸²

En el *Estudio*, Isaacs reconoce el valor antropológico de la tradición oral y de los relatos fundacionales de pueblos indígenas, actitud intelectual que también será criticada por Caro. Al hablar de los businkas, escribe que los sacerdotes le refirieron que, al sudeste de los nevados, habían nacido los primeros hombres: “Kankusina (Dios) y su esposa Nahueyekan habían engendrado la especie humana, y el grupo escogido de ella fueron los descendientes de Kavio Kúkui, nieto de aquel Creador Universal.” El relato de la creación continúa señalando que por entonces “ni el sol ni la luna alumbraban” y que, finalmente, Busin-Diuave y sus descendientes “llegaron al fin al valle que fue primer asiento de la nación businka.”⁴⁸³ En una carta del 13 de abril de 1882 fechada en Riohacha, dirigida a Juan Cayón, que está incluida en el *Estudio*, expone el sentimiento

⁴⁸² Isaacs, *Estudios sobre las tribus...*, p. 41.

⁴⁸³ *Ibíd.*, p. 70.

religioso de los chimilas como una expresión connatural a su condición humana puesto que ellos han permanecido sin la influencia de la religión occidental: “Creen los chimilas *en un Dios único (Narayajna)*; en un espíritu maligno o demonio (*Ejgüela*); *en una vida mejor más allá del sepulcro (yucra)*, *en el cielo (hitta)*...” y añade que esta creencia en un Dios único se da “sin que se les haya ocurrido darle forma tangible, semejante o desemejante al ser humano para idolatrarle en piedra, arcilla o leño...”⁴⁸⁴ y señala, además, que tampoco se les ha ocurrido a los chimilas construir algún tipo de templo para aquel Dios.

Este reconocimiento del valor que tiene la tradición oral para entender el espíritu de los pueblos, es parte de las tareas del romanticismo en lo que tiene que ver con la recuperación de lo popular y, al mismo tiempo, es una manera de ampliar los límites de la nación en la medida en que Isaacs, en términos políticamente solidarios, se planteaba la necesidad de que el Estado esté presente, atendiendo a la población indígena. Frente a este aporte de Isaacs a la antropología cultural, Caro, por su lado, desdeñaba el valor que pudiese tener las historias de la tradición oral recogidas por el poeta: “Este rasgo puede ser poético; pero ¿qué gana con él la ciencia? ¿Qué revelaciones hizo Sheukaká a nuestro explorador de la Sierra Nevada?... Lo mismo pudo escribir el señor Isaacs desde Cali o Ibagué o Bogotá, sin que la ciencia ganase ni perdiese nada, como Moore o como Mery describían desde sus gabinetes países extraños, enriqueciendo con ello la literatura inglesa y la francesa.”⁴⁸⁵

En un informe del 12 de abril de 1882, dirigido al Secretario de Instrucción Pública de la Unión, Jorge Isaacs da cuenta de la importancia que tienen sus investigaciones en Valledupar, no sin antes señalar que en los escritos anteriores, salvo las relaciones del general Joaquín Acosta, existe mucho de falsedad, en parte, según

⁴⁸⁴ *Ibidem*, p. 253 – 4.

⁴⁸⁵ Caro, “El darwinismo y las misiones”, p. 1.055.

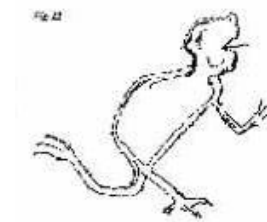
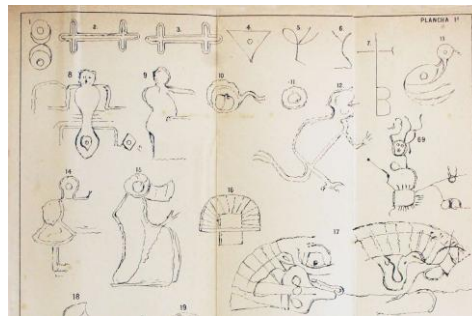
insiste Isaacs en su *Estudio*, porque quienes escribieron sobre estas regiones no llegaron a recorrerlas como él lo ha hecho:

...he podido recorrer comarcas de la Sierra nunca descritas, he estudiado a fondo las costumbres y carácter de los restos de naciones populares en remotos tiempos —*businkas*, *guamakas* y *sehiucos*—; poseo ídolos de esos pueblos, no estudiados, desconocidos antes; *ochenta* y *cuatro dibujos* de jeroglíficos y símbolos copiados de sus adoratorios y rocas sagradas, en los cuales se encierran las más remotas tradiciones, la mitología y teogonía de esos pueblos: grabado y escrito estaba todo eso en las soledades recónditas, y fue preciso ganarme el cariño y confianza de los sacerdotes indígenas para que la nación y la ciencia lo poseyera. Solo las alhajas de piedras rarísimas, laboradas y perforadas en forma sorprendente, de que llevaré bellas muestras al Museo Nacional, son un revelación del origen de esas naciones, sin contar los dibujos y signos de que hablé, y que Humboldt en sus profundas y luminosas investigaciones sobre la más remota ascendencia de las nacionalidades de América, habría estimado como un tesoro.⁴⁸⁶

Todas estas apreciaciones del poeta explorador provocaron el repudio de Caro, pues consideraba que el *Estudio* de Isaacs carecía totalmente de rigor científico y que, sus críticas al trabajo infructuoso de las misiones, era un simple producto del anticlericalismo del poeta. Así, uno de los puntos que más escandalizó a Caro fue una afirmación sobre la teoría darwinista, hecha al paso por Isaacs, mientras comenta las

⁴⁸⁶ Isaacs, *Estudios sobre las tribus...*, p. 242.

figuras de los petroglifos de los businkas que el poeta copió de la piedra Kuakamakué, un adoratorio escondido al comenzar los declives de la Sierra Nevada; de hecho, el poeta adicionó al *Estudio* cuatro planchas con tales dibujos; así que al llegar a uno de ellos explica:



Tolerándolo mis lectores muy susceptibles, los partidarios de la teoría darwinista, podríamos *suponer* que la figura número 12, mitad simia y de rostro muy raro, es representación de la forma que tuvo el animal, terrible como se ve, que precedió al hombre en la escala del perfeccionamiento.⁴⁸⁷

Miguel Antonio Caro, uno de los lectores más susceptibles y menos tolerante del *Estudio*, reaccionó con iracundia de inquisidor y escribió un ensayo contra el informe de Isaacs como si este hubiese sido una exposición militante de la teoría de Darwin y un panfleto anticlerical, restándole cualquier valor en otro campo. Así, al referirse a los estudios de Darwin, dice que “la teoría darwiniana es una de aquellas aberraciones

⁴⁸⁷ *Ibidem*, p. 101. Arriba de la cita podemos apreciar la mitad de la plancha con los dibujos que Isaacs copio de la piedra sagrada Kuakamakué, y un primer plano de la figura # 12 cuya interpretación, de corte darwinista, desata la polémica con Caro.

propias de un especialista maniático...⁴⁸⁸. La descripción que hace de Isaacs, al comienzo de su ensayo, es una semblanza llena de comentarios, proferidos con sinuosa mala fe, en contra del poeta: Caro empieza aceptando que Isaacs es un buen poeta pero no un novelista “porque *María* no es una novela (y si como tal se juzgase, sería una mala novela)”, y señala que la obra de Isaacs es un “idilio en prosa”; luego lamenta que la obra de Isaacs no haya recibido la retribución económica debida del público y que el poeta haya abandonado a las musas con “extravíos” y que estas no hayan querido regresar a él; mas, enseguida concluye: “Hay pecados contra el Espíritu Santo, y en otro orden de ideas hay pecados contra la poesía que no se perdonan jamás.”⁴⁸⁹ Después, hace un resumen de los fracasos económicos de Isaacs y sentencia en tono moralista: “Malo es salir un hombre de su esfera, porque se expone a hallar reposo ni llegar a ninguna parte.” Inmediatamente, resume el motivo de su inquina contra el poeta: “No censuraríamos al señor Isaacs (lo decimos con perfecta sinceridad) sus mudanzas políticas, si no se hubiese empeñado, al mismo tiempo, en hacer gala de incredulidad y de odio al clero, que ni a él ni a su cristiana familia ha hecho daño jamás.”⁴⁹⁰ Antes del párrafo final del ensayo, Caro resume en una oración el principio político que anima su texto: “El que hace guerra a la religión es enemigo de la patria.”⁴⁹¹

La descalificación moral, política y académica del trabajo de Isaacs por parte de Caro, se da en el marco del triunfo de la Regeneración y de la expedición de la Constitución de 1886, de la que Caro es uno de sus artífices. La intolerancia de Caro es programática: “Una filosofía enervante puso en moda desde el siglo anterior el falso principio de que la tolerancia debida a las personas debía extenderse a todo género de

⁴⁸⁸ Miguel Antonio Caro, ob. cit., p. 1.064.

⁴⁸⁹ *Ibidem*, p. 1.051.

⁴⁹⁰ *Ibidem*.

⁴⁹¹ *Ibidem*, p. 1.107.

ideas y de opiniones.”⁴⁹² Por tanto, no se trataba únicamente de cobrarle a Isaacs su paso a las filas del liberalismo radical sino de imponer un discurso católico ortodoxo que contribuyera, en todos los ámbitos, a implantar un tipo de Estado que borrara cualquier vestigio del liberalismo derrotado, hiciera de la religión católica la guía moral de los colombianos, y desterrara cualquier heterodoxia ante los postulados de la Iglesia Católica. Hacia el final del ensayo, Caro expone la tarea política e ideológica en la que se haya al refutar doctrinariamente el *Estudio* de Isaacs; en definitiva, destruir cualquier vestigio institucional de la reforma educativa liberal contra la que se rebeló el clero desde los púlpitos, mientras los conservadores preparaban las condiciones políticas para lanzarse a la guerra civil de 1876:

...es forzoso contribuir a matar la venenosa semilla antes de que germine y dé frutos de abominación.

Ya empezábamos a recogerlos en las generaciones viciadas por las enseñanzas materialistas de los colegios oficiales; los malos mismos empezaron a temblar de su propia obra; el gobierno ha restaurado la educación cristiana, con el aplauso de todos los que creen en Dios y el asentimiento de todos los que temen un desquiciamiento. ¿Y ahora hemos de volver a la predicación materialista? ¿Se quiere imponer a Colombia una labor no solo estéril como la de Penélope, sino sangrienta y aniquiladora?⁴⁹³

Y eso que Caro no tenía cómo conocer la leyenda que, con muchos retoques literarios de romanticismo sentimental, Velasco Madriñán escribió en 1947, sobre la

⁴⁹² *Ibidem*, p. 1.105.

⁴⁹³ *Ibidem*, p. 1.107.

existencia de una “María goajira”, cuyos amores se darían ya no con algún casto Efraín sino, en adulterio interracial, con Isaacs, el explorador de la Guajira. La anécdota había sido esbozada en su libro de 1942, pero en este artículo la amplía y la cuenta con más detalles. La historia comienza con el cacique Mairayú que había prometido la mano de su hija Cashampa a un valiente guerrero guarguariyú. La hija obedecía la tradición pero no quería a su prometido. En medio de los largos preparativos de la boda, llegó un hombre blanco malherido a quien Cashampa curó. El español y la hija de Mairayú se enamoraron y huyeron rompiendo la tradición cultural de los guarguariyú. Al final fueron alcanzados y el español fue ejecutado. Sin embargo, Cashampa había quedado embarazada del español y tuvo a Shajaira, indígena a quien conoce Isaacs. Velasco Madriñán, después de inventarse un diálogo amoroso entre Shajaira Isaacs, construido con algunas de las frases recogidas por Isaacs, concluye la historia con estas palabras: “María de las selvas goajiras, casi desnuda y brillante la piel, ágil como si fuese una serpiente, es el triunfo de la materia. La otra era gasa de nieves, figuras creada para el pensamiento de los ángeles.”⁴⁹⁴

Curiosamente, Donald McGrady, al hablar de las exploraciones de Isaacs y los aportes que este realiza en la construcción del vocabulario de distintos pueblos indígenas, señala que “es interesante que una gran proporción de las frases que Isaacs reprodujo en sus vocabularios indígenas sean de carácter amoroso. Eso indica que el escritor hizo el amor con las doncellas nativas.”⁴⁹⁵ Lo dicho por McGrady está errado pues si uno revisa el vocabulario recogido por Isaacs tal afirmación no se sostiene; la conclusión a la que llega, más allá de que la historia contada por Velasco Madriñán sea cierta, es forzada incluso si fuera cierto lo que afirma sobre el vocabulario amoroso. En esto último, en cualquier caso, McGrady coincide con una de las censuras que Caro le hizo al *Estudio*:

⁴⁹⁴ Luis Carlos Velasco Madriñán, “La María goajira de Jorge Isaacs”, *Vida* (Bogotá) # 5 (Febrero, 1947): 59.

⁴⁹⁵ McGrady, *ob. cit.*, p. 33.

“Parte de los vocabularios del señor Isaacs es erótica con ribetes de romántica [...] Por lo demás, ni una frase catequista o religiosa.”⁴⁹⁶

En 1888, Isaacs está a la espera de que se concreten los negocios de explotación de las hulleras en la Costa Atlántica con alguna firma extranjera. Mientras aguarda la respuesta que no llegará, su vida cotidiana está signada por la escasez. A mediados de 1886 había firmado la concesión con el gobierno y el plazo para empezar la explotación expiraba en diciembre de 1889. El 19 de marzo de 1889 le escribe a Justo Sierra y le confiesa que “en el resultado de mi penosa labor en las costas del Atlántico —que estudié mucho desde 1882, desde Cabo Falso a Punta Espada, en la Guayra, hasta Pisisí, en el Golfo del Darién—, tengo fincada la esperanza de aliviado vivir en lo venidero y la posesión de algún patrimonio para mi familia.”⁴⁹⁷ La carta refleja la situación desesperada en la que Isaacs se encontraba pues, a pesar de tener la concesión y saber a ciencia cierta que la explotación de las hulleras era un negocio lucrativo, la inversión dependía de los empresarios extranjeros. Isaacs le pide a Sierra que interceda para que el general Porfirio Díaz, si las leyes de su país lo permitían, lo nombrase Cónsul General de México en Colombia. En el siguiente párrafo, después de lo solicitado, Isaacs escribe las siguientes líneas, que muestran la vergüenza del poeta ante su desesperada situación y, al mismo tiempo, testimonian ese reclamo permanente de los escritores —que durante el modernismo será casi una divisa— a la organización de un mundo en el que no pueden vivir de su trabajo literario:

Aunque escritos con el alma, trazar esos últimos renglones ha sido más difícil para mí que escribir muchos capítulos de aquel libro —poema de mi

⁴⁹⁶ Caro, ob. cit., pp. 1.060 – 1.061.

⁴⁹⁷ Carta de Isaacs a Justo Sierra, 19 de marzo de 1889, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cartas-de-jorge-isaacs/html/3655594c-1afe-4d3e-8401-2086888ef316_2.html

corazón— que usted admira. Prosa de la existencia... ¡Cuánto cuesta él vulgar vivir! ¡Lo que uno es capaz de hacer por amor a estos niños adorables que han sido mi único consuelo y alegría! ¡Cuán espantoso y cruel es pensar que los dejaré en, el mundo, desvalidos!

No relea usted esos renglones. Proceda como mi hermano. No olvide, al proceder en un sentido u otro, que está de por medio mi nombre; que no pido limosna a los editores que en América han especulado con mi trabajo; que si es digno de admiración y todo acatamiento el Presidente de México, yo... yo soy, por carta de naturaleza, ciudadano de toda la América Latina, hermano de todas las almas que en ella laboran bendecidas y luchan gloriosas, complementando la obra de nuestros libertadores.⁴⁹⁸

El plazo que estipulaba el contrato de las concesiones para iniciar las exploraciones fue renovado algunas veces. Isaacs traspasó los derechos de explotación de las hulleras a su hijo Lisímaco quien, después de la muerte de su padre, tampoco logró el financiamiento necesario para la empresa. El 27 de enero de 1908, el gobierno había declarado caducadas desde 1897 las concesiones para explotar las hulleras y también el petróleo en la Sierra Nevada y el Golfo de Urabá. El 1ro de marzo de 1908, Rafael Uribe Uribe, como apoderado de Lisímaco, realizó un alegato jurídico en defensa de los derechos de los herederos de Isaacs, que obtuvo sus frutos cuando, “en 1912, las viudas de Jorge y Lisímaco Isaacs traspasaron sus derechos petroleros al Gobierno. Fue la única vez que tales concesiones rindieron algún provecho económico.”⁴⁹⁹ Como parte del

⁴⁹⁸ *Ibidem.*

⁴⁹⁹ Camilo Domínguez, *ob. cit.*, p. xxvi.

alegato, Uribe cita un informe de Jorge Holguín al Senado en el que se reconoce el papel del poeta en la historia de la minería de Colombia:

Es de pública notoriedad que á patrióticos esfuerzos y sacrificios de todo género, hechos por el finado Sr. Jorge Isaacs, debe el país el descubrimiento de los más ricos y extensos depósitos de carbón y fuentes de petróleo que haya en nuestra Costa atlántica. La Prensa del país, varios órganos de la extranjera, é informes, análisis y documentos oficiales, así lo acreditan.⁵⁰⁰

Las peripecias empresariales de Jorge Isaacs son un síntoma de ese desplazamiento social que, a finales del siglo diecinueve, vivieron los escritores románticos. En la medida en que se había consolidado el Estado nacional y, por consiguiente, surgía la especialización de la política y el derecho para el gobierno institucional, los escritores fueron desplazados de a poco del aparato gubernamental, sobre todo hacia la cátedra y el periodismo toda vez que la escritura literaria profesional no existía. Me refiero a los escritores que, impelidos por la ética romántica que profesaban, además de su trabajo literario principal asumían sus deberes de ciudadanía participando en política, y no a los políticos que, en sus momentos de ocio, le dedicaban algún tiempo a la literatura y se presentaban como poetas e incluso, dado que escribían en la prensa, como periodistas. Existen, por supuesto, las excepciones de aquellos que también demostraron fuerte vocación por la política y que la asumieron, independientemente de su trabajo literario. Miguel Antonio Caro sería un ejemplo de esto

⁵⁰⁰ Rafael Uribe Uribe, *Por Jorge Isaacs. Alegato en defensa de los derechos de su familia*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1908, p. 21.

último, pues ocupó la presidencia de Colombia por seis años en la última década del siglo diecinueve.

Una de las frustraciones de Isaacs que, tal vez, ilustre de mejor manera el nivel de estrechez económica en el que vivió el poeta fue que jamás pudo adquirir ninguna de las dos versiones que el artista bugueño Alejandro Dorronsoro (1839 – 1920) hiciera del retrato de María. La primera versión del retrato fue realizada en 1879; al enterarse de su existencia en Bogotá, según una carta que le escribió a Dorronsoro, el 22 de junio de 1880, Isaacs quiso comprarla al señor Fonseca Plazas pero este le pidió por ella 200 pesos a pesar de que le habían asignado 50 cuando el pintor la envió. “Yo no podía dar tanto por ella —le explica Isaacs al artista—, i fue crueldad, o algo muy parecido a eso, pretender que se triplicara el valor del cuadro al vendérmelo a mí, aprovechándose de la admiración que imaginaron me causaría. Los hombres de negocios suelen ser implacables.”⁵⁰¹ Lo que el comerciante Fonseca Plazas le estaba pidiendo por el retrato de María a Isaacs equivalía aproximadamente al doble del salario anual de un jornalero.⁵⁰² En la misma carta, Isaacs se permite hacer algunas observaciones sobre el rostro de María que vale la pena leer para comprender cómo imaginaba el poeta a su heroína y de qué manera, en la versión de 1884, Dorronsoro las toma en cuenta:

La obra de Ud. habría sido perfecta, según mi humilde dictamen, si la nariz que es de tipo español, hubiese sido recta, pero dulce, si me permite Ud. la expresión, y judía no recargada en la extremidad, y así como

⁵⁰¹ Carta transcrita por Velasco Madriñán, *Isaacs, el caballero...*, p. 302. Infortunadamente, Velasco no señala de dónde copió la carta. En los libros de Velasco no existe bibliografía de referencia y, aunque están entrecomillados los párrafos de otros autores, no se señala con exactitud el lugar bibliográfico de donde procede la cita.

⁵⁰² En el ya citado trabajo de Salomón Kalmanovitz y Edwin López Rivera, en el capítulo 1, los autores elaboran un cuadro para estimar el producto y el ingreso en el siglo XIX y la primera década del XX y, citando un estudio de Antonio Pardo Pardo, que “utiliza el método conocido como ‘regla de Paul Bairoch’ para aproximar el ingreso anual a partir del salario diario multiplicado por los días laborables en el año”, señalan que el estimado del salario anual de los peones libres entre 1876 y 1900 fue de 110 pesos, equivalentes a 1.870 dólares GK\$ (dólares Geary Khamis). *Las cuentas nacionales...*, pp. 20 – 21.

inflable, aunque casta, a impulsos de ciertas emociones: la mano más visible está también menos pequeña que debiera ser: la base del rostro pudo dejarse un poquito menos carnuda. I lo demás... sobre todo los ojos, esa frente, esos cabellos i la forma en que alineados están, i la garganta purísima, i los labios ligeramente imperativos, que parecen que van a sonreír ya, i el seno purísimo tan bellamente cubierto por esa tela blanca i transparente, i el conjunto todo, es casi ella, i esa es la gloria de Ud. i el motivo de mi admiración.”⁵⁰³

Isaacs le pide al artista que, especialmente para él, haga un nuevo retrato de María con las observaciones que constan en la carta, “pero cuidado con esos ojos, de amorosísima tristeza, cuidado con esa frente, solo iluminada por pensamiento de ángel; cuidado con todo lo que de ella hai en el cuadro que Ud. hizo primero.”⁵⁰⁴ El modelo para el rostro de María lo señala el mismo Isaacs al final del capítulo III cuando el narrador dice que “esa sonrisa hoyuelada era la de la niña de mis amores infantiles sorprendida en el rostro de una virgen de Rafael”⁵⁰⁵, y complementa la información en el capítulo XXXI de la novela, con la siguiente respuesta de Tránsito a una pregunta de Efraín:

Pregunté por Braulio a Tránsito:

—Se quedó aprovechando el buen sol para la revuelta. ¿Y la

Virgen de la Silla?

⁵⁰³ Velasco Madriñán, *Isaacs, el caballero...*, p. 303.

⁵⁰⁴ *Ibidem*, pp. 303 – 304.

⁵⁰⁵ Isaacs, *María*, p. 10.

Tránsito acostumbraba preguntarme así por María desde que advirtió la notable semejanza entre el rostro de su futura madrina y el de una bella Madonna del oratorio de mi madre.⁵⁰⁶

En la ya citada carta a Dorronsoro, el autor demuestra un enorme entusiasmo por el cuadro y por las ganas que tiene de adquirirlo; le explica al pintor que, días después, ofreció 100 pesos por el retrato pero que Fonseca Plazas no aceptó la oferta y le dijo que la venta del cuadro ya estaba comprometida. Isaacs le pide que le confirme la venta y de ser así, como lo he señalado en un párrafo anterior, le pregunta si está dispuesto a hacer otro retrato con las indicaciones que le envía en la carta y le propone a cambio un trueque de productos artísticos: "...yo le corresponderé con algunas estrofas que vivieran mucho, que alabaran el talento de Ud., si algo de lo que escriba o sueñe o cante ha de vivir."⁵⁰⁷ Asimismo, Isaacs es explícito acerca del modelo sobre el que tiene que inspirarse el artista para la nueva versión del retrato de María e insiste, hacia el final, acerca de la necesidad de que la nariz de su heroína debe corresponder al origen judío de su familia. :

La Virgen de la Silla de Rafael [*Madonna della sedia*, oleo sobre tabla, 1513 – 1514, de Rafael Sanzio,], modificando un poquito la nariz, del modo que he dicho, puede servirle de modelo para esa facción; i, perdóneme la insistencia en este punto; ¿se ha fijado usted en algún retrato mío? Esa es la forma de nariz en nuestra familia; mas debe ser idealizada para aquél rostro de hermosura sobrehumana.⁵⁰⁸

⁵⁰⁶ *Ibidem*, p. 147.

⁵⁰⁷ Velasco Madrián, *Isaacs, el caballero...*, p. 303.

⁵⁰⁸ *Ibidem*, p. 304.

El 26 de agosto de 1884, Isaacs escribió nuevamente a Dorronsoro para preguntarle si tenía concluido el retrato de María y cuánto pedía por él pues quería recibirlo a su paso por Buga al mes siguiente: “¿Está Ud. plenamente satisfecho? ¿Le quedaron de mano maestra, como es de esperarse, las modificaciones muy ligeras que indiqué? ¿Están aquellos ojos tan bellos, dulces y castos, radiantes de inocencia y amor como en el otro cuadro?”⁵⁰⁹ Por ese tiempo, Isaacs había recibido \$3.000 de parte del presidente de Argentina, el general Julio A. Roca, para que fuese a Buenos Aires, toda vez que el mandatario estaba muy halagado por la dedicatoria que Isaacs había hecho del poema *Saulo*, del que solo publicó el canto primero: “A vos, hijo leal y preclaro servidor de la República, me atrevo a dedicar estos cantos, —culto a lo bello, a la verdad, a lo excelso,— temeroso aún de que la ofrenda de mi gratitud al libre y grande pueblo que gobernáis sea mísera en el templo de sus gloria.”⁵¹⁰ Aquel dinero en efectivo, al parecer, lo alivió de algunos apuros cotidianos aunque nunca realizó el viaje ni se supo que hubiese devuelto el dinero. Pero ni en esa coyuntura favorable pudo adquirir el cuadro. El segundo retrato de María, hecho por Alejandro Dorronsoro, terminó en propiedad de Ángela Riascos, a quien se lo obsequió el artista; ella, a su vez, lo donó al museo de arte del convento de San Joaquín, de Cali, en donde se exhibe hasta hoy.⁵¹¹

María fue un éxito de ventas desde su publicación pero Isaacs recibió poco o nada como derechos de autor. En la carta ya citada a Justo Sierra, Isaacs lamenta que no ha sido compensado por su propia obra y le pide que intervenga a su favor ante los editores, auxilio que no fue posible por cuanto la legislación correspondiente comenzó a regir después de la primera década del siglo veinte. Incluso, el 26 de febrero de 1924, mediante oficio # 71, el juzgado 2do de lo Civil del Circuito de Bogotá, ordenó el

⁵⁰⁹ *Ibidem*, p. 305.

⁵¹⁰ Isaacs, *Poesía*, t. II, p. 63.

⁵¹¹ Una copia del retrato de Dorronsoro está en el cuarto de María, en la hacienda-museo *El Paraíso*, declarada monumento nacional de Colombia en 1959, ubicada a 36 km. de Cali, en el corregimiento de Santa Elena en el municipio El Cerrito.

embargo “de los derechos que le corresponden a Julia, Clementina y María Isaacs sobre esta patente [la de la novela *María*], a favor de Ezequiel Alarcón.”⁵¹² Ni siquiera el éxito de su novela, del que sí lucraron los editores tanto de América como de España, permitió que Isaacs y su familia tuvieran una vida sin apuros económicos:

Usted sabe que en México se han hecho ya catorce ediciones de *María*, y las hechas en los demás países de Hispanoamérica, sin contar éste, pasan de veinticinco. ¿Qué resultado supone usted que daría en México algo que se hiciera con el fin de excitar a los editores del libro a formar un fondo que recompensara, siquiera en parte, mis derechos como autor de ese libro? ¿Qué efecto daría, hecha desde allá, una excitativa semejante a los demás editores de América que, perjudicándome tanto, han hecho ediciones sin consentimiento mío?⁵¹³

Todavía en 1908, tres años después de la apoteosis de Isaacs, como se denominó el traslado de sus restos a Medellín, en el alegato ya citado de Rafael Uribe Uribe, en defensa de los derechos de la familia de Jorge Isaacs respecto de la vigencia del contrato de concesión para la explotación de las hulleras y el petróleo de la Costa atlántica, aquel se refiere a la necesidad de proteger también los derechos de los herederos respecto de las regalías que merecerían recibir por cuenta de las continuadas ediciones de *María*, que ni siquiera en la propia Colombia reportaban beneficio económico alguno a los hijos del poeta:

⁵¹² Citado por Vicente Pérez Silva, *ob. cit.*, p. 18. Isaacs registró la patente de *María*, el 19 de febrero de 1887. El embargo fue cancelado mediante oficio # 505, del 1 de julio de 1924, en el mismo juzgado.

⁵¹³ Carta de Isaacs a Justo Sierra, 19 de marzo de 1889.

Y ya que no pueda impedirse que los impresores extranjeros pueblen las librerías de Hispanoamérica con copiosas ediciones de *María*, sin que de ello derive el menor provecho para la familia de su egregio autor, como personalmente he tenido ocasión de verlo, pues el romance es y será siempre leído dondequiera que se hable castellano, debería hacerse una rica y abundante edición nacional para regalarla á la familia, y de algún modo oponerse á que de nuestro propio mercado sea dueña exclusiva la Casa Garnier.⁵¹⁴

Isaacs fue un político derrotado y la revolución radical que, en 1880, intentó llevar adelante en Antioquia mediante un golpe de Estado, hoy luce como una acción descabellada, más asentada en la pasión romántica que en el realismo implacable de la política. En el ámbito económico, Isaacs demostró su poca habilidad para los negocios desde que se hizo cargo de las haciendas de la familia; más tarde, el propio poeta complicó su situación debido a sus ambiciosos sueños de fortuna, confiando en empresas que requerían no solo especialización en los negocios en los que Isaacs intentó incursionar sin mayores conocimientos sino también de un capital de inversión del que el poeta carecía. Si a todo esto sumamos el que los liberales, en general, perdieron el control del Estado frente a los conservadores que consolidaron su poder mediante la expedición de la Constitución de 1886, la vida de Jorge Isaacs, desterrado del espacio político después de 1880, fue una tortuosa lucha por la supervivencia cotidiana. A su muerte, el 17 de abril de 1895, el presidente Miguel Antonio Caro se negó a expedir el decreto correspondiente de honras oficiales que, en términos generales, era una formalidad honorífica destinada a quienes se habían destacado en los diversos ámbitos de

⁵¹⁴ Rafael Uribe Uribe, *ob. cit.*, p. 31.

la vida nacional. En el *Boletín de la Academia Colombiana* dedicado a conmemorar el centenario del nacimiento de Isaacs, Max Grillo escribió al respecto del silencio oficial a la muerte del poeta:

¿Qué le faltó al poeta para merecer la inmortalidad? El infortunio purificó su alma, y el silencio que guardó el gobierno de su patria al no dedicarle uno de esos decretos que suelen perdigarse en las democracias indoespañolas, abillantó su nombre. El cantor de María era único, y sus émulos bien podían darse el lujo de fingir que herían de muerte su nombre con aparentar que ignoraban su gloria.⁵¹⁵

4

Nueva vindicación de María

El poeta comienza enunciando aquella opinión, más o menos generalizada entre ciertos escritores, que sostiene que la *María*, de Jorge Isaacs, es una novela que ya no se puede leer, toda vez que nadie es tan romántico, en el sentido de ingenuo. Luego, para contradecir lo dicho en las primeras líneas, invoca su experiencia personal como prueba de que “ayer, el día veinticuatro de abril de 1937, de dos y cuarto de la tarde a nueve menos diez de la noche, la novela *María* era muy legible” e invita al lector a llevar a cabo la misma experiencia para comprobar el testimonio. Para empezar el debate, frente a la afirmación de que la ingenuidad romántica ya no existe más, el poeta formula la

⁵¹⁵ Max Grillo, *ob. cit.*, p. 206.

hipótesis que habrá de demostrar en el desarrollo de su artículo: “Jorge Isaacs no era más “romántico que nosotros.”⁵¹⁶

Entre 1936 y 1940, Jorge Luis Borges escribió para la revista semanal argentina *El Hogar* ensayos, biografías sintéticas, reseñas, y comentarios en la sección “Libros y autores extranjeros”. En un artículo publicado el 7 de mayo de 1937, en la revista nombrada, Borges lleva adelante su personal vindicación de la *María*. Destaca el que Isaacs haya sido criollo y judío, así como un político, “es decir, un desengañado”, y repasando las funciones públicas que este cumplió, concluye que se trata de un hombre “que no se lleva mal con la realidad”. Un hombre que, desde la visión política de su tiempo y movido por la ética romántica, luchó para transformar la realidad histórica y política que le tocó vivir.

Al hablar del carácter romántico del argumento de *María*, Borges señala que aquello significa que Isaacs “era capaz de deplorar que el amor de dos bellas personas apasionadas quedara insatisfecho” y concluye que sus contemporáneos comparten esa capacidad, al igual que Shakespeare. Así formulado, el romanticismo no es solo característica de una escuela literaria sino una tendencia que atraviesa la historia de la literatura. Todos somos románticos cuando asumimos la vida y el amor con intensidad, a plenitud. La novela *María*, en este sentido amplio, continúa emocionando a sus lectores porque el espíritu romántico permanece en la humanidad y aquello que era válido para 1937 continúa siendo válido hoy día a pesar de toda la literatura anti romántica que ha corrido durante el siglo veinte. Y es que el anti romanticismo como postura es, sobre todo, una actitud estética contra el sentimentalismo y la cursilería, falsarios de la condición humana y, por ende, de toda literatura.

⁵¹⁶ Jorge Luis Borges, “Vindicación de la *María* de Jorge Isaacs”, en *Obras completas*, t. IV, Bogotá, Planeta, 2007, p. 346. Este ensayo apareció en *Textos cautivos* (Buenos Aires, Tusquets Editores, 1986) que es una antología de sus ensayos, biografías sintéticas, reseñas y comentarios publicados en la revista *El Hogar*. La selección estuvo a cargo de Enrique Sacerio-Garí y Emir Rodríguez Monegal. Todas las frases entrecomilladas de Borges pertenecen a este artículo mientras no se indique lo contrario.

Uno de los atributos en los que, al parecer, no ha reparado aquella crítica visceral que se construye desde tendencias literarias que buscan abrirse espacio y que requiere actitudes parricidas para ubicarse en el canon, es que el romanticismo de *María*, pincelado de costumbrismo y realismo en diferentes momentos de la novela, está equilibrado y sin excesos, como señala el poeta. Borges llama la atención sobre el tratamiento que hace Isaacs del tema de la esclavitud, frente al que no magnifica los sufrimientos de los esclavos ni exalta su sencillez como ejemplo del buen salvaje, que son siempre tentaciones extremas del escritor romántico. Borges cita una frase de la novela que sintetiza el equilibrio del autor frente al tema: “Los esclavos, bien vestidos y contentos, hasta donde es posible estarlo en la servidumbre...”⁵¹⁷ No obstante, la misma frase, en otro contexto crítico, podría ser vista como una forma poética que encuentra Isaacs para sublimar la condición misma de la esclavitud, no obstante, hay que anotar, su trabajo como Superintendente de Educación para democratizar la educación entre los sectores populares y su lucha contra el clero que se oponía a esta tarea nos muestran un Isaacs que, en su práctica política, fue un defensor de las libertades del ser humano.

Así mismo, Borges pondera la escena de la caza del tigre y la compara con lo que habría sucedido en manos de otros autores: “¡Qué incontinencias tropicales, qué hipérboles, no habrían despilfarrado Byron o Hugo (para no hablar de Montherlant o de Hemingway) ante toda la muerte de todo un tigre! Nuestro colombiano la resuelve con sobriedad.”⁵¹⁸ Isaacs narra la aventura con la sencillez y la verdad que el episodio tiene entre las gentes del campo vallecaucano, con un niño asustado por las historias sobre el tigre, con la consciencia de que son los perros quienes corren más peligro y que el éxito de la caza, a fin de cuentas, es el resultado de la buena puntería en el momento adecuado frente a un animal acosado por una cuadrilla de cazadores.

⁵¹⁷ Isaacs, *María*, p. 14.

⁵¹⁸ Borges, *ob. cit.*, p. 347.

Borges celebra el “goce homérico de Isaacs en las cosas materiales” y, a continuación ejemplifica varios momentos en los que este se regocija con la sensualidad de las cosas. Goce y sensualidad por las cosas afirmadas en el baño que prepara María a Efraín, en las flores que ésta coloca en la habitación de su amado, en el diálogo de penas de los amantes a través del pañuelo de María, “fragante aún con el perfume que siempre usaba ella, ajado por sus manos y humedecido con sus lágrimas, recibía sobre la almohada las que rodaban de mi ojos como u de una fuente que jamás debía agotarse.”⁵¹⁹ Al final del breve ensayo, celebra el que el novelista haya optado por trabajar, antes que por la sorpresa, con la “anticipación y el presentimiento”, pues el sentido de la obra está dado, precisamente, porque sabemos que María va a morir; y cita una línea de singular belleza elegíaca que está en las primeras páginas de la novela: “Una tarde, tarde como las de mi país, engalanada con nubes de color de violeta y lampos de oro pálido, bella como María, bella y transitoria como fue ésta para mí...”⁵²⁰

En la tercera edición de *María*, 1891, considerada como la definitiva, en la medida en que sigue las correcciones autógrafas de Isaacs, fue incluido el “Juicio crítico” que José María Vergara y Vergara, uno de los fundadores y primer director de la Academia Colombiana de la Lengua, escribió en junio de 1867, apenas publicada la novela.⁵²¹ En este juicio crítico, Vergara, como si previera la repetición de lugares comunes respecto de la novela de Isaacs y su deuda con *Atala* (1801), de René de Chateaubriand, y *Pablo y Virginia* (1788), de Bernardin de Saint Pierre, señala las claras diferencias que existen entre *María* y tales novelas. Lo que Vergara remarca es la autenticidad de la historia, la existencia cotidiana de los personajes y su drama, y la

⁵¹⁹ Isaacs, *María*, p. 290.

⁵²⁰ *Ibidem*, p. 39.

⁵²¹ Vergara también lo publicó en *La Patria*, el 10 de marzo de 1878 y lo incluyó en *Artículos literarios*, libro de 1885, de donde lo he tomado.

naturaleza verdadera en tanto parte del mundo del autor y los lectores que existe en *María* frente a las excentricidades de las dos novelas europeas:

Hay criados, colonos, vecinos que se visitan y un perro viejo llamado Mayo; cacerías, pasiones, deudas, trabajo, pesares, esperanzas, intriga, personajes secundarios útiles; hay, en fin, todo lo que se encuentra en una cada. María y Efraín no son dos niños en una isla desierta, como Pablo y Virginia, ni dos jóvenes solos en el Desierto como Chactas y Atala; María y Efraín son dos jóvenes vestidos con telas europeas que vivieron en una hacienda del Cauca, se amaron, se fue él y... ¿para qué decir el fin de la novela?⁵²²

El exotismo de los románticos europeos es resultado de la construcción de un imaginario heredero del mito del *buen salvaje* de Rousseau. Lo que para Chateaubriand y Saint Pierre es la naturaleza exótica, para Isaacs no solo es su naturaleza cotidiana sino también su patria: en el capítulo II, cuando Efraín regresa, luego de seis años, desde Bogotá a su “nativo valle”, la emoción del personaje es auténtica, en términos de pertenencia a la naturaleza que admira, y no producto de una visión literaria de la naturaleza desde Europa: “Mi corazón rebosaba de amor patrio. Era ya la última jornada del viaje, y yo gozaba de la más perfumada mañana del verano. El cielo tenía un tinte azul pálido: hacia el oriente y sobre las crestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aún, vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas del turbante de una bailarina esparcidas por un aliento amoroso.”⁵²³

⁵²² José María Vergara y Vergara, “Juicio crítico”, en *Artículos literarios*, Londres, Publicado por Juan M. Fonnegra, 1885, p. 58.

⁵²³ Isaacs, *María*, p. 5.

A contrapelo de cierta crítica que pretende situar a *María* como una imitación de *Atala* y de *Pablo y Virginia*, cayendo en posiciones neocoloniales, hay que reafirmar que, si bien nuestros románticos se formaron en las lecturas del romanticismo europeo, todo lo que en Europa era reacción frente a las formas neoclásicas, en América fue actitud estética fundacional signada por la conquista de la libertad política de las nacientes repúblicas y todo aquello que allá fue visto como exótico aquí fue la descripción de la naturaleza en la que se inscribía la cotidianidad del habitante americano. La novela *Pablo y Virginia* está signada por las preocupaciones filosóficas y políticas de los europeos ilustrados de finales del siglo dieciocho. En este sentido hay que leer el juicio de Vergara cuando, con el lenguaje de la crítica subjetiva del siglo diecinueve, define la autenticidad de la novela de Isaacs: “Es la prosa de la vida vista con el lente de la poesía; es la naturaleza y la sociedad traducidas por un castizo y hábil traductor.”⁵²⁴.

La novela de Saint Pierre está atravesada por la tesis del *buen salvaje* de Rousseau: la historia de los dos niños, vecinos de una pequeña aldea e hijos de madres europeas, que crecen juntos, se da en una sociedad primitiva en donde sus habitantes viven felices, en armonía con la naturaleza; ese pequeño núcleo es perturbado por los prejuicios y la ambición de los miembros de la sociedad civilizada. La narración está llena de reflexiones filosóficas en este sentido y el final trágico de Virginia y Pablo aparece cargado con las connotaciones románticas que derivan de los amores contrariados y al final, luego de la muerte de sus protagonistas, se cierra con una moraleja:

Cerca del sepulcro de Virginia, al pie del grupo de bambúes ó cañas, fue enterrado su amigo Pablo; y alrededor de ellos sus tiernas madre, y los

⁵²⁴ Vergara, *ob. cit.*, p. 59.

files criados Domingo y María. Sobre sus humildes sepulturas no se elevaron mármoles, ni se grabaron inscripciones en loor de sus virtudes; pero en recompensa de estos vanos aparatos, ha quedado indeleble su memoria en los corazones, de aquellos á quienes tenían obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor de que huyeron quando vivían; prefieren al contrario, andar errantes debaxo del pajizo techo de las humildes chozas donde habita la virtud laboriosa, consolando á la pobreza no contenta con su suerte, é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor de las riquezas.⁵²⁵

La novela de Saint Pierre poco tiene que ver con la caracterización del espacio en donde tiene lugar la novela *María*, que no es idílico sino histórico, con el protagonismo de una naturaleza incorporada a la vida social, con los personajes que participan de la trama y de las distintas historias que tienen lugar en la novela, con el conflicto amoroso de Efraín y María que surge y evoluciona con la naturalidad con la que se dan las relaciones amorosas entre primos, u otros familiares cercanos, en las sociedades rurales endogámicas; y, sobre todo, con un narrador que no construye discursos pedagógicos sobre la bondad del mundo sino que ofrece un testimonio desgarrado de su triste experiencia amorosa.

Resulta revelador el breve escrutinio al que es sometida la biblioteca de Efraín por Carlos, al final del capítulo XXII. En primer lugar, los libros religiosos que todo hogar católico debía tener para la formación espiritual de la familia. Empieza por *La Biblia*, Denis de Frayssinous, autor de la *Défense de christianisme et des libertés gallicanes*, *Cristo ante el siglo* que, al parecer, se trata de una obra que corresponde a M.

⁵²⁵ Jacobo Bernardino Enrique de Saint Pierre, *Pablo y Virginia*, Cádiz, Librería de Hortal y Compañía, 1814. p. 225. Edición digitalizada de Taylor Institution.

Roselly de Lorgues, con una edición en español de 1847, con el subtítulo de *o nuevos testimonios de las ciencias en favor del catolicismo*. El comentario del pragmático Carlos es “aquí hay mucha cosa mística”. En seguida, aparece *Don Quijote* y el subsecuente comentario del mismo Carlos: “Por supuesto: jamás he podido leer dos capítulos.”⁵²⁶. Carlos es un hijo de terrateniente a quien le es ajena la pasión romántica y que no entiende cómo es que Efraín ha venido cargando con esta cantidad de libros. Es el mismo que cuando se entera de la enfermedad de María, luego de que ya ha descubierto el amor de Efraín por ella y ha desistido de su intención de pedir la mano de aquella, lo interroga con asombro y le plantea a su amigo Efraín un descarnado cuestionamiento: “¿Y esa enfermedad que probablemente es la de su madre?... ¿Y vas a pasar quizá la mitad de tu vida sentado sobre una tumba?...”⁵²⁷.

Luego hace mención de Chateaubriand, una *Gramática inglesa*, algunos libros de Shakespeare, Calderón de la Barca para terminar con la *Democracia en América*, de Tocqueville. Asimismo, durante el escrutinio, se menciona la condición de poeta de Efraín, cuando en brevísimo asomo de sensibilidad hacia la poesía por parte de Carlos, este le pregunta: “¿todavía haces versos? Recuerdo que hacías algunos que me entristecían haciéndome pensar en el Cauca.” El espíritu pragmático de Carlos regresa inmediatamente a él pues, luego de que Efraín le responde que ya no escribe poesía, Carlos comenta de manera lapidaria: “Me alegro de ello, porque acabarías por morirte de hambre.”⁵²⁸. Con ello reafirma una idea socialmente arraigada que, a finales del siglo diecinueve, con la noción de progreso en plena ejecución y el desplazamiento de los escritores de la esfera del Estado, se expresará como desencanto en la concepción modernista que convirtió al poeta en un ser incomprendido, arrinconado en su torre de marfil.

⁵²⁶ Isaacs, *María*, p. 100.

⁵²⁷ *Ibidem*, p. 138.

⁵²⁸ *Ibidem*, p. 101.

Ni en el escrutinio de la biblioteca de Efraín, cuyos títulos pertenecieron a la biblioteca personal de Isaacs, ni en la biblioteca de autor —que fue donada por la familia del poeta a la Biblioteca Nacional, en 1938, y que consta de 155 volúmenes—, se encuentra el libro de Saint Pierre, *Pablo y Virginia*⁵²⁹. Anderson Imbert, que en su estudio preliminar a la edición de *María*, del Fondo de Cultura Económica, de 1951, sienta las tesis básicas para nuevas lecturas de la novela, comete en él, sin embargo, dos desaciertos. El primero es interpretar que Vergara y Vergara había “emparentado ambas novelas”, cuando Vergara y Vergara señala, partiendo ciertamente de la obra de Saint-Pierre, las clarísimas diferencias que existen entre *María* y *Pablo y Virginia*. El segundo desacierto es decir que “No hay prueba de que Isaacs leyera a Saint-Pierre; tampoco la hay de que no lo leyera”⁵³⁰, pues tal afirmación carece de sentido: la carga de la prueba está en quien acusa, señala un principio lógico del Derecho: no se puede probar lo que no es y si no existe prueba de que Isaacs haya leído Saint-Pierre significa que, hasta donde están las investigaciones, debemos entender que, efectivamente, no conoció la obra de Saint-Pierre antes de la escritura de *María*. Pudo, inclusive —y entramos en el terreno de las elucubraciones pero con un mínimo de sustento—, haber leído la novela de Saint-Pierre una vez que conoció el comentario de Vergara pero ya *María* estaba escrita y nada de lo que corrigió hasta la tercera edición la asemeja, en más o en menos, a *Pablo y Virginia*. Enunciar que *no hay prueba de que no lo leyera* (a Saint-Pierre) es especulación gratuita que genera, queriéndolo o no, la sospecha de que Isaacs escribió *María* con la intención de imitar al francés. Lo que existió, al igual que ha sucedido siempre, es la presencia del espíritu de la época. En palabras del propio Anderson Imbert,

⁵²⁹ María Teresa Cristina en nota al pie de página describe los títulos de la biblioteca de Efraín que se encuentra en la biblioteca personal del poeta en el Fondo Isaacs de la Biblioteca Nacional, de Bogotá. *Ob. cit.*, p. 101.

⁵³⁰ Enrique Anderson Imbert, “Prólogo”, a Jorge Isaacs, *María*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1951, p. XIX.

quien también relativiza el tema de las influencias: “No hay una fuente única; es todo un aire histórico el que Isaacs respira”⁵³¹.

En cambio, sí resulta muy significativo el diálogo intertextual que Isaacs ha construido en su propio discurso novelesco entre los protagonistas de *María* y la lectura que estos hacen de *Atala*, de Chateaubriand. Este diálogo permite no solo identificar un libro de la formación cultural del autor sino también entender una fuente indispensable para el romanticismo sentimental que cobija a los personajes de *María*. Parecería que la ansiedad por la influencia contagió a cierta crítica que repite hasta hoy, sin una confrontación rigurosa, que *María* carece de originalidad por cuenta de *Atala* y de *Pablo y Virginia*. En realidad, la influencia de Chateaubriand como lectura necesaria en la formación literaria de la época, está planteada en la propia *María* y de dicho planteamiento Isaacs saca partido puesto que, como autor, construye en el mismo texto su propia tradición literaria y, al tiempo, genera un referente literario significativo para la historia de amor de sus personajes. En todo caso, la lectura de *Atala* es también un instrumento pedagógico de la educación moral de los protagonistas de *María*, si nos atenemos a la moraleja del “Epílogo”:

Chactas, hijo de Utalissi el náctez, contó esta historia a René el europeo. Los padres la han repetido a sus hijos; y yo, viajero por tierras lejanas, he repetido fielmente lo que los indios me dijeron. He visto en esta narración el panorama del pueblo cazador y labrador, la religión, primera legisladora de los hombres; los peligros de la ignorancia y el fanatismo religioso opuestos a la luz, a la caridad y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y las virtudes de un corazón sencillo; y, por

⁵³¹ *Ibidem*, p. XX.

último, el triunfo del cristianismo sobre el sentimiento más vehemente y el miedo más terrible: el amor y la muerte.⁵³²

En el capítulo XIII, Isaacs plantea algunas claves de su novela a partir del recurso de poner a sus personajes a leer un drama literario que se convertirá en un drama paralelo a la realidad de la ficción novelesca en la que estos habitan: “Las páginas de Chateaubriand iban lentamente dando tintas a la imaginación de María.”⁵³³ Tanto en María como en Efraín, quien está leyendo *Atala* en voz alta para su hermana y para ella, se cumple la ilusión de ser personajes literarios y participar de sus cuitas: “Luego que leí aquella desgarradora despedida de Chactas sobre el sepulcro de su amada, despedida que tantas veces ha arrancado un sollozo a mi pecho [...] María, dejando de oír mi voz, descubrió la faz, y por ella rodaban gruesas lágrimas.”⁵³⁴ Los personajes de *María*, que creen en la apasionada ilusión literaria del romanticismo, buscan un modelo estético para su desventurada relación amorosa; de ahí que Efraín se estremece al comparar a María con el personaje de Chateaubriand y, al mismo tiempo, ese estremecimiento se convierte en un indicio verdadero de la novela de Isaacs: “Era tan bella como la creación del poeta, y yo la amaba con el amor que él imaginó. Nos dirigimos en silencio y lentamente hacia la casa. ¡Ay!, mi alma y la de María no sólo estaban conmovidas por aquella lectura, estaban abrumadas por el presentimiento.”⁵³⁵ Ciertamente, esta intertextualidad propositiva revela un cuidadoso esquema de composición por parte de Isaacs.

La inclusión del relato de Nay y Sinar también es esencial en términos de la composición de la novela. Si la historia personal de María empieza en Jamaica, en el seno de una familia judía, la novela *María* empieza en África, con el relato heroico de la

⁵³² François René de Chateaubriand, *Atala, René, Los Nathchez*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1971, p. 137.

⁵³³ Isaacs, *María*, p. 39.

⁵³⁴ *Ibidem*, p. 40.

⁵³⁵ *Ibidem*.

vida de Feliciano, cuando ella era una princesa africana y se llamaba Nay. Así, la inclusión de la historia de Nay y Sinar (capítulos XL a XLIII) constituye una desconstrucción del carácter inhumano de la esclavitud y, sobre todo, teniendo en cuenta la fe religiosa de los personajes de la novela, esta historia es también la puesta en evidencia del carácter anticristiano de la esclavitud y el remordimiento profundo —en el sentido judeo-cristiano de *la culpa*— que genera en la familia de Efraín su condición de esclavista, aun cuando el trato que den a los esclavos sea *paternal*.

La narración de Nay y Sinar, testimonio doloroso sobre las luchas tribales en África y la trata de esclavos durante el siglo XIX, es pertinente a la estructura de la novela en la medida en que cuenta la historia de un personaje y, a partir de ella, no solo devela el proceso horrendo de la captura de esclavos sino que en esta singularidad queda visibilizada la historia de todos los esclavos del Valle. El viaje de Nay en un barco esclavista, desde África, coincide en Panamá con el regreso del padre de Efraín junto a María, desde Jamaica. El padre de Efraín paga por Nay, que acababa de alumbrar el hijo que tuvo con Sinar. Horas después le encarga a María, de tres años, que se había encariñado con Nay, que le entregue la carta de libertad. El norteamericano a quien le había pagado por Nay no comprende el proceder del padre de Efraín, quien le responde: “...yo no necesito una esclava sino una aya que quiera mucho a esta niña.”

Así es como Nay, que luego se llamará Feliciano, y su hijo Juan Ángel se relacionan con la familia de Efraín. Isaacs, por boca del narrador, nuevamente relativiza el bienestar de quien no es enteramente libre y ha sido arrebatado con violencia de su patria: “A los tres meses, Feliciano, hermosa otra vez y conforme en su infortunio cuanto era posible, vivía con nosotros amada de mi madre, quien la distinguió siempre con especial afecto y consideración.”⁵³⁶ La idea de esa *conformidad* de Feliciano en *cuanto*

⁵³⁶ *Ibidem*, p. 231.

era posible es siempre remarcada. Cuando Efraín es todavía un niño, Feliciano le pide que le prometa que cuando sea hombre, él los llevará a ella y a Juan Ángel al África. En el momento de la muerte de Feliciano, Efraín se acerca a la moribunda y le pronuncia a su oído su nombre verdadero: Nay. Durante el velorio, una de las esclavas canta una triste canción de cautiverio de los negros esclavizados:

En oscuro calabozo
Cuya reja al sol ocultan
Negros y altos murallones
Que las prisiones circundan;

En que solo las cadenas
Que arrastro, el silencio turban
De esta soledad eterna
Donde si el viento se escucha...

Muero sin ver tus montañas
¡Oh patria!, donde mi cuna
Se meció bajo los bosques
Que no cubrirán mi tumba⁵³⁷.

En términos estéticos, la historia de Nay se enlaza en paralelo con la historia de Ester: ambas pertenecen a otro país, a otra cultura y son conversas al catolicismo desde otras religiones. Tanto Nay, bautizada como Feliciano, y Ester, convertida en María,

⁵³⁷ *Ibíd.*, p. 235.

mantienen el orgullo de pertenencia a otra raza y ambas sufren un amor contrariado, aunque en el caso de Nay, la pérdida de su amado se debe a la crueldad de la caza de esclavos, y en el de María, a la presencia de una enfermedad incurable que vuelve imposible la consumación de su relación amorosa con Efraín. Así, el relato introducido aparentemente de manera arbitraria, se vuelve, a efectos de la composición, pertinente para ampliar los niveles semánticos de estas dos historias de amores tristes.

En términos políticos, la inclusión del relato de Nay y Sinar quiebra la armonía ideológica del particular sistema feudal, que aún tiene presencia esclavista, en el que viven los protagonistas de la novela y que es el mismo que vive Colombia durante la primera mitad del siglo diecinueve. Representa un instrumento crítico forjado en el seno del propio cuerpo novelístico que, desde el discurso del relato, cuestiona la realidad social no por disquisiciones filosóficas del narrador sino por la fuerza simbólica de lo narrado. En este sentido, el relato de Nay y Sinar permite una lectura de *María* como una novela nacional que no intenta el ocultamiento de las contradicciones de la nación en ciernes sino que las pone en evidencia y las vive como problemas inherentes al proceso de construcción del Estado colombiano.

Doris Sommer, en un texto ya canónico sobre las novelas fundacionales del siglo XIX en América Latina, sostiene que el judaísmo de María y Efraín, “funciona como un estigma proteico que condena a los protagonistas de un modo u otro, como ‘aristocracia’ de hacendados debilitada por la redundancia incestuosa de la misma sangre, y también como disturbio racial entre los blancos”⁵³⁸. A lo largo de su ensayo sostiene —si bien a veces sobre interpreta aquello que el texto novelesco dice—, que “la novela no es fundacional sino disfuncional al demoler cimientos y cancelar proyectos en una crisis

⁵³⁸ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales*, México DF, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2007, p. 226.

indisoluble...”⁵³⁹ para concluir que “María o bien muere porque su judaísmo era una mancha, o bien porque su conversión fue un pecado”⁵⁴⁰.

En estricto sentido, dado que el judaísmo es matrilineal, solo María es judía por cuando su madre lo es; no así Efraín cuya madre es una vallecaucana católica, muy a pesar del nombre hebraico y de la condición judía de su padre. Isaacs, además, siempre estuvo orgullo de su ascendencia judía y confrontó con entereza a sus enemigos políticos cuando éstos le enrostraron su judaísmo. En su poema “La patria de Shakespeare”, fechado en junio de 1892, Isaacs refuerza con orgullo su ascendencia hebraica: “¡Patria de mis mayores! Nobel madre, / De Israel desvalido, protectora, / Llevo en el alma numen de tus bardos, / Mi corazón es templo de tus glorias.”⁵⁴¹ Parecería, entonces, que atribuir la muerte de María a su condición de judía conversa es una lectura que sobrepasa los niveles significativos que se desprenden del discurso narrativo de la novela; lectura teórica destinada a conseguir que “el mal de María” calce como una anomalía en la escritura de romances nacionales en el siglo diecinueve.

Justamente por la ausencia de un discurso ideológico y político expresado de forma omnisciente es que *María* sigue cautivando a sus lectores aún hoy en día. En disonancia con otras novelas románticas que explicitan en sus texto narrativo determinadas tesis políticas, como *Sab*, y su discurso antiesclavista, *Aves sin nido*, y su alegato contra el celibato y la reivindicación indigenista que se desprende de su historia, o *Cumandá*, como un llamado a la integración de los pueblos indígenas a la construcción de la nación mestiza; la novela de Isaac se centra en el desarrollo del drama amoroso de los personajes y, en lugar de optar por la ascendencia cronológica, Isaacs optó por el desarrollo de lo que ya estaba dicho desde un comienzo con el envío inicial escrito por un narrador – compilador de las memorias de Efraín: “A los hermanos de Efraín”.

⁵³⁹ *Ibidem*, p. 233.

⁵⁴⁰ *Ibidem*, p. 243.

⁵⁴¹ Isaacs, *Poesía*, t. II, p. 182.

Dado que la historia amorosa se centra en la vida de los personajes y no en las contradicciones sociales, la novela ha terminado por ser considerada como un texto *escapista*, interpretando con ello que Isaacs pretendió escamotear la realidad de su época. Esto último no se sostiene si ubicamos a la novela *María* como un texto literario escrito por un intelectual completamente involucrado en las luchas políticas de su patria. No fue Isaacs, precisamente, un hombre que escamoteara la confrontación ideológica y prueba de ello es el conjunto tanto de su obra como de su praxis.

Gustavo Mejía, en el prólogo a la edición de la Biblioteca Ayacucho de *María*, sostiene que “no hay duda del carácter profundamente sentimental de María”⁵⁴² y señala, más adelante, que la combinación de la pasión, la melancolía y la nostalgia es la responsable del “sentimentalismo” que el lector moderno encuentra criticable en la novela. Por su parte, en la edición didáctica de Norma, de la colección Cara y Cruz, William Ospina plantea una tesis completamente opuesta: “A pesar de lo que suele pensarse, María no es una novela sentimental. Abundan en ella las situaciones festivas, el buen humor y aun cierto duro pragmatismo.”⁵⁴³ En ambos casos, la calificación de *sentimental* para la novela tiene connotaciones negativas. Fernando Alegría, en cambio, utilizando un lenguaje descriptivo dice, en tono más bien celebratorio: “La novela sentimental, con rasgos costumbristas y psicológicos, halla su más alta expresión en *María* (1867) [...] en la que se advierte un esfuerzo por dar categoría artística al paisaje y al detalle realista criollo.”⁵⁴⁴

Criterios tan disímiles pueden explicarse por el alto contenido polisémico que genera la novela de Isaacs. *María*, en términos descriptivos, pertenece a la corriente

⁵⁴² Gustavo Mejía, “Prólogo”, a Jorge Isaacs, *María*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. XXVI.

⁵⁴³ William Ospina, “De lo breve y lo eterno”, en Jorge Isaacs, *María*, Iván Hernández, editor, Bogotá, Editorial Norma, Colección Cara y Cruz, 1990, p. 78.

⁵⁴⁴ Fernando Alegría, “Aspectos fundamentales de la novela romántica latinoamericana”, en Varios autores, *La novela romántica latinoamericana*, La Habana, Casa de las Américas, Serie Valoración Múltiple, 1978, p. 79.

sentimental del romanticismo pues su historia y su intriga están centradas en la imposibilidad de la plena realización amorosa de dos amantes que al final, según los indicios y las premoniciones desde el principio del texto, terminan separados por la muerte. La cuestión sentimental no parecería un problema para el lector contemporáneo, a pesar de cierta ingenuidad en la relación amorosa de los protagonistas, pues, como sostenía Borges, aún se puede decir que el romanticismo de Isaacs persiste en la ilusión romántica de la pasión amorosa. En un estudio fundamental sobre *María*, Donald McGrady sostiene al respecto:

El concepto de sentimentalismo está estrechamente aliado con el de melancolía, otra característica universal del romanticismo. La melancolía de María no tiene ninguna relación con el pesimismo por el hastío con el mundo y por el destino del hombre que se aprecia en algunas novelas románticas europeas. El tono predominantemente triste de la narración de Efraín se deriva casi exclusivamente del final trágico de la historia de amor que narra.⁵⁴⁵

La sensualidad poética de la novela en el tratamiento de lo sentimental es lo que marca la permanencia del texto a través del tiempo, pues el erotismo que se desprende del lenguaje calza, de alguna manera, con el hedonismo de la posmodernidad. Efraín y María tienen una relación de miradas, roces, fragancias compartidas y breves desnudeces que generan una enorme carga de sensaciones placenteras entre los amantes. Ya desde el primer encuentro, al regreso de Efraín de la capital, queda marcado el inicio de la seducción con solo un gesto: “María estaba en pie junto a mí, y velaban sus ojos anchos

⁵⁴⁵ McGrady, *ob. cit.*, p. 112.

párpados orlados de largas pestañas. Fue su rostro el que se cubrió de más notable rubor cuando al rodar mi brazo de sus hombros, rozó con su talle; y sus ojos estaban humedecidos aún, al sonreír a mi primera expresión afectuosa, como los de un niño cuyo llanto ha acallado una caricia materna”⁵⁴⁶.

Mediante expresiones sutiles, María es erotizada continuamente a través de la mirada de Efraín que la recorre por todo su cuerpo. Él captura la mirada esquiva de ella: “María me ocultaba sus ojos tenazmente; pero pude admirar en ellos la brillantez y hermosura de los de las mujeres de su raza, en dos o tres veces que a su pesar se encontraron de lleno con los míos”; al mismo tiempo, Efraín fija su vista en la boca de María y ella le corresponde con una sonrisa efímera: “sus labios rojos, húmedos y graciosamente imperativos, me mostraron solo un instante el velado primor de su linda dentadura.” Y como la ha estado observando morosamente, alcanza a disfrutar de la desnudez de los brazos de María: “Al volver las trenzas a la espalda, de donde rodaban al inclinarse ella servir, admiré el envés de sus brazos deliciosamente torneados y sus manos cuidadas como las de una reina.”⁵⁴⁷ En ese juego de seducciones mutuas, María se cubre con recato cuando se ve sorprendida por Efraín mientras recoge rosas en una vasija de porcelana junto a Emma: “...María lo notó, y sin volverse a mí, cayó de rodillas para ocultarme sus pies, desatose del talle el pañolón, y cubriéndose con él los hombros, fingía jugar con las flores.”⁵⁴⁸ Durante todo el texto, Efraín se regodeará en lo dulce del acento de María y confesará la seducción a la que está sometido desde siempre por la voz de su amada y de qué manera ese acento lo conduce por los vericuetos de su memoria a un tiempo feliz:

⁵⁴⁶ Isaacs, *María*, p. 7.

⁵⁴⁷ *Ibidem*, pp. 8 y 9.

⁵⁴⁸ *Ibidem*, p. 12.

La voz de María llegó entonces a mis oídos dulce y pura: era su voz de niña, pero más grave y lista ya para prestarse a todas las modulaciones de la ternura y de la pasión. ¡Ay!, ¡cuántas veces en mis sueños un eco de ese mismo acento ha llegado después a mi alma, y mis ojos han buscado en vano aquel huerto donde tan bella la vi en aquella mañana de agosto.⁵⁴⁹

En el marco del canon de verosimilitud y de uso de símbolos en el romanticismo se explica la sobrecogedora presencia del *ave negra* en *María*, que tiene cinco apariciones en momentos claves de la novela. El ave de mal agüero recoge la tradición simbólica del romanticismo que, en clave fantástica, podemos remitirla a *La maravillosa historia de Peter Schlemihl* (1814), de Adelbert Von Chamisso (1781 – 1838). En *María*, el ave negra es un símbolo que se complementa con otros códigos románticos utilizados por Isaacs, tales como la premonición, la naturaleza en función dramática y la anticipación del final trágico, según el señalamiento de McGrady, quien añade: “Quizá lo que desconcierta a los críticos contemporáneos sea el uso de técnicas realistas junto a las románticas”⁵⁵⁰.

La primera aparición tiene lugar cuando a María le ocurre el primer ataque epiléptico (cap. XV); la segunda, cuando el padre de Efraín se entera del fracaso de unos negocios que lo ponen al borde la ruina (cap. XXXIV); la tercera, cuando Efraín, enterado de que el viaje a Londres, que estaba pospuesto cuatro meses, había sido adelantado para dentro de menos de uno (cap. XXXVIII); es en esta ocasión que nos enteramos cuál es el *ave negra*: “...pero de tiempo en tiempo, el bujío, guardián de las negras espesuras, revoloteaba a mi alrededor haciéndome oír su silbido siniestro”⁵⁵¹. La

⁵⁴⁹ *Ibidem*, p. 11.

⁵⁵⁰ McGrady, *ob. cit.*, p. 118.

⁵⁵¹ Isaacs, *María*, p. 198. *Bujío* es el nombre común en la zona del Valle; su nombre científico es *Nyctidromus albicollis*.

cuarta aparición se da la noche anterior a la partida de Efraín a Londres, mientras los amantes se juran amor eterno (cap. XLVII). En todas ellas, el *ave negra* se presenta como una premonición. En la quinta, (cap. LXV), el ave aparece, al final de la novela, cuando Efraín está despidiéndose de Braulio frente a la tumba de María. El aleteo victorioso del ave, su graznido siniestro, parada sobre uno de los brazos de la cruz de la tumba de María, y su actitud desafiante ante el pánico de Efraín, todo ello la convierte en el símbolo del triunfo de la muerte sobre los amantes:

Había ya montado, y Braulio estrechaba entre sus manos una de las mías, cuando el revuelo de un ave que al pasar sobre nuestras cabezas dio un graznido siniestro y conocido para mí, interrumpió nuestra despedida: la vi volar hacia la cruz de hierro, y posada ya en uno de sus brazos, aleteó repitiendo su espantoso canto.

Estremecido, partí a galope por en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche.⁵⁵²

Pero *María* también es una novela que se regodea en el paisaje, las particularidades del habla campesina y las costumbres de los habitantes del valle del Cauca, recoge coplas populares y cantos de esclavos, introduce episodios de aventuras, como la caza del tigre y la propia historia de Nay y Sinar, y todo eso la convierte en una novela nacional. Esta es la tonalidad realista que tal vez desconcierta a quien se acerca a la novela con un molde crítico incapaz de leer todas las líneas de desarrollo que Isaacs ha logrado en la novela. *María* no es una novela de tesis y carece de elucubraciones políticas o sociales: su historia es la del amor desafortunado de dos jóvenes derrotados

⁵⁵² *Ibíd.*, pp. 344 – 345.

por la muerte y la sociedad en la que ocurre este drama está pintada con vívidos elementos costumbristas: esto es lo que la convierte en una novela capaz de estremecer al lector contemporáneo pues el drama amoroso no es impuesto desde la omnisciencia de un narrador severo sino que surge de la relación misma de los personajes. *María*, además, es una novela con un lenguaje cuya perdurabilidad reside en su sensualidad y poesía. En 1946, Max Grillo, escribió “En defensa de María” y, desde la crítica subjetiva de entonces, sintetiza las causas de la permanencia de la novela en el gusto de los lectores:

El renombrado idilio perdura precisamente por su ingenuidad sin complicaciones; por la sencillez de sus inocentes escenas; porque en algunas de sus páginas pasa el hálito genial de un poeta de la raza de los profetas; porque es trasunto fiel del paisaje incomparable del Valle del Cauca, y el paisaje, como lo ha dicho en otras ocasión quien estas líneas escribe, es la realidad, superior al hombre, de la patria colombiana.⁵⁵³

Jorge Isaacs es un romántico americano que conjuga en su vida y en su escritura la ética del patriota y la expresión de la pasión amorosa. Vergara y Vergara, que saludó con entusiasmo la aparición no solo de *María*, en 1867, sino también del propio poeta en

⁵⁵³ Max Grillo, “En defensa de *María*”, en *Revista de América* (Bogotá) 6 (1946), p. 174. Esta idea de representación de la *patria colombiana*, al menos en lo que tiene que ver con su proceso de construcción durante el siglo diecinueve, es permanente en las lecturas que de *María* se han hecho a lo largo del tiempo. Augusto Escobar Mesa, en un libro de conversaciones con Manuel Mejía Vallejo, cita a Rafael Maya, quien dice la novela: “Es el código sentimental de una raza, es el breviario amoroso de un pueblo, es el espejo fidelísimo de una comarca bella, es un sabroso archivo de frescos decires y donariosos modismos. Pero, sobre todas estas cosas, esa novela, como los libros de caballería, es una alta y permanente lección de idealismo, y un tratado de amor purísimo, al que la misma muerte, y los presagios fúnebres que allí abundan, le otorgan ese sobrehumano temblor que hace trepidar la mano de los místicos, al tratar del misterio final con palabras que alumbran por sí solas la noche de los sepulcros.” Mejía Vallejo, por su parte, señala: “Fue *María* quizá nuestra primera carta de identidad, no ya de Colombia sino de un continente. Porque en lugar del paisaje de telón romántico al fondo para una obra teatral, Isaacs puso el paisaje en función dramática”. En Augusto Escobar Mesa, *Memoria compartida con Manuel Mejía Vallejo*, Medellín, Biblioteca Pública Piloto, 1997, p. 147.

la tertulia de El Mosaico, en 1864, vaticinó tempranamente que la carrera de Isaacs sería “llena y... desgraciada tal vez, porque no hay ejemplo de que los hombres de genio hayan vivido felices. El privilegio de conmover los corazones se compra muy caro: al precio del propio corazón.”⁵⁵⁴ La vida de Jorge Isaacs llena de sobresaltos en la estabilidad familiar y largas ausencias de la vida hogareña, de quebrantos económicos y empresas fallidas, de desengaños y derrotas políticas, así parecería confirmarlo.

En 1876, luego de la sangrienta confrontación de Los Chancos, que ocurrió el 31 de agosto de ese año, Jorge Isaacs escribe “Después de la victoria”, un poema en el que contrapone la visita de la Muerte, asimilada como la amada, la noche anterior al combate, frente a la permanencia de la Gloria en los triunfadores que sobrevivieron la batalla. Una ‘ella’ misteriosa acude a visitar al soldado y lo mira en silencio: “Hirióme su mirada negra y fría... / Sentí en la frente como un helado aliento; / Y las manos de mármol en mis sienes, / A los míos juntó sus labios yertos.”. A la mañana siguiente, el campo tiene olor a sangre, los cadáveres están esparcidos como testimonio del horror y la violencia. Los sobrevivientes, victoriosos, sienten el peso de la muerte en sus corazones: “¡Largo vivir! ... ¡La gloria! ... ¿Quién laureles / Y caricias tendrá para mí en premio? / ¿Gloria sin ti? ... ¡Dichosos los que yacen / En la llanura ensangrentada, muertos!”.⁵⁵⁵ La consunción del propio corazón, en el caso de Jorge Isaacs, es el precio de seguir vivo cuando se lucha por la patria y ese mismo corazón está signado por la exaltación y el amor trágico. Y seguimos leyendo *María* porque, a pesar del cinismo posmodernos, en nuestros avatares cotidianos pareceríamos ser tan románticos como él.

⁵⁵⁴ Vergara y Vergara, *ob. cit.*, p. 61.

⁵⁵⁵ Isaacs, *Poesía*, t. II, pp. 32 – 33.

Conclusiones

1

El fusilamiento de la costurera que luchaba, clandestinamente, en la resistencia al régimen de terror implantado por Pablo Morillo y Juan Sámano, fue fijado para el 14 de noviembre de 1817, a las 9 de la mañana. Camino a la plaza de Bogotá, al ver a la multitud agolpada para presenciar la ejecución, Policarpa Salavarrieta, conocida como la Pola, gritó: “¡Pueblo indolente! ¡Cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más, y no olvidéis este ejemplo.” Sus palabras apasionadas responden al espíritu romántico que atraviesa el siglo diecinueve latinoamericano. Si bien las primeras dos décadas todavía arrastran la formación neoclásica, y las dos últimas el ímpetu capitalista que ya mira hacia el siglo venidero, tanto los héroes de la independencia, al comienzo del siglo, como los poetas modernistas, al final del mismo, están embebidos de romanticismo. Los actos heroicos de la independencia obedecen al espíritu romántico que hace del amor a la patria y la lucha por su libertad, un motivo para ofrendar la vida, en los términos de un sacrificio esperanzado y optimista. Estando la Pola en capilla, unos sacerdotes la conminaron a arrepentirse y pedir perdón al virrey Sámano, pero ella les respondió: “¿Pero ustedes conciben que yo desearía conservar mi vida a cambio de implorar la clemencia de mis verdugos? No, señores, no pretenderé nunca semejante cosa, ni deseo tampoco que se me perdone,

porque el cautiverio es todavía más cruel que la misma muerte.”⁵⁵⁶ En el marco ya señalado, la construcción de las nacientes repúblicas como Estados nacionales fue una tarea ejecutada con el impulso romántico de los guerreros e intelectuales que tuvieron en el ideal de la libertad, el signo de más alto valor ético para su accionar político.

2

“Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido de un fuego extraño y superior. —*Era el Dios de Colombia que me poseía*”, escribe Simón Bolívar en “Mi delirio sobre el Chimborazo”, su poema en prosa de tesis cargada de alusiones clásicas e impregnada de imágenes románticas. En él, Bolívar, al igual que hizo con su “Juramento de Roma”, reedita el tópico del viajero que confronta a la Naturaleza desde la visión totalizadora del paisaje que le otorga la cima de una montaña. Pero, si en la expresión literaria del “Juramento” se evidencia tanto la formación clásica de Bolívar, que juzga con severidad al mundo antiguo, como su voluntarismo romántico, en la prosa poética de “Mi delirio sobre el Chimborazo” está la expresión poética bañada del arrebató romántico de un guerrero poeta que ya ha cumplido con una parte de su juramento y que intuye cuan cerca está su destino patriótico. En “Mi delirio”, la rebeldía del héroe romántico encarnado por el mismo Bolívar, no se da contra unos dioses literarios, sino que ya ha sido concretada en batallas libertarias contra el poder colonial, derrotado por él. En este texto, Simón Bolívar es un guerrero poeta que ha liberado a su patria y, por ende, su espíritu aún está bañado del optimismo voluntarista propio de los románticos latinoamericanos. No existe en este texto, ningún rasgo del sentimiento

⁵⁵⁶ Las frases de Policarpa Salavarrieta están tomadas del capítulo X, de las *Memorias*, del general José Hilario López, edición digitalizada por la biblioteca Luis Ángel Arango, publicadas originalmente en 1857: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memori/memori10.htm>

trágico del héroe del romanticismo decadente sino que estamos ante el *superhombre* del romanticismo fundacional, cuyo optimismo proviene del triunfo del espíritu libertario del patriota: “Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito; me siento; abro con mis propias manos mis pesados párpados; vuelvo a ser hombre, y *escribo mi delirio*.”

3

Al día siguiente de la batalla de Ayacucho, que tuvo lugar el 9 de diciembre de 1824, Antonio José de Sucre, a propósito del valor de una mujer durante la contienda bélica, le escribe a Bolívar: “Doña Manuela merece un homenaje en particular por su conducta; por lo que ruego a S.E. le otorgue el Grado de Coronel del Ejército Colombiano.” Es un error, motivado por el prejuicio del pensamiento patriarcal, reducir a Manuela Sáenz al rol de amante de Bolívar. Manuela jamás asumió el papel receptivo de un objeto amoroso. Lo exacto es definir esa relación en términos de igualdad: Bolívar y Manuela fueron amantes, es decir que ambos compartieron una pasión amorosa atravesada por la lucha patriótica compartida. Para entender las consecuencias civiles y penales que el adulterio tenía en la época, baste recordar el caso de Micaela Mutis, sobrina del botánico José Celestino Mutis. En 1822, su esposo Miguel Valenzuela, simpatizante de los realistas, le instauró una causa penal por adulterio. Micaela Mutis argumentaría en su defensa, que, llegado el año 1819, su marido, “más fiel a la causa de Fernando VII y a Don Pablo Murillo, que a su mujer, huye con los opresores, abandonando a la esposa”, y que por ello “una infidelidad obstinada a la causa santa de la

libertad ha sido castigada en el Dr. Valenzuela con otra infidelidad de su mujer; pero con la diferencia que la última ha sido provocada por capricho del marido.” De nada valieron estos argumentos, pues Micaela Mutis fue condenada a prisión perpetua y pérdida de su dote mientras que su amante, Juan Bautista González, lo fue a ocho años de prisión y destierro. Al final, en 1824, el esposo desistió de la causa con la condición de que González se hiciera cargo de la crianza del hijo que había procreado con Micaela y que no existiera nunca más trato entre las partes.⁵⁵⁷ Por ello, decimos que Bolívar y Manuela Sáenz son un ejemplo de lo que eran los patriotas amantes. En ambos, la presencia en toda su extensión del Eros esta subsumida dentro de la militancia política por la libertad de la patria. Manuela lleva la lucha por la libertad política al espacio del cuerpo, puesto que, con su público adulterio, desafía la hipocresía moral de los criollos. En este marco social, el análisis de la correspondencia entre Manuela y Bolívar nos remite a la idea del *amor loco*: asistimos a la pasión romántica de dos patriotas enamorados. Manuela recalca en cada acto de su vida pública y privada su condición de mujer y su calidad de patriota. En este marco, Manuela Sáenz afirma su femineidad mediante una conducta libérrima que la convierta en dueña absoluta de su cuerpo, dueña de sus ideas, en definitiva, dueña de su vida. Por eso, a pesar de la derrota que significa su exilio en Paita, ella no es la heroína enfermiza del romanticismo sentimental; por el contrario, Manuela Sáenz es un símbolo de las mujeres que lucharon por la libertad de la patria y, al mismo tiempo, símbolo de la emancipación sexual de la mujer en el siglo diecinueve. Al alba del viernes 26 de septiembre de 1828, luego del fallido magnicidio en su contra, Simón Bolívar, a quien Manuela Sáenz había ayudado a escapar para que salve la vida, entra en el Palacio de San Carlos y, al encontrarse con su amada, que estaba herida en la cabeza y en la

⁵⁵⁷ Catalina Villegas del Castillo, “Familia, matrimonio e infidelidad en tiempos de guerra”, en *Historia de la independencia de Colombia. Vida cotidiana y cultura material en la Independencia*, tomo II, Bogotá, Fundación Bicentenario de la Independencia de Colombia, 2010, pp. 67 – 70.

mano, delante de todos sus leales le dice: “Manuela, tú eres la *Libertadora del Libertador*.”

4

En una carta del 27 de marzo de 1835, José Joaquín Olmedo le confiesa al general Juan José Flores, de forma pudorosa, que ha comenzado la escritura de un nuevo poema épico: “Voy a dar a Vd. una noticia singular aunque de poca importancia. ¿Qué será? ... ¿Se lo diré? ... No lo digo, que me da vergüenza... Pero fuera encogimientos; pues sepa Vd. que la victoria de Miñarica ha despertado la musa de Junín...”⁵⁵⁸ Los llamados *escritores civiles*, en el siglo diecinueve, al tiempo que le daban forma a la nación desde el aparato del Estado, construían —a partir de la escritura, en general, y de la literatura, en particular—, la imagen poética que formaba su identidad cultural. José Joaquín Olmedo y Juan León Mera son escritores fundacionales y representan, de manera paradigmática, el concepto del *escritor civil*. Olmedo, con *La victoria de Junín. Canto a Bolívar*, hizo de un suceso heroico de la lucha por la Independencia el fundamento de nuestra épica. En dicho poema, con la presencia simbólica del Inca contemplando las batallas, definió la inclusión de los pueblos originarios en la construcción de la nación incipiente. Mera, a lo largo de su obra, incluyó la cultura indígena en forma de personajes, tradiciones, traducciones, etc., como parte de su propuesta del americanismo literario. En un pedido de rectificación al periódico panameño *Star & Herald* —que recomendaba al pueblo ecuatoriano la reelección de García Moreno— que circuló como un opúsculo titulado “La dictadura perpetua”, fechado en Panamá, el 28 de octubre de

⁵⁵⁸ Olmedo, *Epistolario*, p. 280.

1874, Juan Montalvo, el antípoda literario y político de Juan León Mera, escribió: “García Moreno no se va todavía, la esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo.”⁵⁵⁹ Para los *escritores civiles*, la acción política y la escritura literaria fueron actividades que se complementaban entre sí. Esos *escritores civiles*, que tuvieron a la política y a la literatura como pasiones vitales, cantaron a la patria y, al mismo tiempo, fueron sus *fundadores*, en el sentido metafórico de ser *autores*.

5

De la misma manera como la *Ilíada*, de Homero, para los griegos, y la *Eneida*, de Virgilio, para los romanos, son cantos fundacionales del espíritu nacional de sus pueblos, así en Nuestra América, el *Canto a Bolívar* constituye el canto épico fundacional del canon de la literatura hispanoamericana. Estamos ante un poema épico fundacional tanto por el tema como por su aliento poético. El poema, además de la gesta libertaria liderada por los criollos, celebra la inclusión del pasado indígena, que está representado por el protagonismo que tiene la figura del Inca Huayna-Cápac, insinuado como un elemento necesario para la construcción de la nación mestiza. El *Canto a Bolívar*, es parte del discurso independentista al tiempo que un episodio estético esencial de gesta de la independencia. Podemos observar la construcción del discurso independentista a través de las cartas de sus protagonistas, de las proclamas políticas, de los manifiestos, la escritura de las letras de los himnos nacionales, la recopilación de la poesía popular, etc.

⁵⁵⁹ Juan Montalvo, “La dictadura perpetua”, en *Páginas desconocidas*, t. II, Ambato, Casa de Montalvo, 2002, p. 16.

En medio de tales expresiones escriturarias, el *Canto* irrumpe con la fuerza épica de su verso, celebrada desde un inicio por el mismo Bolívar, que se vio convertido tempranamente en un héroe mítico por la función simbólica de la poesía; y es, también, expresión estética de la lucha por la independencia. El *Canto a Bolívar* nos llega como una metáfora de las batallas por la libertad de la patria americana así como el testimonio de un tiempo histórico en el que la escritura era parte del nacimiento de las naciones porque les moldeaba una imagen heroica de sí mismas.

6

El teniente Abdón Calderón Garaycoa, abanderado del Batallón Yaguachi —que había peleado en el ejército patriota desde 1820, a los 16 años—, combatió en las faldas del Pichincha, el 24 de mayo de 1822, en la batalla que selló la independencia de lo que hoy es Ecuador. Casi al final de su informe del 28 de mayo, Antonio José de Sucre destaca lo siguiente: “...hago una particular memoria de la conducta del teniente Calderón, que habiendo recibido consecutivamente cuatro heridas, jamás quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabré compensar a su familia los servicios de este oficial heroico.”⁵⁶⁰ Abdón Calderón falleció el 7 de junio, en Quito, y su funeral, al día siguiente, se realizó con todos los honores. “...a nuestra patria todo lo debemos”, escribió Manuel Antonio Carreño en su famoso *Manual de urbanidad*. Carreño fue quien mejor conceptualizó el modelo de ciudadano patriota que requería el proceso consolidación de los Estados nacionales: “...le manifestaremos nuestro amor [a la patria] guardando fielmente sus leyes y obedeciendo a sus

⁵⁶⁰ Antonio José de Sucre, “Los resultados de la jornada de Pichincha”, en *De mi propia mano*, selección y prólogo de J. L. Salcedo Bastardo; actualización Tomás Straka, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2009, p. 94.

magistrados; prestándonos a servirla en los destinos públicos, donde necesita de nuestras luces y de nuestros desvelos para la administración de los negocios del Estado...”. Ese modelo estaba sustentado en la disciplina cívica de una ciudadanía que, terminada la dominación colonial, necesitaba gobernarse por sí misma. El lema del escudo de Colombia, adoptado en 1834, lo sintetiza de la mejor manera: *Libertad y Orden*. Carreño enseña que “cuando la patria nos llama en su auxilio”, todos “sus hijos” deben contribuir sin reservas ni limitaciones a su defensa, encendido “el fuego sagrado del heroísmo”. Carreño, sujeto a la doctrina católica, asegura que quienes mueren por la patria tiene el cielo ganado, “porque nada puede ser más recomendable ante los ojos del Dios justiciero, que ese sentimiento en extremo generosos y magnánimo, que nos hace preferir la salvación de la patria a nuestra propia existencia.”⁵⁶¹ La idea de morir por la patria es un principio romántico del siglo diecinueve latinoamericano, que será asumido como valor superior del ciudadano modelo. Al enterarse de la muerte de Calderón, Bolívar lo ascendió de manera póstuma al grado de Capitán y decretó que el sueldo fuera entregado a la madre del fallecido; asimismo, dejó establecido que el Batallón Yaguachi no tendría en el futuro a nadie con dicho rango y que, cuando se pasara revista y se mencionara el nombre del capital Abdón Calderón, la tropa respondiese: “Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones.”⁵⁶² Simón Bolívar tenía plena consciencia de que la patria naciente necesitaba de un imaginario social constituido por héroes y heroínas del proceso independista, que fuesen visibles y admirables para la ciudadanía.

7

⁵⁶¹ Manuel Antonio Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, [1854], Paris, Garnier Hermanos, 1902, pp. 27 – 28.

⁵⁶² Enrique Ayala Mora, *Manual de Cívica*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional, 2009, p. 74.

Juan León Mera reconstruye una parte de la memoria histórica de la patria en la medida en que los románticos se dedicaron a dicha tarea como tarea sustancial de su ideario. Su *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana* (1868) es piedra angular de la crítica nacional junto con su recopilación de la poesía popular en *Cantares del pueblo ecuatoriano* (1892), obra precursora de los estudios del folclore americano. La intriga de *Cumandá* (1879) arranca de una cruenta sublevación de los indios que el narrador de la novela justifica ante la inhumana opresión sufrida por los indígenas de mano de los españoles. En toda su obra, Mera delineó las bases de una literatura nacional en el marco del americanismo literario que propugnaba y tuvo plena consciencia de la diferenciación que las nacientes repúblicas debían marcar respecto de España. Como autor de la letra del himno nacional del Ecuador defendió su contenido político frente a sectores de las clases dominantes ecuatorianas, con mentalidad de dependencia colonial, que pretendieron cambiar la letra para complacer al gobierno español. Juan León Mera es un intelectual paradigmático del siglo diecinueve, cuya obra literaria y su tarea crítica, sus investigaciones sobre la poesía popular, sus artículos periodísticos, sus textos destinados a la instrucción escolar, y su acción política son esenciales para la configuración de la idea de nación. En esa construcción nacional inmersa en lo americano, Mera es laudatorio con la producción poética de Sor Juana Inés de la Cruz, de quien hace una selección de poemas y un estudio crítico inaugural sobre su poesía; también celebra a la ecuatoriana Dolores Veintimilla de Galindo, poeta romántica que se suicida atormentada por una sociedad patriarcal y clerical que la acosó por el protagonismo de sus tertulias literarias y sus ideas humanitarias en contra de la pena de la muerte. Mera, en el estudio sobre la poesía de Dolores Veintimilla, también propuso que la educación de la mujer superase los límites de lo doméstico y que esta fuera

incorporada a la vida de la nación señalando expresamente que el varón es *compañero* de la mujer y no su *dueño*. La nación fue imaginada por él desde la dicotomía civilización – barbarie pero mientras Sarmiento planteaba el exterminio de los indígenas y la colonización europea, Mera promovía la incorporación de los pueblos indígenas a la nación —siempre desde la evangelización y el respeto a la tradición ancestral— para edificar una *nación plural*.

8

En los primeros días del año 1891, Elvira Silva solía levantarse al alba para contemplar la brillantez de Venus en un ritual personal que rendía culto a lo bello. Sucedió que las heladas madrugadas de la sabana bogotana la enfermaron y, en la mañana del 11 de enero, falleció de neumonía, dos meses antes de cumplir los 21 años de edad. Jorge Isaacs, que conocía a Elvira desde niña, había estado en casa de los Silva con ella y su hermano José Asunción en la víspera del día de Reyes. Al día siguiente de la muerte de Elvira, aquel terminó de escribir una hermosa y conmovedora elegía en su memoria. Isaacs le envió el poema a Silva, junto a una nota fechada el 17 de enero, que decía: “Estas estrofas son el homenaje de mi cariño y gratitud en la tumba de su hermana. ¡Todavía le quedaban a mi corazón muchas lágrimas!”⁵⁶³ Jorge Isaacs es el autor de *María*, la novela más representativa del romanticismo sentimental del siglo diecinueve latinoamericano, publicada en 1867. En el proemio, “A los hermanos de Efraín”, escribió el autor acerca de sus páginas: “Leedlas, pues, y si suspendéis la lectura para llorar, ese

⁵⁶³ Jorge Isaacs, “Carta a José Asunción Silva, del 17 de enero de 1891”, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cartas-de-jorge-isaacs-a-jose-asuncion-silva-con-motivo-de-la-muerte-de-elvira-silva/html/ee18faa2-7a44-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html

llanto me probará que he cumplido fielmente”⁵⁶⁴. *María* desborda sensualidad poética en el tratamiento de lo sentimental y su permanencia en el tiempo se debe tal vez al sutil erotismo que se desprende del lenguaje de la novela, a la libertad espiritual de sus personajes, y a la representación costumbrista de la cultura regional. Y si la contemplación de la naturaleza se convierte en exotismo para los románticos europeos, en Isaacs, en cambio, no solo que es su naturaleza cotidiana sino también su patria. El espacio en donde tiene lugar la novela *María*, no es idílico sino histórico, y en él, la naturaleza está incorporada a la vida social de las comunidades rurales del Valle del Cauca. De manera similar que el argentino José Mármol, el ecuatoriano Juan Montalvo o la peruana Clorinda Matto de Turner, Jorge Isaacs evita el pesimismo existencial del romanticismo europeo y se transforma, él mismo, en un héroe romántico que rompe los moldes literarios del romanticismo sentimental, para convertirse en un patriota del romanticismo social, ya no como personaje de la ficción sino como actor de la lucha política. Isaacs, si bien asume la representación política en términos paternalistas, lideró una fallida revolución del liberalismo radical, impulsó la educación primaria de niños y niñas cuando la escolarización era una tarea primordial del Estado nacional enfrentando a la Iglesia que promovía el abandono de las aulas, recupera las tradiciones míticas de los pueblos indígenas del Magdalena y descubre las hulleras del Atlántico. En el poema a Elvira Silva, a quien nomina “¡Ángel consolador en mi agonía!”, transita ese clamor voluntarista por la vida, ya derrotada por la muerte, que fue constante en la literatura de nuestros románticos:

¿Duermes aún y tan hermoso el día!

¡Azul, azul!... ¿no ves? Abre los ojos

⁵⁶⁴ Isaacs, *María*, p. 1.

Y los purpúreos labios sonrientes:
¡Todo amor y fragancias y alegría!
Todo a la vida y a la luz despierta...
¡Ay!, sola tú, dormida para siempre
¡Y para siempre muerta!⁵⁶⁵

Escritor de *María*, revolucionario liberal, poeta, negociante fracasado, educador laico, estudioso de los pueblos indígenas, político tan consecuente como irascible, descubridor de hulleras, judío y aventurero, Jorge Isaacs, es el rostro emblemático del patriotismo romántico de Colombia y de la literatura fundacional latinoamericana.

⁵⁶⁵ Isaacs, *Poesía*, v. II, p. 164.

Bibliografía

Obras citadas de Simón Bolívar y Manuela Sáenz y sobre ellos

Cartas íntimas entre Bolívar y Manuelita, compilación y prólogo de Manuel Espinosa

Apolo, Quito, Campaña Nacional “Eugenio Espejo” por el Libro y la Lectura,
2010.

Doctrina del Libertador, [1976], Caracas, Biblioteca Ayacucho # 1, 2009.

“Carta de Jamaica”, 6 de septiembre de 1815, pp. 66 – 87.

“Carta al general Juan José Flores”, 9 de noviembre de 1830, pp. 385 – 389.

“Carta al general José Antonio Páez”, 6 de marzo de 1826, pp. 266 – 267.

“Carta al general José Antonio Páez”, 27 de agosto de 1828, pp. 323 – 325.

“Carta de Pativilca”, 19 de enero de 1824, pp. 204 – 206.

“Discurso de Angostura”, 15 de febrero de 1819, pp. 120 – 147.

“Juramento de Roma”, 15 de agosto de 1805, pp. 3 – 4.

“Manifiesto de Cartagena”, 15 de diciembre de 1812, pp. 10 – 19.

“Última proclama del Libertador”, 10 de diciembre de 1830, p. 391.

Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón, acompañadas de los Diarios

de Quito y Paita, así como de otros documentos. Caracas, Fundación Editorial El
Perro y la Rana, 2010.

Los diarios perdidos de Manuela Sáenz y otros papeles. Carlos Álvarez Saá,

Compilador, [1995]. Bogotá, Fundación para la Investigación y la Cultura, 2005.

- “Mi delirio sobre el Chimborazo”, en *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar*, t. XXI, Caracas, Imprenta de G. f. Devisme, 1832, pp. 243 – 244.
- Acosta Saignes, Miguel. *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, La Habana, Casa de las Américas, 1977.
- Cacua Prada, Antonio. *Manuela Sáenz, Generala de América*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2012.
- Correa, Rafael. “Discurso en la conmemoración de los 185 años de la Batalla de Pichincha”, el 24 de mayo de 2007: <http://www.presidencia.gob.ec/discursos/>
- Gómez Aristizábal, Horacio. *Bolívar y la integración en el siglo XXI*, Bogotá, Asociación Patriótica Bolivarenses, 2011.
- Lacroix, Luis Perú de. *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, [1924], Bogotá, Fundación para la Investigación y la Cultura, 2012.
- “Manuelita Sáenz es generala”. *El Comercio*, 25 de mayo de 2007: http://www4.elcomercio.com/noticias/Manuelita-Saenz-general_a_0_147588141.html
- Marx, Carlos. “Bolívar y Ponte” [1858], *Archivo Marx – Engels*, <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/58-boliv.htm>.
- Martí, José. “Tres héroes”, en *Simón Bolívar, aquel hombre solar*, La Habana, Casa de las Américas, 1982.
- Masur, Gerhard. *Simón Bolívar* [1948]. Bogotá, Fundación para la Investigación y la Cultura, 2008.

- Palma, Ricardo. “La protectora y la libertadora”, en Raúl Serrano Sánchez, editor, *Manuela Sáenz, el tiempo me justificará*. Quito, Ministerio de Educación del Ecuador, 2010.
- Pividal, Francisco. *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1977.
- Rumazo González, Alfonso. *Manuela Sáenz: la Libertadora del Libertador*, [1944]. Quito, Ministerio de Cultura del Ecuador, 2009.
- Saurat, Gilette. *Bolívar, el Libertador*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1987.
- Serrano Sánchez, Raúl. “Mi delirio sobre el Chimborazo: anuncios y fundación”, en *Kipus, revista andina de letras*, (Quito, n. 26, segundo semestre, 2009): 71 – 89. _____, editor. *Manuela Sáenz, el tiempo me justificará*. Quito, Ministerio de Educación del Ecuador, 2010.
- Viteri, Eugenia, coordinadora. *Manuela libertad*. Quito, Consejo Provincial de Pichincha, 1983.
- Von Hagen, Victor Wolfgang. *Las cuatro estaciones de Manuela*, [1952], Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998.

Obras citadas de José Joaquín de Olmedo y sobre él

- Epistolario*, edición de Aurelio Espinosa Pólit, S.I., Puebla, Editorial Cajica, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960.
- La Victoria de Junín. Canto a Bolívar*, edición facsimilar de la edición londinense de 1826, comentada por Rafael Bernal Medina, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1974.

Poesía - Prosa, edición de Aurelio Espinosa Pólit, S.I., Puebla, Editorial Cajica,
Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960.

Poesías escogidas, estudio introductorio y selección de Hernán Rodríguez Castelo,
Guayaquil, Ariel, Biblioteca de Autores Ecuatorianos, # 40, sfe.

Cañete, Manuel. “Olmedo”, en *Autores americanos juzgados por españoles*, R. Blanco
Fombona, compilador, Paris, Casa Editorial Hispano – Americana, 1902.

Espinosa Pólit, Aurelio. *Olmedo en la historia y en las letras*, Quito, Editorial Clásica,
1955.

Gutiérrez, Juan María. “Prólogo”, en José Joaquín Olmedo, *Obras poéticas*, Valparaíso,
Imprenta Europea, 1848.

Rodríguez Castelo, Hernán. *Olmedo, el hombre y el escritor*, Quito, Academia Nacional
de Historia, 2009.

Obras citadas de Juan León Mera y sobre él

Cantares del pueblo ecuatoriano, Quito, Imprenta de la Universidad Central del Ecuador,
1892.

Catecismo de Geografía de la República del Ecuador, Quito, Imprenta Nacional, 1875.

Catecismo explicado de la Constitución de la República del Ecuador, Quito, Imprenta
del Clero, 1894.

Cumandá o un drama entre salvajes, Quito, Imprenta del Clero, por J. Guzmán Almeida,
1879.

“En el campo de batalla de Pichincha”, Quito, Imprenta y Litografía de “La Novedad”,
1891, hoja suelta.

La escuela doméstica, Quito, Imprenta del Clero, 1880.

La estatua de Sucre, Ambato, Imprenta de Salvador R. Porras, 1886.

La virgen del sol, leyenda Indiana, Quito, Imprenta de los huérfanos de Valencia, 1861.

Réplica a Don Manuel Llorente Vázquez, Ambato, Imprenta de Salvador R. Porras, 1888.

Obras selectas de la célebre monja de Méjico, Sor Juana Inés de la Cruz, precedidas de su biografía y juicio crítico sobre todas sus producciones, Quito, Imprenta Nacional, 1873.

Ojeada histórico – crítica sobre la poesía ecuatoriana, [1868], 2da. Edición, Barcelona, Imprenta y Litografía de José Cunill Sala, 1893.

Corrales Pascual, Manuel, editor. *Cumandá, contribución a un centenario*, Quito, PUCE, 1979.

Guevara, Darío. *Juan León Mera o el hombre de las cimas* [1944], Quito, Edición del Autor, 1965.

León, Catalina. *Hispanoamérica y sus paradojas en el ideario filosófico de Juan León Mera*. Quito, UASB / Abya-Yala / Corporación Editora Nacional, 2001.

Michelena, Xavier. “Estudio introductorio”, en *Juan León Mera, Antología esencial*, Quito, Banco Central del Ecuador / Abya – Yala, 1994.

Pazos Barrera, Julio, editor. *Juan León Mera, una visión actual*, PUCE / UASB / Corporación Editora Nacional, 1995.

Obras citadas de Jorge Isaacs y sobre él

“Carta a José Asunción Silva, del 17 de enero de 1891”, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cartas-de-jorge-isaacs-a-jose-asuncion-silva-con-motivo-de-la-muerte-de-elvira-silva/html/ee18faa2-7a44-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html

“Cartas a Justo Sierra”, *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*,
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cartas-de-jorge-isaacs/html/3655594c-1afe-4d3e-8401-2086888ef316_2.html

“Comunicación al Jefe Municipal de Buenaventura”, Popayán, 28 de abril de 1876, *El Escolar* (Popayán) 4 mayo 1876: 552. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.

Escritos varios, v. IV de *Obras completas*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2008.

Estudios sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena. Exploraciones [1886], v. VI de *Obras completas*, edición crítica de María Teresa Cristina, “Prólogo” de Camilo Domínguez, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2011.

La revolución radical en Antioquia [1880], v. V de *Obras completas*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2009.

María [1867], v. I de *Obras completas*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2005.

“Memorial dirigido á los Señores Vocales de la Honorable Municipalidad de Popayán”, Popayán, 6 de mayo de 1876, *El Escolar*, (Popayán) 11 mayo 1876: 558. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia

Poesía, v. II, t. I y II, de *Obras completas*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2006.

Teatro, v. III, de *Obras completas*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia / Universidad del Valle, 2007.

Alegría, Fernando. “Aspectos fundamentales de la novela romántica latinoamericana”, en Varios autores, *La novela romántica latinoamericana*, La Habana, Casa de las Américas, Serie Valoración Múltiple, 1978, pp. 61 – 128.

Anderson Imbert, Enrique. “Prólogo”, a Jorge Isaacs, *María*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1951, pp. VII – XIV.

Arciniegas, Germán. *Genio y figura de Jorge Isaacs*, Bogotá, Banco de la República, 1996.

Borges, Jorge Luis. “Vindicación de la *María* de Jorge Isaacs”, en *Obras completas*, t. IV, Bogotá, Planeta, 2007, pp. 346 – 348.

Cagiao Rivera, Plácido. “Informe del delegado municipal de Caldas, a Jorge Isaacs”, 12 de abril de 1876, *El Escolar* (Popayán) 27 abril 1876: 542. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.

Caro, Miguel Antonio. “El darwinismo y las misiones”, *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, Tomo XII, núm. 6, septiembre de 1886 a febrero de 1887, págs. 464-491; Tomo XIII, núm. 7, marzo de 1887, págs. 5-35.

Carvajal, Mario; Luis Carlos Velasco Madriñán, Leonardo Tafur Garcés, Alfonso Zawadzky y José Ignacio Vernaza. *Jorge Isaacs, hijo de Cali*, Cali, Librería Católica, 1943.

“El fallo y la sentencia”, *La República* (Bogotá), 29 abril 1957: 4.

- Escobar Mesa, Augusto. *Memoria compartida con Manuel Mejía Vallejo*, Medellín, Biblioteca Pública Piloto, 1997.
- Grillo, Max. “Vida y obra de Isaacs”, en *Boletín de la Academia Colombiana*, (Bogotá) v. II, # 9, 10 y 11 (Abril, Mayo y Junio de 1937): 182 – 206.
- _____. “En defensa de *María*”, en *Revista de América* (Bogotá) 6 (1946): 174 – 176.
- “La *María*”, *La República* (Bogotá), 28 abril 1957: 4.
- “Los bárbaros en El Paraíso”, *La República* (Bogotá) 29 abril 1957: 4.
- McGrady, Donald. *Jorge Isaacs*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2006.
- Mejía, Gustavo. “Prólogo”, a Jorge Isaacs, *María*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. IX – XXXII.
- Leonte Micolta, “Informe al Superintendente de Instrucción Pública”, Buenaventura, 14 de febrero de 1876, *El Escolar* (Popayán) 23 marzo 1876: 505. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.
- Morales Benítez, Otto. *Jorge Isaacs en el torbellino político*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 2007.
- Muñoz, Ignacio. “Nota del Director de la Escuela de niños de Calibío: participa la clausura de esa Escuela por falta de alumnos”, *El Escolar* (Popayán) 16 marzo 1876: 495. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.
- Ospina, William. “De lo breve y lo eterno”, en Jorge Isaacs, *María*, Iván Hernández, editor, Bogotá, Editorial Norma, Colección Cara y Cruz, 1990, pp. 71 – 80.
- Pérez Silva, Vicente. “*María*, una novela embargada, incinerada y condenada”, *Metáfora* (Cali) 6 y 7 (abril 1995): 15 – 21.
- “Pro y contra de *María*”, *Intermedio* (Bogotá) 28 abril 1957: 1 y 13.

- Rincón, Carlos. “Sobre la recepción de *María* en Colombia. Crisis de la lectura repetida y pérdida de autoridad del canon (1938 – 1968)”, en *Memorias del primer simposio internacional: Jorge Isaacs, el creador en todas sus facetas*, Cali, Universidad del Valle, 2007: 79 – 109.
- Rosero, Evelio José. “La maldad en María”, *Revista Casa Silva* (Bogotá) 9 (enero 1996): 229 – 237.
- Rueda Enciso, José Eduardo. “Esbozo biográfico de Jorge Isaacs”, *Revista CS*, Instituto Colombiano de Estudios Superiores (Cali) 4 (2009).
- Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales*, México DF, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2007.
- Uribe Uribe, Rafael. *Por Jorge Isaacs. Alegato en defensa de los derechos de su familia*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1908.
- Vargas Vila, José María. “Jorge Isaacs, luchador humano”, en Carlos Arturo Caicedo Licon, compilador, *Jorge Isaacs, su María, sus luchas*, Medellín, Editorial Lealon, 1989, pp. 111 – 117.
- Varios, “La revolución de Antioquia”, hoja volante firmada por Luis E. Villegas, Belisario Gutiérrez, Carlos Vélez S., Benjamín Palacio, Álvaro Restrepo E., Bogotá, Imprenta de Zalamea, 11 de febrero de 1880.
- Varios, *La gran apoteosis de Isaacs. Colección de documentos, discursos, & C., relativos á los honores hechos á la memoria y los restos del cantor de la tierra de Córdoba*, Medellín, Imprenta Oficial, 1905. Edición digitalizada por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República de Colombia.
- Velasco, Emilia. “Carta a Jorge Isaacs”, Popayán, 11 de marzo de 1876, *El Escolar* (Popayán) 23 marzo 1876: 502. Numeración de la edición digitalizada por la Biblioteca Nacional de Colombia.

Velasco Madriñán, Luis Carlos. *Jorge Isaacs, el caballero de las lágrimas*, Cali,
Editorial América, 1942.

_____. “Testamento de Jorge E. Isaacs”, *Revista de la Universidad de Antioquia*
(Medellín) # 145 (Abril, Mayo, Junio 1961): 405 – 410.

_____. *El explorador Jorge Isaacs*, Cali, Imprenta Departamental, 1967.

_____. “La María goajira de Jorge Isaacs”, *Vida* (Bogotá) # 5 (Febrero, 1947): 20
– 21 – 59.

Vergara y Vergara, José María. “Juicio crítico”, en *Artículos literarios*, Londres,
Publicado por Juan M. Fonnegra, 1885, pp. 55 – 61.

Bibliografía general consultada

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión
del nacionalismo* [1983], México DF, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Anderson Imbert, Enrique. *El arte de la prosa en Juan Montalvo*, Medellín, Editorial
Bedout, sfe.

Arango, Gonzalo. *Primer Manifiesto Nadaísta*. Medellín, Tipografía y Papelería Amistad
Ltda., 1958.

Argullol, Rafael. *El Héroe y el Único*. Barcelona, Acantilado, 2008.

Ayala Mora, Enrique. *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*, Quito,
Corporación Editora Nacional, 1982.

_____. *Historia, tiempo y conocimiento del pasado*, Quito, Corporación Editora
Nacional / UASB, 2014.

_____. *Manual de Cívica*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar /

- Corporación Editora Nacional, 2009.
- Ayala Mora, Enrique, editor. *Nueva Historia del Ecuador*, v. 6, 7 y 8. Quito, Grijalbo /
Corporación Editora Nacional, 1990.
- Barrera, Isaac. *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura
Ecuatoriana, 1960.
- Bénichou, Paul. *La coronación del escritor 1750 – 1830*. México D.F., Fondo de Cultura
Económica, 2006.
- Benjamin, Walter. “Destino y carácter”, en *Ensayos escogidos*, Buenos Aires, Editorial
Sur, 1967.
- Bianchi Ross, Ciro. “¿Cómo murió José Martí?”, tres entregas, en la versión online de
Juventud Rebelde: [http://www.juventudrebelde.cu/columnas/lectura/2010-02-
27/como-murio-jose-marti-i/](http://www.juventudrebelde.cu/columnas/lectura/2010-02-27/como-murio-jose-marti-i/)
- Biblia*. Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera
(1602), otras revisiones: 1862, 1909 y 1960, Sociedad Bíblicas en América
Latina, 1960.
- Borja Gómez, Jaime, y Pablo Rodríguez Jaime. *Historia de la vida privada en Colombia*,
tomo 1, “Las fronteras difusas. Del siglo XVI a 1880”, Bogotá, Taurus, 2011.
- Cabrera Infante, Guillermo. “Un diario que dura más de cien años”. En José Martí,
Diarios, prólogo de Guillermo Cabrera Infante. Barcelona, Galaxia Gutenberg /
Círculo de Lectores, 1997.
- Carlyle, Thomas, y R. W. Emerson. *De los héroes. Hombres representativos*. New York,
W. M. Jackson Inc, 1973.
- Carreño, Manuel Antonio. *Manual de urbanidad y buenas maneras*, [1854], Paris,
Garnier Hermanos, 1902.

- Caruso, Igor. *La separación de los amantes*, [1968]. México DF, Siglo XXI Editores, 1986.
- Carvalho-Neto, Paulo de. *Diccionario del folklore ecuatoriano*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1964.
- Charry Lara, Fernando. “Vida de José Asunción Silva. Silva y el modernismo”, en José Asunción Silva. *Poesía completa. De sobremesa*, prólogo de Gabriel García Márquez. Bogotá, Casa de poesía Silva, 2013, pp. 31 – 84.
- Chateaubriand, François René de. *Atala, René, Los Nathchez*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1971.
- Collazos, Óscar. “Nadaísmo”, en *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Casa de Poesía Silva, 2009.
- Cuadernos*, Revista de la Escuela de Literatura de la Universidad Católica de Guayaquil, número 11, 1982.
- Darío, Rubén. “José Martí” en *Los raros* [1905], v. IV de *Obras completas*. Madrid, Editorial Mundo Latino, 1918, pp. 233 – 244.
- Echeverría, Esteban. “Clasicismo y romanticismo”, en *Obras escogidas*, edición de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, pp. 53 – 59.
- Espinosa Pólit, Aurelio. “Reseña histórica del Himno Nacional ecuatoriano”, en *Temas ecuatorianos I*, [1948], Quito, PUCE, 1999.
- _____. “Literatura ecuatoriana”, *Temas ecuatorianos*, Quito, Editorial Clásica, 1954.
- Freud, Sigmund. “El delirio y los sueños en la *Gradiva* de W. Jensen”, en *Obras completas*, t. II, 4ta ed. Madrid, Biblioteca Nueva, 1981.

- Goethe, Johann Wolfgang. *Penas del joven Werther*, [1774], Madrid, Alianza editorial, 1994.
- Gómez de Avellaneda, Getrudis. *Sab*, [1841], prólogo y notas de Mary Cruz. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973.
- González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1987.
- Gutiérrez, Juan María. *Historia y crítica*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2004.
- Harrison, Regina. *Entre el tronar épico y el llanto elegíaco: simbología indígena en la poesía ecuatoriana de los siglos XIX-XX*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Abya – Yala, 1996.
- Heredia, José María. “Niágara”, en *Poesía de la Independencia*, compilación, prólogo, notas y cronología de Emilio Carrilla, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Hugo, Víctor. “Shakespeare”, en *Manifiesto romántico*. Barcelona, Ediciones Península, 1971.
- Hünefeldt, Christine y Jalil, Hanni. “Mujeres colonizadas en tiempos coloniales”, en *La cuestión colonial*, Heraclio Bonilla, editor. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2011.
- Ivo, Lêdo. *Estación final. Antología de poemas 1940 – 2011*. Ibagué, Caza de libros, 2012.
- Kalmanovitz, Salomón y Edwin López Rivera. *Las cuentas nacionales de Colombia en el siglo XIX*, Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2009.
- Ladrón de Guevara, P. Pablo. *Novelistas malos y buenos*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1910.
- Leopardi, Giacomo. “El infinito”, “A Italia”, en *Cantos*, introducción, traducción y notas de Diego Navarro, Barcelona, RBA editores, 1999.

- Londoño López, Jenny. *Las mujeres en la economía colonial*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, 2009.
- Lux Martelo, Martha Elisa. “Las mujeres en la guerra de independencia”, en *Historia de la independencia de Colombia. Revolución, independencia y guerras civiles*, tomo I, Bogotá, Fundación Bicentenario de la Independencia de Colombia, 2010.
- Martí, José. *Antología mínima*, selección y notas de Pedro Álvarez Tabío, t. I y II. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.
- _____. *Diarios*, prólogo de Guillermo Cabrera Infante. Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1997.
- _____. *Poesía completa*, edición crítica de Cintio Vitier, Fina García Marruz y Emilio de Armas, t. I y II. La Habana, Letras Cubanas, 2001.
- _____. *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*, edición crítica de Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, Barcelona, ALLCA XX, 2003,
- Montalvo, Juan. *Las Catilinarias*, t. II, Guayaquil, Ariel, s.f.e., Clásicos Ariel, Biblioteca de Autores Ecuatorianos, v. 66.
- _____. “La dictadura perpetua”, en *Páginas desconocidas*, t. II. Ambato, Casa de Montalvo, 2002, pp. 3 – 20.
- Musset, Alfred de. “La noche de mayo”, en *Poetas románticos franceses*, selección y traducción de Carlos Pujol, Barcelona, RBA editores, 1999.
- Paz Sánchez, Manuel de. “La muerte de José Martí: un debate historiográfico”. *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica* (Logroño) # 17 (1991): 7 – 19.
- Paz, Octavio. *El arco y la lira*, [1956], México DF, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Pombo, Rafael. “Carta a Ángel y Rufino J. Cuervo, del 25 de mayo de 1826”, en *Documentos relativos a José Asunción Silva*, del libro José Asunción Silva,

Poesía y prosa con 44 textos sobre el autor, edición a cargo de Santiago Mutis Durán y J. G. Cobo Borda, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. La carta está citada de la edición digital en:

<http://www.bdigital.unal.edu.co/387/1/DOCUMENTOS.html#2c>

Quintero, Inés, compiladora. *Mirar tras la ventana. Testimonios de viajeros y legionarios sobre mujeres del siglo XIX*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1998.

Rebaza Soralez, Luis. *La construcción de un artista peruano contemporáneo*, Lima, Pontificia Universidad Católica de Perú, 2000.

Rojas, Ángel Felicísimo. *La novela ecuatoriana*, [1948], en *Obras completas. Tomo III / Ensayo*, Loja, Universidad Técnica Particular de Loja, 2004.

Rojas Mix, Miguel. “La cultura hispanoamericana del siglo XIX”, en *Historia de la literatura hispanoamericana. Del Neoclasicismo al Modernismo*, Tomo II. Luis Íñigo Madrigal, coordinador. Madrid, Cátedra, 1999, pp. 55 – 74.

Romero y Cordero, Remigio. “Simón Bolívar”, en *La romería de las Carabelas* [1931], Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo del Azuay, 1968.

Rousseau, Jean-Jacques. *Julia, o la nueva Eloísa*, Madrid, Ediciones Akal, 2007.

Rumazo González, Alfonso. *Simón Rodríguez, maestro de América*, [1976]. Quito, Ministerio de Cultura del Ecuador, 2009.

Saint Pierre, Jacobo Bernardino Enrique de. *Pablo y Virginia*, Cádiz, Librería de Hortal y Compañía, 1814. Edición digitalizada de Taylor Institution.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo* [1845], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

Staël, Madame de. *Alemania* [1810], prólogo de Guido Brunner. Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1991.

Shelley, Percy Bysshe- “Mont Blanc”, en *Poetas románticos ingleses*, traducción de Leopoldo Panero, Barcelona, RBA editores, 1999.

- Sucre, Antonio José de. “Los resultados de la jornada de Pichincha”, en *De mi propia mano*, selección y prólogo de J. L. Salcedo Bastardo; actualización Tomás Straka. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2009, pp. 91 – 94.
- Toledo Sande, Luis. *Cesto de llamas. Biografía de José Martí*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2012.
- Tren de Occidente, S.A. “Historia de las líneas férreas en Colombia”,
<http://www.trendeoccidente.com/historia.php>
- Ubidia, Abdón. *La aventura amorosa y sus personajes*. Quito, Editorial El Conejo, 2011.
- Valencia, Pablo A. de, “Certificado de defunción de José Martí”, expedido el 26 de mayo de 1895, localizado en el archivo digital de la *Biblioteca Virtual en Salud de Cuba*: http://bvs.sld.cu/revistas/abr/vol40_1_01/abr101-200.htm
- Villegas del Castillo, Catalina. “Familia, matrimonio e infidelidad en tiempos de guerra”, en *Historia de la independencia de Colombia. Vida cotidiana y cultura material en la Independencia*, tomo II. Bogotá, Fundación Bicentenario de la Independencia de Colombia, 2010, pp. 65 – 78.
- White, Hayden. *El contenido de la forma*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1992.